



# UNA HISTORIA DE POLICÍAS

ESTEBAN NAVARRO

# Una historia de policías

**Esteban Navarro**  
esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Mayo 2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

Portada: Shutterstock

ISBN: 9781980915485

*A Ester y Raúl, mi fuerza para seguir escribiendo.*

*Ningún viento será bueno para quien no sabe a qué puerto se encamina.*  
**Cartas de Séneca a Lucilio, Carta LXXI**

*Esta ciudad no es lo que era. Antes una puta era una puta y un chorizo un  
chorizo.*

*Ahora han salido putas por todas partes y es chorizo cualquiera.*  
**Los mares del sur, Manuel Vázquez Montalbán.**

*Sin ánimo de ofender, no hay ofensa.*  
**Django desencadenado.**

## **Advertencia del autor**

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, siempre con cierta libertad por parte del autor, en lugares reales. Algún personaje y algún hecho narrado, se inspiran también en sucesos reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse por tanto fruto de la invención del escritor y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona o corporación existente o que haya existido en la realidad. Vaya por delante que los valores que representa y transmite la Policía Nacional española están libres de toda duda.

## **Sumario**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)  
[Nota del autor](#)

## Capítulo 1

Para el oído del común de los mortales, ese tenue sonido de botas arrastrándose por las escaleras desde la planta de abajo, hubiera pasado completamente inadvertido. Tan solo un susurro similar a un folio deslizándose por debajo de una puerta. El bordoneo de un conjunto de moscardones arremolinados ante una cristalera. Pero yo, que lo había escuchado en tantas otras ocasiones, estaba seguro de que esas pisadas que subían por las escaleras de la casa del joyero iban a por mí. Ellos, los que antes eran mis compañeros, amigos, viejos conocidos, no hablaban entre sí; pero me los podía imaginar gesticulando esas aparatosas señas que se lanzaban entre ellos con los puños en alto mientras que le indicaban a su compañero, el que tenían al lado, o al que tenían delante o atrás, hacia donde debía ir. Las emisoras en silencio. Los auriculares introducidos en el oído mientras recibían órdenes precisas del jefe de equipo. Antes, mucho antes, a primera hora de la mañana, el inspector los había reunido en un despacho de la comisaría, ante la mirada furtiva del resto de policías, y les había dado las indicaciones necesarias sobre un plano de papel extendido en una de las mesas. Señalaría los puntos clave. La zona de aparcamiento. La puerta de acceso. El salón. La escalera. El pasillo de la planta superior. La habitación. Los agentes observarían con los ojos agrandados cada uno de los segmentos, memorizándolos, aprendiendo cada una de las posiciones...

Hacía un frío espantoso. Y es que ese mes de enero se había cebado con Huesca y se podía caminar por las calles sin pisar ningún charco, ya que no existían. En su lugar se habían construido pistas de hielo, al igual que las albercas que se habían transformado en glaciares. El frío lo ralentizaba todo. Nuestro alrededor se congelaba, lo mismo que nuestros corazones. El frío me hacía tiritar. O el miedo. Me parecía inconcebible que a esas alturas pudiera tener miedo. Pero no es el que me aportan esos policías que se apostan delante de mi puerta, sino que es otro tipo de miedo: el de la incertidumbre. Pensé en qué pasaría después. Adónde me llevarían. Qué dirían mis vecinos. Mis compañeros. Qué sería de mi mujer, de mi hijo..., de mi amante. Sentí miedo. Un terror helado, sin imágenes concretas, sin expresiones faciales. Pensé que así era como todos creamos nuestra memoria falsa: a través de unos pensamientos irracionales que contaminan nuestros recuerdos y los desfiguran.

Estaba allí, sentado en el butacón de *Ikea* de color indeterminado, que lo



mismo podía ser marrón claro, como ocre. Vistiendo el uniforme de gala de la policía. Sobre la parte delantera izquierda colgaban mis tres medallas: Una roja y dos blancas. Las acaricié como se acaricia un objeto valioso. Traté de sentir su tacto. Me hubiera gustado estar en mi piso. Con mi mujer leyendo en el salón y mi hijo jugando en su habitación. Pero mi pasión adolescente y mi inclinación a desentrañar casos irresolubles me arrastró hasta esa casa, que no reconocía como hogar, y donde me encontré solo. Abandonado.

Serían entre cinco y diez policías, calculé mentalmente. Cinco si habían enviado a los GEO, el Grupo Especial de Operaciones. En ese caso habían tenido que fletar un helicóptero desde Guadalajara o desde el aeropuerto de Barajas, donde había un pequeño grupo de respuesta rápida. Ese helicóptero tendría que haber recorrido algo más de 300 kilómetros a una velocidad de 200 kilómetros por hora. No hace falta ser ningún Einstein para determinar que en una hora y media habían tenido tiempo suficiente como para volar desde Guadalajara, o desde Madrid, hasta Huesca. Podían haber aprovechado el helipuerto del hospital San Jorge para aterrizar, y desde allí no hubieran necesitado más de cinco o diez minutos en un coche que les hubiera prestado la comisaría de Huesca. La segunda posibilidad es que la Dirección General de la Policía hubiera optado por mandar a los GOES, o lo que es lo mismo: el Grupo de Operaciones Especiales.

Sumergido en el barullo de sonidos sibilantes provenientes del pasillo, y la escalera de la casa, me dio por acordarme de aquel inspector de la academia que decía que si los GEO son los *Madelman* de la policía nacional, los GOES son los *Click de Playmobil*. Un cachondo aquel inspector. En el hipotético caso de que los que estuvieran ahora mismo en la puerta de la habitación fuesen los GOES, el desplazamiento hubiera sido más corto, ya que los GOES podían haber partido desde Zaragoza en su furgón y llegar a Huesca en apenas 45 minutos. En ambos casos el tiempo no era importante, al menos para mí, lo importante era la cantidad de policías que había apostados ahora mismo en la puerta de esa casa. Cinco. Sí, cinco policías pertrechados, armados y preparados con una única orden: capturarme. Y a ser posible vivo; aunque no era un requisito indispensable, pero sí política y éticamente correcto. Cinco. Qué ironías tiene el destino. Porque cinco éramos también nosotros antes de que a Antonio se le cruzaran los cables aquella puta noche. ¡Joder, Antonio! Pero es que no pensaste en todo lo que se nos vendría encima. Éramos cinco y bien avenidos. Amigos. Amigos de verdad, de los que se forjan en la penuria. Antonio, Joaquín, Juan Carlos, Jorge y yo. Cada

uno con sus cosas, con su forma de ver el mundo, con su interpretación de lo que significaba ser policía. Con sus sueños. Cada uno con sus asuntos personales. Sus familias, sus amantes, sus hijos. Cada uno con su parte privada de su propia vida, pero unidos en el esfuerzo de conformar algo más que una profesión que se dedica a los demás. La construcción de una sociedad más libre y más segura, pero pagando en ocasiones un precio muy alto: el de nuestra propia libertad.

Comenzamos a ser amigos en la cafetería de la Escuela General de Policía, en Ávila. Era el año 1995 y nos sentábamos alrededor de aquellas mesas redondas e impolutas, y compartíamos un café y un cigarrillo en la época que se podía fumar en los bares y en los edificios públicos. Los cinco teníamos casi la misma edad; aunque Antonio era algo mayor que nosotros. Pero esa ventaja no le transmitió la confianza suficiente como para ser más precavido y cagarla de la manera que la cagó. ¡Joder, Antonio! Hay que ver como la cagaste tío. Metiste la pata hasta el fondo y nos arrastraste a todos. En la época de la escuela, Antonio tenía 25 años. Él era el único que había nacido en 1970, mientras que los otros éramos todos del 73, cada uno de un mes distinto. Uno de los profesores, el de ética policial, nos había dicho que acceder a la policía demasiado joven era lo recomendable, ya que la Corporación lo podía moldear a su antojo y protegerlo de cualquier vicio que hubiera podido adquirir en su vida civil, según sus propias palabras. Aunque recuerdo que en la Academia había alumnos que casi habían cumplido los treinta, y alguno de esos tampoco fue trigo limpio después, según supimos cuando tuvimos conocimiento de sus andanzas.

Sé que los compañeros del Grupo de Operaciones Especiales están justo detrás de la puerta. Los presiento. Los intuyo. Con sus chalecos antibalas, con sus rostros ocultos detrás de un pasamontañas con el logotipo de la policía en la frente, como si fuese un anuncio publicitario. Y el casco. Con sus fusiles de asalto SG 552 en ristre, excepto uno, el más fornido, que en estos momentos debe sostener entre sus brazos el ariete de color negro con el que derribará la puerta, si antes no la abro yo. Ese ariete pesa casi 16 kilos pero imprime una fuerza aproximada de 9 toneladas. La puerta cederá como la tapa de un yogur que se agujerea ante la más mínima presión de un dedo. Y ellos entrarán en la habitación de Olivia, la hija del joyero. Me apuntarán a la cabeza y al pecho con los haces de luz de sus fusiles. Chillarán para producir confusión. Y lanzarán destellos luminosos precedidos de humo y ruido. Mucho ruido. Joder Antonio, como nos jodiste.

## Capítulo 2

El primero que supo lo que había ocurrido, después de Antonio, claro, fui yo. Nunca he creído en los vaticinios y las predicciones, pero, no sé aún porqué, supe que cuando Antonio me llamó por teléfono aquel sábado por la noche del mes de junio de 2015, nunca saldríamos del agujero en que nos metimos todos.

Ese sábado había sido un día vulgar, como tantos otros fines de semana. Al mediodía, después de comer, salí a dar un paseo y estirar las piernas. Subí por la ronda de la estación hasta la calle del parque y luego caminé hasta la comisaría, evitando pasar por delante para no entretenerme saludando a nadie. Transité por la calle Vicente Campo, frente al parque Miguel Servet, y me percaté de que habían abierto un bar nuevo. El Parra, leí en el rótulo. Ni siquiera recordé qué comercio había allí antes del bar, pero me vino a la memoria la imagen de una peluquería. Detrás de la cristalera había una mujer bastante gruesa con la que crucé la mirada. Me acordé de una frase de *Nietzsche* que dice: «*Cuando miras al abismo el abismo también te mira a ti*». Frente al bar se encontraba lo que se conoce como el Grupo Villa Isabel, un conjunto de cinco hileras de casas encuadradas entre las calles Vicente Campo, dando a la zona del parque, y la avenida Martínez de Velasco, en la carretera que lleva hasta el hospital San Jorge. El Grupo Villa Isabel podía haberse convertido en un Triángulo de las Bermudas, donde dicen que desaparecen barcos y aviones en condiciones inexplicables, ya que el triángulo formado por la casa de Antonio, la casa del joyero y el bar Parra, bien podía ser un lugar maldito.

Por la tarde estuve leyendo, no recuerdo qué libro, pero conociéndome seguro que sería uno de *John Irving*. Cenamos, cada uno por su lado. Mi mujer una ensalada que se puso sobre la bandeja, sentada delante del televisor. Yo, un bocadillo frente al ordenador, en mi despacho. Y mi hijo cenó en la mesa del salón mientras pellizcaba su consola. A las diez, Ricardo se metió en su habitación, todavía masticando el último bocado de la cena. A través de la ventana del salón vi pasar por la calle, a toda velocidad, a dos coches nuestros con las sirenas en silencio, pero con los rotativos encendidos. Las diez era la hora del relevo de la noche, igual que las dos era la del mediodía o las siete la de la mañana. Imaginé que los coches irían a un robo. La hora del relevo es cuando más delitos se cometen. Los *choros* se las saben todas y nos tienen controlados. No es ningún secreto que cuando los policías

están en pleno relevo es cuando menos operativos se encuentran en disposición de actuar. Los que salen ya están pensando en comer o cenar o dormir y rellenan sus partes de servicio dentro de la comisaría. Mientras que los que entran están pensando en tomar café. Tomar café al inicio de servicio se había convertido en un ritual inaplazable.

—Lorenzo —me dijo con su característica voz aflautada—. Lorenzo, ¿estás ahí? —preguntó cuando yo ya le había dicho el sí característico al descolgar el teléfono.

Ya tenía que haber sospechado que algo no marchaba bien cuando me llamó al teléfono fijo de mi casa. Hacía ya varios años que nadie llamaba a los teléfonos fijos; todo el mundo lo hacía al móvil. Mi mujer estaba en ese momento leyendo un libro de esos románticos que leía cada día después de cenar y antes de acostarse, mientras que Ricardo jugaba con un videojuego del ordenador en su habitación. A Carmen no le gustaba que jugara tanto rato, pero era el mes de junio y habían terminado las clases y no me parecía apropiado obligar a estudiar a un niño de once años. Ya tendría tiempo de estudiar cuando fuese más mayor, me había escuchado decir en otras ocasiones.

—¿Qué ocurre, Antonio? ¿Sabes qué hora es? —le pregunté mientras alzaba la vista para observar el reloj de pared del salón. En el momento de la llamada eran las once y media de la noche y se escuchó el motor de un coche que transitaba por la calle. El sonido se ralentizó al detenerse frente al semáforo.

—Sí, tío. Perdona que te llame a estas horas, pero estoy jodido, ¿sabes? Muy jodido.

Su voz debió sobresalir por el auricular del teléfono inalámbrico, porque Carmen levantó los ojos y me miró con expresión de circunstancia.

—¿Por qué me llamas al fijo? —atiné a preguntar. En el led me aparecía reflejado su teléfono móvil.

—¿Qué ocurre, Lorenzo? —bisbiseó incómoda mi mujer mientras sostenía sus gafas de leer en la mano, deslizándolas de un lado hacia otro como si quisiera abanicarse con ellas. Carmen tenía unas manos pálidas y huesudas con unas venas rollizas que se atornillaban por todo el dorso.

—Nada, nada —le dije al mismo tiempo que me ponía de pie y me dirigía con el teléfono pegado a mi oreja hasta el pequeño despacho que había justo a la entrada del piso. Mi hijo ni se inmutó cuando pasé por delante de su puerta y tropecé con la manilla provocando un estruendoso sonido parecido a

una nuez cuando se rompe.

—Saluda a Carmen y a Ricardo de mi parte —me dijo Antonio cuando reiniciamos la conversación, ahora más tranquilo desde el despacho.

Esa era una característica reseñable de Antonio, que incluso en los peores momentos era capaz de mantener una cortesía exasperante, que además no era fingida. Quizá, el que no fuera simulada, era lo que más exasperaba.

—Sí —respondí algo incómodo por la prolongación de una conversación que parecía no tocar fin—. Pero ya la conoces, en su mirada he visto la preocupación —dije refiriéndome a mi mujer. Antonio había de saber que a ella no le gustaban esas llamadas a horas tan inoportunas—. ¿Qué ocurre para que llames a estas horas? Es muy tarde —afirmé a continuación entornando levemente la puerta del despacho y cerrando la ventana para no escuchar el ruido de la calle. El motor del coche seguía ronroneando frente al semáforo.

—No te lo puedo contar por teléfono, tío. Es muy fuerte, lo mejor es que quedemos. ¿Puedes ir ahora hasta el Coso Real?

—¿El Coso Real? A estas horas está cerrado —aseguré.

—Sí, ya lo sé hombre, pero podemos vernos en el aparcamiento. Al fondo, donde aparkan los camiones de gran tonelaje. Estoy en un aprieto —resopló.

Carmen se había puesto en pie y se adentró en la cocina, sosteniendo en su mano derecha el libro que leía cuando estaba en el salón. Las gafas las debía haber dejado sobre el sofá. La conocía lo suficiente como para saber que se había acercado hasta donde estaba yo para husmear. Desde que yo recordara, era la primera vez que alguno de los muchachos me llamaba a esas horas con algo bueno. Las llamadas a partir de las once siempre son para algo malo.

—Está bien, Antonio. Está bien. Déjame algo de tiempo para vestirme y quedamos a las doce en punto en el aparcamiento. Trataré de ser puntual. Espero que lo que me tengas que decir sea lo suficientemente grave como para que merezca la pena ir a oírte —le dije bromeando.

—Estoy jodido —replicó como respuesta—. Muy jodido.

### Capítulo 3

Jorge Gastón era el más extrovertido de los cinco. La primera vez que lo vi fue en el locutorio de la academia de policía tratando de ligarse a una de las recepcionistas, cuyos pantalones tejanos no podían esconder unas piernas rectas. La chica hablaba a los alumnos con una cierta coquetería disimulada, que completaba con unos ojos almendrados y coletas largas y rubias. Había exacerbado la lujuria de Jorge, que no paró de hablar con ella hasta que se la llevó a la cama, para olvidarla después; como siempre hizo con la docena de chicas que conoció desde que nosotros lo conocimos a él. Jorge, que entonces contaba veintidós años, nos había hecho reír en la cafetería, días después de aquel primer encuentro, acerca del pretendido bulo del bromuro.

—Eso del bromuro yo creo que es una pura invención de los jefes de la academia para meternos miedo —dijo con suficiencia y exagerando su acento gallego—. Mi hermano me dijo una vez que en la mili también les hablaban del bromuro, pero que al final todos follaban como conejos.

Para Jorge la palabra follar formaba parte irreemplazable de su vocabulario diario. Si no decía «follar» al menos veinte veces al día, es que no era Jorge.

—Pues mi novia aún no ha protestado —intervino, Juan Carlos Egea, el más formal de los cinco.

—Pues protestará, tarde o temprano —hurgó en la llaga, Joaquín, desconociendo en aquel instante que años más tarde a Juan Carlos le lloverían los cuernos con la que luego sería su esposa y que ella lo sustituyó por un vigilante de seguridad del centro comercial de Madrid donde iban a comprar cada viernes por la tarde.

Joaquín siempre fue un cizañero y le gustaba irritar a todo el mundo. Incluso tenía un canturreo repetitivo que salmodiaba constantemente conformando un híbrido entre un silbido tenue y un sonido gutural que exasperaba a cualquiera que estuviese a su lado.

Jorge era originario de Vigo, pero mucho antes de entrar en la policía ya había asumido que tardaría varios años en poder pedir destino para su tierra. Vigo era tan inalcanzable como podría serlo Ávila, Segovia o incluso cualquier ciudad del sur, como Córdoba, Jaén o Granada. Había policías que habían tardado hasta veinte años en poder ir a Granada. Policías que fueron destinados en primera instancia a Barcelona y que allí se casaron, tuvieron hijos, sus hijos se casaron con catalanas y sus hijas con catalanes y cuando llegó la oportunidad de irse a su tierra, decidieron que ya era demasiado tarde

para hacerlo. Los destinos forzosos a Barcelona en los años noventa contribuyeron a poblar de policías andaluces Cataluña, de la misma manera que en los años ochenta se pobló el País Vasco de policías y de guardias civiles. La ventaja de Jorge es que podía disimular su acento gallego sin apenas esfuerzo, y eso le daba varios puntos a favor en su faceta de donjuán. Alguien que es capaz de disfrazar su acento es capaz de cualquier cosa.

Juan Carlos Egea era de Madrid; aunque sus padres habían nacido en Jaén y emigraron cuando Juan Carlos apenas contaba tres años. Ser de Madrid cuando la academia de policía era de Ávila suponía una ventaja añadida a los alumnos que les permitía ir a su casa todos los fines de semana. De los cinco, Juan Carlos era el único que tenía novia en la época de la academia. Patricia no estaba mal, era bastante guapa, pero tenía una belleza empalagosa. Según Jorge le faltaba teta y le sobraba culo; aunque nunca se lo dijo a él: para nosotros nuestras mujeres eran intocables.

Joaquín Fábregas había nacido en Girona, pero por avatares del destino pasó su infancia en Barcelona. Al igual que Antonio también era un perdonavidas al que no le faltaban motivos para iniciar una trifulca con el pretexto más banal. De los cuatro era el que peor me caía, y él lo sabía. Los dos lo sabíamos. Ya en la cafetería de la academia había detectado que se saltaba su turno cuando le tocaba pagar, algo que hizo en más de una ocasión y que creo que solo yo me di cuenta. Lo usual era que cada día pagara uno lo de todos, pero Joaquín, el día que le tocaba pagar a él, no tomaba nada justificando que no le apetecía. Un día nos contó una historia que podía parecer graciosa, pero que solo le hacía gracia a él. El caso es que cuando regresaba de su casa para ir a la academia, el viaje procuraba hacerlo siempre gratis en el coche de algún compañero que vivía en Barcelona, y él se acercaba hasta allí en tren, para que luego el compañero lo llevara hasta Ávila. Nosotros no queríamos ahondar en el tópico de que los catalanes son agarrados, pero es que Joaquín nos lo ponía a huevo. Aun así, y pese a lo picajoso que era, no se enfadaba demasiado cuando le decíamos que era un tacaño. Aunque sí lo hacía cuando le decíamos que era un aprovechado o un jeta. La historia que nos contó, y que decía mucho de su forma de ser, hacía referencia a que su amigo se paró unos minutos en el área de servicio de Alfajarín, en Zaragoza. Aprovechaba para repostar el depósito del Ford Escort y comer algo en la cafetería. Al parecer el amigo iba acompañado de otro alumno de la academia que había recogido en Tarragona; aunque Joaquín nos dijo que no lo conocía. Los tres se sentaron en una mesa, y

Joaquín les dijo que lo hicieran en la que estaba más cerca de la puerta, tocando el aparcamiento donde habían dejado el coche. ¿Para qué? Le había preguntado el amigo. Para irnos sin pagar, le respondió Joaquín sin apenas ruborizarse. Lo curioso es que no aparentaba tener problemas económicos, más bien creo que era un cleptómano incipiente que había derivado en una malsana obsesión por ahorrarse el dinero en todo. No era jugador, ni pendero, ni siquiera fumaba, pero no se gastaba un duro en nada.

Antonio tampoco fumaba cuando lo conocimos; aunque nos había contado que antes de entrar en la policía había fumado como un carretero. Su vicio y pasión eran las artes marciales. Seguramente tuvo parte de culpa el hecho de ser un niño obeso y con una horripilante voz de pito que fue la mofa de todos sus compañeros. El acoso en los colegios consigue dos tipos de niños: los retraídos y asustadizos, o los envalentonados y osados. Antonio se transformó en lo segundo. Ya en la adolescencia, cuando apenas contaba diecisiete años, pasó unas horas en la comisaría de Badalona prestando declaración como menor por una reyerta con lesiones, según nos había contado un día que habló del tema. Le había fracturado la mandíbula a un chico de su misma edad y originario de Mataró, utilizando para ello la parte más dura del cuerpo humano: el codo. Aunque los entendidos dicen que es el fémur, pero con ese hueso no se puede golpear una mandíbula. Al ser menor de edad no le grabaron antecedentes policiales, lo que le permitió acceder a la policía en el año 1995. Después de todo lo que ocurrió, un día me dio por pensar que si cuando se peleó con ese chico de Mataró hubiera tenido dieciocho años, estoy seguro de que hubiera tenido antecedentes penales al ser mayor de edad y no hubiera entrado en la policía. Y entonces tampoco hubiera pasado lo que pasó. Parece increíble que una simple acción en nuestra vida pueda determinar el destino de muchas personas que hay a nuestro alrededor. Si Antonio no hubiera entrado en la policía nacional, yo no estaría en la situación que estoy. Joder Antonio, cómo me jodiste.



## Capítulo 4

—¿Dónde vas a estas horas? —me preguntó Carmen, ocupando el centro del pasillo como si quisiera evitar que me escapara sin su consentimiento.

Ricardo asomó la cabeza por la puerta de su habitación. Quizá había presentido, por el tono de voz de su madre, que la situación requería una atención especial.

—He quedado con Antonio —respondí balbuceando.

—¿Ahora? ¿Sabes qué hora es, Lorenzo?

—Sí, ya lo sé. No creo que tarde en regresar. Quédate tranquila.

Ella me miró como se mira a alguien que está mintiendo. Sea lo que fuese que quería Antonio no era nada bueno. No se llama a un amigo a las once y media de la noche para citarlo en el aparcamiento de un centro comercial, si el tema a tratar no es lo suficientemente grave. Y, por la voz asustadiza de Antonio, lo era. Por un instante me sentí como los mafiosos de las Vegas cuando se citaban en el desierto y solo uno de ellos regresaba mientras que el otro terminaba sepultado bajo un metro de tierra. Pero recapacité que yo no había hecho nada por lo que tuviera que temer a Antonio. ¿O sí?

Desde la desaparición de una de las tabletas de hachís de la operación antidroga del 2013, la desconfianza entre nosotros se había acrecentado hasta hacerse insoportable. La operación la había llevado a cabo el Grupo II de la comisaría de Huesca, pero era una investigación conjunta entre varias comisarías de la comunidad y dos grupos más, uno de Málaga y otro de Lérida. Entre los policías de Lérida había uno al que apodaban «*El Porros*». El que un policía tenga un mote así, ya es sintomático de cómo debe ser ese policía, y máxime cuando él mismo permite que se lo digan y que además esté conforme con que lo llamen con ese sobrenombre. El Porros, David Orué, era todo un personaje tanto en el aspecto físico como en la forma de hablar. Los compañeros de Lérida decían de él que se les debió colar a los psicólogos de la policía, porque era incomprensible que hubiera pasado el proceso selectivo. Pero el caso es que el Porros no solo había accedido a la policía, sino que además estaba destinado en un grupo de estupefacientes. Otro desacierto. Jaime Gil, un amigo de Antonio, y que compartía destino con el Porros, había dicho de él que ostentaba el récord de expedientes abiertos. Pero que en la totalidad esos expedientes se habían cerrado a la misma velocidad que se abrían. Supongo que el que su hermano fuese

comisario tenía mucho que ver. Jaime nos contó que todos en la comisaría de Lérida sabían quién era el Porros, pero que pese a su aspecto físico similar a un vagabundo, incluso olía igual, era un buen compañero y un buen policía. Orué había intervenido, él solo, más de cien kilos de hachís y casi trescientas papelinas de cocaína, en diversas operaciones contra el menudeo en la provincia de Lérida desde el año 2009, cuando fue destinado allí. Por lo que sabíamos, sus jefes estaban contentos con él, y es que la estadística es una de las mayores lacras de la policía, ya que no importa lo impresentable o repudiable que sea un agente, si va bien para la estadística es que es un buen policía. En la operación del 2013 se intervinieron tres kilos de hachís a un Renault Laguna que llegó a Huesca proveniente de Lérida y que lo seguían los compañeros de la unidad central de Madrid, desde Valencia. Pero la información había partido desde la comisaría de Málaga, lugar de donde eran los cuatro traficantes. Los de Huesca sabíamos en qué coche llegarían, de dónde venían y cuántos ocupantes serían, pero no sabíamos dónde estaba escondida la droga, ni qué cantidad transportaban. Después de concluida la operación supimos que uno de los cuatro ocupantes era un informador de la policía. Se llamaba Francisco Villegas y era originario de Melilla. Aunque los de la Comisaria General de Estupefacientes lo conocían como «*Paco el moro*». Nadie de Huesca o Lérida sabíamos que *Paco el moro* era un delator que nos diría dónde estaba escondida la droga. Nunca supimos qué trato hicieron con él los de la Central, pero cualquier cosa sería válida para incautar el alijo; aunque hay que reconocer que tres kilos de hachís tampoco es como para que a uno le den la medalla roja.

En la noche que se les pilló en Huesca, los cuatro fueron detenidos y pasaron 48 horas en los calabozos hasta que fueron puestos a disposición judicial. El chivato cumplió su palabra y nos dijo dónde estaba oculta la droga: en los conductos de aire acondicionado del Ford Escort. Aunque el perro de la Benemérita la hubiera hallado sin ningún impedimento, sin duda. Todos los agentes que participamos en la operación confluimos en la comisaría de Huesca. Éramos tantos que fue imposible determinar quién fue el que se quedó con una de las tabletas, porque en realidad lo que hallamos en los circuitos del aire del coche fueron cuatro paquetes de un kilo cada uno de hachís. Cuando Joaquín Fábregas rajó con un cuchillo el tubo, que previamente había palpado desde fuera y comprobó que había algo en su interior, en el patio de la comisaria estábamos todos los participantes en el operativo; incluido el inspector de judicial que lo coordinaba. Todos

contamos cuatro fardos de chocolate. Todos vimos cómo Joaquín y aquel chico de prácticas, que no recuerdo ahora cómo se llamaba, los cogieron y los metieron en el cuarto que hay al lado de los calabozos, para su custodia. Todos vimos cómo echaron la llave y cómo se la entregaron al inspector que a su vez se la dio al policía de la inspección de guardia para que la guardara en el cajón de la oficina de denuncias. Todos lo vimos todo.

El viernes por la mañana, un Zeta de Seguridad Ciudadana había de llevar la droga a Sanidad para su pesaje y análisis. Pero al abrir la puerta del cuarto donde se custodiaba la droga solo contaron tres paquetes. Y ahí comenzó el problema. Todos éramos sospechosos y cualquiera de nosotros podía haber sido el que cogió el paquete que faltaba. Pasado el primer momento comenzamos a reaccionar cada uno a nuestra manera. Joaquín y Juan Carlos sugirieron que la droga la podía haber cogido alguno del turno de mañana. Ellos también tenían acceso a la llave del cuarto de custodia y, casualmente, no había ni una cámara de vigilancia que apuntara a ese cuarto. Juan Carlos hacía unos meses que entró en Policía Científica, pero mantenía una estrecha relación con nosotros. La noche de la intervención del hachís él estaba de incidencias y participó en el operativo. En cualquier dispositivo de la policía era necesaria la implicación de un funcionario de Policía Científica.

—¿Por qué no hay una cámara ahí? —me preguntó Jorge en un momento que los dos coincidimos en la máquina de café.

—Pues, si quieres te sea sincero, no lo sé —repliqué diciendo la verdad.

En su frente se perfiló una arruga. Y antes de que volviera a preguntarme sobre lo mismo se acercó hasta nosotros *el Porros*, sosteniendo un cigarrillo en la mano. Me fijé en que tenía la barba como si fuese un césped negro. Creo que nunca he conocido a nadie al que le creciera la barba tan rápido.

—Me voy afuera a fumar —dijo jubiloso.

Tanto a Jorge como a mí nos sorprendió la despreocupación del Porros cuando todo el grupo estábamos interrogándonos unos a otros sobre quién se podía haber llevado el paquete que faltaba, pero a él no parecía preocuparle lo más mínimo. Después de aquel incidente los de Asuntos Internos abrieron una investigación reservada y tomaron declaración a todos los que estuvimos esa noche, a los del turno de mañana y a los del turno de la tarde del día siguiente. Creo que tomaron declaración a todos los policías de Huesca. El Porros, por su parte, seguía más tranquilo que nunca. Como si aquello no fuera con él.

Unas semanas después de aquel asunto nos juntamos los cinco en el café

del Arte con la excusa de charlar un rato. Faltaban unos días para las vacaciones de verano y en Huesca comenzaba a sentirse el espíritu de San Lorenzo por doquier. En aquella reunión, que nos recordó a las que manteníamos en la cafetería de la academia de policía, Juan Carlos fue el primero que, y manteniendo su actitud asustadiza, aludió a que los de asuntos internos nos estaban vigilando. A todos. No obstante el despacho de la Brigada de Información estaba justo encima del de científica. Y el jefe de científica, el inspector Luis Lacalle, tenía una relación estrecha y amigable con el jefe de Información. Y los de la Brigada de Información eran los primeros en incoar expedientes disciplinarios, algo así como la antesala de Asuntos Internos en las comisarías locales.

—¿A nosotros? ¿Por qué? —me interesé—. Esa noche éramos muchos. Cualquiera podía haberse quedado el kilo de hachís —dije como garante de que nuestro grupo se hallaba libre de culpa.

Mientras hablaba me dediqué a escudriñar las miradas de mis compañeros. Sus gestos. Su comportamiento. Incluso la forma peculiar de cada uno en afrontar el problema que surgió la noche de la detención de los cuatro traficantes de Málaga. Antonio jugueteaba constantemente con el teléfono móvil, el cual deslizaba sobre la mesa como si fuese una ficha de dominó que tuviera que encajar en un invisible juego. Parecía ausente y no le interesaba lo más mínimo el miedo fundado de Juan Carlos de que nos estaban vigilando. Joaquín hablaba mucho, como siempre. Pero no decía nada, también como siempre. Yo mantuve que su afán de hablar sin cesar era más una forma de expulsar sus nervios que una manera de conversar. Pero entre todos los dislates que llegó a decir aquella tarde, hubo uno en especial que me llamó la atención:

—Para qué coño querrá alguien un kilo de hachís —preguntó en voz baja mientras el camarero del café del Arte se alejaba después de dejar una ronda de cafés sobre nuestra mesa.

Parecía una de esas preguntas trampa que se hacen a los niños pequeños para saber si están mintiendo. No había terminado de formular la cuestión, Joaquín, cuando todos nos miramos esperando a ver quién era el primero en responder. Incluso Antonio dejó quieto el teléfono móvil sobre la mesa, que en ese momento apuntó hacia el cortado que estaba tomando Jorge.

—¿Para fumárselo? —preguntó Joaquín, pasados unos segundos, en una entonación que tanto podía ser una pregunta como una respuesta irónica—. ¿Para venderlo? —volvió a decir, esta vez riendo por debajo de la comisura

de sus labios.

Jorge tamborileaba el suelo con la punta del pie de un modo irritante. Parecía como si quisiera decir algo de lo que no estaba seguro.

—Y tú, Juan Carlos, ¿qué opinas? —lo animé a intervenir.

Él era el único que ya no estaba en judicial, como nosotros. Su opinión era importante porque aportaba una perspectiva externa.

—Veréis —dijo mientras destrozaba el sobre del azúcar en varios pedazos —, no sé quién se ha podido quedar el kilo de hachís, pero sea quién sea no es la primera vez que lo hace.

Joaquín arrugó la nariz.

—¿Por qué dices eso?

—Porque un policía que es capaz de robar un kilo de hachís es un policía que ha de estar muy seguro de lo que hace. Si lo pillan no solo se queda sin empleo y sin reputación, sino que además iría a la cárcel. Ha de estar muy seguro de lo que hace —volvió a repetir—. Quizá necesita el dinero, pero no sé cuánto se podría sacar con un kilo —su ceja derecha se levantó y dibujó un perfecto triángulo de color negro.

—El hachís no es como una barra de pan —dijo Antonio mientras encendió la pantalla de su teléfono.

—¿No estarás grabando esta conversación? —se asustó Juan Carlos. Sus ojos irradiaban temor.

—¿Grabar, para qué?

Observé que Antonio había iniciado la calculadora de su *Iphone*. Supuse que para calcular cuánto valdría un kilo de hachís. Eso lo descartaba de inmediato de cualquier ecuación de culpabilidad. Si se proponía calcular por cuánto se vendería un kilo es porque no lo sabía. Y si no lo sabía es porque no lo había calculado antes. Además, qué coño, ¿para qué querría Antonio un kilo de hachís? Él era un deportista que estaba entregado a las artes marciales. Y los deportistas no se drogan.

—Si no me equivoco el gramo ronda los dos euros —dijo meditando—. Mil por dos, dos mil —concluyó.

—Para eso no te hacía falta la calculadora —ironizó Jorge.

—De verdad creéis que un policía se la puede jugar por dos mil miserables euros —exclamó Antonio componiendo una expresión de asco.

Jorge balanceó la cabeza de lado a lado como si la tuviera rota.

—Yo no creo que lo haya robado para sacar dinero. El que lo ha hecho ha sido para pagar favores. La droga es una moneda de cambio.

—¿El Porros? —pregunté—. ¿Crees que el Porros se la ha llevado?

—Es posible —divagó Jorge—. O cualquiera del grupo de Lérica. Esa noche había mucho policía y mucho desconocido. Un kilo de hachís se puede usar para muchas cosas, entre ellas para pagar a un confidente.

—Sea para pagar a un confidente o para venderlo, el hijo de puta que se ha quedado la droga merece la pena capital —soltó de repente Antonio—. No se puede permitir que un policía haga esas cosas y los de asuntos internos no están haciendo nada para atraparlo. Un kilo de hachís no es un Iphone.

—Igual fue el mismo —sugirió Jorge—. Si un policía es capaz de robar un Iphone, también es capaz de robar un kilo de hachís.

—No creo que sea el mismo —dije acordándome de lo del Iphone—. Cuando robaron ese teléfono el Porros no estaba aquí, por ejemplo, y entonces había policías que ahora ya no están, como los de prácticas.

—¿Qué es eso del Iphone robado? —preguntó Joaquín.

—Ah, disculpa —respondí al recordar que Joaquín no llegó a Huesca hasta finales del año 2011—. Eso fue bastante antes de que tú llegaras a Huesca —le dije—. Creo que debió ser en el 2010 —calculé mentalmente—. El dueño de un bar acercó a la comisaría un Iphone de color negro, creo que era el 4 o el 5, no lo recuerdo bien; pero para lo que te voy a contar es lo mismo. El tío lo halló sobre la mesa de unos clientes que momentos antes habían estado almorzando. Lo cogió y lo llevó hasta la comisaría. Allí lo recogió el policía que estaba en seguridad y lo arrojó a la caja esa de cartón donde meten todo lo que traen: documentos, llaves, carteras y algún móvil. Cuando regresó al bar se topó de bruces con la propietaria del Iphone, una chica joven que trabajaba en una tienda de moda que había en la acera de enfrente del bar, y la chica se lo dijo.

—¿Qué le dijo? —preguntó Joaquín con su celeridad habitual.

—Joder, Joaquín, lo del móvil. Le dijo lo del móvil, que se lo había olvidado en la mesa del bar. Entonces el dueño le indicó que lo había llevado a la comisaría y que allí lo entregó...

—Y cuando la chica preguntó por su móvil resulta que el móvil no apareció por ningún sitio —concluyó Juan Carlos—. Me acuerdo de aquello como si fuese hoy mismo —anotó con una mueca entre nostálgica y endiablada—. Nos tomaron declaración a todos los turnos. Y cuando digo todos los turnos quiero decir todos —alargó la primera vocal—. Nos volvieron locos con el puto Iphone que nunca apareció.

Mientras que Juan Carlos maldecía yo comencé a calcular de memoria

quiénes habíamos coincidido a finales de 2011 en la comisaría con los que había ahora. Si mis sospechas eran acertadas, y el que sustrajo el Iphone era el mismo que había sustraído la droga ahora, solo tenía que ir descartando a los policías que no estuvieron en ambas ocasiones. Era sencillo. Y muy parecido al juego ese del *Cluedo*.

—Yo creo que no hay coincidencia entre los dos hechos —intervino Antonio, que había dejado de voltear su teléfono sobre la mesa y parecía comenzar a prestar atención a lo que hablábamos—. El que robó el Iphone lo hizo por pura cleptomanía. Un caprichoso. Un policía que vio este pedazo de teléfono y se encaprichó de él —señaló su Iphone, pero sin tocarlo—. Pero el que se ha llevado el kilo de hachís lo ha hecho para negociar.

—Si es para negociar —interrumpió Jorge—, como dices tú, entonces no cogerán al ladrón. Porque negociar es algo bueno cuando se trata de atrapar un pez más grande.

—Esperad —traté de poner orden en la conversación—. Estáis diciendo que ese kilo se lo han dado al chivato como pago por vender a sus compinches.

—Puedes apostar por ello —asintió Jorge.

Observé a los demás de uno en uno, y todos, salvo Joaquín, bajaron la cabeza.

—Y tú, ¿qué dices? —le pregunté directamente.

—Que si un policía roba un teléfono móvil en una comisaría no hay nada que le impida dar un bocado más grande. Ese policía es como un oso que ha probado la sangre y ya no puede comer otra cosa.

Según Joaquín, él no podía ser el que se llevó el kilo de hachís porque no estaba en Huesca cuando robaron el móvil en el año 2011. Y siguiendo con mis pesquisas mentales del *Cluedo* tampoco podía ser «El Porros», porque no pertenece a nuestra comisaría. Pero sí que podían ser cualquiera de los otros: Antonio, Juan Carlos o Jorge.

## Capítulo 5

Solo faltaban cinco minutos para las doce de la noche. Siempre me gustó acudir a las citas antes de la hora concertada. Incluso en los relevos de Seguridad Ciudadana tenía fama entre mis compañeros de turno de ser el más puntual; no soportaba llegar tarde a ningún sitio. Y como decía un compañero de Barcelona, no llegaré tarde ni a mi propio entierro.

Mientras accedía al aparcamiento del Coso Real, buscaba con la vista el Renault Clio de Antonio. No me fue difícil dar con él, ya que a esa hora solo estaba aquel Renault Megane de color rojo abandonado, que siempre había aparcado delante del bazar chino, y la furgoneta del vigilante de seguridad que dejaba estacionada frente a la puerta del hipermercado para impedir un alunizaje. Aquella Citroën Jumper de color negro y el Renault Megane rojo, eran los únicos vehículos que se podían encontrar en el aparcamiento del centro comercial. Esa noche recuerdo que ni siquiera había nadie lavando el coche en el lavadero, algo que nunca comprendí. No entendía cómo alguien se podía ir a altas horas de la noche a lavar el coche.

En cierta manera me sentía responsable de cualquier cosa que ocurriera en Huesca, ya que yo fui el causante de que todos acabaran aquí. Cada uno por un motivo, sí, pero al final me hicieron caso y fueron pidiendo como destino esta ciudad. Yo llegué a Huesca en el año 2002, desde mi último destino en Murcia. Ricardo aún no había nacido y Carmen estaba pasando una mala racha en la ferretería de la calle Greco. Llevaba trabajando allí desde los veinte años y las posibilidades de cambiar de empleo se habían desvanecido como se evapora la humedad de la luna del coche al accionar el aire acondicionado. En 1995, cuando entré en la academia de policía, tanto Carmen como yo teníamos veintidós años. Yo la había estado animando para que opositara a la policía nacional conmigo. Traté de engatusarla con la posibilidad de irnos los dos juntos a la escuela y compartir instrucción. Pero ella llevaba dos años en la ferretería, y por aquel entonces estaba muy contenta. Le habían hecho un contrato fijo, el sueldo no era malo y el trabajo no suponía una complicación insalvable.

—No creo que sirva para policía —me dijo tratando de convencerse a sí misma.

Yo la había amedrentado con la nada descabellada expectativa de que tuviera que irme destinado a otra ciudad de España. Pero Carmen sabía que



aunque me tuviese que ir al País Vasco o a Barcelona, en un par de años, tres a lo sumo, podría pedir destino y optar a alguna plaza en Murcia. Como fue finalmente. Después de estar un par de años en la costa catalana pude pedir para la comisaría de Murcia, y en el año 1997 me presenté ilusionado en el que sería mi destino los próximos treinta años. Así, dicho de corrillo, se me antojaba extraño que pudiera estar haciendo lo mismo durante tanto tiempo. Hasta los veinte años siempre había soñado con la perspectiva de ser lo más parecido a un agente secreto cuya vida se reinventa cada día. Pero después de regresar de Cataluña y con la expectativa de afincarme de por vida en Murcia, supe que había llegado el momento de desaprender lo aprendido.

Carmen siempre ha sido una mujer guapa. De un metro setenta, delgada y con una mirada elocuente de las que hacían callar cuando alguien soltaba alguna tontería. A mí no me hacía gracia que trabajara en la ferretería de la calle Greco. De hecho no me hacía ninguna gracia que trabajara en ningún sitio donde tuviese que estar de cara al público. Una chica joven, alta y delgada llamaba lo suficiente la atención para que todo el mundo se fijara en ella. Mi permisividad para tolerar pretendidas infidelidades, que solo anidaban en mi imaginación, se había desvanecido desde que un lampista barrigón y maloliente, de cigarro puro y perenne en los labios, había tenido que huir con el rabo entre las piernas el día que se le ocurrió decirle a Carmen que tenía unos pechos muy bonitos. Carmen hacía unos meses que había entrado a trabajar en la ferretería, y le gustaba vestir bien por aquello de agradar al jefe y sentirse valorada por los clientes. Quizá ese verano había abusado del escote lo preciso como para que aquel lampista le soltara un piropo que se convirtió en acoso. La reacción de Carmen, que tuve la suerte de presenciar, fue tan proporcionada y ajustada a la ofensa del soez maleducado, que ni el jefe, ni los compañeros, ni yo mismo, pudimos objetar nada a su repulsión verbal.

—Sí, los tengo bonitos —replicó sarcástica—. Pero usted nunca tendrá unos así a su alcance. No se hizo la miel para la boca del asno —remató.

El lampista enrojeció levemente y se marchó de la ferretería para no regresar jamás. Uno de los dueños, de los dos hermanos que eran propietarios, le había dicho a Carmen que tenía que tener más tragaderas con los clientes. Luego le puso el ejemplo de la película «*Hasta que llegó su hora*» donde un magnífico *Jason Robards* le dice a una estupenda *Claudia Cardinale* que tiene que hacer cómo que no se da cuenta cuando un trabajador del ferrocarril le toca el culo. «Esos hombres han trabajado muy

duro y bien merecen ver a una chica guapa como tú». Repitió la frase de la película.

El sueldo de Carmen, sumado al mío, no era suficiente como para llevar la vida que nos hubiera gustado. O la que queríamos llevar. Compramos un piso en el centro de Murcia, en la avenida Juan Carlos I, y nos metimos en una hipoteca impagable. Siempre pensé que la culpa fue del banco porque nos dio el dinero y no nos advirtió. En esos años los bancos solo querían dar dinero para que todo el mundo les debiera. Dieron a los jóvenes para que compraran pisos que no podían pagar. E hicieron que los abuelos invirtieran en unas llamadas «preferentes» que luego no cobrarían. El director del banco era un tipo afable, de pelo largo y engominado, ligeramente rizado por la nuca, y al que nunca vimos sin corbata, ni siquiera un día que nos lo cruzamos delante de la Catedral en compañía de una joven a la que doblaba la edad, y que, contra todo pronóstico, no era su hija, según percibimos por los arrumacos que se hicieron cuando nos alejamos. Cuando solicitamos la hipoteca nos dijo que podíamos aprovechar el préstamo para comprarnos un coche.

—Qué coño —se conchabó con nosotros—. Todo el mundo lo hace.

Luego se retrepó en la silla y ofreció la imagen de un chulo sacado de la película *Scarface*. A Carmen, después de todo, le caía bien. Incluso se había sincerado conmigo y me dijo que lo veía guapo. El caso es que nos convenció para que incluyéramos un Audi A4 en el cómputo total de la hipoteca, que disparó el préstamo hasta una cuota, como he dicho antes, impagable. El principal problema que teníamos era referente al valor del piso que pensábamos comprar. El año 1997 aún no se había desinflado la burbuja inmobiliaria y la vivienda estaba tan cara que los ricos aprovecharon para hacer negocio. Se había entrado en una vorágine de la que no se saldría a no ser que explotara. Como de hecho ocurrió. La gente compraba pisos a 10 y los vendía a 20. El que lo compraba a 20 lo vendía a 35. Y así sucesivamente hasta que un piso del montón en el centro de cualquier ciudad de España podía costar cincuenta millones de pesetas, unos trescientos mil euros. Como nos costó a nosotros; Audi incluido.

—En teoría nosotros solo podemos prestarles el ochenta por ciento del total de la hipoteca —nos dijo el director—. Pero el tasador tasaré lo suficiente como para que entre todo —anotó con suficiencia.

Luego se rió como si hubiera hecho un chiste. Un chiste malo, por cierto.

Carmen me miró arrugando la frente. Conocía esa mirada de sobra. Era la mirada que ponía cuando algo no le gustaba, pero que aceptaba como bueno.

—No os tenéis que preocupar —intervino el director para sacarnos de la abstracción—. El tasador lleva anotado, aparte, el importe que tiene que poner en su informe. No ha de olvidar que trabaja para nosotros y hace lo que le decimos que tiene que hacer. Os daremos el préstamo. Sin problemas.

Y nos tiramos a la piscina.

En seis meses ya nos habíamos quedado sin un céntimo. El Audi gastaba más de lo que podíamos pagar. Y la hipoteca consumía la totalidad de nuestros sueldos. Pero nuestro ritmo de vida no había aminorado. Es más: se incrementó. No había fin de semana que no cenáramos fuera. Vacaciones en la playa. Ropa. Los meses se juntaron y el día 2 ya no teníamos dinero para llegar a fin de mes. Y entonces comenzaron los préstamos. El primer préstamo que pedimos fue al mismo banco al que le debíamos la hipoteca. Nos ingresaron treinta mil euros con los que aprovechamos para cambiar algunos muebles del piso que no le gustaban a Carmen. Un tresillo de piel y el juego de sillas del salón. Parte de ese dinero lo desplazé para cambiar las ruedas al Audi y hacerle una puesta a punto que necesitaba desde hacía unos meses.

En 1998 había conseguido una plaza en la policía judicial de Murcia, lo que me permitía un horario más apacible que el de seguridad ciudadana, además de disponer de más tiempo libre los fines de semana. Pero Carmen seguía empleada en la ferretería y el sueldo apenas se había incrementado lo que marcaba el IPC anual. Y a mediados de año ya no podíamos pagar ni el préstamo de treinta mil euros ni la letra de la hipoteca. Y comenzamos a pedir créditos a entidades privadas para poder pagar las letras, que se amontonaban. Habíamos comenzado a caer por un barranco del que no vislumbrábamos el fondo. La ruina total.

Un día, después de cenar en un restaurante de la zona de la Catedral, nos acercamos hasta el Bingo que había en la Ronda de Levante con intención de pasar un rato y probar suerte. Carmen era reacia a apostar un dinero que no teníamos. Pero la convencí diciéndole que era como jugar a la Lotería o la Primitiva pero con la inmediatez que daba el cobrar el premio al instante. Fuimos a la hora de máxima asistencia de público, cuando el premio era más alto; aunque también más difícil. Varios jugadores nos reconocieron tanto a Carmen como a mí. Ella porque trabajaba de cara al público y yo porque era policía. Y a los policías los reconoce todo el mundo. Nos sentamos en una mesa del centro y pedimos un par de cafés. El jefe de sala era un viejo conocido mío: Agustín Pereira. De mi misma edad y cuyo padre le había

conseguido el trabajo. Agustín no era alto, pero sí estilizado. Ataviado con un elegante traje negro ofrecía un aspecto más que respetable. Al verme se dirigió enseguida hacia nuestra mesa y nos saludó, distante y profesional.

—Buenas noches, pareja —dijo repartiendo su mirada entre los dos.

Carmen no lo conocía, por lo que tuve que presentarlos.

—Carmen, Agustín. Un amigo del colegio. Agustín, Carmen. Mi mujer.

Se dieron la mano y Agustín se encaminó al centro de la sala a repartir los boletos entre los vendedores. Con un gesto algo altivo miró a su alrededor, con aires de ser el propietario del Bingo, para ladear la cabeza después mientras hablaba por un micrófono que llevaba colgado del cuello. Parecía un selenita en medio de un supermercado.

Nosotros comenzamos a jugar un cartón cada uno. Y, como era de esperar, tuvimos la suerte de los debutantes. En el segundo cartón Carmen cantó un bingo que ascendía a sesenta mil pesetas. Los compañeros de mesa nos miraron con cierta envidia; aunque nos felicitaron con profesionalidad de competidor. Luego yo canté una línea, que tuvimos que repartir con otra mesa. Y Carmen cantó dos bingos más, casi seguidos, que ocasionaron una mirada amenazante de una señora de mediana edad, compañera de nuestra mesa, que arrugó la boca como si quisiera despedazarnos a mordiscos. Ese día estábamos tan a gusto en el bingo, tan ufanos y tan satisfechos de nuestra suerte, que creímos merecida, que no hallamos el momento de marcharnos. Carmen me dijo:

—Vayámonos.

—Un cartón más —insistí.

Agustín Pereira nos hizo traer una botella de champán, ante la atenta e insidiosa mirada de nuestros compañeros de mesa. Él compartía nuestra felicidad y sonrió abriendo tanto la boca que pude ver el resplandor de una ortodoncia entre los dientes.

—Tienen ustedes mucha suerte —dijo la mujer de mediana edad, mientras que cogía un cigarrillo de una pitillera metálica—. Váyanse ahora que aún no es tarde.

Yo di un largo sorbo a la copa de champán y lamenté que la envidia pretendiera hacer que nos sintiéramos incómodos en nuestro momento de gloria. Aunque recapacité que esa animosidad de nuestros compañeros de mesa era quizá la que nos hacía sentirnos jactanciosos.

Confieso que me costó marcharme de allí. Pero al final aproveché un momento en que Carmen fue al servicio, para esperarla e irnos los dos juntos.

Me puse en pie. Di un paso, luego otro, y otro, y caminé erguido hasta la puerta de salida. Carmen iba delante, como si quisiera tirar de mí. Se giró un par de veces y me miró a los ojos. Parecía que quisiera convencerme de que nunca más regresaríamos al bingo. Los dos sabíamos que a nadie se le permite morir más de una vez.

El dinero que ganamos aquella noche nos fue tan bien que estabilizamos nuestra maltrecha cuenta corriente y pusimos al día varias letras que debíamos de la hipoteca. A pesar de todo nuestra situación económica se estaba deteriorando a pasos agigantados. El bingo se convirtió en una alternativa a los ingresos extras que tanto necesitábamos y durante varios fines de semana lo frecuentábamos con tanta asiduidad que nos conocíamos el nombre de todas las chicas que vendían cartones, y ellas sabían los nuestros.

—Buenas noches, pareja, ¿qué tal todo? —nos saludaban nada más entrar.

Agustín Pereira le propinaba dos besos a Carmen, me estrechaba la mano y hacía una señal al camarero para que nos trajera una botella de champán. Esos días ya supimos que era un gesto que tenía con todos los clientes habituales. No obstante era gracias a nosotros que ellos estaban viviendo bien. Comenzamos a ir al bingo todos los fines de semana: viernes, sábado y domingo por la tarde. Merendábamos y cenábamos en el bingo. Cantamos varias líneas y bingos, algunos de poco importe y otros repartidos con otras mesas con las que cantamos a la vez. De hecho, después del primer día, no hubo ninguna jornada más donde nos hubiéramos levantado de la mesa ganando dinero. Siempre perdíamos. Perdíamos. Perdíamos...

Carmen comenzó a vender cadenas, sortijas y pulseras de oro y plata en diversas joyerías de Murcia. Cada vez iba a una distinta para que no la reconocieran. Yo vendí el Audi por la mitad del dinero de lo que me costó. Lo más duro para Carmen fue cuando comenzó a pedir anticipos en la ferretería. Los llegó a solicitar tan seguidos que hubo varios meses que ni siquiera cobró.

Tocamos fondo.

—¿Y si nos vamos de aquí? —le dije una mañana de domingo mientras preparaba una cafetera italiana en la cocina.

Carmen me ofreció una mirada difícil de interpretar. Se encendió un cigarrillo y bizqueó cuando el humo pasó por delante de sus ojos llorosos.

—¿A dónde?

—A otra ciudad. A un sitio tranquilo. A un lugar donde no haya bingos y

donde nadie nos conozca.

Arrugó la nariz y se puso una uña en los dientes, pero sin llegar a morderla.

—¿Y mi trabajo?

—Encontrarás otro.

—¿Y el tuyo?

—Puedo pedir traslado. En febrero saldrán plazas a todas las comisarías de España. Dispongo de suficiente baremo como para optar a más de la mitad de las que convoquen.

—¿Y el piso?

—Lo vendemos. Y además si vamos a una ciudad más barata podremos pagar las deudas y comenzar una nueva vida.

En el año 2002 hicimos las maletas y nos fuimos a Huesca con lo puesto y con una furgoneta que alquilamos a una empresa que tenía sede allí, por lo que pudimos dejarla en la estación Intermodal para que la recogieran. Alquilamos un piso en el barrio de los Olivos y Carmen comenzó a trabajar en una oficina bancaria del Coso. Y para nuestra suerte en Huesca solo había un bingo al que no merecía la pena ir, ya que el premio podía ser menos que el precio de lo que costaba un cartón.

En Huesca iniciamos una nueva vida.

En poco tiempo nos habíamos hecho con la ciudad. Carmen estaba contenta. Y yo estaba bien en el trabajo. Nos iba tan bien que creímos que la ciudad había tenido algo que ver en nuestra alegría. Y así comenzamos a divulgarlo entre nuestras amistades.

—¿Qué tal por Huesca?

—De maravilla.

—¿Cómo estáis en Huesca?

—Lo mejor que hemos hecho hasta ahora: Ir a Huesca.

—¿Estáis bien en Huesca?

—De fábula. Carmen trabaja y yo estoy muy contento en la comisaría.

En el año 2005 nació Ricardo, momento que aprovechamos para comprar un piso y afincarnos definitivamente en la ciudad. Ricardo vino al mundo un año después de que Juan Carlos llegara a Huesca. Él fue el segundo en hacerlo, después de mí.

## Capítulo 6

Antonio estaba de pie, delante del Renault Clio, y me hacía señales con el brazo en alto, como si temiera que no lo fuese a ver y yo me marchara de allí sin llegar a hablar con él. Al pasar por delante de la vidriera de la puerta principal del centro comercial, vi la silueta del gigantesco vigilante de seguridad que me observaba como si fuese una figura de mármol inamovible. Al rebotar los faros de mi coche con sus ojos, estos emitieron un brillo similar a un robot que acabara de despertarse. Pasé por delante del *McDonalds* y vi a dos chicas recogiendo y limpiando las mesas de la terraza. Una de ellas era excesivamente flaca y muy poco atractiva, pero recogía la bandeja de la mesa sin perder una luminosa sonrisa. La otra caminaba anadeando, como si estuviese escuchando una música de fondo, que a través de la ventanilla bajada de mi coche pude comprobar que era inexistente.

Antonio encendió un cigarrillo justo en el momento que aparcaba mi coche a su lado. Dio una calada. Echó el humo por la nariz y le dio otra calada más. Hasta donde yo sabía había dejado de fumar hacía un par de años, después de retomarlo tras mucho tiempo. Así que no era ninguna buena señal que hubiera vuelto a fumar. Aunque recordé que desde que lo había dejado tuvo varias recaídas.

—Debe ser grave para hacerme venir a estas horas —le dije sin bajarme del coche.

—Ya lo creo colega —replicó—. Estoy jodido, de verdad.

Sus ojos emitían un extraño destello que achaqué a que había bebido. Pero su voz vocalizaba sin entorpecimiento. Mientras hablaba balanceaba el cuerpo de un lado hacia otro, el característico vaivén de los luchadores de artes marciales cuando se preparan para el combate. Parecía que Antonio me estaba tanteando y que en cualquier momento lanzaría una patada al aire que terminaría por estrellarse contra mi cara. Antes de salir de mi casa había cogido mi HK USP y la había introducido en la guantera de mi coche. En verano era imposible ocultar un arma entre la ropa sin que tu contrincante lo advirtiera. Y mucho menos una pistola como la HK. Todos la conocíamos con ese nombre; aunque era una contracción de Heckler & Koch, del fabricante alemán, y había sustituido a la arcaica y obsoleta Start 28 PK, mucho menos precisa y que fallaba más que una escopeta de feria.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté abriendo mi puerta y bajándome del coche.

El vigilante del centro comercial nos observaba a través de los ventanales de la puerta principal. Pero enseguida se metió para adentro al reconocernos. No era la primera vez que íbamos a ese aparcamiento. En el año 2004 Juan Carlos y yo éramos compañeros del Zeta y muchas noches habíamos aparcado frente a la puerta principal del supermercado. Lo hacíamos para relajarnos, charlar o disfrutar de un cigarrillo mientras escuchábamos algún programa nocturno de radio.

Juan Carlos Egea fue el segundo en llegar a Huesca, después de mí. Nada más salir de la academia de Ávila tuvo la enorme suerte de poder ir a su casa. Madrid y Barcelona era el destino más solicitado en aquellos años. Por aquel entonces salía con una chica de Orcasitas, el barrio de Usera de Madrid. Era una chica muy simpática y tenía un talento natural para hacer hablar a la gente. Recuerdo que resultaba muy fácil charlar con ella, a pesar de que ceceaba de forma exagerada. Cuando estábamos en la academia había viajado desde Madrid algún fin de semana para estar con Juan Carlos y los seis habíamos coincidido en la cafetería. Patricia hacía que uno se sintiera cómodo con su sola presencia. Precisamente fue ella la que nos contó uno de los mayores y mejor guardados secretos de Juan Carlos: el de la objeción de conciencia. Años más tarde, cuando Juan Carlos solicitó la vacante de Policía Científica, comprendí que la utilización de las armas no estaba en su dietario personal. Científica era la única brigada de la policía que no usaba armas en su labor. No en vano eran conocidos como los policías de bata blanca. A Juan Carlos le tocó prestar el servicio militar obligatorio en el año 1993, pero no lo cumplió alegando objeción de conciencia por motivos éticos en el uso de las armas. Patricia se reía mientras nos lo contaba y a Juan Carlos no le quedó más remedio que reírse también. Era del todo inaudito que alguien se hubiera librado del servicio militar argumentando que por motivos éticos no podía utilizar armas de fuego, y que dos años más tarde, en el 1995, entrara en la policía nacional. La administración no detectó ese pequeño fraude y nunca le llegó ningún escrito. En cualquier caso le hubiera dado exactamente igual, porque entrar en la policía convalidaba de forma automática el servicio militar.

Nada más ser destinado en Madrid, Juan Carlos y Patricia dejaron su relación. No fue algo agradable, sobre todo para Juan Carlos. Su primer destino fue la comisaría del barrio de Salamanca, en la madrileña calle Príncipe de Asturias. Los dos habían alquilado un apartamento en la calle de



Montesa que les venía bien, puesto que Patricia trabajaba de vigilante de seguridad en una empresa farmacéutica de la calle Londres. Nunca le pregunté a Patricia por qué no había accedido a la policía, ya que es sabido que muchos vigilantes de seguridad son policías frustrados. El apartamento era un tugurio oscuro, abarrotado de libros, con dos habitaciones minúsculas, una cocina desvencijada y un cuarto de baño que el día que los visité olía a cloaca. Recuerdo que mientras charlábamos en el pequeño salón, las palomas arrullaban en el alféizar, mientras que el calor era canicular en todo el piso. Nunca le pregunté a Juan Carlos por qué vivían allí, pero imagino que siendo el barrio que era, el precio del alquiler sería acorde a su categoría; el barrio de Salamanca es de los más caros de Madrid. Patricia nos preparó un café y sacó unas pastas de té que tenían muy buena pinta. Yo ya percibí que algo no marchaba bien entre los dos. Patricia, otrora sonriente, ese día mantuvo un rictus serio que la afeaba sobremanera. Por su parte Juan Carlos era el mismo de siempre. Se le veía contento con su destino en Madrid y habló de varios planes que tenía a corto y largo plazo. Uno de ellos pasaba por tener varios hijos con Patricia. El gesto de su mirada me indicó que ella no estaba muy conforme con parte de ese proyecto.

Los compañeros de la comisaría del barrio de Salamanca nos contaron qué pasó la noche que Juan Carlos y Patricia lo dejaron. Una cosa así no se puede esconder por mucho tiempo y no tardaron en proclamar lo ocurrido a los cuatro vientos. De hecho creo que la práctica totalidad de la comisaría de distrito de Salamanca sabía lo que había pasado. Juan Carlos estaba destinado en el Zeta y una noche se encontró indispuerto. Le había pasado en otras ocasiones, ya que siempre andaba delicado del estómago y cualquier cosa que comiera le solía sentar mal. Pero esa noche su rostro palideció y le cambió del blanco folio al rojo tomate, en varias ocasiones, lo que motivó que el inspector del turno le recomendara que se marchase a casa a descansar.

—No haces buena cara —le había dicho cuando lo vio en la comisaría.

—Ya se me pasará —respondió Juan Carlos forzando una sonrisa.

Su compañero del Zeta y los dos integrantes del otro coche lo convencieron para que se marchase a casa. Algo que finalmente aceptó. Su estado era tan lamentable que, una vez se hubo cambiado de ropa, dos compañeros lo acercaron en un coche patrulla hasta su apartamento de la calle Montesa. En el trayecto, que apenas duró unos minutos, Juan Carlos se quedó dormido y al despertar no le respondían las piernas. Su frente perlada avanzaba que comenzaba a tener fiebre.

—¿Te llevamos al médico? —se ofreció el compañero.

—No, no —dijo con voz de lamento—. Solo necesito dormir.

Le ayudaron a bajar del coche y lo cogieron entre los dos arrastrándolo hasta el vestíbulo de su bloque de pisos.

—¿Llevas llaves? —le preguntó uno de los compañeros, el más veterano.

Juan Carlos se había fijado que era un policía rechoncho de dedos gruesos.

—Sí —respondió—. Las tengo en el bolsillo de mi pantalón —anotó dándose cuenta de que no iba a ser capaz de sacar el manojito de llaves de su bolsillo.

El compañero hurgó en su bolsillo y extrajo un llavero con varias llaves. No tuvo dificultad en reconocer cuál era la que abría la puerta, al distinguirse que era para una cerradura de puerta blindada. Subieron las tres plantas en el ascensor, momento que Juan Carlos aprovechó para vomitar. El linóleo se llenó de un líquido amarillo y pestilente, que indicó que parte de lo que atormentaba su estómago ya lo había echado fuera.

—Lo siento —dijo limpiándose la boca.

—No pasa nada, compañero —se compadeció el policía de los dedos gruesos—. Algo te ha debido sentar mal.

Juan Carlos miró el reloj de pulsera y vio que era la una de la madrugada. Sabía que Patricia tenía que trabajar al día siguiente, por lo que calculó que en ese momento estaría durmiendo.

—No te preocupes por el vómito —le dijo el otro compañero—. Nos dejamos un cubo y una fregona y lo limpiamos en un santiamén.

Juan Carlos aceptó con un breve balanceo de su cabeza.

Los tres se acercaron hasta la puerta del apartamento y el policía de dedos chatos abrió la puerta con cautela para no despertar a Patricia, que en ese momento suponían estaría durmiendo. El otro policía accionó el interruptor de la luz. La escena no podía ser más impresionante. El apartamento era tan diminuto que ni siquiera tenía recibidor y se accedía directamente por el salón. Patricia estaba desnuda y a cuatro patas sobre el tresillo. Sobre ella había un joven muy bien dotado que la penetraba con furia mientras ella gemía al mismo tiempo que sus tetas se balanceaban golpeándose entre sí. Miró hacia la puerta y su gesto de placer se transformó en ira. Parecía que le hubiera molestado la interrupción en el momento más álgido de la noche. Su amante ralentizó la acometida, pero no se detuvo. Era como si no quisiera perder la erección que tan salvajemente mostraba.

—Bueno —dijo el policía de dedos gordos—. Nosotros nos vamos.

Y dejaron a Juan Carlos en la entrada del apartamento frente a los dos amantes. Uno de los policías contó que si en el momento de marcharse hubieran apagado la luz, Patricia y el trípode de su amigo hubieran seguido dale que te pego como si tal cosa. Y para terminar la escena, Juan Carlos volvió a vomitar.

Yo le había perdido la pista, ya que solo fui a Madrid un par de veces desde que salí de la academia, y en las dos ocasiones fue para un juicio en la Audiencia Nacional. Creo que hablamos en un par de ocasiones por teléfono, pero siempre fue porque me llamó él. Me consultaba aspectos legales referentes a los estudios que cursaba para ascender a Oficial, pero estoy convencido de que lo que quería era conversar. Nada más. En el año 2004 sonó mi teléfono y vi que el que llamaba lo hacía desde número oculto. Pensé que sería desde la comisaría, y tuve razón, pero no era de Huesca, sino de Madrid.

—Juan Carlos, cojones, ¿qué es de tu vida? —le dije al reconocer su voz.

Me contó unas cuantas penas que le habían ocurrido en los últimos meses, como que le dejaron varias novias y alguna de ellas le había puesto los cuernos, algo que en Juan Carlos ya era una costumbre insana por parte de las chicas con las que se juntaba. Y añadió que había tenido problemas con una inspectora. En el transcurso de la conversación no le di mayor importancia a ese inciso, pero rápidamente supe cuál era el eje central de su llamada: el problema con la inspectora.

—¿Te has liado con una inspectora? —le pregunté.

—Sí, y no —respondió tan indeciso como siempre—. Es la jefa de seguridad ciudadana de la comisaría de distrito —me explicó—. Es una tía de puta madre y la quiero un montón —yo ya sabía que Juan Carlos se enamoraba con facilidad y que quería por igual a todas las chicas con las que salía; aunque terminaran poniéndole los cuernos—. Ella no es como las demás chicas que he conocido —trató de convencerme de que esa inspectora merecía la pena.

—Me alegro de que por fin hayas encontrado el amor —le dije esforzando una alegría que quise que se le contagiara.

—Se llama Milagros —me dijo.

Luego dedicó unos minutos a describírmela, haciendo especial hincapié en sus pechos, a los que calificó de exuberantes y dulces, por lo que supe que se los había comido en varias ocasiones.

Mientras hablaba de Milagros no pude evitar recordar al compañero que contó el lamentable incidente en el apartamento de Juan Carlos y como nos detalló el balanceo de los pechos de Patricia. Mi mente se abstraigo unos segundos con esa secuencia de pechos balanceándose.

—Está bien, Juan Carlos. Me alegro de que te vaya tan bien con esa inspectora —traté de acelerar la conversación cuando percibí que se alargaba demasiado.

Entonces Juan Carlos se echó a llorar como una plañidera. Y supe que las cosas no le iban tan bien como podía haber pensado en un principio. Resulta que esa inspectora estaba casada y que su marido era el comisario de la comisaría donde estaba destinado Juan Carlos. Ella se había enamorado de él, de verdad. Por lo que parecía el comisario era un bruto y ella halló en Juan Carlos la sensibilidad que tanto buscaba. Pero para la inspectora era un amor platónico, algo así como qué bien estoy contigo hablando de nuestras cosas, pero luego te vas a tu casa y yo a la mía. Juan Carlos siguió obsesionado con ella hasta que Milagros no tuvo más remedio que denunciarlo. El juzgado de instrucción lo calificó de «maltrato», ya que había acreditado que los dos se fueron a la cama en un par de ocasiones y que habían mantenido una relación lo suficientemente estable como para entrar dentro del ámbito familiar. El comisario la perdonó y la inspectora regresó con él. Lo del par de veces que se encamaron al final resultaron unas caricias y masajes, pero sin nada más profundo. Pero el juzgado decretó una orden de alejamiento de quinientos metros de Juan Carlos hacia Milagros, lo que supuso que los dos ya no podían trabajar en la misma comisaria. Y tal y como se había puesto todo, tampoco era recomendable seguir destinado en una comisaria donde el comisario es el marido de la mujer con la que has tenido un lío, te ha denunciado y el juez ha determinado una orden de alejamiento.

—Joder, Juan Carlos. Menuda la has liado —le dije.

—Ya ves, Lorenzo, cómo están las cosas por aquí. Me he marchado a otra comisaría, pero todos saben lo ocurrido y no creo que pueda seguir destinado en Madrid —se quejó entre sollozos.

Luego me soltó un rollo concerniente a las relaciones entre mujeres y hombres. Me dijo que se había dado cuenta de que quería a Milagros cuando comprendió que ella podía estar con otro hombre, al igual que hacía con él. Juan Carlos se deshacía en explicaciones para hacerme entender que el amor no es más que un interés impostado. Me dijo que el peor momento del día lo pasaba cuando llegaba la noche y se imaginaba a la inspectora retozando en

la cama con su marido. Entonces sentía unas punzadas terribles en el pecho que le obligaban a llamarla por teléfono solo para saber que no estaba con él. Pensó en abandonar la relación en varias ocasiones, ya que renunciar a una relación es como una pelea: el que golpea primero golpea dos veces. A los celos se unió el sentirse vejado cuando una mujer te deja. Por eso me contó que se había planteado dejarla él antes, algo así como retirarse con cierta dignidad; aunque fuese falsa. Pero nuestra conciencia no entiende de falsedades, sino que es capaz de asumir como ciertas las mentiras más desorbitadas.

Mientras hablamos supe que él no sabía que yo estaba en Huesca. Es una de las ventajas o desventajas, según se mire, que tienen los teléfonos móviles: no sabes dónde está tu interlocutor. Se lo dije, no me apetecía ocultárselo.

—¿Huesca? ¡Vaya! No lo sabía. ¿Qué tal por ahí?

—Bien. Muy bien.

No me apetecía contarle toda nuestra historia ni por qué nos fuimos a Huesca. Pero para no prolongar un silencio que podía ser incómodo, me dediqué a detallarle todo lo bueno que había en Huesca. Lo debí hacer muy bien, porque en la siguiente convocatoria de plazas, Juan Carlos se pidió Huesca. Él llegó en el año 2004.

## Capítulo 7

Antonio arrojó el cigarrillo al suelo, cuando aún estaba por la mitad. Lo pisó y sacó un paquete del bolsillo de su pantalón y cogió otro cigarrillo, arrugado, que encendió con un mechero pequeño y amarillo, de gas. Estaba muy nervioso y su agresividad iba en aumento. Yo noté cómo mi corazón se aceleró un poco. No lo había visto así desde el año 2005, cuando hablé con él en Barcelona y me contó el problema que había tenido junto a un compañero de la Jefatura de Cataluña.

—Gracias por venir —soltó como si verme allí, delante de él, fuese lo mejor que le había ocurrido en años.

—Vamos, Antonio. Ya sabías que iba a venir. ¿Cuándo te he fallado?

El humo del cigarrillo recién encendido le subía por delante de los ojos, entelando su frente como un fino visillo trasparente. Respondió afirmativamente con un par de parpadeos lentos.

—¿Recuerdas a *Dull*?

Era una pregunta innecesaria. Cualquier policía de Huesca conocía a Dull. Dull era un gitano de Pamplona que se afincó en la ciudad hacía varios años, muy conocido entre nosotros por su facilidad para robar coches, en una época que ningún delincuente robaba coches. El tío se hacía con cualquier coche, sobre todo si corría, y lo utilizaba para desplazarse por toda la provincia de Huesca, Lérida o Barcelona. Era ya un clásico que un coche robado por Dull en Barbastro, apareciera aparcado al día siguiente en una calle de Lérida. Los abría sin forzar la cerradura y los ponía en marcha con un sistema que siempre había mantenido en secreto. Luego los dejaba perfectamente aparcados y cerrados, sin que levantaran sospechas, por lo que a la policía le costaba tiempo hallarlo. A mí, personalmente, siempre me impresionó que alguien zambo, como era el caso de Dull, pudiera conducir con semejante pericia los coches que robaba.

—¿Cómo coño lo haces? —le pregunté un día de los muchos que estuvo detenido en los calabozos de Huesca.

El tío te miraba con esos ojos negros, ligeramente bizcos, que le hacía parecer que quisiese traspasarte con la vista. Como si intentara ver a través de ti. Luego daba un par de rápidas caladas al cigarrillo que sujetaba entre los dedos como si se tratara de una joya, para chasquear los labios a continuación, como si fuese importante lo que iba a decir.

—Me lo llevaré a mi tumba —respondía.

Supimos que Dull era una palabra inglesa que significaba lerdo, pero también podía significar aburrido. Estoy seguro de que Ramiro Fajardo, que era como se llamaba realmente, nunca supo qué significaba Dull. Además ni siquiera llegó a pronunciarlo bien. Él lo decía con una sola *e*, como Dul. Su mujer, una gitana también de Navarra, nos dijo un día que el apodo de su marido era porque era dulce como un flan. De ahí lo de Dull, por el flan Dhul. Al principio pensamos que quizá ella tenía razón, pero otro gitano del barrio de la Loma Verde nos dijo que el sobrenombre se lo había puesto un marsellés que había contratado una familia rival de Robres, para cargárselo por un asunto de drogas. El marsellés, que acabó detenido en un control rutinario de la Guardia Civil en el cruce de Almudévar, donde le confiscaron una escopeta de caza *Browning*, que llevaba en el maletero, y una pistola *Beretta*, que guardaba en la guantera, quería llegar a Huesca para asesinar a Dull. Después de detenerlo la Benemérita, supimos que el control no había sido tan rutinario como pensamos en un primer momento, y que la Guardia Civil lo seguía desde hacía un par de semanas; incluso le habían pinchado el teléfono al marsellés, y por eso sabían que se dirigía a Huesca a cargarse a Dull. Los tres días que tuvimos al marsellés en custodia en los calabozos habló hasta por los codos y nos contó quién le había contratado, para qué y cuánto dinero le habían dado. Era un sicario de pacotilla, porque un auténtico asesino a sueldo nunca hubiera hablado tanto. Pero este lo único que tenía de peligroso es que era marsellés. Lo demás, pura invención para meter miedo a los otros gitanos y obligarlos a que le dieran un buen adelanto por acabar con Dull.

—¿Y ese mote? —le preguntó Jorge en los calabozos, cuando lo sacamos para reseñarlo.

—Los de Robres dicen que ese gitano es un lerdo —respondió de forma escueta en un perfecto castellano, casi sin acento.

El marsellés, que se llamaba Jean Bisset, conocía la palabra porque hacía unos años escuchó cómo alguien la pronunció para referirse a un inglés que era muy torpe y que lo habían detenido por falsificar las placas de un BMW último modelo al que colocó la matrícula de un camión Barreiros antiguo. La Guardia Civil lo detuvo nada más cruzar la frontera de la Junquera. A partir de entonces a aquel torpe lo bautizaron como Dull. Y Jean Bisset también bautizó a Ramiro Fajardo como Dull. Pero la diferencia es que Ramiro no sabía qué significaba ese remoquete y lo esgrimía con el mayor de los orgullos. Aquello se podía calificar como un traspaso de motes.

—Yo soy Dull —decía a todo el que se cruzara con él.

—Claro que recuerdo a Dull —respondí a la pregunta de Antonio.

El vigilante del centro comercial asomó de nuevo su cabeza por detrás del cristal, pero nuestra presencia allí había dejado de tener interés para él. Se desvaneció.

—Ese gitano es un cabrón —comenzó a explicar Antonio.

Conocía esa forma de masticar las palabras. Ese odio que imprimía cuando estaba molesto con algo o con alguien.

—¿Qué ha ocurrido?

Me incomodaba tener que estar arrancándole las palabras a Antonio. De reojo miré mi reloj de pulsera y vi con sorpresa que ya eran casi las doce y media. Solo pensé en la cantidad de excusas que tendría que darle a Carmen cuando llegara a casa.

—Ese cabrón no volverá a joder a nadie más —soltó de repente Antonio, como si hubiera estado deseando decir eso toda su vida y ahora encontrara el momento idóneo para hacerlo.

Mientras encendía otro cigarrillo, golpeó su culo un par de veces contra el cristal de su Renault Clio. Por un momento pensé que era una especie de señal que estaría haciendo a alguien que estuviese dentro del coche. Pero al instante recapacité y comprendí que Antonio estaba asustado. Estaba igual de asustado que hacía diez años, en Badalona, cuando coincidimos y me enteré de que le habían abierto un expediente que podía haberle costado el empleo.

Antonio estaba destinado en el grupo de motos de la comisaría de Badalona. Corría el año 2005 y la seguridad ciudadana ya estaba en manos de los Mossos d'Esquadra, por lo que Antonio tuvo que pasarse al grupo de estupefacientes. En Badalona ya lo conocían por su brusquedad y trato poco ortodoxo con los delincuentes. Por aquel entonces ya tenía el tercer Dan de *Taekwondo* y te podía matar de varias maneras, como bromeaba Joaquín cuando se refería a Antonio y su capacidad de propinar golpes mortales. Desde que salió de la academia, en el año 1995, había tenido que afrontar varias denuncias por abuso policial y agresión, pero en el 2005 se enfrentó a una acusación mucho más grave, y que de demostrarse le podría suponer no solo la expulsión del cuerpo, sino la cárcel.

—Estos Mossos nos van a joder, de verdad —exclamó mientras se pasaba la mano repetidamente por la barbilla.



Los dos habíamos quedado en una cafetería de la calle Marina, conocida porque la frecuentaban muchos policías. Acudí allí en calidad de amigo de Antonio y con la intención de escucharle, pero nada más.

—Antes era distinto, tío —me explicó—. Cogías a un choro —apelativo como llamaba Antonio a los delincuentes— y le dabas una buena tunda. El tío sabía quién mandaba. Y cada uno en su sitio: él un delincuente y tú un policía. Todos teníamos claro el lugar que ocupábamos. Si la cosa se complicaba llamabas por la emisora y enseguida llegaban varios coches de los nuestros y le dábamos estopa al chorizo para que supiera cómo estaban las cosas. Pero ahora —dijo elevando la voz, y sin importarle la gente que pudiera escucharnos en el bar—, si tienes problemas y llamas por la emisora, los coches que llegan son de los Mossos. Y a esos qué coño les vas a contar de nuestros tejemanejes.

Antonio y su compañero en estupefacientes de Badalona, un chico de Madrid al que le faltaba un año para poder pedir destino y marcharse a su ciudad, detuvieron a un traficante de poca monta en el barrio de la Salut. Era un magrebí de veinte años que trapicheaba con papelinas de coca para costearse el alquiler del piso y correrse alguna juerga el fin de semana. El chico ni siquiera consumía y creo que tampoco fumaba tabaco. Lo trasladaron con el propio coche camuflado a la comisaría de los Mossos y, después de comparecer, lo ingresaron en los calabozos.

En un principio era una intervención sencilla que consistía en una toma de declaración y puesta a disposición judicial al día siguiente. Los Mossos, la verdad, es que se portaron muy bien con Antonio y Gerardo, su compañero. El magrebí solicitó en sus derechos visitar al médico, como hacían todos los detenidos en aquella época. Pero los Mossos no disponían de coches libres para llevarlo al centro médico más cercano, por lo que le preguntaron a Antonio si lo podían llevar ellos.

—Claro —replicó de inmediato.

Trasladar un detenido al médico era una patata caliente. Los magrebíes, especialmente, solían autolesionarse por dos motivos: uno para pasar el tiempo de detención en un centro hospitalario, mejor cuidados y atendidos y más cómodos. El otro joder a los policías que lo habían detenido, ya que lo primero que le decían al juez nada más pasar a disposición es que las lesiones se las había hecho la policía, aunque fuese mentira. Antonio y Gerardo subieron al magrebí al Ford Focus y lo acompañaron al hospital.

Nunca supimos qué pasó por el camino, ya que Antonio no nos dijo la

verdad y Gerardo creo que se asustó tanto (de Antonio) que también nos mintió. La versión oficial que declararon en comisaría fue que el detenido se soltó los grilletes en el trayecto y que trató de agredir a los dos policías por la espalda. Al custodiarlo en un vehículo sin mampara de seguridad, la declaración de los agentes fue más o menos creíble. Convencieron al juez, a los Mossos y hasta a la defensa del magrebí, pero no nos convencieron a nosotros, a sus amigos y compañeros de la policía nacional. El caso es que para repeler esa pretendida agresión del magrebí hacia ellos, detuvieron el coche de policía camuflado en un lugar indeterminado entre la comisaría de los Mossos d'Esquadra y el centro médico y lo hicieron bajar del coche propinándole semejante paliza que el detenido perdió un testículo.

—No me lo puedo creer —me dijo Juan Carlos cuando se enteró.

Yo estaba en contacto constante con él desde Barcelona. Juan Carlos había llegado a Huesca en el año 2004 y había encajado muy bien en la plantilla, donde comenzó a salir con una policía de prácticas, mucho más joven que él.

—Como lo oyes —le dije—. Le han pegado una paliza de muerte a un pobre magrebí al que han lisiado. El juez pide cárcel por un delito de lesiones.

—¿Cárcel?! —exclamó Juan Carlos, visiblemente inquieto—. La han debido liar parda.

En la cafetería de la calle Marina solo había una mesa y estaba ocupada por unos agentes de la Guardia Urbana de Barcelona, que saludaron con un balanceo leve de cabeza a Antonio cuando entramos. Supuse que debían conocerlo de alguna intervención. Antonio era un tío duro, realmente duro. Y no lo digo solo por las artes marciales, sino por su entereza, su rostro impenetrable y su mirada fija. Pero ese día se echó a llorar como una quinceañera a la que le hubiera dejado el novio.

—Estoy jodido, Lorenzo. Muy jodido.

Yo lo miré sin saber qué decir. Tenía delante de mí a un amigo de la academia de policía. Un hombretón hecho y derecho que se había desmoronado. Y no sabía qué podía hacer para ayudarlo. De repente me acordé de su compañero: Gerardo. A él también le pedirían la misma pena, imaginé.

—¿Y Gerardo? —le pregunté—. ¿Qué dice él de todo esto?

Antonio se terminó de un trago el vaso de tubo de cerveza que agarraba entre sus dos manos, como si fuese un tablón al que asirse en un naufragio.

—A él todo le da igual —suspiró—. Imagino que habrá asumido nuestro

destino. Se ha derrotado sin dar la batalla.

Y entonces me dijo algo que fue lo que me hizo decidirme a ayudarles a los dos. Comenzó a hablarme de Gerardo.

—Es un buen chaval, un buen policía y buena gente, Lorenzo. Muy buena gente. Es huérfano de padre y de madre y tiene un hermano con síndrome de Down que depende exclusivamente de sus cuidados. El tío es de Madrid y está esperando conseguir el baremo suficiente como para poder pedir para ir a su casa.

—¿Y su hermano? —me interesé.

—Mientras no pueda ir él a Madrid está en un centro donde lo cuidan. Pero Gerardo viaja cada vez que puede para verlo. ¡Imagínate! —exclamó con los ojos vidriosos—. Gerardo en la cárcel y su hermano en un centro rodeado de desconocidos.

—Las lesiones del magrebí son graves, desde luego —retomé el pulso de la conversación. Los guardias urbanos de la mesa de al lado ya se habían ido y nos quedamos solos en el bar—. Pero legalmente solo se pueden justificar por defensa propia tratando de repeler su agresión —los ojos de Antonio se secaron—. ¿Trató de quitaros el arma? —pregunté en voz alta; aunque era una pregunta retórica.

—Claro, claro —replicó Antonio sin divagar—. Lo primero que hizo al soltarse los grilletos fue alargar la mano por detrás de mi asiento, el del conductor, y agarrar mi pistola.

—¿Y Gerardo? ¿No pudo inmovilizarlo?

Antonio elevó los ojos al techo grasiento del bar.

—No, no. Gerardo recibió un fuerte golpe del magrebí. Le dio con el codo en la mandíbula y lo dejó aturdido.

—Habrá parte facultativo de lesiones por parte de tu compañero —cuestioné tratando de atar cabos y que la coartada que estábamos fraguando tuviese lógica.

—No, no se lo hizo. Gerardo es un tío muy rudo y, con el calentón de la intervención y lo que nos costó reducir al magrebí, que por eso se lesionó en el testículo, ninguno de los dos fuimos a que nos viera el médico. A él el dolor de la mandíbula le salió al día siguiente y yo no recordé que había querido quitarme el arma con los nervios de la intervención.

—Hace falta algún testigo que os hubiera visto —le dije arrugando los ojos.

—Sí, claro. Seguro que alguien pasó por la calle y nos vio mientras

reducíamos al magrebí y este trataba de quitarme la pistola y golpeó a Gerardo.

—Seguro que sí —acepté.

—¿Conoces a alguien de confianza que pueda ser testigo de nuestra intervención?

Respiré con fuerza tratando de rebuscar en mi mente a los mejores testigos. Estaba claro que al menos necesitaba un par; incluso tres que dijeran lo mismo. Pero habían de ser gente de mucha confianza. Y qué mejor testigo que otro policía. Claro, esa era la mejor solución. ¿Y si casualmente pasó por allí un camuflado de los nuestros con dos policías que presenciaron la intervención de Gerardo y Antonio y pudieran declarar en el juzgado lo que pasó? Eso los exculparía del todo, sin duda.

—Sí, conozco a dos de la comisaría de Horta que estoy seguro nos echarán una mano. Aunque he de hablar antes con ellos para cuadrar las versiones —anticipé.

—En el juicio no se investigará —dijo con cierta suficiencia—. Si dos policías dicen que vieron lo que ocurrió y corroboran nuestra versión, estoy seguro de que nos absolverán.

—¿Quiénes son esos dos policías? —me preguntó, mostrando excesivo interés.

—Eduardo Serrano y Josep Jover —contesté.

Antonio sonrió con ojos de insania.

## Capítulo 8

En el año 2005, y después del juicio de las lesiones del magrebí de Badalona, Gerardo pudo pedir destino para Madrid y Antonio se marchó de Cataluña, llegando a Huesca. Durante la preparación de la coartada para que los absolvieran de los cargos de lesiones graves contra un detenido, Antonio había cogido tanto miedo a que lo echaran de la policía que juró no quedarse en Badalona. Nos había oído hablar a Juan Carlos y a mí de lo bien que se estaba en Huesca, por lo que tomó la decisión de pedir destino y en el año 2005 ya éramos tres los que estábamos juntos: Antonio, Juan Carlos y yo.

Durante los últimos diez años nada me hizo sospechar que Antonio fuese un mal policía, al contrario, había tenido intervenciones brillantes y en la comisaría era considerado un buen agente. Lo de Badalona había quedado olvidado y creo firmemente que todos en algún momento hemos pasado por algún apuro y hemos necesitado ayuda. Yo se la ofrecí porque pensé que era mi obligación como compañero, pero también pensando en el pobre Gerardo que no tenía que pagar los platos rotos de los demás. Que Antonio era un exaltado y que de tanto en tanto se le iba la mano con los detenidos, era algo que ya sabíamos todos los que le conocíamos. Pero una cosa no quitaba la otra, y había que valorar que era buena persona, buen amigo y buen compañero.

De los cinco, el único que conocía y tuvo contacto con Eduardo Serrano y Josep Jover fui yo. A esos dos los conocí en el año 1996, en el tiempo que estuve destinado en la comisaría de la calle Nou de Rambla. Eduardo era de Mataró; aunque de padres murcianos, de ahí que entablara amistad con él; los emigrantes tenemos un instinto nato a juntarnos y ayudarnos cuando estamos fuera de nuestro hogar. Mientras que Josep era de Barcelona; catalán de pura cepa. El hecho de que un catalán entrara en la policía nacional era tan llamativo como lo podía ser el que entrara un vasco en la Guardia Civil. Los dos: Eduardo y Josep, se conocían de niños. Se habían criado prácticamente juntos y años más tarde tuve conocimiento de algunas de sus correrías. Eduardo era bajito, creo que llegaba al metro setenta por los pelos. Enjuto y con una amplia calvicie que disimulaba dejándose el pelo largo por la nuca. Su aspecto general era deplorable. Y cuando vestía de uniforme aún parecía algo, pero de paisano siempre iba con ropa roída y asemejaba más un delincuente que un agente de la ley. Josep era algo más alto, pero también

más delgado. De mandíbula recortada, sus ojos se habían incrustado en las cuencas de manera que su expresión se aproximaba a la de una calavera. Los dos juntos exportaban una imagen poco representativa de la policía nacional. Lo primero que me pregunté cuando los conocí, es cómo un jefe había permitido que los dos patrullaran juntos. Pero hay tantas cosas difíciles de comprender en la policía que esa es una de las menos cuestionables.

A Eduardo Serrano y Josep Jover los destinaron en la comisaría de la Verneda. Su indicativo era el Zeta 63. Lo recuerdo perfectamente porque durante los turnos que estuve patrullando por Barcelona no paraba de escucharlo por la emisora; sobre todo por la noche. Esos días yo compartí patrulla con un andaluz de una promoción anterior a la mía. Era un tipo rechoncho, achaparrado y muy callado, algo raro en un andaluz. Ni siquiera contaba chistes, y cuando lo hacía no tenían ninguna gracia. Semanas después supe que mi compañero estaba afrontando un divorcio y eso le quita la gracia a cualquiera. Cada vez que el Zeta 63 era requerido por la emisora por un indicativo para que se personara en algún punto de Barcelona, César, que era el nombre del andaluz, lanzaba un comentario despectivo hacia ellos.

—Ya van a joder a alguno —clamaba.

—¿Joder? ¿El qué?

Yo acababa de entrar en la policía y había muchas, muchísimas cosas, que no sabía. Mi principal esfuerzo, como todos los de mi promoción, era acumular el baremo suficiente como para poder irme a Murcia. Poco me preocupaba lo que ocurriera en una plantilla como la de Barcelona, donde todos los policías; incluido César, estaban más pendientes de irse. Pero no ocurría lo mismo con Eduardo y Josep, que estaban en casa. Esos no querían irse a ningún sitio.

—Aléjate de ellos —me aconsejó—. Esos —dijo forzando su acento andaluz—, no son de fiar. Mala sangre para la policía.

Un mes después me cambiaron de turno y pasé a formar parte de los conocidos «Rayos», un grupo de respuesta rápida adscrito a Seguridad Ciudadana y dependiente del Comisario de la Verneda. El grupo podía vestir de forma indistinta de uniforme o paisano y su particularidad esencial era que sus indicativos se podían mover por todo Barcelona, a diferencia de los Zetas que cada uno tenía asignado un distrito del que no podían salir, salvo causa mayor. En los Rayos había vehículos camuflados hasta con tres integrantes que patrullaban las zonas más conflictivas de Barcelona y periferia a la caza y captura de carteristas, ladrones de coches y comercios y pases de droga, lo

que en el argot se conoce como el «menudeo». Me llamó mucho la atención lo del «*palométrico*», haciendo referencia al conocido como el «*palote*», es decir: hacer detenidos. En la Barcelona de esos años hacer un detenido era considerado un servicio de gran relevancia. Y los detenidos sumaban puntos, por eso los llamaban palotes. Y los puntos suponían baremo, que era lo que necesitaban los policías para irse a su tierra. Cuanto más baremo juntabas, antes te ibas. Esa dinámica hacía que muchos policías fuesen como locos buscando detenidos. Y, como decía algún compañero de los Rayos, si no los encuentras te los inventas. Inventar detenidos es una palabra muy acorde a lo que ocurría. Habíamos llegado al extremo de hallar un bolso robado en el parque de la Ciudadela y buscar a los autores más por proximidad que por investigación. Y cuando digo autores también incluyo a los cómplices y colaboradores y a los que no impedían el robo. En esos meses había visto detener hasta ocho personas por un bolso encontrado entre unos zarzales del parque. Un compañero de los Rayos cogía el bolso y se acercaba hasta un semáforo de la Rambla de Cataluña. Apuntaba con el dedo a cualquier grupo, generalmente magrebíes, que estuvieran allí sin hacer nada. Y los detenía. Ellos se subían al furgón de la policía o a los dos o tres coches necesarios para trasladarlos a la comisaría, sin rechistar. Mientras que el compañero, jocoso, decía:

—Esta va por las que no los hemos pillado.

Una noche, creo que de sábado, siendo las cuatro de la madrugada, íbamos en un camuflado tres policías de los Rayos. Era un Opel Kadett con culo de color gris, que todos los *choros* reconocían al instante. Patrullábamos calmosos por la Diagonal e íbamos hablando de nuestras cosas. Manteníamos una conversación del todo insignificante. De repente escuchamos por la emisora cómo un coche de distrito solicitaba la presencia del Zeta 63.

—Silencio —habló el conductor del Opel Kadett—. Un coche de San Adrián de Besós, muy próximo al barrio de La Mina, solicitaba colaboración de otros indicativos.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Un Zeta de distrito solicita la presencia del 63 —dijo al mismo tiempo que aceleró nuestro coche por el Paseo San Juan, saltándose cuantos semáforos había en rojo. Suerte que a esas horas apenas había vehículos circulando.

Tanto el conductor de nuestro camuflado, como el otro compañero, sabían a qué nos íbamos a enfrentar. Luego supe que esa situación la habían vivido

en tantas otras ocasiones que ya no les sorprendía. En apenas unos minutos llegamos a la calle de Valencia donde el puente de luces de un Citroën Xsara nos guió hasta dos compañeros de uniforme del distrito de Sans, muy lejos de su zona de servicio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conductor de nuestro vehículo, mientras que se bajaba sosteniendo la emisora en la mano.

A los policías que habían solicitado colaboración se les veía bastante jóvenes, calculé que serían de una o dos promociones anteriores a la mía. Todavía no se les había puesto cara de rudos y aún mantenían una mirada cándida.

—Nada —respondió con desconfianza.

En el suelo, al lado del coche patrulla, había dos chicos muy jóvenes, uno de ellos incluso puede que fuese menor de edad. Los dos estaban sentados, con las manos engrilletadas y en silencio y con la cabeza agachada mirando la acera. Me llamó la atención que pese al ruido que se supone hicieron cuando practicaron la detención, no había ninguna ventana iluminada. Pero después comprendí que en esa calle, y a esas horas, los vecinos, pasase lo que pasase en la calle, nunca se asomaban.

—¿Están detenidos? —insistió nuestro conductor.

En ese momento no comprendí a qué venía tanto interés en una intervención que ni nos iba ni nos venía. Pero tiempo después, cuando conocí la dinámica del «palométrico», supe que nuestro conductor lo que buscaba era acoplarse a cuantos detenidos pudiera para que le contaran a él como suyos y así sumar baremo y poder irse a Cáceres cuanto antes. En ese momento me pareció un policía despreciable.

—Sí, y no —respondió con evasivas el policía que había solicitado colaboración.

Por la esquina de la calle entró derrapando el Zeta 63. Conducían un Citroën Xantia, reservado a los inspectores jefes de turno. Aceleraron hasta detenerse a un palmo del morro de nuestro coche. Creo que si el firme hubiera estado resbaladizo hubieran colisionado, pero no parecía que eso les importara. Se abrieron las dos puertas del Xantia como si estuvieran coordinadas con algún misterioso resorte y se bajaron Eduardo Serrano y Josep Jover. Recuerdo que los dos portaban cada uno una emisora en una mano y una tonfa en la otra. La tonfa es una defensa prohibida por su contundencia y lesividad. Construida de *polipropileno*, un material resistente y ligero, había ocasionado más de un problema a policías que no supieron



utilizarla y abrieron la cabeza en alguna intervención, casi sin esfuerzo. Para utilizar una tonfa tenías que haber superado un curso especial además de tener una autorización por escrito del comisario jefe de Seguridad Ciudadana. Era tal la responsabilidad que había al utilizarla, que casi ningún policía la llevaba. Pero Eduardo y Josep se bajaron del Xantia con una en la mano.

—¿Quién nos ha llamado? —preguntó Josep con una horrorosa voz de fumador.

Eduardo se apostó al lado de nuestro coche y nos repasó a los tres con la mirada. Parecía un sargento del ejército calibrando al enemigo.

—Hemos sido nosotros —habló el policía de distrito.

Me fijé en que sus piernas temblaban levemente. Ese chico estaba realmente asustado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Josep a continuación.

Hacía unos meses que había visto *Pulp Fiction*, y la forma de preguntar de Josep Jover me recordaba a la de *Harvey Keitel* interpretando al peculiar «Señor Lobo», el que solucionaba los problemas.

El policía de distrito le hizo un gesto con la cabeza para que los dos se apartaran. Estaba visto que ni el Zeta 63 ni ellos se fiaban de nosotros. Después comprendí que íbamos de paisano y que no nos conocían; aunque nos habíamos identificado como indicativo de los Rayos. Nosotros podíamos ser un equipo de Asuntos Internos sin que nadie lo supiera. Entonces fue cuando Eduardo Serrano clavó sus ojos azules, como si fueran lanzas, en nuestro conductor.

—¿Tú eres Pedro Mezquita? —inquirió.

—Sí, ¿no te acuerdas de mí?

—Ahora caigo —dijo Eduardo—. ¿Por dónde paras?

Pedro nos contó después que Eduardo y él habían sido compañeros de promoción y que habían coincidido en alguna que otra intervención. Pedro habló de Eduardo con admiración, incluso utilizó expresiones del tipo: «Ese sí que sabe» o referencias a lo buen compañero que era.

—Si no fuese por esos —nos dijo—, más de un compañero hubiera ido a dar con sus huesos en la cárcel.

El policía de distrito explicó que había pillado a los dos que estaban engrilletados en el suelo mientras hacían un «pase». En el argot policial un «pase» es una venta rápida de droga. Vendedor y comprador coinciden en un espacio público, un local, o en la calle, y se intercambian de forma repentina e inapreciable la papelina y el dinero. El vendedor entrega al comprador la

*bolsita*, mientras que el comprador hace lo mismo con el billete, en este caso era de cinco mil pesetas. Los policías de distrito, muy nerviosos y acelerados, estando en la creencia de que habían visto una buena intervención, se precipitaron y procedieron a la detención de los dos. A uno de ellos lo redujeron con tan poco tino que incluso le lastimaron una muñeca, de la que necesitó cura durante varias semanas. Pero resultó que aquellos dos chicos eran homosexuales que habían salido de un bar próximo y se hicieron un arrumaco en un callejón, lejos de la luz de las farolas de la calle. Para cuando los dos policías de distrito supieron eso, los dos ya estaban detenidos y esposados en el suelo. Y encima uno de ellos herido. En términos legales era claramente una «detención ilegal». Y en términos procesales significa la expulsión de la policía y, posiblemente, la cárcel para los agentes actuantes. En la escuela de policía nos advertían constantemente sobre eso y nos decían que los bienes más preciados de un ciudadano son la vida y la libertad. Y quitar la libertad sin causa era casi igual de grave que quitar la vida sin motivo.

La solución a esa situación pasaba por la actividad del Zeta 63. Eduardo y Josep portaban en el maletero del Citroën Xantia una mochila con todo lo que podía necesitar un policía para salir de un apuro. Como conocían a Pedro Mezquita, el conductor de nuestro camuflado, nos llevaron al maletero y ante nuestros ojos abrieron la mochila, extrayendo varios productos que esparcieron por la moqueta del iluminado maletero. Allí había prácticamente de todo lo que necesitaría un buen choro de barrio: puñales, navajas, papelines de cocaína, trozos de hachís, tarjetas de crédito robadas, puños americanos e incluso dinero.

—¿Tráfico de drogas? —le preguntó Josep Jover al policía de distrito.

—Sí. Un pase —respondió después de aclararse la garganta.

Eduardo nos hizo una indicación para que nos pusiéramos detrás del maletero y así ocultar a la vista de alguna ventana cotilla lo que allí estaba ocurriendo.

—Esto os irá bien —dijo apartando de la mochila unas cuantas papelines de cocaína.

En ese instante la luz de una farola le iluminó la cara, arrojando una expresión grave e impasible. Luego se acercó hasta uno de los muchachos detenidos y le apretó levemente la muñeca derecha con el propio grillete metálico. El chico aulló como si le estuvieran arrancando los pelos del pecho. Parecía tan débil que tuve la sensación de que podía haberle aplastado todos

los huesos de la mano si en ese momento le hubiese dado por apretar.

—Está rota —dijo Josep como si el que estuviera allí herido fuese un perro callejero—. Tendréis que justificar esa lesión —aconsejó a los policías de distrito—. Tomad —les entregó un puñal de unos veinte centímetros de hoja—. Poned en vuestra declaración que el que tiene la muñeca rota trató de agrediros y por eso tuvisteis que reducirlo y a causa de eso se le fracturó la muñeca.

En un instante el Zeta 63 había convertido una penosa intervención policial en un exitosa operación antidroga con la detención del vendedor y el comprador, que fue el que se resistió y por eso fue lesionado.

En el juicio, al supuesto vendedor le acusaron de un delito contra la salud pública, mientras que al supuesto comprador le condenaron por atentado a agente de la autoridad al tratar de lesionar a dos agentes en el ejercicio de sus funciones.

El resto del servicio permanecemos en silencio. Yo ni siquiera musité palabra alguna. En mi cabeza iba recreando todo lo que había ocurrido aquella noche. Buscando alguna explicación de por qué podían existir policías como Eduardo Serrano y Josep Jover. Por qué otros policías les seguían el juego y por qué se permitía que pudieran seguir en activo. Lamentablemente todas las preguntas que me hice aquella noche de 1996 obtuvieron su oportuna respuesta a mediados de 1997, cuando fui yo el que necesitó ayuda.

## Capítulo 9

Antonio arrojó al suelo el enésimo cigarrillo que se había fumado con furia desde que llegué al centro comercial. Lo pisó como si estuviera aplastando una cucaracha que se esforzara en no morir y se dirigió erguido hacia la parte trasera de su Renault Clio. Miró hacia un lado y hacia otro. Levantó los ojos por encima de su coche para asegurarse que no había nadie más en el aparcamiento, aparte del vigilante que de forma esporádica asomaba su cabeza por la cristalera. Y abrió el maletero.

—¡Dios! —chillé.

En el interior del Clio yacía recostado el cuerpo de una persona. Con la poca iluminación del led de la puerta, distinguí como las manos, que eran de un hombre, las llevaba atadas a la espalda con cinta de embalar. La media cara que podía ver estaba manchada de sangre y una gruesa cuerda le cruzaba los labios, completamente empapada en sangre también. A pesar de la oscuridad lo reconocí enseguida. Era Dull.

—¿Te has vuelto loco, Antonio? ¿Qué coño significa esto?

Antonio elevó la mirada, como si quisiera desafiarme. Como si no comprendiera el porqué yo cuestionaba ahora sus acciones. Cruzamos los ojos tratando de interaccionar las mentes y averiguar qué es lo que pasaba por la cabeza del otro en ese momento.

—¿Está muerto? —le pregunté tratando de obligarle a hablar. Por el tono de su voz comprendería sus intenciones.

—¿Dejarás que te explique qué ha ocurrido? —dijo suplicante.

—¿Está muerto? —insistí.

Saber si Dull estaba muerto o no era determinante para seguir escuchando a Antonio en el aparcamiento del centro comercial.

—Sí. Está muerto —afirmó finalmente—. ¿Me dejas que te explique qué ha ocurrido?

—No aquí, Antonio. No ahora.

—Debes escucharme, Lorenzo —insistió—. No quiero que pienses que soy un matón del tres al cuarto. Un mal policía que ha ejercido su venganza sobre un mierda como este.

Sus ojos se le iban a salir de las órbitas en cualquier momento. El maletero permanecía abierto y del interior surgía un penetrante olor a sangre y a muerte. Solo podía ver la mejilla izquierda del cadáver de Dull, pero era suficiente como para darme cuenta de que estaba muerto. Y la cuerda... ¿por

qué coño llevaba una cuerda alrededor de la boca?

—¿Lo has ejecutado?

—No, Lorenzo. Te juro que no. No ha sido una ejecución, ha sido una muerte limpia.

—¿Por qué lleva la cuerda?

—Se la puse después. La cuerda —me dijo levantando la camiseta del cadáver—, es para ayudarme a meterlo en el maletero. ¿Has oído eso de que pesa como un muerto? Pues eso, que este pesa más que un muerto. He tenido que atarle una cuerda alrededor para poder agarrarlo y subirlo hasta el maletero. Toda esa sangre que va soltando su cuerpo lo ha puesto hecho una mierda. ¿Te acuerdas de Diego Santafé?

—¿El joyero?

—Sabes que siempre ha sido un buen informador de la policía.

Asentí con la cabeza. Todos los policías de la comisaría conocían a Santafé. Era un tipo legal. Regentaba una joyería en el Coso y había sorteado la crisis del sector arreglando relojes, comprando y vendiendo oro y ofertando unos productos exclusivos, como trofeos de diseño y placas conmemorativas con motivos aragoneses. Su posición de supremacía en el sector y la inmejorable ubicación de la joyería, le permitía enterarse de muchas cosas que, puntualmente, comunicaba a la policía. Gracias a Santafé desmantelamos un grupo organizado de rumanos que robaban joyerías en Zaragoza por el método del butrón. Trincamos a un matrimonio que timaba a abuelos con el timo actualizado de la *estampita*, consistente en vender joyas como buenas, cuando eran contrachapadas. Y recuperamos un botín de relojes *Rolux* de una banda de búlgaros cuando estaban a punto de salir de España con destino a su país, donde los vendían a bajo precio en el mercado negro. Ciertamente el joyero Santafé era un gran aliado de la policía.

—¿Qué tiene que ver Dull con Santafé? —me arriesgué a preguntar.

Llegado ese momento cualquier cuestión que le planteara a Antonio podía ir en mi contra. Por el mero hecho de estar ahí, hablando con él, y presenciando un cadáver en el maletero de su coche, ya estaba tan lleno de mierda como lo podía estar él mismo.

—Hace una semana vino a verme Santafé a mi casa —comenzó a relatar—. El tío estaba asustado y sabía que se podía fiar de mí. Yo siempre he sido un tío de fiar —repitió como si no acabara de creérselo. Yo pensé que si alguien decía que era de fiar, es porque precisamente no lo era, pero no interferí en la explicación de Antonio—. Ya sabes que Santafé siempre se ha

portado bien con nosotros... —Una mueca de disconformidad en mi semblante obligó a que Antonio se explicara—. Quiero decir que nos ha dado buenos servicios —aclaró; aunque yo sabía que su comentario iba por otros derroteros.

—Si vas a contarme cómo ha llegado el cadáver de Dull a tu maletero, debes sincerarte conmigo y decirme toda la verdad —forcé una arruga de tipo duro en mi frente.

—Vamos, Lorenzo, no te hagas el mentecato conmigo. ¿O ahora me vas a decir que Santafé nunca te ha obsequiado con nada?

Antonio me recordó a ese humorista que se inventaba los chistes mientras los contaba. Tuve la sensación que estaba hablando mientras pensaba en lo que me iba a decir. Parecía que merodeaba verbalmente tratando de que a su mente llegara un pretexto lo suficientemente creíble como para que yo me lo tragara.

Debió ver en la expresión de mi cara que no sabía de qué me estaba hablando. Cuando quiso rectificar ya era demasiado tarde.

—¿De qué estás hablando? ¿Has aceptado regalos del joyero?

Antonio cerró el maletero de un portazo. Parecía que la visión de Dull desangrado le impedía pensar con claridad.

—No me jodas ahora, Lorenzo. Todos hemos aceptado dádivas de Santafé en algún momento.

—Una dádiva es un regalo desinteresado —contradije—. E imagino que si Santafé te hacía regalos es porque tenía algún interés en esa acción.

—Pues no, te equivocas, Santafé es un buen tío y le gusta recompensar a sus amigos, los policías.

—Esto —dije señalando con la barbilla el maletero—. ¿Es una forma de devolver los regalos de Santafé?

Antonio descompuso el gesto.

—No. De ninguna de las maneras. Esto —dijo tamborileando los dedos en el maletero de su coche—, es el resultado de devolver un favor. La causa.

No le comprendí. Pero tampoco pensé que fuese importante hacerlo. La situación era que estábamos los dos solos en el aparcamiento del Coso Real y en el maletero del Clio de Antonio había un cadáver. Si la respuesta hubiese sido una frase corta del estilo: lo maté porque quiso matarme antes. Estoy seguro de que Antonio ya me la habría dado.

—Mira, Lorenzo —murmuró resbalando su trasero por la puerta del maletero, como si temiera que el cuerpo de Dull saliera disparado de allí—.

Estoy jodido. Muy jodido. Y de entre todos los números de teléfono que tengo en mi móvil para llamar, he escogido el tuyo. Y si lo he hecho es porque una vez estuve metido de mierda hasta el culo y me sacaste de allí. Tú mejor que nadie sabes lo que significa hacer favores sin nada a cambio.

Yo realmente no le había sacado del pozo, sino que lo que hice fue mediar para que Eduardo Serrano y Josep Jover lo sacaran de la oquedad donde se había metido él solo. Supuse que ahora esos dos estaban demasiado lejos como para llamarles, y por eso me llamó a mí. Antonio pareció leerme el pensamiento y se anticipó a mi siguiente movimiento dialéctico.

—Podía haber llamado a Juan Carlos, a Joaquín o a Jorge —dijo tratando de atrapar con su aliento todo el oxígeno de la noche—. Pero finalmente te he llamado a ti. Sospecho que quizá no me creas, o pienses que me he metido en un lío por mi ímpetu descontrolado. Pero en cuanto te haya contado cómo ha llegado esta mierda a mi maletero, entonces verás que lo hice por una buena causa. ¿Me vas a escuchar?

—¿Aquí? —cuestioné de nuevo.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro. No pretenderás que me desplace con mi coche por la carretera con un muerto en el maletero.

—Sabes que nadie te parará y nadie registrará el coche.

Era imposible que un Zeta nuestro o un coche de la policía local o de la guardia civil registrara el coche de un policía nacional. A no ser que lo estuvieran investigando, pero en ese caso lo harían los de Asuntos Internos. Y fuese cual fuese el motivo por el que Antonio asesinó a Dull y lo introdujo en su maletero, debía ser algo tan precipitado que no creo que los de Madrid se hubieran enterado, aún.

—Te lo voy a resumir lo mejor que pueda —comenzó a relatar—. El joyero Santafé llegó a mi casa y me pidió...

## Capítulo 10

En el año 1997 la relación con mi esposa, Carmen, se había comenzado a deteriorar a causa de la distancia. Llevaba casi dos años destinado en Barcelona y las expectativas de pedir destino a Murcia eran tan lejanas como cuando entré en la policía. Cada tres días, cuando finalizaba el turno de Seguridad Ciudadana, cogía el coche y conducía siete horas hasta Murcia, donde estaba un par de días escasos en compañía de mi mujer, para regresar de nuevo a Barcelona. Una paliza, la verdad.

Por aquel entonces habíamos comenzado a replantearnos nuestra vida. Las posibilidades de ir destinado a Murcia se alejaban con la misma precisión que se aleja una tormenta después de descargar la lluvia. Uno de mis ofrecimientos había sido la de irnos los dos a Barcelona. Pero Carmen lo rechazó de plano.

—Barcelona, jamás —me dijo.

Ella llevaba unos años trabajando en la ferretería de la calle Greco de Murcia y entre sus planes más inmediatos no entraba el cambiar de ciudad. No me decía nada, pero cada viaje que yo hacía a Murcia suponía un cruce de reproches sobre lo que la distancia nos estaba haciendo. Entonces fue cuando me comenzó a entrar prisa por acumular baremo. Me subí al carro del *palométrico*.

Creo que durante los tres primeros meses del año 1997 hice más detenidos de los que haré en toda mi carrera policial. Detenía con la excusa más anodina, la más banal, y cualquier motivo era válido para colocar los grilletes a cualquiera que se me pusiera por delante. Había días que podía ir hasta en tres o cuatro ocasiones a la comisaría a comparecer. Detenía por hurto, por robo, por receptación, por lesiones, por tráfico de drogas.

Alguien de la jefatura nos dijo que había unos tres mil «busca y captura» errantes por toda la provincia de Barcelona. Los había peligrosos de verdad y que incluso tenían ingresos en prisión pendientes, pero también había muchos a los que el juzgado quería entregar una citación y al no localizarlos los ponía en busca. La aplicación policial los distinguía en tres apartados claramente diferenciados: Los BIP, BYP y ADP. Búsqueda Ingreso en Prisión, Búsqueda y Personación y Averiguación de Domicilio y Paradero. En los dos primeros casos se procedía a la detención inmediata del filiado. Y en el último se trasladaba a comisaría a efectos de comprobar su domicilio correcto. Muchos compañeros de Barcelona y periferia se dedicaban a filiaciones masivas para



cazar a los «busca y captura». Eran capaces de aparcar el coche de policía cerca de barrios conflictivos, como el Chino, la Plaza Real, el barrio de San Cosme, Bellvitge o la Trinitat Vella, entre otros. Y en medio de la calle se ponían a identificar a todo el que pasaba cerca de la patrulla. Se metían en bares; incluso llamaban a la puerta de domicilios particulares, tiendas, etcétera. La jefatura había habilitado un canal exclusivo para pasar filiados. Se podía oír al operador de sala como con voz cansada iba diciendo: «Siguiente». Cada día, uno de estos cazarrecompensas de la policía podía llegar a detener hasta 15 ó 20 reclamados. El busca y captura era el detenido más sencillo y práctico porque no había que ir a juicio, como ocurría con un robo, por ejemplo, donde la declaración del policía era parte importante del atestado, al actuar en este caso como testigo, y el trámite en comisaría también era muy rápido, la mayoría de las veces se solucionaba con un escrito de medio folio tipo Oficio al Juzgado reclamante, poniendo a disposición el detenido.

Los detenidos era lo que más puntos sumaba; incluso por encima de la recuperación de un coche. Detenidos y actas de droga incrementaban el baremo de forma exponencial y considerable. Mientras que había servicios que no puntuaban nada, por lo que los policías evitaban cumplimentar ese tipo de comisiones de la Sala del 091, como por ejemplo un atropello o una asistencia sanitaria. Detenidos, detenidos y detenidos, eso era lo que me faltaba para irme destinado a Murcia cuanto antes.

En septiembre de 1997 salió publicada la Orden Provisional de las plazas ofertadas en las diferentes vacantes de toda España. Los Sindicatos de la Policía las repartieron entre sus afiliados y, como buitres en busca de carne, todos comenzamos a marcar nuestras preferencias. Había ciudades como Madrid donde faltaban 300 ó 400 policías, mientras que Murcia, Alcantarilla, Molina de Segura, Lorca o Cartagena, las más próximas a mi casa, solo necesitaban uno o dos policías por comisaría, o el caso de Murcia capital que requerían 5 plazas. Y teniendo en cuenta la cantidad de murcianos que había por todo el Estado español y con ganas de irse a su tierra, la posibilidad de que yo, con dos años de antigüedad, pudiera optar a alguna de esas plazas era tan remota, que deseché irme a casa al menos en los próximos diez años. Consultando la Orden anterior, comprobé que el último que se fue a Murcia lo hizo con 30 puntos de baremo. Y yo solo tenía 17 puntos.

Un día no pude aguantar más la presión y me sinceré con uno de mis compañeros de patrulla. El chico era de Tenerife y ya había reunido los

puntos suficientes como para pedir para su tierra. Lo cierto es que había trabajado muy duro y con él hacer detenidos era coser y cantar. Hasta diez detenidos hicimos en un solo día: uno que creímos ver hurtando un bolso a una extranjera en la Rambla de Cataluña y nueve que pescamos arremolinados en un corrillo en la Plaza Real y que Camilo, el nombre del canario, no tuvo ningún miramiento a la hora de involucrarlos en el hurto.

Cuando terminó el servicio nos fuimos a tomar una cerveza a un *Pub* de la calle Balmes donde le relaté mi padecimiento personal por no poder irme destinado a Murcia y lo que peligraba mi matrimonio por la distancia. Camilo me comprendió enseguida, porque a él le pasaba exactamente lo mismo. Me dijo que para Tenerife no eran necesarios tantos puntos, que con 26 ya se podía ir y que ese año ya los había alcanzado.

—¿Ya los tienes? —le pregunté extrañado. Por lo que sabía de él era de mi misma promoción y casi me sacaba diez puntos de ventaja—. ¿Cómo lo has hecho?

Él sonrió y me contó una historia de lo más extravagante que me dejó embelesado mientras me la refería. Al principio, mientras hablaba, no comprendí adónde quería ir a parar. Pero supe que Camilo no daba puntada sin hilo y que esa historia contenía una moraleja que únicamente se podía explicar si le prestaba la atención necesaria a su exposición.

Me contó cómo unos meses antes habían relevado a una patrulla en el Centro de Salud de Drassanes, donde a un chico le habían pegado una paliza en una discoteca de la calle Muntaner y estaba esperando para que le intervinieran quirúrgicamente, ya que le habían fracturado la nariz. Ellos vestían de uniforme, al igual que la patrulla que tenían que relevar. Camilo iba en compañía de un policía de Cádiz, de las últimas promociones. El chico era aficionado al boxeo, incluso había competido con un equipo local en diversos combates amateur. Bajo, con la altura justa para acceder a la policía, pero con unas espaldas anchas y unos puños huesudos, según me contó Camilo. Solo hacía un par de semanas que iba con él y ya había detectado algunas cosas extrañas. Llegaba siempre con el tiempo justo a los relevos y un par de veces acudió a trabajar seriamente magullado. En una ocasión portaba una tirita en la mejilla izquierda. Y otra vez mostró un eritema en la barbilla. Camilo imaginó que en su tiempo libre entrenaría y que su oponente sería el causante de esas heridas.

Cuando hicieron el relevo en el Centro de Salud, el otro coche se retiró a descansar y ellos se quedaron a solas con el lesionado, a la espera de que

ingresara en quirófano. Camilo le pidió la documentación para anotar su nombre en el parte de servicio, al mismo tiempo que se interesó por las lesiones que presentaba y consultó si conocía al autor. Una lesión de esas características se perseguía de oficio, es decir, aunque no denunciara el perjudicado, la policía tenía la obligación de identificar y detener al autor.

—¿Sabes quién te ha pegado? —le preguntó.

El chico levantó la cabeza y mostró unos ojos verdes profundos que se clavaron en los de Camilo. El equipo médico le había metido dos palos de algodón en los orificios de la nariz y sus ojeras y mejillas evidenciaban que los huesos de la nariz se habían fracturado.

—No tengo ni puta idea —respondió colérico—. Solo sé que ese cabrón me ha pegado porque le ha dado la gana, sin motivo alguno.

—¿Lo conoces? —insistió Camilo.

—No. Solo sé que trabaja de portero en la discoteca.

Camilo anotó en una libreta los datos que le iba aportando el perjudicado. Sabiendo que el autor era uno de los porteros, policía judicial no tendría problemas en identificarlo mediante un reconocimiento fotográfico. En esa discoteca no habría más de cinco o seis porteros trabajando, e intuía que solo uno estaría legal. Los demás, con toda seguridad, serían matones de gimnasio contratados por horas para cubrir los fines de semana.

Y estaba Camilo terminando de apuntar en su libreta los detalles que le aportaba ese chico, cuando vio cómo clavó los ojos en su compañero y comenzó a insultarle chillando todo lo que su garrate daba de sí.

—Hijo de puta. Cabrón de mierda. Mira lo que me has hecho —le decía mientras se señalaba los algodones de la nariz.

Camilo miró a su compañero y vio cómo este se acercaba al lesionado con los ojos inyectados en sangre.

—¿A ti que te pasa? ¡Imbécil!

—Tú me has hecho esto —insistió el chico, tocándose la nariz.

El compañero de Camilo se tocó la placa del pecho.

—Yo soy policía —advirtió—. Ve con cuidado con lo que dices o te podré detener por amenazas a un agente de la ley.

Camilo medió tratando de tranquilizarlos a los dos, hasta que un celador del hospital se acercó hasta ellos con una silla de ruedas y le dijo al chico que se sentara, su turno había llegado y en unos minutos sería intervenido para repararle los huesos de la nariz. Lo de que un policía amenazara con cumplir la Ley, sonaba de lo más rocambolesco.

Cuando Camilo y su compañero regresaron al coche de policía, entonces le dijo la verdad. Le contó que en sus horas libres trabajaba de portero en varias discotecas, según el día, y que lo hacía para sacarse un sobresueldo. Los policías cobraban muy poco y había muchos compañeros que estaban empleados en otros trabajos que además eran incompatibles. Camilo me había contado que la mitad de los taxistas de Barcelona eran policías y que casi la totalidad de porteros de discoteca también lo eran. Sinceramente creo que exageró con ese promedio.

El día que policía judicial redactó el atestado de las lesiones de aquel chico, en el reconocimiento fotográfico de los porteros de la discoteca solo se incluyeron dos fotografías del personal contratado, ya que los otros no tenían contrato y la discoteca no podía jugársela diciendo que tenía más trabajadores de los que realmente tenía. El chico no reconoció a ninguno de los que le mostraron y el caso se archivó.

El control de las salas de fiestas no se endureció hasta el año 2012 cuando el incidente del Madrid Arena donde fallecieron cinco chicas en una avalancha y salieron a la luz las irregularidades de este tipo de espectáculos. Pero en la Barcelona del año 1997 las salas de fiesta, discotecas y garitos funcionaban con un solo trabajador contratado. Los demás eran extras que empleaban los fines de semana y les pagaban en negro. Además los empresarios del sector mantenían una buena relación con la policía a base de invitarles a cubatas. Creo que el cien por cien de los policías jóvenes de esos años bebían de gorra en cualquier tugurio donde se metieran. Y beber gratis suponía que cuando había algún problema, la policía siempre se ponía de parte del empresario.

Cuando Camilo me contó esa anécdota, aprovechó para decirme que el compañero de Cádiz se fue destinado a su tierra en la siguiente Orden General que publicaron. Y se pudo ir tan rápido porque le dieron dos medallas.

Las medallas era la manera más expeditiva de acumular baremo. Una medalla equivalía a un año de servicio en cualquier plantilla de España. Mientras una Felicitación Pública contaba como 0,25 puntos, una medalla eran 4. Y en el caso de la Medalla al Mérito con distintivo rojo, se llegaba a los 8 puntos. El tío de Cádiz había conseguido dos medallas: una blanca y una roja, lo que le lanzó hacia su tierra en muy pocos años de servicio en Barcelona.

—Pero para que te concedan una medalla... —cuestioné a Camilo— has de

efectuar un servicio excepcional.

El me miró risueño, forzando su acento isleño, y me dijo una frase que anoté como dogma dentro de la policía:

—No hay buenas o malas intervenciones, sino bien o mal escritas.

Su consejo fue que me esmerara en explicar bien las intervenciones. Que no tuviera prisa a la hora de escribirlas. Lo importante es que quede todo bien claro en el atestado policial. Un atestado es la biblia del policía. Todo lo que se escriba allí va a misa. Camilo estaba en lo cierto, porque años más tarde, en la cita del movimiento *antiglobalización* de mayo de 2011 en Barcelona, un compañero que conocía de la comisaría de Lérida y que participó como infiltrado en las manifestaciones, me dijo que desde Madrid habían desplazado a un equipo de expertos en la redacción de atestados para cubrir los excesos que pudieran practicarse en la detención de radicales.

Las pocas semanas que compartí servicio con Camilo me sirvieron para aprender que si quería irme a Murcia destinado tenía que hacer dos cosas: muchos detenidos para que me dieran muchas felicitaciones públicas y conseguir que me otorgaran al menos una medalla al mérito policial, y si era posible la roja. Ocho puntos de golpe me mandarían de cabeza a mi tierra.

Y así fue como unos meses después de conocer a Eduardo Serrano y Josep Jover, tuve que tragarme mis palabras al repudiar su forma de actuar y recibir, ufano, su ayuda para conseguir que la Dirección General de la Policía me condecorara con una resplandeciente Medalla Roja. Mi pasaporte a Murcia.

## Capítulo 11

En el año 2009 tuve que asistir a un juicio en la Audiencia Nacional de Madrid. Un año antes habíamos detenido a unos rumanos con un buen puñado de tarjetas de crédito falsificadas con las que pretendieron comprar en una tienda de Huesca varios televisores de plasma de gran tamaño. El vendedor, muy avisado, desconfió de los rumanos, que por otra parte se hacían pasar por italianos. Eran dos: uno muy moreno y otro muy rubio. Portaban pasaportes italianos, vestían como italianos y hablaban en italiano. Accedieron a la tienda con los aires de unos ricachos pijos dispuestos a gastar un buen puñado de euros en adquirir cualquier electrodoméstico que les entrara por los ojos. Vestían bien, con zapatos de punta y pantalones de pana ancha. Algo anticuados, pero elegantes. Observaron unos minutos los equipos de sonido, pero luego les llamó la atención los televisores de alta gama. Finalmente se decidieron por tres, cada uno de una marca distinta. Cuando formalizaron la compra, el propietario de la tienda pasó la tarjeta de crédito que le facilitaron por el terminal *Datafast*, pero solo marcó el importe de un euro. Lo que pretendía era comprobar que el nombre del titular de la tarjeta se correspondía con el que había inscrito en la banda magnética.

Después de haberlos detenido, un perito de la Policía Científica de Zaragoza nos contó que estas bandas organizadas lo que hacían era insertar tiras magnéticas robadas en tarjetas de crédito falsificadas, donde figuraba el mismo nombre del documento que también era falsificado y que mostraban a los encargados al hacer el pago en la tienda. Pero la forma de desenmascarar el fraude era pasar la tarjeta por el *Datafast* y leer el nombre que había en la banda magnética, que en este caso no se correspondía con el que había inscrito en la tarjeta.

El dueño de la tienda, un oscense de casi setenta años, pero con una plenitud y energía que ya quisiera yo para mí, avisó a la policía nacional por teléfono, simulando que tenía que contactar con un cliente en medio de la transacción con los rumanos; para no levantar sospechas. Un Zeta de la comisaría llegó allí en un par de minutos y tras comprobar que las tarjetas de crédito que portaban encima, que luego vieron que eran varias, eran falsificadas, los trasladaron a comisaría en calidad de detenidos.

Una vez en dependencias policiales pudieron averiguar que no solo las tarjetas eran falsas, sino que también los pasaportes lo eran y las cartas de identidad italianas. Lo único que no era fraudulento de los rumanos eran sus

ropas.

Un año después salió el juicio. Y como se les detuvo por moneda falsa, por pagar con las tarjetas, el juicio se celebró en la Audiencia Nacional de Madrid. Allí coincidimos el propietario de la tienda de electrodomésticos, que ahora no recuerdo su nombre, Juan Carlos Egea que había participado conmigo en el atestado, y un perito de Policía Científica de Zaragoza, que viajó en compañía de un alumno de policía que estaba en prácticas. Después del juicio, que duró más de lo esperado en este tipo de juicios, donde siempre hay conformidad, nos fuimos a comer todos juntos ya que por la tarde habíamos de coger el tren AVE desde Madrid a Zaragoza, donde iríamos en coche hasta Huesca. En el restaurante de la plaza Colón, donde comimos, coincidimos en la puerta, para nuestra sorpresa, con Jorge Gastón, al que ni Juan Carlos ni yo veíamos desde que estuvimos en la academia de policía. Estaba visiblemente más delgado y llevaba el pelo largo y desordenado, como si se acabara de levantar. Y aunque su aspecto general era bueno, unas marcadas ojeras le hacían parecer más mayor de lo que realmente era.

—¿Jorge?

—¡Lorenzo! ¡Juan Carlos! —clamó jovial y con expresión sincera de alegría.

—¡Me cago en la puta! —exclamé mientras me lanzaba hacia él para darle un abrazo.

El perito de Policía Científica, el alumno de prácticas y el propietario de la tienda de electrodomésticos continuaron caminando hacia el centro de la plaza Colón, mientras que nosotros tres nos quedamos saludándonos.

—Te hacía ya en Vigo —le dije.

—Uf. Vigo está más lejos de lo que creía en un primer momento. Aún han de pasar cinco años más, al menos, hasta que pueda conseguir una plaza por allí.

—No me jodas, Jorge. Ya llevamos catorce años en la policía —mencioné de memoria—, con esa antigüedad uno podría irse a cualquier plantilla de España. Cualquiera —repetí.

Entonces Jorge repartió una molesta mirada entre Juan Carlos y yo, como si hubiera algo que nos habíamos perdido durante todo ese tiempo.

—¿Sigues teniendo el mismo número de teléfono? —le pregunté.

—Sí —dijo con sequedad mientras sacaba el móvil de un bolso negro que llevaba cruzado en el pecho—. Pero ya sabes que hace diez años que cambiaron el 9 inicial de todos los números de teléfono móvil por el 6. Mi

número es el mismo, pero comenzando por 6 —reiteró.

Cabeceé asintiendo mientras que vi como el propietario de la tienda de electrodomésticos y el perito y el policía de prácticas se detuvieron más adelante y los tres se giraron buscándonos con la mirada. Yo miré mi reloj de pulsera y comprobé que aún disponíamos de tiempo para tomar un café tranquilamente con nuestro compañero de promoción.

—Nos vemos en la estación del AVE —les grité a los de Huesca, para que me oyeran—. Recordad que a las siete y cuarto sale el tren —mencioné para que lo tuvieran presente.

Jorge, Juan Carlos y yo regresamos sobre nuestros pasos y entramos de nuevo en el restaurante donde tan bien y tan barato nos habían dado de comer. Nos sentamos alrededor de una mesa redonda, muy cerca de la misma donde habíamos comido. Una pareja de mediana edad iba ya por su segunda copa de coñac. A la mujer se le habían comenzado a colorear los carrillos pasando del rojo al granate oscuro. Al hombre costaba entenderle mientras hablaba. Percibí una enorme barriga por encima de un cinturón muy estrecho de piel. Tenía los pantalones remangados por encima de los calcetines y me percaté de que había perdido el vello de las piernas, algo característico de los abuelos.

—Hostia, tíos —dijo eufórico Jorge, mientras dejaba su bolso en el respaldo de la silla—. Os veo de puta madre. De verdad —reafirmó como si no tuviéramos que creerle.

En el año 2009 aún no había estallado el *boom* de las redes sociales y todavía podía uno sorprenderse de ver a alguien después de muchos años. Para romper el hielo le comenzamos a relatar por qué estábamos en Madrid y cómo fue la detención de los rumanos y la intervención de las tarjetas de crédito.

—¿Estáis los dos en Huesca? —interrumpió justo en el momento que el camarero dejaba los cafés sobre nuestra mesa.

Recapacité que era normal que Jorge no supiese nada, habíamos roto toda comunicación desde que salimos de la academia. De manera sucinta Juan Carlos le explicó cómo fue a parar a Huesca.

—Hay que joderse, de verdad —chasqueó los labios mientras vertía dos sobres completos de azúcar en el café—. Así que los dos estáis por Huesca.

La ligazón que adquirimos en la escuela de policía fue suficiente como para que no hubiera engaños entre nosotros. Juan Carlos no tuvo reparos en contarle lo que le había sucedido en la comisaría de distrito de Madrid;



aunque mintió respecto al lugar exacto, y omitió el nombre de la inspectora y el comisario al que le puso los cuernos. No había que olvidar que Jorge estaba en Madrid y cuando se trata de chascarrillos, Madrid puede ser tan pequeño como cualquier pueblo del interior de España. Jorge fue mucho más sincero con nosotros y, en voz muy baja, nos resumió lo mejor que pudo por qué estaba tan delgado y demacrado. Al principio le costaba hablar, incluso daba largos rodeos inacabables que no conducían a ningún sitio. Pero la presencia de Juan Carlos fue determinante para que Jorge soltara su lengua. Juan Carlos podía ser tan desesperadamente tranquilo que conseguía que uno le contara hasta los pecados más olvidables.

—He conocido a una chica en el supermercado donde compro la comida —nos dijo agarrando la minúscula taza de café como si quisiera refugiarse detrás de ella—. Al principio solo nos saludábamos con un buenos días o un buenas tardes, según correspondiera —siguió hablando alargando la conversación, como si no se atreviese a contarnos toda la verdad—. Era una auténtica belleza. Guapa. De pelo cobrizo y largo hasta la espalda, que resplandecía en su nuca cuando se lo recoge en una coleta.

Jorge había entrado en éxtasis mientras nos hablaba de esa mujer que lo había cautivado. Yo recordé el principio de la fabulación, cuando alguien llena las lagunas de la memoria con historias y explicaciones que se construyen de forma inconsciente. Era posible que lo que nos contaba lo hubiera idealizado sobremanera.

—Tú siempre has tenido suerte con las mujeres —alabó Juan Carlos. Y luego le hizo mención a la época de la escuela de policía y cómo se ligó a la chica del locutorio y a alguna compañera más de promoción que se llevó a la cama sin apenas esfuerzo.

Jorge sonrió con nostalgia, como si sintiera envidia de esos recuerdos y esa época, a la que por su expresión parecía no iba a volver más.

—El supermercado es de su padre y la chica trabaja horas sueltas —siguió contando—, por lo que no está allí todo el tiempo. A veces había entrado hasta en cinco o seis ocasiones con cualquier excusa para ver si ella estaba. Traspasaba la puerta, daba un rodeo a la caja registradora y llegaba hasta la panadería, donde supe que la dependienta que atendía era tía de Noemí —al fin nos dijo su nombre.

—Por lo que dices la chica trabaja en una empresa familiar, ¿no? —interrumpió Juan Carlos.

—Sí, yo lo llamo supermercado, pero realmente es una tienda de barrio

que llevan entre toda la familia de Noemí. Ella está estudiando y lo que hace es emplearse en horas sueltas, pero más como ayuda a su padre que como trabajo fijo.

—Debe ser una chica muy joven —anoté cuando dijo que Noemí aún estudiaba.

Jorge demudó la expresión, pero no respondió a mi comentario. Yo comencé a pensar que Jorge nos iba a relatar una historia de desamor con la tal Noemí. Pero me costaba creer que el Jorge que conocí en la academia de policía fuese capaz de desvivirse por amor. Ese, desde luego, no hubiera sido él. Juan Carlos lo animó a que siguiera explicándose. Después de todo habíamos entrado de nuevo en el restaurante para escucharlo.

—Ni a su padre ni a su tía les gusta que yo merodee a su hija. Incluso han amenazado con avisar a la policía si vuelven a verme por allí...

Justo en el momento que dijo lo de dar aviso a la policía, tanto el rostro de Juan Carlos como el mío se descompusieron. ¿Por qué el padre de la chica amenazaba con alertar a la policía? ¿Qué era lo que Jorge nos ocultaba?

—¿Policía? —interrogué—. ¿Por qué iba a llamar a la policía?

Jorge sorbió apresurado la taza de café, como si quisiera estar libre de ataduras en el caso de tener que salir corriendo del restaurante. Sus pupilas se habían agrandado y sin embargo la luz que entraba de la calle era más intensa que cuando nos sentamos.

—Bueno —carraspeó levemente para aclararse la garganta—. Noemí solo tiene trece años.

—Pero por Dios, Jorge —exclamé enfadado—. No me lo puedo creer. ¿Estás rondando a una niña de trece años?

Juan Carlos lo miró sin añadir nada más a mi reprimenda.

—Tú tienes 36 años ahora —seguí hablando en voz baja, para que ningún cliente del restaurante nos pudiera oír. Jorge me escuchaba entre avergonzado e irritado—. Casi el triple que esa chica, que además es una niña. ¿Habéis tenido algo?

—Ese es el problema —se justificó ante mi ataque verbal—. Que nos hemos acostado en varias ocasiones y que estoy profundamente colado por esa niña, como dices tú. Pero te puedo asegurar que si la conocieras no pensarías que es una niña.

—Está bien, está bien —traté de tranquilizarme—. Supongo que si nos cuentas esa aventura es porque las cosas no han salido todo lo bien que esperabas, ¿estoy en lo cierto?

—Sí y no —dijo como respuesta; aunque era la peor respuesta que podía dar—. Noemí me quiere, yo la quiero, pero su padre y su tía no quieren que nosotros nos queramos.

—Pero Jorge, cojones —me irrité—. Te das cuenta de que eres un pedófilo. Si el padre de esa niña te denunciara no solo te echarían de la policía, sino que irías a la cárcel.

Mientras recriminaba a Jorge su actitud, observé de reojo a Juan Carlos y vi que este no había inmutado su semblante. Hasta me dio la sensación de que admiraba a Jorge por su relación con esa cría.

—Por eso estoy tan delgado y demacrado —se sinceró con nosotros—. Porque su padre ya me ha dicho que me va a denunciar ante la policía; aunque supongo que él no sabe que yo lo soy.

—Pero aún no lo ha hecho, ¿verdad?

—No.

—Entonces es que te está dando una oportunidad de que dejes a su hija en paz para no denunciarte.

—Ellos son ecuatorianos —aportó más datos a su relato—. Quizá en su país no sea algo tan grave como puede serlo aquí —Jorge hablaba como si lo de tener relaciones con una niña de trece años fuese lo más normal del mundo—. Pero estoy convencido de que si dejo de verla su padre no me denunciará.

—Problema resuelto —exclamé con satisfacción.

Jorge agachó la cabeza.

—¿Verdad, Jorge? ¿Verdad que el problema está resuelto?

Juan Carlos repartió su mirada entre los dos, como si estuviera presenciando un partido de tenis y aún no se hubiera decidido el tanto. Yo, por mi parte, me encontraba como si fuese el padre de Jorge y me viera en la obligación de reconducirlo.

—Creo que no voy a poder olvidar tan fácilmente a Noemí —soltó de sopetón.

—La distancia hace el olvido —intervino Juan Carlos. Yo le hice una señal con los ojos para que no contara por qué había ido a Huesca, no teníamos mucho tiempo hasta que saliera el AVE hacia Zaragoza y no quería que nos sumergiéramos en una conversación insulsa. Pero Juan Carlos no me hizo caso, o no me entendió—. A mí me pasó algo parecido —dijo—. Y lo solucioné yéndome destinado a Huesca.

—Ah —respiró profundamente Jorge—. Por eso estáis los dos en Huesca, juntos.

Solté una mirada de recriminación que no pasó inadvertida para ninguno de los dos.

—¿Cuándo salen plazas para Huesca? —consultó Jorge.

## Capítulo 12

—¿Qué ha pasado con el joyero Santafé? —le pregunté a Antonio, viendo que le costaba explicarse.

—Santafé es un buen tío —me dijo—. Es amigo de la policía y amigo de sus amigos. Yo no podía dejar en la estacada a alguien como Santafé. Me llamó por teléfono y quedamos en la Granja Anita hace un par de domingos. Tanto a él como a mí nos apetecía un buen chocolate con churros. El joyero estaba preocupado, muy preocupado. Se había metido en un lío y me llamó más como amigo que como policía. Me dijo que no sabía en quién confiar y que necesitaba ayuda desesperadamente antes de que fuese demasiado tarde. ¿Acaso la policía no está para ayudar a los demás? —se preguntó a sí mismo Antonio, en voz alta.

Mientras hablaba hizo una pausa para encenderse un cigarrillo. Lo cierto es que había conseguido atraer mi atención con ese inicio de explicación. Mientras exhalaba el humo por encima de sus ojos me fijé en él. Ya no era el Antonio que conocí en la escuela de policía. Ninguno éramos ya los ingenuos y jóvenes alumnos que pretendíamos solucionar los problemas de la humanidad. El mundo había cambiado y nosotros habíamos cambiado con él. Yo seguía confiando en Antonio, al igual que confié en Juan Carlos, en Jorge y en Joaquín. Ellos confiaban en mí también, pero con más motivo: yo había hecho mucho por ellos. Y nunca había pedido nada a cambio.

—¿Sabes que Santafé tiene una hija? —me preguntó sacándome de mis pensamientos.

Asentí ligeramente con la cabeza.

—Olivia es una buena chica.

Yo conocía a Olivia desde hacía muchos años, casi desde el primer mes de llegar a Huesca. Entonces la hija de Santafé tenía siete años y acompañó a su padre en alguna ocasión en que él vino a comisaría a entregar alguna documentación de compra y venta de joyas y oro. Era una chica vivaracha, de grandes ojos negros y sonrisa perenne. Todos en comisaría sabíamos su nombre porque su padre no paraba de nombrarla: Olivia estate quieta, Olivia ven aquí, Olivia deja eso. Ahora era toda una mujer de veinte años, exageradamente atractiva y con un metro ochenta de altura que obligaba a girarse a todo hombre que se cruzara con ella.

—Creo que había empezado a salir con un chico de Zaragoza —le dije para darle a entender que yo conocía bastante bien a Olivia—. Los he visto

alguna vez juntos.

—Fernando Garcés —lo nombró Antonio—. Precisamente ese chico forma parte del núcleo del problema que nos ha traído hasta aquí.

Yo también conocía el pasado oscuro del novio de la hija de Santafé, pero llegado este momento no creí oportuno desvelar detalles de mis conocimientos a Antonio. Para entonces, para junio de 2015, ya no me fiaba de él tanto como lo hubiera hecho en el año 1995, cuando tomábamos café todos juntos en la cafetería de la escuela de policía. En estos veinte años habían pasado tantas cosas, que ya nadie era quien decía ser y aunque nos reconocíamos al vernos o al hablar, nosotros tampoco éramos quién aparentábamos ser.

—Garcés había tonteado con las drogas —explicó Antonio, mirando hacia el maletero de su Clio, como si temiera que Dull saliese del interior de un momento a otro—. El muchacho comenzó fumando porros en el instituto para esnifar cocaína más tarde en la universidad y de ahí pasó a inyectarse. Es un buen zagal y merece una oportunidad —como todos, pensé mientras oía las explicaciones de Antonio—. Hace un año que no se mete nada. Te lo puedo asegurar —afirmó furioso—. El mismo tiempo que hace que sale con la hija de Santafé. Pero durante los años de la jeringuilla acumuló deudas con Dull y ahora este se las reclamaba.

—¿Cuánto? —interrumpí con mi pregunta.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto le debía?

—No sé la cifra exacta. Puede que hablara de diez mil euros.

—Diez mil euros no es mucho dinero para un joyero —dije, adivinando por los ojos rojos de Antonio que no le gustó mi comentario.

—Lorenzo —replicó ofendido—. Tú y yo sabemos que esos diez mil euros solo sería el primer pago. Luego vendría otro. Y otro. Y otro. Un chorizo como Dull no se conformaría nunca. Para él, tener cogidos por los huevos a un joyero sería un filón del que no se desharía jamás.

—Hay algo que no comprendo —le dije tratando de atar cabos en su historia—. ¿Por qué no vino Santafé a la comisaría? Como bien has dicho es amigo nuestro y sabe que le ayudaríamos. Una denuncia del joyero y acosaríamos a Dull de tal manera que acabaría por dejarlo en paz. Además —traté de agravar mi voz en un tono cinematográfico—, Dull no es más que un mierda. Bueno, quiero decir «era» —corregí mirando hacia el maletero de su coche.

—Nunca te he podido engañar, Lorenzo —resopló Antonio, dándome a entender que la historia que me había contado era una completa mentira—. Aunque la verdad no dista mucho de lo que te acabo de contar.

—¿Qué verdad, Antonio? —suspiré—. Estás mareando la perdiz y al final cogeré y regresaré a mi casa con mi mujer y mi hijo. Esta es tu mierda y yo no tengo por que hurgar en ella —ofrecí mi mirada más rabiosa.

—¿Con mi mujer y mi hijo? —repitió mis palabras con mordacidad—. No querrás decir con Isabel, ¿verdad?

—¿Qué tiene ella que ver con esto? —me enfadé.

—Nada. No te enfades, hombre. Estás muy quisquilloso. Yo solo he corregido tus palabras —me dijo sonriendo.

Para mis compañeros de comisaría ya no era un secreto mi relación con Isabel Picazo, una policía local de Huesca que no llevaba más de dos años en la plantilla. Isabel estaba destinada en el Servicio de Atención a la Mujer, dependiente del ayuntamiento, y habíamos iniciado un tórrido romance, que en unos meses se transformó en asfixiante. Ella tenía un piso en la Avenida Martínez de Velasco, frente al hospital San Jorge, que alquiló la primera semana de llegar a Huesca. Yo solo iba a su piso a echar un polvo. Sinceramente, no tenía ningún cariño pasional con ella. Para mí Isabel no era más que un buen cuerpo sustentado por una mente liberal. La chica entrenaba un par de horas al día en un gimnasio de la urbanización los Olivos, cerca de mi piso, y el resto del día lo dedicaba íntegramente a su trabajo. Era una buena profesional y muy valorada en su puesto. Sin seguir un orden en concreto, al menos una vez a la semana, yo me perdía en su piso donde comenzábamos tomando una taza de café y terminábamos revueltos en su estrecha cama de ochenta centímetros de ancho. Nunca había tenido una amante y pensé que nuestra vinculación no duraría demasiado. Isabel era una buena chica, atractiva e inteligente. Nuestra relación terminaría en el momento que ella encontrara un chico de su edad y que estuviera dispuesto a formar una familia con ella. Aquella noche, mientras hablaba Antonio, caí en la cuenta de que hacía casi dos semanas que no la veía.

—Está bien, está bien, Lorenzo —rebajó su tono ante mi amenaza—. Olvida lo de Santafé. Y disculpa mi comentario sobre Isabel. El joyero ni siquiera sabe nada de esto —comprendí, por la aclaración de Antonio, que ni la hija del joyero ni su novio estaban embarrados con ningún asunto de Dull—. Es un asunto personal. Mío, ¿comprendes?

—Y ¿cómo de tuyo es? —sonreí.

—Vamos, Lorenzo. Estamos hablando de un traficante, un ladrón, un chorizo. ¡Es Dull! —chilló—. Ese tío no merecía ni el aire que respiraba.

Entonces comprendí que Antonio no me había llamado para contarme su lío. Antonio me había llamado para que le ayudara a enterrar el cadáver de Dull. Para hacerlo desaparecer. Lo que Antonio quería era mi cooperación para ocultar su crimen. Pero antes yo necesitaba saber por qué lo había matado.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué lo has matado?

—¿Es importante la respuesta?

—Para mí sí, Antonio. Necesito saber por qué tienes un cadáver en el maletero de tu coche a las... —miré mi reloj de pulsera—, la una de la madrugada del domingo 14 de junio de 2015.

—Discutimos.

—¿Discutisteis, quién?

—Dull y yo.

—¿Por qué?

—No sería mejor deshacernos del cadáver de este cabrón y luego ya hablaremos y aclararemos todo lo que haya que aclarar —me dijo sin elevar el tono en ningún momento.

—Está bien, Antonio —recapacité pensando que tenía razón.

Para mi calvario interior yo sabía que le iba a ayudar hubiese hecho lo que hubiera hecho y se hubiese metido donde se hubiera metido. Antonio era mi amigo y necesitaba mi ayuda. Y yo no me podía negar. Negar la ayuda a un compañero de la policía era un gesto impensable. Ya lo hice una vez y lo volvería a hacer las veces que fuese necesario. Todos sabíamos que la mierda nos cubría hasta arriba y que después de la primera vez que nos ayudamos ya no podíamos echarnos atrás. Ahora no era el momento de dejar a Antonio en la estacada.

—Parece que no te fías de mí —me dijo encendiendo otro cigarrillo—. Yo nunca trataría de joderte.

—Si, claro. No pasa nada Antonio. Pero tú y yo solos no sé si podremos trasladar el cuerpo de Dull, cavar una zanja y enterrarlo. Además... ¿has pensado dónde lo vamos a llevar?

—Ahora, cuándo llegue el que falta, lo pensaremos entre los tres.

—¿El que falta? ¿Has avisado a alguien más?



—Sí —respondió al mismo tiempo que un coche rojo accedía al aparcamiento del centro comercial.

El ruido del tubo de escape de ese Fiat Punto que entraba a toda velocidad en el *parking* no podía ser más inconfundible.

—¿También has llamado a Joaquín?

—Sí. Pensé que con tres sería mejor para deshacernos del cuerpo.

Joaquín aparcó al lado del Renault Clio de Antonio y se bajó sonriente.

—Ya estoy aquí —nos saludó estrechando la mano de Antonio y dándome un pequeño golpe con el puño en mi hombro—. ¿Nos ponemos manos a la obra? —dijo a continuación.

Creo que ninguno de los dos se percató de que yo me había dado cuenta de que Joaquín ya sabía a qué venía. Antonio no necesitó explicarle lo que había en su maletero. Me pregunté si lo habían hablado por teléfono antes, pero enseguida recapacité que eso era imposible. Ningún policía se diría algo así por teléfono. Entonces la otra opción era igual de desesperante: los dos habían conversado antes de reunirse en el aparcamiento, conmigo. Nunca tuve ninguna duda al respecto: Joaquín era el lacayo de Antonio.

## Capítulo 13

En el año 2011, después de dieciséis años de servicio, la carrera profesional de Joaquín Fábregas había llegado a su fin. En marzo de ese año él ya llevaba dos meses separado del servicio y estaba pendiente de un juicio que todo apuntaba a que perdería. A Joaquín se le acusaba de un atraco al banco Santander de Girona. Yo no me llevaba bien con él, ni siquiera en la época de la academia, ya que Joaquín nunca fue santo de mi devoción. Pero él sí que se llevaba bien con Antonio Padilla, del que se podía decir que eran uña y carne. Antonio viajó a Girona para reunirse con él cuando lo detuvieron por el atraco. Joaquín no necesitaba ayuda económica, ya que siempre tuvo una economía desahogada y, como buen catalán, siempre estaba ahorrando. Se había juntado con una chica de Bescanó, un pueblo que está a 20 kilómetros de Girona, y los dos vivían en una casa alquilada que estaba a la orilla de la carretera. Cuando regresó Antonio nos reunió en su casa a todos para contarnos en el lío que se había metido Joaquín.

—Lo han detenido Asuntos Internos de la Jefatura de Barcelona por un atraco a una sucursal del Santander de Girona —nos dijo visiblemente afectado por la noticia—. Le han retirado la placa y la pistola, lo han tenido 48 horas en el calabozo de la comisaría y han fijado fecha de juicio para el mes que viene. Le han destrozado la vida —expuso a punto de llorar—. ¿Os dais cuenta? —preguntó de forma retórica—. Toda la vida entregada a la policía y cuando llega un momento delicado todos te dan la espalda. En Girona nadie le apoya. Ni los jefes, ni sus compañeros se han mojado para exonerarlo de la culpa del atraco.

Antonio tenía una preciosa casa de dos plantas en el Grupo Villa Isabel de Huesca. Se la había comprado en el año 2007 a un constructor que no estaba pasando por su mejor momento. La crisis le había dado de lleno en la línea de flotación y además lo estaban investigando por la venta ilegal de pisos de protección oficial con añadidos que cobraba en negro. Esa práctica se había puesto de moda entre los constructores que ofertaban pisos más grandes y con mejores acabados que los que exigían las viviendas oficiales, el exceso de extras lo cobraban en dinero B. Cuando Antonio se hizo con la casa montó una fiesta que se transformó en juerga y duro todo un fin de semana: de viernes a domingo. A mi mujer, Carmen, no le gustaba que quedara con los muchachos, como los llamaba ella, y menos en la casa de Antonio. Ella creía que Antonio era una mala influencia para todos nosotros.

El día que nos reunió para contarnos la odisea por la que estaba pasando Joaquín en Girona, compró un par de trenzas de Almudévar y preparó sendos cafés con una cafetera recién estrenada. Nos sacó cápsulas de todos los colores y sabores. Chocolate, vainilla y naranja. Otra cosa no, pero a hospitalidad Antonio no tenía rival.

—La cosa está así —se inclinó sobre su taza y volcó dos cucharillas de azúcar—. Los de Asuntos Internos afirman que el atraco del banco Santander de Girona fue obra de Joaquín. Para la acusación cuentan con la grabación de las cámaras de seguridad y la declaración de una testigo, la cajera, que ha afirmado reconocerlo en una rueda de reconocimiento que han montado en el juzgado.

—Él qué dice —intervine cortando un trozo de trenza.

—¿Cómo que qué dice? —se enfureció Antonio.

Sus ojos le delataban. No estaba pasando por un buen momento.

—Sí —insistí—. Qué dice Joaquín respecto a la acusación del atraco.

—Qué va a decir, cojones, que no ha sido. Todo es un burdo montaje de Asuntos Internos para quitárselo de encima.

Juan Carlos dio un mordisco a la trenza y con la boca llena, como siempre hacía, preguntó qué clase de motivos tendrían los de Asuntos Internos para tenderle una trampa.

—Esos son los mayores hijos de puta que hay en la policía —replicó colérico Antonio—. No perdonan que Joaquín se haya reído de ellos durante tantos años. Como sabéis ha tenido una vida muy dura y lo ha pasado francamente mal. Pero ahora se ha reformado completamente y los nuestros quieren volverlo a joder.

Jorge ni siquiera había probado la trenza, pero sí que se había tomado dos tazas de café. Le solicitó a Antonio que no fumara mientras comían, ya que el humo enturbiaba el ambiente. Antonio, como siempre, no le hizo caso y se encendió un cigarrillo lanzando dos flechas de humo por la nariz.

Para mí era incomprensible que Antonio defendiera tanto la inocencia de Joaquín. Máxime cuando hacía tanto tiempo que no se veían y estando a varios cientos de kilómetros de distancia, pero Antonio aún conservaba una amistad férrea con Joaquín. Tanto que incluso viajó de motu proprio a Girona a interesarse por su caso.

—Hay una cosa que no encaja —intervine de nuevo, para mayor disgusto de Antonio—. ¿Por qué iban a montar esa trampa los de Asuntos Internos contra Joaquín, si él no es más que un policía?

—Yo no me lo creo —interrumpió Juan Carlos, saltándole un trozo de comida de los labios que se estrelló contra la mesa.

—¿Qué es lo que no te crees? —Antonio estaba cada vez más enfadado—. Tú —me dijo mirándome directamente y echando chispas por sus ojos—, viniste aquí huyendo de la ruina del bingo. Llevas aquí desde el año 2002 y si no hubiera sido porque Huesca te acogió, ahora estarías arruinado y separado. Y tú —miró a Juan Carlos—, te hemos acogido como a un hermano después de los problemas de cuernos que montaste en Madrid. Y tú —también hubo para Jorge—, que te gustan las niñas de trece años. Y tú —sus ojos irradiaban fuego mientras arrugaba la frente y apuntaba a Juan Carlos con la mano donde sostenía un cigarrillo a medio consumir—, cuestionas ahora que Joaquín sea culpable, cuando todos sabéis que él no tiene ninguna necesidad de atracar un banco. Eso es absurdo. Él no necesita dinero, ni tiene vicios. Ni siquiera fuma, cojones —apagó el cigarrillo en su plato de café.

Entonces, sin venir a cuento, y como justificación de que todos tenemos cosas que esconder, arremetió contra mí por un incidente en la academia de policía del que ya no me acordaba. Apenas llevábamos unos meses en la escuela y yo era el vicepresidente de la junta de alumnos. Me eligieron porque nadie quería ese marrón, como se suele decir. El vicepresidente era el que tenía que asistir a todas las reuniones, levantar acta y convocar encuentros. Además cada vez que se rifaba un rapapolvo por alguna cuestión que afectara a las aulas, el vicepresidente era el que se lo comía. La junta de alumnos estaba formada por la presidenta, una chica de Albacete que aprobó la oposición de la policía al tercer intento, yo, que hacía de vicepresidente y el secretario, que era el hombre que nunca estuvo allí, ya que se presentó a la votación y luego no participó en ninguna de las reuniones que se convocaron a lo largo del curso. En el año que estuvimos nosotros, había un total de 28 secciones, con unos cuarenta alumnos por sección, y cada sección tenía un delegado y un subdelegado. A las reuniones de la Junta no era obligada la asistencia de los dos, pero había muchas secciones en las que participaban el delegado y el subdelegado al mismo tiempo, si se llevaban bien, claro. Al tercer mes de academia la queja más repetida estaba relacionada con el restaurante y la cafetería, los cuales gestionaba la misma empresa de catering. Así que mantuvimos una reunión con dos jefes que vinieron directamente desde Madrid, y que se rieron en nuestra cara. Nosotros les decíamos lo que nos habían transmitido los alumnos mediante sus protestas, y ellos replicaban, sonrisa en ristre, que tampoco había para tanto. Los precios

eran excesivos, casi costaba lo mismo un café con leche allí que en un bar externo. Y la comida del restaurante era asquerosa. Por no decir vomitiva. A nosotros nos parecía inverosímil que en toda una escuela de policía pudieran alimentarnos de forma tan precaria, teniendo en cuenta que nos descontaban de nuestra nómina el importe del alojamiento y la manutención. Creo que allí fue donde me di cuenta de que la corrupción había calado hondo y tocaba hueso en nuestra sociedad. Me recordaba a la época del servicio militar donde el capitán de la compañía desviaba soldados para provecho propio, como podía ser la construcción de alguna obra en su casa o arreglar el jardín. Ahora, en la policía, no se había llegado a ese extremo, pero desde luego estaba claro que alguien había metido la cuchara hasta el fondo y que se estaban enriqueciendo con el servicio de comidas de la academia de la policía nacional.

Con esa primera reunión, y la decepción que nos llevamos todos, se me ocurrió la idea de ser más taxativo en postreras reuniones con la empresa de comidas. Lo comuniqué a la Junta de Alumnos y todos estuvieron de acuerdo, así que me secundaron. Pero eso sí: debía ser yo el que llevara la voz cantante. Fijamos una reunión con la empresa para un viernes de diciembre, muy próxima a las fechas navideñas. Mi plan consistía en que el día anterior a la reunión, es decir el jueves, ningún alumno accediera a la cafetería de la academia, calculando que las pérdidas de la empresa de catering rondarían las trescientas mil pesetas diarias. En esa época esa cantidad era mucho dinero, vendría a ser el sueldo de un mes completo de dos policías profesionales. La presión estribaba en que si los negociadores se sentaban con trescientas mil pesetas menos en sus cuentas, quizá nos tomarían más en serio en nuestras reivindicaciones. Y así lo hicieron todos los alumnos. El jueves anterior a la reunión la cafetería de la academia parecía un desierto. Fue tanta la conmoción que produjo ese hecho histórico en la historia de la escuela de Ávila, que la noticia de la sedición de los alumnos llegó rápidamente a oídos de la dirección del centro. Convocaron una reunión de urgencia donde todos mis compañeros me señalaron como el responsable de la rebelión. Que todos me apuntaran a mí era algo comprensible, ya que la amenaza del director de la escuela era la expulsión. A la presidenta de la junta de alumnos, al secretario y los veintiocho delegados de sección, se les dijo que de no señalar al culpable del amotinamiento se les expulsaría a todos de forma inmediata de la academia y que nunca más podrían volver. Ante la opción de elegir entre susto o muerte,

todos se decantaron por el susto. De un susto te repones, de la muerte no. Aquella experiencia me sirvió para darme cuenta de dos cosas: que, aunque seas policía, siempre hay un jefe por encima y que los que mandan te van a joder, siempre.

—Está bien —dije viendo que Antonio comenzaba a perder los papeles—. Nos hemos ayudado cuando a alguno de nosotros se le ha ido la mano —afirmé observándolo para que se diera por aludido—. Con asuntos de escasa resonancia —no había que olvidar que, hasta entonces, lo de Joaquín era lo más fuerte con lo que habíamos tenido que lidiar. Lo de la desaparición de los tres kilos de hachís no fue hasta el año 2013, pero para entonces ese episodio ya nos pareció de poca importancia—. Pero un atraco a un banco es algo muy grave. Yo nunca he dudado de ninguno de vosotros. Ni siquiera de ti, Antonio, pero nos enfrentamos al planteamiento de cómo vamos a ayudar a Joaquín.

—En la grabación de la cámara de seguridad del banco se ve cómo entra un tío con capucha en horario de oficina. El tío se dirige a la primera cajera y la encañona con un revólver del 38. No hay sonido, pero se ve cómo vocaliza y le pide todo el dinero que haya en la caja. Luego se da media vuelta y sale por la puerta, perdiéndose calle abajo.

—¿Y cómo saben que es él? —cuestionó Juan Carlos.

Jorge cabeceó dando a entender que iba a plantear la misma pregunta.

—Por la voz —Antonio encendió otro cigarrillo.

—¿Esas cámaras graban voz? —pregunté, dudando.

—No. No graban. Pero lo ha reconocido la cajera, que afirma que la voz de Joaquín es la misma del tío que la atracó. ¿Más café? —nos preguntó Antonio mientras se adentraba en la cocina.

—¿Qué sabemos de esa cajera? —le pregunté alzando la voz para que me oyera.

Juan Carlos seguía mordisqueando un pedazo de trenza mientras que Jorge hojeaba una revista pornográfica que cogió de debajo del sofá.

—Tengo todos los datos —aseveró asomando la cabeza por el hueco de la puerta de la cocina—. Sabemos que se llama Fernanda Pérez, que tiene 27 años y que es natural de México.

—¿Y qué hace una mexicana en España y trabajando en un banco?

## Capítulo 14

Hasta la noche del 13 de junio de 2015, apenas había reparado en la figura de Fernando Garcés, el novio de Olivia Santafé, la hija del joyero. Era un chico callado, con cierta tendencia a la aprensión. Dicen que las personas que acumulan golpes y humillaciones en la vida adoptan esa propensión. Hablaba con una seriedad preocupante y su mirada era difícil de seguir, característica de las personas tímidas. Aunque por su comportamiento parecía envalentonado. Pero siempre pensé que era una tendencia innata a la protección de su fragilidad como persona insegura. Abigarrado en el vestir; aunque en alguna ocasión lo vi en compañía del joyero Santafé, y entonces portaba un elegante traje a juego con el de su suegro. Después de que Antonio me lo nombrara comencé a fijarme en él y a escutarlo alguna vez que lo vi por Huesca. Salía con la hija del joyero, pero en pocas ocasiones los vi juntos paseando cogidos de la mano, como unos novios formales. Llegué a pensar que mantenían una relación moderna, de esas en que solo se ven para follar y que entre polvo y polvo cada uno de los componentes de la pareja se siente libre para verse con otros hombres o mujeres. Ignoraba si Fernando se veía con otras mujeres, pero lo que estaba claro es que Olivia sí que lo hacía con otros hombres. Y no es porque la viera yo directamente, pero cuando el río suena agua lleva y eran muchas las voces de Huesca que aseguraban haberla visto en compañía de otros hombres en bares de ambiente de la zona del Tubo e incluso entrando y saliendo de alguna casa.

Fernando Garcés era algo más mayor que Olivia. Él ya había cumplido los veinticuatro años y Olivia tan solo tenía veinte. Y mientras Fernando tenía un carácter que rayaba en lo monacal, el de Olivia era de lo más libertino. Me dijeron de Fernando que efectivamente, tal y como contó Antonio, había tenido problemas con las drogas, pero que era un buen chaval y que ya había salido del pozo. Me tomé la licencia de consultar sus antecedentes penales en la base de datos de la policía y comprobé que solo le constaba una reseña por un delito contra la salud pública en Zaragoza mientras adquiría droga. Por lo visto la patrulla que intervino no supo redactar un atestado en condiciones y se lió con las declaraciones y al final detuvo tanto a vendedor como al comprador. Nosotros sabíamos que para que hubiese una venta tenía que haber un comprador, y como a veces el comprador no quería colaborar con la policía, ya que en parte su declaración formaba parte de la acusación, y lo que menos quería era tener problemas con el traficante, en los casos de venta de

drogas había que maquillar las declaraciones para que el juez acusara al vendedor. Así que esa única detención no la tuve en cuenta a la hora de fraguar una idea de quién era Fernando Garcés. No ocurría lo mismo con Olivia Santafé, a la que le constaban tres antecedentes por hurto, dos de ellos en el Corte Inglés de Zaragoza, lo que chocaba con el poder adquisitivo de sus padres. Pero precisamente es en familias adineradas donde los jóvenes suelen cometer este tipo de actos que se achacan a un ejercicio de rebeldía más que a una voluntad de lucrarse con lo sustraído.

Un compañero del grupo de Análisis de la Información, que tenía su despacho al inicio del pasillo de judicial, me contó que la vida de Fernando Garcés no había sido nada sencilla. De padre desconocido, su madre lo tuvo que criar solo en condiciones paupérrimas. Susana Garcés le dio su primer apellido al niño y se empleó en la fábrica de Balay de Zaragoza, donde trabajó hasta que un fatal atropello en el polígono industrial de Malpica le sesgó la vida. Entonces Fernando contaba dieciséis años y al no tener ningún familiar que se hiciese cargo de él, fue entregado por las autoridades al centro de menores de Julisbol de Zaragoza, donde se crió con otros niños en situaciones similares. Uno de los compañeros del centro salía con una amiga de Olivia Santafé. Y en uno de los encuentros entre los dos, el chico se hizo acompañar de Fernando y la chica de Olivia, así que los dos se conocieron cuando apenas contaban diecisiete años. A Olivia le gustaba el chico y por eso quedaba con él e incluso se lo presentó a su padre, el joyero, que prácticamente lo adoptó como un hijo más. E incluso cuando cumplió los dieciocho años lo empleó en su joyería como mozo de reparto y chico de los recados. Yo había oído que incluso hacía de viajante entre las joyerías donde Santafé compraba y vendía oro, plata o, incluso, diamantes.

Ciertamente, en alguna ocasión que coincidí con él, era un chico de aspecto desvalido y mirada de bueno, que se hacía querer. Después de conocer su pasado comencé a sentir lástima por él y me compadecí de la mala suerte que había tenido al toparse con una chica como Olivia, que solo lo utilizaba, seguramente porque le daba pena. Pensé que un chico así se merecía algo mejor, pero, como se suele decir, el amor es ciego.



## Capítulo 15

El Fiat Punto de Joaquín Fábregas y el Renault Clio de Antonio Padilla quedaron aparcados, morro contra morro, al más puro estilo de película de gánsteres. La noche avanzaba y comenzaba a refrescar de manera intermitente, como si el invierno y el verano estuvieran enfrentándose en una lucha encarnizada para ver quién ganaba. El vigilante del centro comercial volvió a asomarse a través de uno de los ventanales. Quizá dos coches y tres personas en su aparcamiento le ofrecieron la sospecha de que ocurría algo. Yo intuí que en cualquier momento se asomaría y nos preguntaría. Y así lo hizo.

—Buenas noches, agentes —saludó de forma marcial—. ¿Ocurre algo?

Yo sabía que ese vigilante, al que ya tenía visto de otras veces, no iba a llamar a la comisaría. Una llamada implicaría que se aproximara un Zeta hasta donde estábamos nosotros. Y los de Seguridad Ciudadana andaban con la mosca detrás de la oreja desde hacía unos meses, que se había ido incrementando de forma exponencial desde la desaparición del hachís del año 2013. Ya habíamos descartado que los de Asuntos Internos nos estuvieran investigando. Jorge Gastón tenía un amigo en la Jefatura de Zaragoza que lo mantenía al tanto de cualquier investigación abierta. Como siempre se dice en estos casos: hay que tener amigos hasta en el infierno.

—Todo bien —respondió amable Antonio—. Solo estamos disfrutando del frescor de una noche de junio —dijo para quitárselo de encima lo antes posible.

—Buenas noches —dijo el vigilante. Dio media vuelta y se encaminó hacia el centro comercial.

Los tres lo observamos mientras se perdía por el pasillo de la puerta, cerrándose a continuación detrás de él.

—¿Está en el maletero? —preguntó Joaquín golpeando con los nudillos la chapa del Clio de Antonio.

—Sí.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Ya habéis hablado de esto vosotros? —me atreví a preguntar.

—Antes de llamarte por teléfono —explicó Antonio—, le he llamado a él —supe que yo no había sido la primera opción—, y Joaquín me dijo que no podía venir inmediatamente.

Joaquín y Beatriz tenían una hija de 13 años, Alba, que había comenzado a salir por las noches ese verano, pero que por su corta edad le obligaban a llegar a casa antes de las doce de la medianoche. Alba había salido tres fines de semana y Joaquín la esperaba en el porche de su casa. Luego supe que cuando Antonio lo llamó por teléfono, Joaquín le dijo que no podía acudir al aparcamiento del supermercado hasta que su hija regresara a casa. En cinco minutos, no creo que necesitara más, le relató todo lo que había ocurrido. ¿Todo? Me pregunté. Quizá Joaquín sabía más que yo de como había ido a parar el cadáver de Dull al maletero de Antonio.

—¿Has llamado a alguien más? —me interesé.

Antonio negó con la cabeza de forma enérgica.

—No. Con nosotros tres es suficiente.

Ni Joaquín ni yo dijimos nada más, por lo que Antonio se vio casi obligado a dar más explicaciones de por qué no había avisado ni a Jorge ni a Juan Carlos.

—Juan Carlos es muy débil —dijo resaltando la parte que más destacaba de su personalidad—. No creo que esté preparado para un asunto así de gordo —volvió a mirar el maletero de su coche.

Al escuchar lo que Antonio decía me entró un sofoco que me recorrió toda la espalda. Era la primera vez, desde que me había llamado por teléfono, que tuve conciencia de lo que estábamos haciendo. Quizá nuestra trayectoria había sido tan lenta y pausada que nos había dado tiempo a acostumbrarnos a todo. Desde la acusación a Joaquín por el atraco de 2011 en Girona, pocas cosas nos impresionaban. Pero llevábamos cuatro años de calma chicha en la que ninguno de nosotros se había vuelto a meter en problemas. Joaquín y yo éramos los únicos que estábamos casados. Jorge seguía tonteando con amigas de aquí te pillo y aquí te mato. Y Juan Carlos no terminaba de sentar la cabeza. Teniendo en cuenta que todos pasábamos de los cuarenta años, no era de extrañar que los demás compañeros de la comisaría de Huesca nos miraran con extrañeza cuando nos veían juntos. Es por ese motivo que solo nos reuníamos en casa de Antonio, el único soltero y sin compromiso, donde cenábamos, nos tomábamos algún cubalibre y nos reíamos.

—Y Jorge... —cogió aire mientras hablaba—. Y Jorge mejor que no venga —sentenció Antonio mirando de reojo a Joaquín.

La hija de Joaquín y Beatriz había cumplido los trece ese año. Todos recordábamos que Jorge tuvo problemas con una menor de esa edad cuando estuvo en Madrid. Y Joaquín, que era el más raro de todos nosotros, no

toleraba que a Jorge le gustaran las niñas de la edad de su hija. Creo que nunca lo hablaron, pero el cruce de miradas era suficiente como para que supiéramos lo que ocurría entre los dos. El verano anterior habían coincidido en la piscina de los Ruisseños, en el mes de julio. Joaquín y Beatriz habían ido en compañía de la niña, que se juntó con otros niños de su edad a jugar. Al salir se cruzaron en Avenida La Paz con Jorge, que iba camino de la comisaría. Ese fin de semana estaba de incidencias y tenía que acudir a tramitar un atestado por hurto. Joaquín y Beatriz lo saludaron y Jorge les devolvió el saludo, pero su mirada lo traicionó y posó unos segundos sus ojos en Alba, que permanecía al lado de ellos lamiendo un cucurucho de vainilla.

—No me ha gustado un pelo la mirada que le ha lanzado el degenerado de tu amigo a Alba —recriminó Beatriz la actitud de Jorge cuando se hubieron distanciado de él.

Joaquín se había dado cuenta de la mirada lasciva de Jorge, pero no quiso echar más leña al fuego y prefirió hacer como que no se había dado cuenta. Desde entonces la relación entre los dos se había distanciado tanto, que creo que no habían vuelto a cruzar más de dos palabras en ese tiempo.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Antonio clavándome una mirada mordaz.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

Antonio se dio cuenta de que había comenzado a temblar. Mis piernas, por debajo de la rodilla, habían iniciado un tembleque imparable que no podía controlar.

—Parece que ha refrescado —dijo Joaquín, como si quisiera salir en mi ayuda.

—Está bien —retomó el protagonismo Antonio—. Os voy a detallar mi plan —echó la mano al bolsillo y sacó un cigarrillo directamente cogido desde el paquete. Mientras hablaba lo meneaba en su mano sin encenderlo—. Hay que deshacerse del cadáver de Dull. Y hay que hacerlo de manera que nos olvidemos de él para siempre. Mi primera idea había sido arrojarlo al vertedero de Fornillos. Ya que es una basura he pensado que debía estar con la basura —sonrió. A mí me parecía del todo increíble que pudiera sonreír en esas circunstancias, pero bien pensado también era bueno relajar los ánimos—. En el vertedero no tardarían en hallarlo, y aunque le borremos todas las huellas los de científica darían con nosotros en un santiamén —se desdijo así mismo—. Por lo que mi primera idea ha caído antes de madurarla.

Mientras Antonio daba sus explicaciones, yo caí en la cuenta de que la

investigación de la desaparición de Dull la llevaríamos nosotros: el grupo de judicial de Huesca. Era posible que si se trataba de un crimen relevante, como de hecho parecía que era este; aunque aún no sabía cómo murió y qué ocurrió antes de su muerte, la investigación se la encargarían al grupo de homicidios de Zaragoza. Y esos trabajaban de forma totalmente distinta a como lo hacíamos aquí. Así que, bien pensado, lo mejor era deshacerse del cuerpo de forma que nunca nadie lo hallara. Y, por supuesto, no nos pudieran relacionar con el crimen. ¿Por qué había sido un crimen? ¿O quizá fue un accidente?

—Antonio —susurré tratando de quitarme el temblor de las piernas.

—Dime, Lorenzo.

—¿Cómo ha muerto Dull?

Me miró de soslayo. Como se mira a alguien a quien no le tienes ninguna consideración. Como se mira a alguien a quién te importa un bledo lo que piense de ti. Sus pies permanecían juntos. Las piernas ligeramente arqueadas y sus manos chocaban entre sí como si estuvieran deshilando un grueso cordón de lycra.

—De tres disparos —soltó apretando los dientes—. Le he metido tres balas en el cuerpo.

Lo primero que me pasó por la cabeza es dónde había efectuado los disparos para que nadie lo oyera. Si lo había matado por la tarde, que imagino que así fue, los disparos se hubieran escuchado, sin duda. Tres disparos son lo suficientemente ruidosos como para alertar a un vecino inquieto. Quizá en Cataluña, y en un día como el de San Juan hubieran pasado desapercibidos. O en Huesca en las fiestas de San Lorenzo. Pero esa tarde era una tarde cualquiera del mes de junio. Hacía calor y la gente tenía las ventanas abiertas de sus casas para que entrara el fresco. Definitivamente tres disparos hubieran causado el alboroto suficiente como para que alguien hubiera llamado a la policía. Y de repente, como si mi mente se llenara de ráfagas de recuerdos, me llegó la escena de los dos coches de policía circulando a toda velocidad por mi calle. Recuerdo que eran las cinco. Sí, Ricardo se había levantado de la mesa y dejó los platos en la cocina. Justo se metía en su habitación cuando a través de la ventana del salón vi los destellos de las luces. Ahora lo relacionaba con los disparos que mataron a Dull. Esos Zetas iban a casa de Antonio, me dije.

—¿Tres? —interrogué.

Joaquín se limitaba a mirarme como si estuviera esperando alguna genialidad en mis preguntas al azar.

—Sí. Uno en el muslo, para intimidarlo. Otro en el estómago, para frenarlo. Y el último en la cabeza, para matarlo —recitó de carrerilla a modo de poesía—. Y antes de que sigas preguntándome te diré que ha sido en el jardín de mi casa. Esta noche, sobre las diez.

Ahora tenía la certeza de que los dos coches que pasaron por mi calle iban a casa de Antonio.

—Hiciste ruido —le dije—. Alguien debió escuchar los disparos y llamó a la policía.

—Lo sé —acató—. Con el cuerpo aún sangrando de Dull entre los rosales llamaron a mi puerta los del turno de noche—. Abrí la puerta enseguida y me topé de cara con el andaluz —dijo refiriéndose a un compañero de Granada que estaba de jefe del turno de noche—. Algún vecino escuchó los disparos y llamó a la policía. No pasa nada. Le he dicho al andaluz que alguien estaría jugando con petardos. Que no es la primera vez que lo hacía y que esa semana ya los había escuchado en varias ocasiones. Nos hemos saludado y se han marchado convencidos. Luego he cargado a Dull en el maletero de mi coche...

—¿Tú solo? —lo interrumpí mientras hablaba.

Joaquín sonrió frotando las manos como si quisiera entrar en calor.

—Antonio es un tío muy fuerte —salió en su defensa.

—¿Qué pasa? —dijo Antonio haciendo una cabriola con el cigarrillo en su boca—. ¿No me crees capaz de cargar con ese mierda yo solo?

—Pues más o menos a esa hora pasé cerca de tu casa dando mi paseo de los sábados —le dije—. Si me hubieras llamado en ese momento quizá te hubiera ayudado —me ofrecí.

—De haberlo sabido lo hubiera hecho —asintió.

—Sigue —le animé.

—Lo he metido en el maletero. He limpiado mi jardín de cualquier rastro y he limpiado la chapa del coche de sangre. Y, como después de cogerlo con los dos brazos me he puesto perdido, me he duchado. Luego —siguió enumerando—, he metido la ropa en la lavadora en un programa largo y me he cambiado poniéndome lo que llevo ahora. He salido del garaje de mi casa...

—El jardín —le dije sin dejarle que terminara de hablar.

—¿Qué pasa con el jardín?

—Es descubierto. Cualquier vecino te puede haber visto desde su ventana.

—No me ha visto nadie —afirmó convencido.

—¿Cómo lo sabes?

—Te digo que no me ha visto nadie —insistió, esta vez elevando ligeramente el tono de voz—. Y lo sé porque cuando le he disparado los dos estábamos debajo de la marquesina donde tengo las herramientas de jardinería.

—¿Cómo has llevado su cuerpo hasta el garaje?

—Parece que lo estés juzgando —intervino Joaquín—. A mí cuando me lo ha resumido por teléfono no le he hecho tantas preguntas.

—No es lo que pensáis —me defendí—. Trato de no dejar ningún cabo suelto.

—Está bien, Lorenzo —me dijo Antonio—. Desde la marquesina hasta el garaje lo he llevado en el carro que tengo para transportar tierra. Lo he tapado con la misma manta que luego he puesto debajo para no manchar el maletero.

—¿Ya? —me preguntó Joaquín—. Cuanto más tiempo tardemos en deshacernos del cuerpo, más riesgo corremos. El vigilante —dijo señalando con la cabeza hacia el supermercado—, debe estar pensando qué coño estamos haciendo los tres aquí.

—No te preocupes, Lorenzo —me tranquilizó Antonio—. Nadie sabe que Dull está en el maletero de mi coche. Nadie me ha visto disparar contra él y nadie... —se detuvo mientras hablaba.

—Nadie lo ha visto llegar a tu casa —terminé su frase—. Hemos de planificar que cuando se sepa que ha desaparecido, alguien recordará haberlo visto entrar en tu casa hoy por la... ¿tarde? ¿noche?

—No sé adónde quieres ir a parar —comenzó a impacientarse Joaquín, mientras taconeaba el suelo como si estuviera bailando claqué—. Lo que tenemos que hacer ahora mismo es enterrar el cadáver. Luego ya estudiaremos todas las variantes para evitar que nos descubran.

—Sí, Joaquín. Eso está muy bien. Lo cogemos y lo tiramos al río o al vertedero o lo enterramos en el Pico del Águila. Pero más temprano que tarde alguien lo encontrará. Y entonces comenzará una investigación...

—Una investigación que llevaremos nosotros, seguramente —cortó tajante Antonio—. Cualquier imprevisto que hayamos dejado en el tintero lo subsanaremos sobre la marcha.

—Las cosas no se hacen así, Antonio —dije, pero repartiendo la mirada entre los dos—. Hay aspectos de esta ocultación que debemos aclarar antes de enterrar el cuerpo.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Antonio sacando otro cigarrillo del

bolsillo.

—Las balas. Las tres balas —afirmé—. ¿Son de tu arma?

Joaquín posó su mirada sobre Antonio. Y Antonio perdió la suya por el suelo.

—Sí. Son de mi arma reglamentaria —respondió meneando la cabeza de un lado hacia otro, despacio.

—Entonces —dije masticando las palabras—, hay que extraer las balas del cuerpo de Dull antes de enterrarlo. Si hallan el cadáver, te hallarán a ti. A nosotros. Tu arma, al igual que la de todos, está registrada. Cualquiera de la Policía Científica no tendrá ningún inconveniente en dar contigo una vez hayan hallado el cuerpo.

—Necesitamos un médico —sugirió Joaquín.

—No necesitamos a nadie —dijo Antonio—. Lo que necesitamos es un lugar tranquilo y con mucha luz para extraerle las balas al cuerpo.

Los dos me miraron a mí con indolencia, conminándome a que yo sugiriera algún lugar donde practicar la operación al cadáver de Dull. Pero mi mente estaba tan vacía como nuestras almas en ese momento. ¿Dónde podíamos llevar el cuerpo a esas horas? Entonces elevé los ojos por encima de la columna de humo que salía del cigarrillo de Antonio, y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Vamos a la comisaría.

## Capítulo 16

Fernanda Pérez era una joven de 27 años, natural de Ciudad de México, y que llevaba en España desde el año 2010. Su madre era española, de Amer, un pueblo de la provincia de Girona, y su padre fue mexicano hasta su muerte. Se licenció en Administración en la universidad La Salle de México y, cuando falleció su progenitor, decidió junto a su madre trasladarse a vivir a España, a casa de los abuelos, que aún vivían los dos. Solicitó una autorización de residencia y trabajo y se matriculó en un módulo de conocimientos de computación, obteniendo un título en gestión de Windows y programas ofimáticos. Un certificado de antecedentes penales, caerle bien a un director de banco y ser atractiva, jugó un papel determinante en que la chica se empleara en la oficina del banco Santander de la Rambla de la Llibertat de Girona. Hasta el año 2011 su vida fue organizada y metódica. Cada día, de lunes a viernes, recorría los 45 minutos de distancia entre Amer y Girona en un Opel Corsa de segunda mano que le habían regalado sus abuelos.

A Fernanda Pérez la conocimos a raíz del lamentable asunto de Joaquín Fábregas cuando fue acusado del atraco de la sucursal donde trabajaba la chica. Ese acontecimiento fue el primero donde coincidimos todos a la vez, después de haber abandonado la academia de policía de Ávila. Su declaración fue determinante y contundente para acusar a Joaquín del atraco. Era la única prueba que reconocía la voz de nuestro compañero cuando la encañonó con su arma y le pidió el dinero de la caja. Antonio, el mejor amigo de Joaquín, no estaba dispuesto a que él pasara los próximos veinte años en la cárcel. Pensaba, al igual que todos nosotros, que la declaración de una mexicana que llevaba un año escaso en España no era prueba suficiente como para acusar a nuestro amigo.

—Es algo que le puede pasar a cualquiera —nos dijo el día que nos reunimos para tratar el asunto—. Este cuerpo es una puta mierda —soltó colérico—. En la policía tan pronto te pueden condecorar —me dijo mirándome directamente a los ojos—, como que te pueden defenestrar.

Sé que Antonio me miró porque de forma indirecta aludió a mi medalla con distintivo rojo. Condecoración que pendía junto a otras dos medallas blancas adquiridas en mis 20 años de servicio. No era un secreto, para ninguno de nosotros, cómo conseguí la roja, y con tan pocos años de servicio: solo dos, mi pasaporte a Murcia.



Corría el año 1997, y obtener los puntos del baremo necesario para ir a Murcia se había convertido en una necesidad de primer orden en mi vida personal, por encima de la profesional. Eduardo Serrano y Josep Jover fueron la pieza clave que me ayudó a conseguirlo. Los dos se habían enquistado en el Zeta 63 y eran los encargados de arreglar los desaguizados de los compañeros que metían la pata. Una salvaguarda para desatinos. Por aquel entonces dejé de verlos como dos policías corruptos, al más puro estilo de los compañeros de *Al Pacino* en *Sérpico*, y los contemplé como dos ángeles de la guarda que velaban por el futuro de los policías que la cagaban en algún momento. Esos dos primeros años de servicio fueron suficientes para darme cuenta de que nuestra integridad no dependía de nuestros actos, sino que estaba subordinada a nuestra suerte. Y la suerte no es para el que la busca, sino para el que la encuentra. Conocí a compañeros que habían sido expedientados por las mentiras de un chorizo del tres al cuarto. Buenos policías que fueron expulsados del cuerpo por las mentiras de una *nigeriana* que los acusó de haberle tocado el culo. Y también me topé con lameculos que servían en buenos puestos de lunes a viernes por la mañana y en cuyos pechos pendían más medallas que otros policías que habían estado en territorio comanche.

Eduardo, que era el ideólogo de los asuntos turbios del Zeta 63, me había ofrecido el montaje que me daría la medalla roja y por consiguiente mi pasaporte directo a Murcia. Una roja era baremo. Una roja era una aspiración sensata de un buen policía. Y un buen policía no es el que hace buenas acciones, no, un buen policía es el que sabe nadar y guardar la ropa. El que no solo trabaja bien, sino que vende la imagen de que lo hace. Las campañas de mercadotecnia no las inventaron los grandes almacenes, ya las habíamos inventado muchos años antes nosotros: la Policía.

La idea le surgió cuando entré cojeando al bar donde habíamos quedado. Me preguntó qué me ocurría. Esos meses había estado haciendo deporte con una bicicleta que me compré en el *Decathlon* de Badalona. Mi recorrido preferido era por el *Parque Güell*, donde subía hasta la zona monumental de arriba al menos un par de veces. La última vez que lo hice me caí bajando, por culpa de un perro suelto que se me cruzó en mitad del camino. A causa del golpe me hice un corte poco profundo en la pierna, justo debajo de la rodilla. Cuando Eduardo me preguntó por qué cojeaba, le conté lo que me había ocurrido. Se interesó por si mi herida era profunda y si había ido al médico a curarme. Le dije que no, pero si no cicatrizaba pronto quizá debería

hacerlo.

Ellos se encargaron de prepararlo todo. Eduardo Serrano y Josep Jover habían escogido una sucursal de La Caixa de la calle Gran de Gracia de Barcelona. Al principio desconocía el porqué eligieron esa oficina, frente a una calle estrecha de un solo carril de subida. Pero en su momento pensé que era porque la huida en esas estrechas y laberínticas calles, sería más sencilla que, por ejemplo, en otros puntos neurálgicos de la ciudad Condal. No me contaron su plan hasta que hubo terminado todo, pero lo que sí me dijeron es que no debía preocuparme por nada. Que todo estaba bien organizado y que nadie saldría perjudicado. Me mintieron. Pero para cuando pude reaccionar estaba tan metido en la mierda que no me quedó más remedio que claudicar. El día elegido fue un lunes. La hora, las nueve de la mañana. El lunes era un buen día para atracos porque la ciudad en general estaba adormecida. La policía no reaccionaba rápido. Los camiones eran lentos y torpes. Los trabajadores recorrían las calles como si estuvieran pisando huevos. La fecha coincidió con el retorno de las vacaciones de Semana Santa. Hacía buen tiempo y las lluvias de la semana anterior habían limpiado las calles y despejado la contaminación del cielo.

El tío se llamaba Guillermo. Nunca recordé su apellido, pero la policía lo conocía como Guillermo, el Leopardo. Hasta el día del atraco, Guillermo no era más que uno de los responsables de dar el «agua» a los trileros de poca monta de la Rambla de Barcelona. Mientras que el jefe movía la «bolita» que escondía en la uña de uno de sus dedos, los extranjeros hacían sus apuestas sobre alguno de los tres cubiletes donde supuestamente estaba oculta la bolita y perdían los billetes de mil pesetas que tan bien les hubieran ido para comprar recuerdos de Barcelona. Alrededor del que manejaba los triles había siempre un promedio de ocho o diez personas, que vigilaban que no viniera la policía y que daban el agua cuando pasaba cerca un coche patrulla. A cambio recibían una escueta parte de las ganancias, que en una buena jornada podían llegar a ser suculentas. Guillermo era de origen andaluz, y tendría unos 27 años, calculé. Alto y espigado, sus ojos no desprendían maldad. Lo habían detenido tantas veces por el asunto de los triles, que en la comisaría de Ciutat Vella ya lo llamaban por su nombre. Eduardo y Josep le ofrecieron el trato uno de los días que estuvo detenido en la comisaría. Le tocó a él, como le podía haber tocado a cualquiera. Pero Guillermo aparentaba ser el más cualificado para ese trabajo. Era un tío silencioso, inadvertido. Me contaron que podía llegar a un lugar, ponerse a tu lado, quitarte la cartera y marcharse

sin que te dieras cuenta. Como un leopardo. Dicen que los leopardos son tan silenciosos que pueden colocarse al lado de su presa sin que esta lo presienta. Que pueden ajustar la respiración a la de su presa. Y lo mismo hace con el ritmo del corazón. Eduardo y Josep le ofrecieron el negocio de su vida al Leopardo. Le dijeron que sería rápido. Que sería fácil. Y que no habría peligro.

El plan consistía en facilitarle un arma al Leopardo. Un arma simulada, pero que podía pasar por auténtica a simple vista. Era un revólver del 38 especial, muy aparatoso de aspecto. Le dijeron que debía presentarse en la oficina de La Caixa a las nueve en punto de la mañana, media hora después de que abriera las puertas. Yo ya estaría dentro, sentado, y simulando que esperaba sacar dinero de la ventanilla. Guillermo llegó caminando hasta la misma puerta de la sucursal. Se fumó dos cigarrillos seguidos en la calle. Cogió aire y accedió al interior. Eduardo y Josep le habían dicho; aunque él ya lo sabía, que todos los bancos disponen de un seguro de robo por lo que el dinero que entrega el cajero está cubierto. Si alguien se acerca a la ventanilla y dice: «Esto es un atraco, deme todo el dinero». La cajera entrega una cantidad pactada, de la que dispone inmediatamente, y que el seguro cubre sin preguntas. A Guillermo le dijeron que esa cantidad oscilaría entre las ochenta mil y ciento veinte mil pesetas. Entonces era mucho dinero y se podían hacer muchas cosas con él. El Leopardo se quedaría con un veinticinco por ciento de esa parte. A cambio la policía no intervendría, ya que el indicativo más próximo a la zona del atraco sería el Zeta 63. Cuando el cajero accionara la alarma silenciosa que había debajo de su mostrador, la Sala del 091 comisionaría al coche más próximo: Eduardo y Josep. Entonces supe porqué habían escogido esa oficina. A Guillermo, el Leopardo, le dijeron que ellos tardarían lo necesario para que a él le diera tiempo a huir del lugar. Incluso le detallaron el recorrido que debía hacer para alejarse de la sucursal. Habían concretado que un par de días más tarde se citarían en un lugar indeterminado de las Ramblas, a mí no me dijeron dónde, y Guillermo les daría el 75 por ciento de lo sustraído. Explicado así el plan no podía salir mal.

El esquema era bien distinto en mi caso. Yo debía estar dentro de la sucursal bancaria en el mismo momento que abriera sus puertas. Me sentaría cerca de la ventanilla y sostendría el teléfono móvil en mi oreja simulando mantener una comunicación con alguien, sirviéndome de excusa mi ocupación para no acercarme a la ventanilla. A las nueve entraría el Leopardo

y se acercaría a solicitar el dinero al cajero. Yo me pondría detrás de él y le encañonaría con mi arma. Tres o cuatro minutos después de que Guillermo estuviera en el suelo, inmóvil y desarmado, entrarían en el banco Eduardo y Josep y se harían cargo de la intervención. Una vez controlado el escenario del atraco, una ambulancia me llevaría al hospital más cercano, en este caso era el hospital militar que se encontraba a cinco minutos de allí. Entonces era cuando le debía enseñar la herida de mi pierna al médico que me atendiera y decirle que me la hice en el atraco; aunque con los nervios desconocía en qué momento. Si fue al golpearme la rodilla en el suelo, contra el arma del atracador o con algún mueble de la oficina bancaria. Pero en cualquier caso la lesión sería fruto de la intervención. El resultado era: un atraco abortado, un atracador detenido y una lesión, igual a una medalla roja.

Durante los meses siguientes, ya en Murcia, en mi cabeza le había dado vueltas a qué sacaban Eduardo Serrano y Josep Jover con todo eso. Pero la respuesta siempre era la misma: lo hacían por ayudar a los compañeros.

—¿Estamos juntos en esto? —consultó Antonio.

Todos asentimos con la cabeza. Joaquín estaba en un aprieto y había que ayudarlo. Partíamos de la base de que él no había sido el atracador del banco Santander de Girona y que la cajera, Fernanda Pérez, lo único que buscaba acusándole era protagonismo. Una chica joven de madre española y padre mexicano que buscaba, en base al tratado de doble nacionalidad, ser española, había pensado que un servicio al país de acogida, como era el hecho de identificar a un atracador, le supondría agilizar los trámites necesarios para conseguirlo de forma rápida. El abogado de Joaquín ya nos había dicho que no teníamos que preocuparnos. Que la identificación de voz la desmontaría en el juicio al dudar de que fuese una prueba fiable. Era un buen letrado y muy reputado en Girona, pero nosotros no podíamos fiarnos de lo que se dictaminara en el juicio. La mejor garantía de que Joaquín no sería acusado del atraco era que Fernanda Pérez no reconociera su voz cuando fuese preguntado por ello en el juicio. No reconocer la voz o dudar de que fuese la voz de Joaquín la que le había solicitado el dinero de la caja, sería suficiente como para exculparlo.

Una fotografía de Fernanda Pérez en manos de Jorge Gastón fue la culpable de que Jorge interviniera activamente en la libertad de Joaquín. Fernanda era realmente atractiva y las dos horas de gimnasia diarias le habían moldeado un cuerpo de infarto. Sabíamos que la chica no tenía novio, no

salía con nadie, y que el sábado por la noche frecuentaba un garito de la calle de Pedret de Girona. Conducía su Opel Corsa desde Amer y lo aparcaba en la misma calle, cerca del bar donde se juntaba con dos amigas. Jorge se apostó con nosotros que no necesitaría más de dos fines de semana para llevársela a la cama. Como siempre, Jorge había fallado en sus predicciones, ya que se acostó con Fernanda en el primer fin de semana que coincidieron. Joaquín estuvo 72 horas detenido en comisaría y el juez determinó su libertad con fianza hasta que se fijara la fecha del juicio. Antonio le había recomendado que no se quedara en Girona esos días, ya que podía enturbiar la estrategia que habíamos preparado entre todos para liberarlo de toda culpa por el atraco. Así que se fue a vivir un tiempo a Lloret de Mar, a unos cuarenta kilómetros de Girona, pero lejos de su acusadora. Beatriz se quedó con la niña, Alba, haciendo vida normal. No resultaba carente de ironía que alguien a quien repudiaban tanto Joaquín, como Beatriz, por estar comprobado que le gustaban las chicas jóvenes, fuese el salvador de Joaquín utilizando para ello su capacidad conquistadora de mujeres.

El siguiente fin de semana que quedaron Fernanda y Jorge, lo hicieron directamente en un apartamento que alquilamos entre todos en el centro de Girona. Jorge hubo de viajar *ex profeso* desde Huesca. Los dos amantes retozaron en la cama por la tarde y luego Jorge sorprendió a Fernanda con una inolvidable cena en el restaurante *La Granota*, a una hora en coche desde Girona, pero Jorge quería aprovechar el trayecto, mientras conducía el coche de Fernanda, para hablar del asunto de la acusación de Joaquín. Evidentemente Jorge no le había dicho que era compañero de Joaquín, ni tan siquiera que él era policía. Mintió, como solo él sabía mentir, como solo sabe mentir un policía, y convenció a Fernanda de que era un agente inmobiliario de Huesca que viajaba con asiduidad a Cataluña para abrir mercado. El asunto del atraco traía de cabeza a Fernanda, y no era de extrañar que en algún momento se lo mencionara a Jorge, del que por cierto se había encaprichado. Esa era una de las facetas más distinguible de Jorge: que ofrecía confianza a quien no lo conocía. En las dos horas de trayecto entre el restaurante y Girona, e incluso durante la cena, Fernanda le explicó a Jorge cómo estaba trabajando en el banco y hubo un atraco. Le dijo que había identificado la voz del atracador cuando se la hicieron oír en una grabación. Que estaba segura de que era él, pero que tenía miedo de identificarlo en el juicio, ya que, según le contó en ese momento, el atracador era un policía. Jorge fingió sorpresa, para lo que no tuvo inconveniente, ya que lo de fingir

también se le daba muy bien. Entonces fue cuando utilizó toda su verborrea para convencer a Fernanda de que no declarara en contra del atracador en el juicio. Un policía te puede buscar muchos problemas le dijo. Y no solo él, añadió, sino sus compañeros. Los policías son muy vengativos, concluyó para mayor espanto de Fernanda. Yo de ti, le dijo convencido, negaría reconocer la voz de ese policía en el juicio. No te pasará nada. Nadie se enfadará. Pero el policía saldrá libre, objetó Fernanda. Y qué, contravino Jorge. Y qué más da que un policía sea exculpado de un delito, cuando hay miles de culpables que están en la calle. Un policía no es peligroso, siguió argumentando Jorge, incluso su libertad puede aportar seguridad y justicia a muchos ciudadanos. Quizá ese policía estaba pasando un mal momento o quizá no fue él y tú eres la que estás equivocada, dijo para incomodidad de Fernanda. Pero las palabras de Jorge consiguieron su objetivo y sumieron a la chica en una incómoda duda que hizo que el día del juicio no reconociera la voz de Joaquín como el atracador de la oficina del Santander de Girona.

Después del juicio Fernanda y Jorge nunca más volvieron a verse hasta finales de 2015, después de lo de Dull. Bien pensado, y recapacitando en lo que ocurrió entonces, puedo afirmar que ella no tuvo la culpa de reencontrarse con Jorge.

## Capítulo 17

Antonio se subió a su Renault Clio. Joaquín hizo lo propio en su Fiat Punto, mientras que yo me monté en mi Ford Mondeo. Los tres coches abandonamos el aparcamiento del centro comercial como si se tratara de la comitiva de un entierro; aunque en realidad es lo que era, exactamente. El Clio iba delante, seguido por Joaquín. Y yo el último. Lo que en el argot policial se conoce como «coche escoba». Al pasar por delante de la puerta principal del supermercado, los ojos rojos del vigilante de seguridad se iluminaron detrás de la cristalera, como un robot que nos estuviese observando y memorizando todos nuestros movimientos.

La descabellada idea de ir a la comisaría a extraer las balas del cuerpo de Dull, fue lo más disparatado que pude decir en toda mi vida. Pero las situaciones desesperadas requieren medidas igual de desesperadas. Mientras circulábamos la comparsa por la avenida Doctor Artero, observé el reloj del tablero de mi coche. Eran las dos de la madrugada y mi mujer estaría preocupada por mi ausencia. Hacía más de dos horas que había salido de casa y supuse que ella estaría pensando qué diablos había ocurrido y dónde coño estaba yo para tardar tanto en regresar a casa. Pero la primera señal de auxilio que acudió a mi cabeza fue de Isabel. En ese momento de excitación por lo que estaba ocurriendo, tuve una insólita erección, y nada me hubiera apetecido más que meterme bajo las sábanas de su cama. La pasional idea me sobrevino en el mismo momento que transitábamos por delante del cuartel de la policía local. Y justo en ese instante Antonio arrojó un cigarrillo encendido por la ventanilla de su vehículo, que se estrelló contra la misma acera de la policía local. Menos mal que nadie nos vio.

Llegamos a nuestra comisaría y los tres coches se apostaron en fila india frente a la puerta del garaje. El policía de seguridad nos vio a través de las cámaras y accionó el interruptor para que el gigantesco portón de color azul se elevara y nos dejara entrar a los tres. El Clio bajó por la rampa hasta el sótano. Nosotros hicimos lo mismo detrás de él. A esa hora, y en domingo, en la comisaría solo estaba el inspector del turno de noche, el funcionario de la oficina de denuncias y el policía de seguridad. Nadie más. Los dos Zetas patrullaban las calles de Huesca. Nosotros sabíamos que el inspector no bajaría al garaje a interesarse por lo que estábamos haciendo. Seguridad Ciudadana nunca interfería en lo que hacía judicial. Pero el comisario vivía junto a su familia en la última planta de la comisaría, y si, por lo que fuera,

supiera que a esas horas había 3 coches de judicial en el aparcamiento, seguramente llamaría por teléfono al jefe de judicial para preguntarle qué estaban haciendo allí sus chicos. Y el jefe de judicial le diría que no sabía nada. Y al día siguiente nos convocarían en el despacho para que diésemos explicaciones de lo que estuvimos haciendo la noche anterior.

Mientras esos pensamientos asaltaban mi mente, calculé que para entonces entre los tres ya habríamos inventado alguna explicación creíble de lo que estábamos haciendo allí, en comisaría, y a esas horas.

—Lo mejor es que uno de nosotros —me dijo Antonio mirándome a mí—, suba en el ascensor hasta la primera planta y allí bloquee la puerta para que nadie suba o baje—. Nosotros dos —señaló con la cabeza a Joaquín—, subiremos con el cadáver hasta los despachos de científica.

El gabinete de Policía Científica estaba en la primera planta, al final del pasillo en el flanco derecho. Las tres oficinas eran las últimas de ese ala y sabíamos que nadie nos molestaría mientras estuviésemos allí. Una de las salas disponía de una mesa metálica, luz fluorescente, gasas, desinfectante y herramientas suficientes como para hacer una operación. Los tres lo sabíamos porque allí era donde se realizaban las inspecciones técnicas que requerían de precisión milimétrica. La sala además disponía de un potente microscopio y de material fotográfico de última generación; Policía Científica era de las brigadas más privilegiadas de la policía nacional, en lo referente a inversión económica.

Me monté en el ascensor y accioné el botón de la primera planta. Las dos puertas se cerraron a mi espalda y yo me entretuve en analizar la imagen que devolvía de mí mismo el espejo. Era una representación distorsionada, grotesca. Ese que estaba ahí, dentro del ascensor, no era yo. Me sentí como *Dorian Gray*, solo que en mi caso era yo el que me transformaba. Ahora era demasiado tarde como para echarse atrás. Ya estaba en comisaría ayudando a encubrir un crimen.

Antes de que subieran, yo había sido el encargado de comprobar que en todo el pasillo no había ningún policía del turno de noche. En la primera planta pasé por una serie de puertas abiertas, que recorrí hasta una puerta cerrada con un letrero que decía: Policía Científica. A veces, alguno de esos policías había tenido un apretón y subía a nuestros lavabos porque estaban más limpios que los de abajo. Y no es que estuvieran más limpios porque nosotros fuésemos más limpios, sino que lo estaban porque se usaban menos. En términos cuantitativos, seguridad ciudadana disponía de más personal que



policía judicial.

—Este cabrón pesa como un muerto —dijo Joaquín cuando se abrió la puerta del ascensor en la primera planta.

—Es que está muerto —replicó Antonio, bromeando, pero sin un ápice de sonrisa en sus labios.

—Con una silla de ruedas lo hubiéramos transportado mejor —dije, pero sin recordar de dónde podíamos sacar una.

—¿Sabes dónde hay una? —me preguntó Joaquín.

—No —negué con la cabeza.

Entre Antonio y Joaquín arrastraron el cuerpo de Dull por el pasillo, dejando un sanguinolento surco de sangre. El cadáver estaba en el momento más álgido del «*rigor mortis*» y transportarlo por el pasillo era como llevar una carretilla con patas. A mitad de trayecto se le salió una zapatilla de deporte y dejó a la vista un calcetín con la punta descosida donde asomaba el dedo gordo completamente amoratado. El olor que desprendió el cuerpo en ese instante fue suficiente como para que yo vomitara en el pasillo.

—Lo que faltaba —protestó Joaquín.

—Lo siento —me disculpé—. Es que aún no me he acostumbrado a arrastrar cadáveres por los pasillos —traté de bromear.

Joaquín se agachó para recoger la zapatilla de Dull. Al hacerlo soltó ligeramente su cuerpo y la cabeza del muerto se torció como accionada por un misterioso resorte invisible. Sus ojos, cerrados, parecía que nos observaban desde dentro. Si en ese momento se hubieran abierto, estoy convencido de que hubiéramos sacado nuestras armas y lo habríamos cosido a balazos.

—Estos cabrones no tienen otra cosa que hacer que cerrar la puerta —protestó Antonio.

La puerta del gabinete de Policía Científica estaba cerrada con llave. Joaquín bajó hasta el puesto de seguridad de la comisaría y cogió un carné de identidad de la caja de objetos perdidos. Cuando regresó con el carné lo pasó por el hueco que hay entre la puerta y el pestillo. La puerta se abrió. Es una técnica muy usada por los ladrones de viviendas, conocida como «el resbalón».

—¿Qué te ha dicho el policía de seguridad? —me interesé.

—Me ha dicho buenas noches —replicó, jocosamente, Joaquín.

—Ya, ya. Me refiero a si no te ha preguntado qué estamos haciendo aquí a estas horas.

Joaquín se encogió de hombros, como si ese detalle no fuese importante.

—A los de abajo les importa tres mierdas lo que estemos haciendo nosotros por aquí —zanjó la discusión Antonio.

Accedimos al despacho de Policía Científica. Antonio encendió todas las luces, como si fuésemos a celebrar una fiesta de cumpleaños. Lo primero que vimos fue la cafetera italiana requemada y el bidón de agua medio vacío. Arrastramos el cadáver de Dull hasta la primera oficina de la izquierda, donde lo posamos encima de la camilla metálica. Joaquín tuvo que frenar las ruedas para que no se desplazara. Era una habitación pequeña, donde había un armario metálico que contenía todo lo necesario para la labor de Policía Científica. En el lugar había etiquetas, cinta adhesiva, cepillo de huellas, ampollas de agua purificada para disolver manchas secas, rodillo para presionar la cinta adhesiva en las huellas dactilares, termómetro digital, varias reglas de medir, lupas, pinzas, polvo de aluminio para hacer visibles las huellas, guantes de látex, un par de escalpelos y cintas de advertencia.

—¿No conocerás a algún médico de confianza? —me preguntó Antonio.

Lo miré de arriba a abajo, como si no comprendiera su burla. Él estaba de pie, inmóvil, palpándose los bolsillos en busca de un cigarrillo que no hallaba. Sus ropas manchadas de sangre. Sus ojos inyectados en sangre. Sus manos rojas. Todo él era sangre. Joaquín rebuscaba por los cajones del despacho contiguo, supuse que las herramientas necesarias para extraer las tres balas del cuerpo de Dull. Dull estaba tendido boca arriba. Su faz se había tornado apacible.

—¿Un médico?

—Sí, nos vendría de perlas —respondió Antonio—. Un médico le extraería las tres balas sin esfuerzo.

—Y nosotros también sabremos hacerlo —habló en ese momento Joaquín, mientras entraba donde estábamos nosotros.

El espacio se había reducido al mínimo. Entre la mesa metálica, un fregadero doble, el armario de madera y los tres, apenas quedaba sitio para movernos. Y lo peor era que Antonio encendió un cigarrillo. El humo nos empapó a todos. Joaquín sostenía entre sus manos varias herramientas que halló en el despacho de al lado. Una sierra de carpintero, unas pinzas de plástico, otras de acero, un bisturí, unas tijeras y una linterna enorme. Me parecía fabuloso que con esos útiles pudiéramos extirpar las tres balas a Dull.

—Aún no me has dicho por qué lo mataste —le dije desvariando la mirada por el cadáver.

—Porque era un hijo de puta —repuso arrugando los labios como si fuese a blasfemar.

—Voy a ver si encuentro algo más —dijo Joaquín mientras salía de la improvisada sala de operaciones.

Escuchamos como cerró con el pestillo el acceso principal al gabinete de Policía Científica. Mientras estuviéramos allí nadie debía molestarnos. Nadie tenía que entrar.

—Llame a Dull por teléfono ayer por la tarde —comenzó a explicar Antonio—. Creo que serían las cuatro; aunque no me fijé en la hora exacta —aclaró, consciente de que ese detalle no era importante para la historia—. Mi intención era mediar para que dejara tranquilo a Fernando.

—¿Qué Fernando? —consultó Joaquín asomándose por la puerta.

Entonces fue cuando supe que Joaquín no sabía tampoco la historia de por qué Antonio mató a Dull. Si lo hubiera sabido no habría preguntado por Fernando.

—Fernando Garcés —respondió Antonio—. El novio de Olivia, la hija de Santafé, el joyero.

—¿Tienes negocios con Santafé? —se interesó Joaquín. Hacía unos minutos, en el aparcamiento del centro comercial, yo le había hecho la misma pregunta a Antonio.

—No. No tengo negocios ni con Santafé ni con Dull —se defendió.

—¿Entonces, por qué le llamaste? —interrogó Joaquín mientras dejaba otro puñado de herramientas de carnicero sobre la mesa metálica, a los pies del cadáver.

Joaquín me había interrumpido y ahora era él el que llevaba el peso del interrogatorio a Antonio.

—Este mierda —le tocó los pies al cadáver—, estaba acosando a la hija de Santafé y a Fernando, su novio. Se había cebado con ellos y no paraba de molestarlos.

Joaquín miraba a Antonio con esa sonrisa burlona y de superioridad que dibujaba en su expresión cuando algo le hacía gracia. Antonio no le prestó atención y siguió explicándose.

—Mi intención era hablar con Dull y decirle que si no dejaba en paz a Olivia y Fernando, le tocaríamos los cojones tanto que tendría que irse de Huesca. Buscaba amedrentarlo.

—Vamos, Antonio —traté de ser coherente—, Dull no era un tipo al que se le pudiera atemorizar así como así. Ya debías suponer que lo que le dijeras le

entraría por un oído y le saldría por el otro.

Yo daba por hecho que lo que nos estaba contando Antonio era la verdad. ¿Por qué no? Antonio, Joaquín, todos nosotros, éramos buena gente. Por eso nos habíamos metido en la policía, para ayudar a los demás. Para proteger a nuestros congéneres. Si hacía un repaso mental de todas y cada una de las fechorías que podríamos haber cometido, me daba cuenta de que ninguna era especialmente cruenta. Antonio le había pegado una paliza a un *choro* de Barcelona. Pero qué coño, quizá aquel tío se la merecía. Y lo mismo le pasó a Joaquín en Girona, donde estuvo acusado de un atraco. Los otros dos del grupo: Juan Carlos y Jorge, habían tenido problemas de faldas. Quizá el peor era Jorge, al que le gustaban las niñas. Pero solo fue una, e imagino, si tenemos que creerle, que no aparentaba los 13 años ni de coña.

—Eso fue lo que ocurrió —siguió hablando—. Que mis amenazas se las tomó a cachondeo y comenzó a burlarse de mí. Nadie se burla de mí, ¿sabéis? Habíamos entrado en el jardín y Dull comenzó a cuestionar que yo quisiera ayudar a la hija de Santafé...

—Antes has dicho que a quién querías ayudar es al novio de la hija de Santafé, a Fernando Garcés —corrigió Joaquín.

—Buscaba ayudar a los dos —se ofendió Antonio—. Ayudar a uno implicaba ayudar al otro. Ese chico, Fernando, se merece ser feliz. Y si el único obstáculo para su felicidad es esta mierda —volvió a tocar el pie descalzo de Dull—, entonces haré lo necesario para que así sea. Se rió, se rió de mí mientras me preguntaba qué interés tenía yo en la hija de Santafé. Le dije que ninguno, que solo tenía que dejarlos tranquilos. Me dijo si había tenido algo con Olivia. Por favor, le reproché, Olivia es como si fuese mi hija. El tono de la discusión fue subiendo, y al final extraje mi arma de la cintura y lo encañoné. Le apunté directamente a la cara mientras le amenazaba con que iba en serio. Si no los dejas te mataré, hijo de puta, le dije. Y el tío comenzó a burlarse de mí como nunca nadie se había burlado. Al *poli* le gusta la chica, al *poli* le gusta la chica... ¡Cállate o te pego un tiro!

Antonio se quedó en silencio. Si no lo conociera lo suficiente diría que estaba a punto de echarse a llorar.

—Y le pegaste los tiros —ultimó Joaquín.

—Bajé el arma y le apunté al muslo derecho. A esa distancia no podía fallar. Y disparé. Dull cayó de rodillas y se puso a chillar como un cerdo en el matadero. Hijo de puta, hijo de puta, gritaba como nunca oí gritar a nadie. Me has roto la pierna. Calla cabrón, le dije. Mi temor era que algún vecino lo

oyera y alertara a la comisaría. Entonces fue cuando le disparé en el estómago. Al recibir el impacto su cuerpo cayó de espaldas y se golpeó con la cabeza en los ladrillos que embellecen mi jardín. Pensé que se había abierto la cabeza, pero no fue así. Mala hierba nunca muere. Se inclinó hacia adelante como activado por un muelle enorme y me escupió en la cara. Y el tercer disparo fue el que lo mató. Le di de lleno en la cabeza.

—Tres balas —murmuró Joaquín.

—¿Qué?

—Que tres balas son las que tenemos que sacar de su cuerpo —dijo Joaquín, sacándonos a los dos de nuestras reflexiones—. Os recuerdo que aparte de que no sabemos cómo hacerlo, no tenemos toda la noche.

## Capítulo 18

A las tres de la mañana de ese domingo 14 de junio del año 2015, la mayoría de los bares de la zona de ocio de Huesca permanecían abiertos. A través de la emisora de la Sala del 091, que estaba encendida en el gabinete de Policía Científica, podíamos escuchar cómo los vehículos se desplazaban de un lado hacia otro de la ciudad aplacando peleas y altercados de borrachos. Antonio, Joaquín y yo, estábamos enfrascados en extraer las tres balas del cuerpo de Dull. Descartamos la idea de implicar a más compañeros, como podían ser Jorge o Juan Carlos. Y desechamos, por improbable, la sugerencia de Joaquín de avisar a un médico. Su idea fue acercarse al hospital *Viamed Santiago*, muy cerca de la comisaría, y solicitar la cooperación del médico de urgencias. Según Joaquín solo había que decirle que se trataba de un asunto secreto de la policía judicial y que no debía decir nada a nadie. El médico llegaría, extraería las tres balas del cuerpo de Dull y luego se marcharía tan campante. Entre Antonio y yo le hicimos ver que era la idea más absurda que nunca tendría. Entre otras cosas porque el médico reconocería a Dull y sabíamos que en unos días saldría en la prensa la noticia de su desaparición. Porque, y de eso estábamos seguros, Dull iba a desaparecer para siempre.

—Vamos por partes —dijo Joaquín, que parecía hallar una extraña diversión en lo que estábamos haciendo—. Lo primero es quitarle la bala de la pierna. No creo que sea tan complicado, solo hay que seguir el trayecto de la herida y buscarla hasta encontrarla. Por si no os habéis dado cuenta aún —sonrió de forma sarcástica—, nuestro paciente está muerto.

Mientras hablaba, yo les eché una ojeada a los dos. Parecíamos los protagonistas de una película de *Quentin Tarantino*. Nuestros rostros reflejaban la inquietud y el cansancio. Nuestras ropas estaban empapadas en sangre. Y lo que nunca podría reproducir una película de *Tarantino* era el nauseabundo olor a muerte que surgía del cuerpo de Dull y empapaba la diminuta sala dónde estábamos. Fue pensar en eso, precisamente, y tuve que salir fuera a vomitar de nuevo.

—Joder, Lorenzo —recriminó Antonio—. Lo estás poniendo todo perdido.

—Lo siento —me disculpé—. Pero no soporto el olor a muerto.

Me parecía desconcertante que Antonio censurara mi comportamiento, cuando yo estaba ahí por él. Para ayudarlo. Pero por lo visto ya había olvidado mi participación e implicación en su asunto. Que ahora ya se había

convertido en nuestro asunto. Los tres estábamos de mierda hasta el cuello.

Joaquín había rociado el muslo derecho de Dull con alcohol para limpiar la herida. Vació una botella entera, por lo que el líquido restante resbaló hasta el suelo y se coló por el sumidero. En su mano sostenía dos tenedores que encontró en el cajón de la sala principal de científica. Imagino que serían los que utilizaba la oficial de policía para comer la ensalada. Con unos alicates de mango rojo arqueó los cuatro dientes del tenedor hacia dentro, dejándolos como si fueran dos pequeños rastrillos.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le consultó Antonio.

—Mantener la herida abierta para extraer la bala —respondió al mismo tiempo que dejaba al lado del cadáver unas tenazas de punta plana—. Lo único que queda es saber el punto exacto dónde está el proyectil.

Joaquín levantó los ojos iracundos y los posó sobre nosotros. Por el brillo de su mirada comprendimos que estaba meditando algo malo.

—El escáner de seguridad —dijo como si fuese una idea que hubiera estado esperando toda su vida.

—¿El escáner? —pregunté, temiendo lo peor.

—Sí, cojones. El escáner que hay abajo en seguridad, para controlar el acceso de personas, nos servirá para localizar las balas en el cuerpo de Dull. Son objetos metálicos. Solo tenemos que meter su cuerpo en la cinta, que estoy seguro cabe, y pasarlo por debajo. En el monitor observaremos la localización exacta de los proyectiles.

—Buena idea, Joaquín —alabó Antonio.

—Mala idea, Joaquín —contradije yo—. No me dirás que pretendes bajar con el cadáver hasta el vestíbulo de seguridad y meterlo en el escáner, ante la atenta mirada del policía que hay ahí abajo. ¿Qué le dirás? ¿Qué estás preparando la cena y hoy cocinamos un Dull a la parrilla? —traté de bromear sin conseguirlo.

—Mira que eres buen tío, Lorenzo —elogió Joaquín de forma innecesaria —, pero a veces tienes la mente tan enturbiada que no das pie con bola—. Mi idea consiste en subir el escáner hasta aquí. Estoy convencido de que cabe en el ascensor, porque cuando lo trajeron de Zaragoza lo tuvieron unos días en el despacho de Informática, y para ello lo subieron a esta planta. Recuerdo que entró justo, pero entró al final. No necesitamos todo el aparato, solo la cinta con la caja de los «rayos X». Lo traemos hasta aquí —señaló el suelo de la sala de al lado—, y lo enchufamos. Tarda cinco minutos en iniciarse todo el sistema. Cuando esté a punto, cogemos el cuerpo de Dull y lo metemos

dentro. Lo pasamos y en el monitor quedará grabada la localización exacta de los tres proyectiles. Hacemos una captura. Y luego solo tenemos que abrir las heridas —dijo mientras mostraba uno de los tenedores con los dientes torcidos— y localizar las balas y sacarlas.

—¿Creéis que Juan Carlos sabría hacerlo? —consultó Antonio sin defender o denegar la idea de Joaquín.

Nosotros dos nos encogimos de hombros.

—Sí, él está en Policía Científica. Quizá en los cursos esos que hacen en Madrid le enseñaron a extraer balas. No me miréis así. No es insensato pensar que un policía de científica sepa extraer cuerpos extraños de cadáveres. Ellos son los encargados de cotejar en balística los proyectiles.

Por primera vez en toda la noche parecía que Antonio había dicho algo coherente. Juan Carlos llevaba destinado en la brigada de Policía Científica desde el año 2012 y aunque era un novato en ese puesto, lo cierto es que de forma habitual realizaba cursos de especialización y actualización. No era de extrañar que en algún momento le enseñaran cómo extraer un cuerpo extraño de un cadáver para analizarlo posteriormente. Recordé que en la galería de tiro, en el sótano, había un tubo metálico tan ancho como una sandía, lleno de algodones, donde científica efectuaba disparos con armas intervenidas y recuperaba el proyectil intacto para poder analizarlo después. La marca que ese arma deja en el proyectil, conocida como ánima rayada, es única para cada arma, lo que permite identificar las balas con su arma correspondiente. Aunque la versión completa de ese artilugio consistía en una cámara llena de agua. Un científico forense dispara un arma en el interior de esa cámara. La trayectoria de la bala es ralentizada por el agua. El investigador saca las balas del agua para examinarlas. Tras un análisis microscópico, las marcas producidas por el arma son fotografiadas y guardadas en la base de datos de la policía para su posterior cotejo y análisis.

—Con los tres, que estamos metidos de mierda hasta el cuello —intervine en la conversación—, es más que suficiente. Además —dije mirando a Antonio—, antes, en el aparcamiento del centro comercial, has dicho una gran verdad: que Juan Carlos es débil. Pensad un momento en lo que le propondríamos. Que viniera a la comisaría a las tres de la mañana de un domingo a extraer tres proyectiles de la pistola de Antonio, del interior del cadáver de Dull.

—Joder, Lorenzo —replicó Antonio—. Dicho así del tirón, lo cierto es que suena fatal.



—Hablad todo lo que queráis —interrumpió Joaquín nuestras disertaciones —, yo me voy al vestíbulo a subir el escáner de seguridad. Sea quién sea el encargado de extraer los proyectiles de este —señaló al cadáver con la barbilla—, lo que está claro es que necesitamos saber dónde se encuentran alojados.

Luego, como si fuese el empleado de una tienda de moda, se limitó a coger unas tijeras de podar que había entre los útiles de policía científica, y comenzó a cortar las ropas de Dull. No le pregunté qué hacía, porque era evidente. Después de todo, Joaquín, era el único que parecía saber lo que estaba haciendo.

—El olor será insoportable —objeto Antonio.

—Lo será seguro —reafirmó Joaquín sin dejar de desgarrar la ropa de Dull —. Pero tarde o temprano habrá que desnudar el fiambre para extraer las balas.

Entonces me entregó las tijeras a mí, indicándome con la cabeza para que siguiera yo con lo que él estaba haciendo.

—¿Dónde vas?

—A subir el escáner de seguridad para localizar los proyectiles —nos dijo.

Antonio se asomó por la ventana y observó el patio de la comisaría. En ese momento el silencio se rompió por el metálico sonido de algo que cayó al suelo.

—¿Qué es ese sonido? —se quejó.

Mis ojos siguieron el objeto que había salido de uno de los bolsillos de Dull y que había impactado contra una de las patas de la camilla metálica.

—Son las llaves de un coche.

Antonio las cogió y las sostuvo en su mano derecha como si fuese un anillo de compromiso.

—¿No has comprobado si Dull fue a tu casa en coche? —interrogué.

—No.

—Mal hecho —le reproché—. Por lo que parece Dull fue a tu casa ayer por la tarde en coche, lo que significa que lo dejó aparcado en las inmediaciones de tu manzana. En cuanto lo echen en falta y hallen su coche en tu barrio, la investigación te apuntará directamente a ti.

—No, Lorenzo, la investigación nos apuntará a todos —corrigió mis palabras.

## Capítulo 19

El juez del penal número 1 señaló el día del juicio contra Joaquín Fábregas por el atraco a la sucursal del banco Santander de la Rambla de la Llibertat de Girona. Únicamente Antonio y yo asistimos, como amigos, ya que desde la comisaría de Girona no fue ningún compañero más a apoyarlo. El comisario consideró que si se juzgaba a un policía por atraco, e iban muchos policías amigos suyos, al juicio, la víctima podía sentirse coaccionada. Por ese motivo reunió a todos los jefes de brigada y les transmitió las indicaciones, que supusimos le había transmitido a él el juez. Para nosotros, la policía, ese veto suponía un agravio comparativo respecto a otros casos equivalentes. En nuestra mente estaba el ejemplo de cuando se juzgaba a un *gitano* y toda su parentela asiste el día del juicio, sin que el juez, en este caso, se oponga; aunque la presencia de los familiares en tropel pudiera intimidar a la víctima. Había miles de casos reales donde un perjudicado había retirado la denuncia o se había negado a declarar, por la sola presencia de los familiares del acusado el día del juicio. Yo recordé el caso del conocido como Sheriff de Coslada, Ginés Jiménez Buendía, jefe de la Policía Local de Coslada, que fue expulsado del Cuerpo de manera definitiva. El tío fue condenado por liderar una trama de corrupción en el año 2008. Entre la vista preliminar y la sentencia firme, hubo un tiempo en que el Sheriff se paseó por Coslada como Pedro por su casa. Incluso visitó el bar, cuyo dueño lo había denunciado. El tío entró en el bar. Se acercó a la barra y pidió un café solo. Se lo bebió de varios sorbos. Pagó. Y se marchó. No dijo nada. No hizo nada. Pero el dueño comprendió el mensaje que le había mandado el policía corrupto. Con ese café dijo muchas más cosas que si le hubiera roto las piernas. Y además las coacciones y presiones gestuales eran imposibles de identificar en un juicio.

Mientras esperábamos en la sala a que el juez llamara a declarar a Joaquín, su abogado deambulaba de un lado hacia otro, visiblemente inquieto. La toga cubriendo su cuerpo bajo y rechoncho, le confería un aspecto cómico. Joaquín no parecía nervioso. Estaba tranquilo y eso que desconocía que Jorge Gastón había sugerido a la principal testigo, Fernanda Pérez, que lo mejor para ella era que no declarara en contra de un policía. No le dijimos nada a Joaquín de lo que habíamos tramado, porque Joaquín era un bocazas. Presumimos que en algún momento lo habría largado a alguien, o incluso a la propia Fernanda, que seguía trabajando en la misma sucursal que meses antes había atracado alguien, pero no nuestro amigo. Nosotros nunca dudamos de

que Joaquín era inocente. Mientras esperábamos a que entrase a declarar, Joaquín nos divirtió con la historia de un policía de Camprodón que se fue agregado a Madrid durante seis meses, en compañía de su mujer. El matrimonio se había casado hacía poco y la mujer era ligera de cascos. Y muy guapa, nos había añadido en su relato. Vamos, que le gustaba un rabo más que nada, aclaró. El policía era muy soso y siempre estaba sonriendo, algo así como si estuviera bajo los efectos constantes de alguna droga. Pero no una sonrisa de felicidad, sino una sonrisa de tonto. Se fue con su esposa, que según nos repitió Joaquín, constantemente, estaba muy buena, y alquilaron un piso en la calle Doña Engracia junto a otros tres policías que llegaron de Cáceres, Toledo y Salamanca. Todos eran agregados, es decir, que estaban en Madrid por un periodo corto de tiempo para reforzar la escolta de jueces, magistrados y políticos. Un agregado cobraba unas succulentas dietas de alojamiento y manutención, que engrosaban sobremanera el paupérrimo sueldo de un policía de la escala básica. El policía del que nos habló Joaquín estaba pasando una mala época de penurias económicas, lo que me recordó los tiempos en los que yo residía en Murcia junto a Carmen. Los cinco, es decir el policía, su esposa y los tres compañeros, vivían en el mismo piso de alquiler, que contaba con cuatro habitaciones, un cuarto de baño completo, un aseo y una cocina que nadie utilizaba, ya que todos comían fuera, incluida la mujer del compañero que se había acostumbrado a la ociosa vida en Madrid.

—La tía estaba buena de cojones —insistió Joaquín—. Estaba tan buena que se podía mojar pan en cualquier parte de su cuerpo.

—¿La conocías? —le pregunté.

Joaquín era muy fantasioso y en alguna ocasión nos había contado historias que no había vivido él, sino que también se las habían contado. El problema es que él las adornaba de tal forma que las hacía graciosas.

—Sí. La vi en dos o tres ocasiones. Era una tía tremenda. Alta, estilizada y con unos pechos limoneros que le levantaban la camiseta cuando subía los brazos dejando el ombligo al descubierto. Su marido estaba destinado como agregado en el grupo de escoltas de la calle de Cea Bermúdez, mientras que los otros tres policías, el de Cáceres, Toledo y Salamanca, nombró las ciudades de origen, estaban en el Tribunal Supremo. Eso significaba que mientras que el marido estaba todo el día currando, yendo de un lado hacia otro, con la personalidad a la que le tocara escoltar, los otros tres, también chicos jóvenes y solteros, se pasaban el día de fiesta. Un escolta del Supremo

que conocí me dijo una vez que solo trabajaba veinte minutos al día: diez en recoger al magistrado y acompañarlo en coche hasta el Supremo y diez en recogerlo en el Supremo y acompañarlo hasta su casa. El resto de la mañana se lo pasaba dando vueltas por Madrid. Los tres chicos comenzaron a ir por la mañana entre acompañamiento y acompañamiento al piso que tenían alquilado. Allí solo estaba la mujer del compañero, aburrida como una ostra mientras su marido se pasaba el día trabajando. Debió ser precisamente una mañana, cuando uno de ellos, creo que el de Cáceres, la pescó saliendo de la ducha del cuarto de baño, al que ella, pensando que no había nadie en el piso, se metió. El chico no estaba mal, era joven y todo eso, y ella le iba el tema cantidad. Así que los dos terminaron en la habitación de matrimonio pegándose el lote.

—No le habrás contado esta historia a Juan Carlos —recuerdo que le dije mientras Joaquín hablaba.

—No, ¿por qué?

—Porque eso que estás contando es lo mismo que le pasó a Juan Carlos en Madrid, pero al revés. Unos compañeros acompañaron a Juan Carlos a su casa una noche que estaba indispuerto, y pillaron a su mujer, Patricia, con un tío. Eso fue al principio de salir de la academia de policía. ¿No lo sabías?

Joaquín negó con la cabeza, pero de repente su expresión se demudó en una extraña mueca de discrepancia.

—Que coincidencia —dijo—. La mujer del compañero se llamaba precisamente así, Patricia. Pero a esta se la terminaron follando los otros tres. Incluso sé de buena tinta que en varias ocasiones acabaron los cuatro juntos en la misma cama.

—Es demasiado similar la historia que nos estás contando con lo que le ocurrió a Juan Carlos —observó Antonio—. Es tan idéntica que seguramente sea la misma.

Entonces Antonio disertó sobre las anécdotas que ocurrían en algún lugar indeterminado y que luego se iban recreando cambiando nombres, situaciones o modificando ligeramente el grueso de la historia, para que pareciese otra distinta. Juan Carlos pescó a su mujer follando con otro tío en su casa y alguno de aquellos dos policías, que lo habían acompañado, relataron esa historia añadiendo algún amante más. Seguramente en su recreación dijeron que Patricia estaba con dos tíos a la vez y que uno la penetraba por delante y el otro por detrás. El que escuchó esa historia añadiría otro amante. Y supongo que dentro de un tiempo alguien dirá que un grupo

completo de la Unidad de Intervención se follaba a la mujer de un compañero mientras este estaba trabajando. Lo curioso es que tanto en el cuento de Joaquín como en el de Juan Carlos, se ha conservado el nombre de la chica: Patricia.

El secretario judicial asomó su enorme cabeza al pasillo del juzgado de Girona y avisó a Joaquín para que entrara a la sala donde se celebraba el juicio por el atraco al banco Santander. Yo era muy sensible con ese tema, porque la medalla roja que me concedieron fue precisamente por evitar un atraco que nunca se cometió. Había cierta analogía entre mi suceso y el de Joaquín, de la misma forma que había una inquietante equivalencia entre la historia del policía de Madrid al que se tiraban a su esposa y lo que le ocurrió a Juan Carlos. Quizá lo que nos contaron que le pasó a Juan Carlos era mentira y nunca nadie pilló a Patricia follando con ese amante. Pero la historia de cómo conseguí la medalla roja en Barcelona y la de Joaquín eran reales. Al menos la mía, que yo conocía de primera mano. Pero... ¿y la de Joaquín?

Mientras Joaquín accedía al interior de la sala donde Fernanda Pérez había de ratificarse en su declaración de reconocimiento de la voz del asaltante del banco Santander, Antonio y yo nos quedamos en silencio esperando a que la chica no reconociera finalmente su voz. Con la carencia de pruebas Joaquín saldría absuelto. Por mi mente pasaron varios flechazos referentes a la futilidad de nuestros actos cuando los ejercemos, pero en la trascendencia de los mismos cuando se consuman. En el año 1997 no me pareció mal que un delincuente de poca monta cargara con un atraco en grado de tentativa cuando se «comió» un delito que no había cometido. Entonces, tanto Eduardo como Josep, coincidieron en una explicación que después de aquello escuché en múltiples y variadas ocasiones: esta detención va por las veces que no lo hemos pillado, dijeron. Y ciertamente me convencieron de que era lo correcto. Pero ahora me dio por pensar en «El Leopardo», que era el mote de Guillermo, el trilerero del tres al cuarto que fue a parar con sus huesos en la cárcel por un atraco que no cometió, y que dudo de que nunca hubiera cometido. Cuando recapacité profundamente sobre ese punto negro de mi vida, tanto profesional como personal, calculé mentalmente los años que habían pasado desde el atraco simulado por el que me condecoraron en el año 1997. Ya habían pasado 14 años. Y desconocía si ese chico seguía en la cárcel. Es posible que por el atraco no, ya que fue en tentativa, pero por su

trayectoria delictiva habría ido sumando condenas que todas juntas le harían pasar una buena época en el trullo. Y lo mismo me pasó con el magrebí al que Antonio y su compañero dejaron sin un testículo de la paliza que le propinaron. En este caso ni siquiera sabía el nombre de ese chico.

Sin embargo, Joaquín, que era posible que fuese culpable, estaba a punto de ser absuelto completamente de un atraco que sí se consumó, ya que la cajera le dio finalmente el dinero que el atracador había solicitado.

—Libre —nos dijo su letrado cuando se abrió la puerta de la sala y salió al pasillo.

A través de la ventana abierta del patio vi cómo Antonio arrojó el cigarrillo que sostenía en sus dedos sobre un macetero al que no le cabían más colillas.

—¿Libre? —repitió preguntando.

Detrás del letrado salió Joaquín con semblante adusto. Parecía que la noticia de su libertad no le afectaba ni de forma positiva ni negativa. Tanto le daba el resultado. Aunque creo que lo que pasó es que él ya preveía que iba a salir absuelto del juicio.

Una pregunta me quedó pendiente durante todos estos años. Y pienso que algún día se la tendré que hacer: Joaquín, ¿atracaste el banco?

Y nunca le hice esa pregunta porque me arriesgaba a que él me preguntara si yo detuve al atracador de la Caixa de Barcelona por el que me dieron la medalla roja. Y Antonio nunca nos preguntó a ninguno de los dos nada, porque el también se exponía a que le devolviéramos la pregunta rebotada. Si nunca haces preguntas nunca temerás las respuestas.

## Capítulo 20

—¿Qué coche tiene Dull? —inquirí a Antonio mientras le mostraba las llaves que habían salido del bolsillo del cadáver.

Antonio desfiguró su rostro al mismo tiempo que arrugaba los ojos. Balanceó la barbilla de un lado hacia otro y dejó de observar el patio de la comisaria. Parecía que mi pregunta le había hecho reaccionar.

—Joder —chasqueó la lengua—. Hemos investigado cientos de crímenes, robos, atracos, estafas, extorsiones, chantajes, agresiones sexuales... —enumeró como si hubiera entrado en trance—. Y ahora no vamos a saber cubrir convenientemente todos los errores que surjan del asesinato de Dull.

Era la primera vez en toda la noche que Antonio pronunciaba la palabra «asesinato», así, con todas sus letras. Le traicionó el subconsciente y dijo una palabra que quizá no debería haber dicho. Era una certeza que Dull había muerto. Que murió por los disparos de tres balas que le atravesaron la pierna, el estómago y la cabeza. Y esos tres proyectiles habían salido del arma de Antonio. Pero entonces, en el fragor de la noche, con el cuerpo yacente de Dull sobre la camilla de Policía Científica y con Joaquín en el vestíbulo de la comisaría buscando el escáner para localizar los proyectiles y extraerlos, entonces fue cuando precisamente nos asaltaron diversas cuestiones que había que solventar antes de que alguien descubriera el cuerpo de Dull, allá donde fuese que nosotros lo íbamos a enterrar. Pero... ¿por qué partíamos de la base que el cadáver iba a aparecer? Si nuestra tenacidad consistiese en enterrar el cuerpo en un lugar seguro, todo nuestro esfuerzo en extraer las balas, sería incensario. Además, se me ocurrió sobre la marcha que el problema de los proyectiles radicaba en la relación con la pistola reglamentaria de Antonio, pero si no hubiese relación tampoco habría problema.

—¿Le disparaste con tu arma reglamentaria? —le pregunté.

Antonio tuvo que recomponer el gesto, ya que en ese momento su mente estaba concentrada en el coche de Dull.

—Sí, claro —respondió en cuanto fue capaz de reaccionar—. Ya sabes que yo no tengo otra arma, eso está reservado a los pistoleros como Joaquín —criticó aprovechando que nuestro compañero no estaba delante, y haciendo mención a que Joaquín disponía de una segunda arma—. Tengo la HK USP Compact reglamentaria de la policía nacional. Y con esa es con la que he disparado.

En momentos como ese era cuando hubiera deseado que Antonio tuviera una segunda arma no registrada. Si hubiera disparado a Dull con ella, todos los problemas que se nos plantearon después hubieran dejado de existir. Pero el solo hecho de tener una arma no registrada ya era un delito de tenencia ilícita de armas. Si se sorprendiera a un policía con un arma sin registrar, y no reglamentaria, iría directamente a la cárcel, y, por supuesto, sería expulsado del Cuerpo de forma inmediata. De hecho, no conocíamos a nadie en la policía que tuviese una, ni siquiera teníamos constancia de que Eduardo Serrano o Josep Jover la tuvieran; aunque es posible que ellos sí que dispusieran de una.

—La relación entre los proyectiles y tu arma es referente al cañón y su estriado, que en el caso de la HK es poligonal —expliqué tratando de concretar los datos del arma de Antonio—. La ventaja de ese tipo de cañones es que genera menos fricción, deforma menos las ojivas y duran más. Pero para nuestro negocio —sonreí—, la ventaja más sobresaliente es que es intercambiable y lo podemos reemplazar por otro.

Antonio me miró sin terminar de comprender a dónde quería ir a parar.

—No te entiendo, Lorenzo —me dijo.

—Que si pudiéramos cambiar el cañón de tu pistola, ya no habría relación entre los proyectiles del cuerpo de Dull y tu arma, por lo que en el caso de que hallaran el cadáver no importaría que Policía Científica cotejara las balas con tu arma, porque no habría relación alguna.

—Te darás cuenta de que acabas de decir una estupidez —recondujo la conversación Antonio, situándose al lado del cadáver—. La posibilidad de cambiar el cañón de mi arma es factible, pero la probabilidad de que no relacionen las balas con ella es lejana. ¿De dónde sacamos un cañón suelto de una HK USP? ¿No has pensado que ese cañón, si está por ahí desperdigado, es porque oculta quizá un crimen mayor que el mío?

Antonio se ponía en lo peor, lo cual quería decir que había comenzado a ser pesimista. Y el pesimismo es muy mal enemigo de quienes se esfuerzan por ocultar un crimen.

—Seguiremos con el plan inicial —afirmó convencido—. Nuestro problema ahora es hallar el coche de Dull, que debió dejar aparcado cerca de mi casa.

Que Antonio se refiriese al asesinato de Dull como «nuestro problema» solo era un síntoma más de los tintes corporativos que había adquirido el crimen. Pero tenía toda la razón del mundo: era nuestro problema.



—¿Qué haces? —le pregunté al ver que se sentaba en uno de los ordenadores del despacho de Policía Científica—. Ese es el ordenador de Lacalle —advertí.

—Voy a consultar la base de datos para saber qué vehículos tiene a su nombre Dull.

Antonio daba por hecho algo que todos sabíamos, que los gitanos siempre tienen más de un coche.

—¿Crees que es buena idea?

—¿El qué? —replicó mirándome pero sin dejar de teclear en el ordenador del jefe de Policía Científica.

—Queda registrada cualquier búsqueda o gestión que realices en las aplicaciones policiales. No creo que sea una buena idea recabar datos de Dull cuando está muerto ahí al lado —señalé con la mano—. Si apareciese su cuerpo, ellos —dije refiriéndome a los de asuntos internos—, sabrían que estuviste haciendo consultas sobre él a las pocas horas de su muerte. Y os relacionarían.

—Entonces cómo piensas averiguar qué coche conducía Dull esta noche cuando llegó a mi casa.

La pregunta de Antonio me obligó a pensar una alternativa. Tenía razón con esa cuestión: ¿cómo podíamos sacar los coches de Dull? La respuesta me asaltó de improviso.

—Consultalo con otra clave distinta —respondí.

Es una práctica habitual en los grupos de policía judicial que los policías dejen las aplicaciones abiertas, con su clave, para facilitar las consultas sin tener que estar constantemente introduciendo los datos de nuevo. Sentarse en un ordenador, abrir cualquier aplicación de consulta de nombres, antecedentes, matrículas, o lo que sea, y tener que introducir la palabra en clave y la contraseña, cuando solo hay tres intentos por sesión, y además, y ese es un verdadero problema, cada pocos días la propia aplicación te obligaba a cambiar usuario y clave, provocaba que la gestión más sencilla fuese en ocasiones un calvario para impacientes. Así que los grupos de investigación solían dejar las pantallas abiertas para que cualquiera; aunque no fuese con su clave de acceso, pudiera realizar consultas. El problema de esta práctica radica en que la consulta se le carga al usuario que había entrado con su clave; aunque la hubiese realizado otro.

Antonio se puso en pie y se encaminó al despacho de judicial, nuestro despacho, que estaba en el mismo pasillo, pero en la esquina contraria. Abrió

la puerta con su llave. Se acercó hasta el primer ordenador que había en la primera mesa y movió el ratón hasta que el protector de pantalla se desactivó. La aplicación *Atlas* estaba abierta por la opción de matrículas y el guión parpadeaba esperando una búsqueda. Antonio colocó el cursor encima del campo «nombre de propietario» y escribió el nombre completo de Dull: Ramiro Fajardo Fajardo. Al pulsar el «enter» la aplicación se cerró y solicitó la clave de usuario para acceder.

—Mierda —maldijo—. Estas putas aplicaciones te echan fuera cuando pasa un rato que no se usan.

Yo miré la pantalla y luego miré a Antonio. Me eché a reír.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que esa pantalla donde tratas de meter los datos, es tuya —le dije al observar la cabecera de la aplicación y distinguir el número de documento de Antonio.

Antonio quería aprovecharse del nombre de usuario y contraseña de otro policía, cuando él fue el último que utilizó «Atlas».

—Joder —exclamó furioso—. Me suda la polla —dijo con furia—, que algún payaso de asuntos internos rastree nuestras aplicaciones. ¿Cuántas veces hemos hecho consultas de este tipo a altas horas de la noche? Todo el turno de noche sabe que estamos hoy aquí. Ellos piensan que estamos trabajando y es perfectamente creíble que consultemos a Dull. Además —dijo como si se acabara de acordar de algo importante—, a nadie le va a importar la muerte de un indeseable.

Antonio introdujo su clave en el ordenador. Escribió el nombre de Dull y en unos segundos aparecieron dos coches y una moto. Imprimió la información que la impresora láser del grupo soltó por la bandeja.

—Cuando le hayamos extraído los proyectiles trasladaremos su cuerpo en su coche hasta el vertedero de Fornillos. Allí hay varios caminos perdidos donde lo podemos enterrar. Después abandonaremos su coche en Apiés.

Mientras caminábamos por el pasillo de la primera planta para regresar al despacho de científica, medité en lo que acababa de decir Antonio. Evidentemente hablaba inconsciente de lo que pensaba. Su propuesta era conducir el coche de un delincuente durante veinte minutos por el trayecto hasta Apiés, el pueblo que había delante del vertedero municipal, con el cadáver del propietario del coche en el maletero, cavar un hoyo lo suficientemente profundo como para que cupiese su cuerpo, enterrarlo y después regresar a Huesca en otro coche que alguno de nosotros conduciría

detrás de la comitiva fúnebre. Observé la nuca sudorosa de Antonio, y creí conveniente no decirle nada en ese momento. Más tarde, cuando fuésemos a llevar a cabo su plan, entonces vendría el momento de las objeciones. El atolladero que tenía en ese momento consistía en idear un plan mejor, que el que él había propuesto, acelerado.

Dull tenía a su nombre dos coches: un Audi A4 y un Renault Safrane del año 2000. La moto era una Honda Africa Twin. Antonio nos dijo que no llevaba ningún casco en la mano cuando llegó a su casa, por lo que supusimos que debió hacerlo en uno de esos dos coches. La opción más factible era que el coche lo hubiera aparcado en la calle Vicente Campo, frente al parque Miguel Servet. Y era lo más apropiado porque en esa zona era el único lugar donde se podía aparcar. Pero transbordar un cadáver de setenta kilos desde el maletero de un coche a otro, en plena vía pública; aunque fuese a altas horas de la madrugada, quizá era un acto que por sí solo causaría sospechas a cualquiera que lo presenciara, pensé con ironía. Así que si seguíamos con el apresurado programa de Antonio, la alternativa más plausible en este caso era la de traer el coche de Dull a comisaría y montar su cadáver directamente en el maletero. Me reí solo de pensar que en algún momento de la noche habría tres policías de judicial con el cadáver de un delincuente que había matado uno de ellos en el maletero de su coche, y dentro de la comisaría de policía.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó Antonio.

—Todo —le dije sin dejar de sonreír—. Todo, Antonio.

## Capítulo 21

Por el corredor de la primera planta escuchamos una barahúnda similar a un conjunto de borrachos que se desplazan por una calle de ocio llena de bares. Antonio y yo nos asomamos a la puerta del despacho de científica, creyendo que eran los Zetas que traían a un grupo de detenidos, pero nuestro asombro se incrementó cuando vimos que lo que circulaba por el pasillo era Joaquín delante del escáner de seguridad, seguido de dos policías uniformados del turno de noche que lo empujaban desde atrás.

—Cuidado, cuidado —les indicaba como si fuese una procesión de Semana Santa y temiera que el Santo se pudiera golpear con la pared. O algo peor: que cayese al suelo.

Los dos policías, ambos muy jóvenes, empujaban el escáner sobre unas ruedas que no paraban de torcerse hacia la izquierda como la de los carros de los supermercados. En ese momento, y posiblemente por el agotamiento y la hora, que rondaba las cuatro de la madrugada, me dio por acordarme de un amigo que trabajaba en un centro comercial y me dijo que las ruedas de los carritos de la compra siempre se tuercen hacia la izquierda de forma deliberada, porque así obligan a los usuarios a chocar contra las estanterías. Me contó también que por ese mismo principio es por el que cuelgan los carteles de publicidad tan bajos que los clientes se topan en ellos con la cabeza, obligando a que levanten los ojos para verlos. Todo, absolutamente todo en esta vida, está relacionado. Ni los centros comerciales hacen las cosas al azar, como lo de poner la panadería en último lugar para que los clientes se vean forzados a recorrer todo el centro; y no solo la panadería, sino cualquier producto de primera necesidad: pan, pescado y carne siempre están al fondo de todo. Ni en la policía se da puntada sin hilo. Si el escáner se iba hacia la izquierda es porque se fabricó así adrede, por algún motivo que entonces, en ese momento de confusión mental, me entretuve a pensar.

—Gracias, chicos —agradeció Joaquín a los policías que le habían ayudado, sin dejarles acceder al despacho de Policía Científica.

Antonio y yo nos miramos no sin cierta incomodidad. Tal vez Joaquín no calibró que esos policías podían sentir curiosidad por lo que estábamos haciendo nosotros a esas horas en el despacho del gabinete de científica. Eran dos agentes jóvenes, de las últimas promociones, y cuya inquietud por los asuntos de judicial era más que palpable. Todos los policías recién ingresados en el cuerpo sentían una extraña atracción hacia la actividad de lo que

investigaba policía judicial. Yo sabía que el culpable era el cine y la televisión y esos programas donde judicial lo resuelve todo. Y justo meditaba sobre ese aspecto, cuando uno de ellos nos preguntó:

—¿Qué están haciendo a estas horas por aquí?

Yo me había interpuesto entre el pasillo y el despacho, como un dique que no dejara entrar ni siquiera la luz. Si alguno de esos dos policías accedía dentro y veía el cuerpo yacente de Dull recostado sobre la camilla, podíamos estar seguros de que nuestro apresurado plan había terminado antes de comenzar.

—Asuntos de los *Jedi* —sonrió Joaquín, aludiendo a una frase de las películas de *Star Wars* donde los Jedi, una especie de monjes futuristas con poderes ocultos, son los encargados de proteger al universo conocido de lo denominado como «lado oscuro».

Me seguía pareciendo inquietante que Joaquín tuviera ánimo para bromear.

Una proverbial alerta, a través de la emisora del cinturón de uno de los policías, fue nuestra salvación para que los agentes acudieran a alguna de las peleas de la noche oscense. Antonio, Joaquín y yo los seguimos con la vista mientras se alejaban por el pasillo y torcían a la izquierda para bajar las escaleras hasta el patio de la comisaría, donde habían aparcado el coche de policía.

—¿Te has vuelto loco? —recriminé a Joaquín, conteniendo el primer insulto que me asomó a la memoria.

Él me devolvió la mirada cargada con el mismo odio que había imprimido yo en la mía.

—Loco no —reprimió un ataque de ira—. Pero qué querías que hiciera cuando esos dos policías se han ofrecido a ayudarme cortésmente, decirles que no era necesaria su ayuda. Tú siempre te has creído muy listo —arremetió contra mí—, pero tu falta de coherencia no es lo que nos conviene ahora mismo. Si actuamos con irregularidad cualquiera puede sospechar de nosotros. Pero si actuamos con normalidad no levantaremos suspicacias entre los demás policías.

—Podían haber visto el cadáver —amenacé—. Incluso desde la puerta —dije poniéndome en la entrada del gabinete de científica—, se puede oler la putrefacción.

—Qué putrefacción ni que ocho cuartos —carcajeó como si se hubiera vuelto loco—. Ese mierda lo que huele es a suciedad. La putrefacción no comienza en un cuerpo hasta pasados varios días. Y Dull tan solo lleva

muerto unas horas, ¿verdad, Antonio? —Antonio asintió con la cabeza, pero no dijo nada ni a favor ni en contra de lo que aseguraba Joaquín—. Si recuerdas lo que estudiamos en la academia de policía sabrás que es a partir de ahora cuando comenzará el hinchado del cuerpo por la acumulación de gases en las cavidades corporales. Lo que huele ahora es la sangre seca de las heridas mortales mezclada con el alcohol que vertí sobre el cadáver para limpiarlas.

Mientras Joaquín hablaba, sin parar de gesticular con los brazos, Antonio se aproximó hasta el escáner que había quedado abandonado en el pasillo y lo empujó hacia la puerta del despacho de científica, enfrentándolo al marco. Quería comprobar que el escáner podía pasar adentro.

—Tenemos suerte —dijo al constatar que cabía bien.

Joaquín y Antonio empujaron desde atrás y yo lo guié desde adelante hasta la sala donde estaba la camilla con el cuerpo. No lo pudimos meter dentro de la sala, porque no cabía, pero sí que lo aproximamos lo suficiente como para poder subir el fiambre y encajarlo dentro del túnel del escáner. Antonio lo enchufó y accionó la llave de encendido. El aparato hizo un chequeo de todas las luces y el monitor parpadeó varias veces hasta que finalmente se encendió por completo. Un ruido similar a una impresora cuando gira los rodillos interiores nos indicó que el escáner estaba a punto de ser utilizado. Antonio agarró la camilla con el cuerpo de Dull encima y la remolcó sin esfuerzo hasta enfrentarla a la cinta del escáner. Afortunadamente para nosotros la camilla era un palmo más alta, lo que facilitó que el fiambre cayera por su peso sobre la cinta de goma.

Entre los tres lo metimos dentro del hueco, calculando que su abdomen quedara justo en el centro. Necesitaríamos tres *pantallazos* del monitor para ubicar todos los proyectiles. En un silencio solo enturbiado por los resoplidos de Antonio y el chasqueo de los nudillos de las manos de Joaquín, fuimos tomando todas las capturas que nos mostraba el monitor del cuerpo de Dull. La bala de la pierna se había alojado en el fémur derecho en un lugar intermedio entre la rodilla y el cuádriceps. Quizá un médico hubiera dado explicaciones más certeras, pero yo me conocía el nombre de los huesos y los músculos a duras penas. La del estómago se encajó casi en la espalda, por lo que calculamos que sería más sencillo extraerla desde atrás. Y la de la cabeza era la más visible, ya que la capacidad de penetración del calibre 9 milímetros es elevada cuando se trata de tejido blando, pero no ocurre lo mismo cuando toca hueso, por lo que la bala se había alojado detrás de la cavidad del ojo

izquierdo, un poco más arriba, evaluamos a simple vista. No supimos ver dónde se podían guardar y luego extraer las imágenes de cada uno de los *escaneos* del cuerpo de Dull. En el aparato no había ningún puerto USB dónde pinchar una memoria, así que Antonio optó por la solución más sencilla: tomar una fotografía de cada una con su teléfono móvil directamente desde el monitor. Nos valdría igualmente.

Al ver el teléfono me acordé de Carmen. Supuse que tanto ella como mi hijo estarían durmiendo. La familia de un policía está acostumbrada, sobradamente, a pasar noches en solitario mientras nosotros trabajamos en comisaría o en la calle. La soledad forma parte del modo de vivir de los policías y de quienes les rodean. Pensé que lo mismo le estaría pasando a la mujer de Joaquín y a su hija. Pero no era el caso de Antonio. Antonio vivía completamente solo y fue precisamente esa soledad la que nos trajo hasta allí esa funesta noche. Otra vez la falta de sueño y el agotamiento prolongado me hicieron reflexionar sobre el devenir de aspectos de la vida, inadvertidos para la mayoría de personas normales. Si Antonio hubiera tenido mujer e hijo, no hubiera citado a Dull en su casa la tarde anterior, por lo que Dull no habría muerto y nada de eso hubiera pasado. Pero también era cierto que la muerte de Dull estaba relacionada por la fijación de Antonio con la hija del joyero Santafé, Olivia. En definitiva Dull murió porque tenía que morir.

—Ahora a ver si tenemos cojones a extraer las balas —avanzó, ahora más serio, Joaquín.

Antonio se limitó a retirar el escáner hasta el pasillo y yo esperé a ver quién de los dos se atrevía a ponerse manos a la obra. Hasta entonces todo había sido relativamente sencillo. Transportar un cadáver y moverlo de un lado hacia otro, era algo que podía hacer cualquiera. Otra cosa bien distinta era una intervención quirúrgica para la que un médico necesitaba años de preparación académica. En la peor de mis previsiones, siempre fatídicas, nos imaginé a los tres destrozando el cuerpo de Dull mientras hurgábamos inmisericordes en cada una de las heridas buscando unas balas que nunca hallábamos.

Y justo en ese instante fue cuando Antonio se le ocurrió lo más innecesario del momento: ir a buscar el coche con el que Dull se había desplazado hasta su casa.

—Ahora vuelvo —dijo.

Y salió por la puerta sosteniendo en su mano las llaves que momentos antes se habían caído del cuerpo del cadáver.

## Capítulo 22

Joaquín y yo nos quedamos solos, en silencio. La situación no podía ser más rocambolesca. Un muerto de tres disparos. Un escáner en el pasillo. Y el culpable había salido a buscar el coche propiedad del cadáver. Si en ese instante Antonio hubiera hecho una llamada anónima a la comisaría para decir que en el despacho de Policía Científica había dos policías con un muerto, el inspector de seguridad ciudadana del turno de noche hubiera subido y nosotros habríamos tenido que responder a muchas cuestiones. Afortunadamente éramos policías y el inspector no objetaría nada a lo que le dijéramos. Pero, me dio por pensar que si Antonio llamara al juez de guardia y le contara que en la primera planta de la comisaría de la policía nacional había dos agentes tratando de deshacerse del cuerpo de un asesinado a tiros, entonces la cosa cambiaría. Por mi experiencia de estos años en la policía tenía claro que si alguna vez tuviese que destapar una trama de corrupción, o denunciar a un compañero, no lo dudaría ni un instante: me iría al juez de guardia. Pero una cosa estaba clara: Antonio no nos traicionaría. Y estaba convencido de esa aseveración porque el cadáver estaba con nosotros y las balas que contenía su cuerpo eran del arma de Antonio. Recapacité que era la primera vez, desde que nos conocíamos, que había dudado de su amistad. Y de su confianza.

—¿Qué piensas? —me preguntó Joaquín, sacándome de mis conjeturas.

—Nada. Que estoy deseando que acabe esta jodida noche.

—Y yo —replicó—. Vamos a bajar ese chisme a seguridad —me dijo señalando el escáner del pasillo.

—¿Y las balas?

Parecía que todo el esfuerzo para localizar los proyectiles en el cuerpo de Dull no había servido de nada. Antonio se había ido a buscar su coche y Joaquín se entretenía en retirar el escáner.

—Vamos por orden —respondió—. Mantener el escáner aquí, en el pasillo, supondrá más preguntas que habrá que responder mañana. El tema del coche de Dull también es importante —justificó la huida de Antonio—. Si la policía local o alguno de nuestros coches lo localiza en la calle, cuando se sepa que el gitano ha desaparecido, cuestionarán qué es lo que hacía su coche en una calle que no es la suya.

Asentí con un vaivén leve de mi barbilla. Joaquín cogió una pistola con pulverizador y echó bastante líquido, que olía a limpiacristales, por la cinta



del escáner, pero también por el lateral del aparato. Con trozos que arrancaba de un rollo de papel de cocina se dedicó a limpiar, de forma tosca, todo el líquido que había esparcido. A simple vista quedó limpio, pero un análisis minucioso detectaría los restos de sangre del cuerpo de Dull, sin duda.

Entre los dos arrastramos el escáner, que con las ruedas se podía transportar bien, por el largo pasillo hasta llegar al ascensor. Lo metimos dentro del elevador sin tener cuidado de que se golpeará contra las paredes o que, incluso, rompiera el espejo. Ya nos había sido útil y ahora no nos importaba que dejara de funcionar. Al igual que cuando lo subimos, con el escáner dentro del ascensor no había nadie, por lo que bajamos por las escaleras y, desde el vestíbulo, llamamos al ascensor. El policía de seguridad, al que todos conocían como *Fali*, se aproximó hasta nosotros con mirada curiosa.

—¿Qué tal vais? —nos preguntó.

Joaquín lo miró con aspereza. Temí que soltara algún impropio. Pero había que comprender que el hecho de que dos policías de policía judicial estuvieran en la comisaría a las tantas de la madrugada y arrastrando un escáner de rayos X por la primera planta, era algo inusual.

—Bien —respondió Joaquín con animosidad—. Teníamos hambre y acabamos de cocinar un pollo en este chisme —golpeó la tapa superior.

El Fali captó la broma y se retiró a su mesa de seguridad, apartando el cableado del suelo con el pie para hacer sitio y permitir que regresáramos el escáner a su lugar.

—El primer detenido —dijo en voz alta el policía de seguridad.

Levanté la vista por encima del mostrador y vi cómo subía el volumen a la emisora que tenía sobre su mesa. Parecía que el comunicado era interesante —. El Zeta 10 —explicó— viene con un «paquete».

—No sé cómo hay policías que siguen llamando «paquete» a los detenidos —murmuró Joaquín en voz baja para que el policía de seguridad no pudiera escucharlo—. A ver si actualizan el lenguaje —refunfuñó.

El Zeta 10 informaba en ese instante, por la emisora, que se dirigía a base con un detenido de una pelea en la zona del Tubo. La operadora de la Sala del 091 respondía a un requerimiento y facilitaba los antecedentes del detenido y de los participantes en la pelea. Al parecer tanto el agredido como el agresor, eran menores de edad.

—Mierda, mierda, mierda —dije mientras regresaba sobre mis pasos para subir la escalera en dirección al despacho de científica. Ni siquiera tuve

paciencia para esperar a que se abriera la puerta del ascensor.

Joaquín me siguió sonriendo. A él le parecía gracioso todo lo que estaba ocurriendo esa noche. Subí la escalera de cuatro zancadas y franqué el pasillo corriendo todo lo que mis piernas daban de sí. Accedí al despacho de Policía Científica tan rápido que la única silla de madera sin ruedas que había en medio cayó al suelo, desprendiendo un fuerte sonido que me recordó a un disparo seco.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —me interrogó Joaquín—. Lo miré de reojo y vi cómo se dibujaba la preocupación en su semblante. Parecía que tuviera miedo de que yo hiciese alguna tontería—. No me digas que te vas a venir abajo ahora, cuando ya casi hemos terminado —se quejó.

—No, Joaquín —recompuse mi voz para expresarme con toda la claridad que merecía la ocasión—, lo que ocurre es que han transmitido por la emisora que un Zeta viene hacia comisaría con un detenido, por una pelea en la zona de ocio —Joaquín cabeceó asintiendo como si esa noticia no fuese especialmente interesante—. ¡Un menor de edad! —elevé la voz para ver si reaccionaba.

—Sí, sí, ya lo he oído —gruñó—. ¿Y qué?

Lo miré perfilando una tenue sonrisa de burla en mis labios, dándole un breve lapso de tiempo para ver si reaccionaba. Joaquín era un policía muy avisado y, pese al cansancio, supe que enseguida se daría cuenta del inconveniente añadido que nos sobrevenía esa noche.

—La hostia —maldijo—. Lo tendrán que reseñar antes de ponerlo en libertad.

Un menor de edad no podía ingresar en calabozo salvo el tiempo indispensable para ser oído en exploración, que era como se denominaban a las declaraciones en dependencias policiales cuando eran efectuadas por menores de edad. Lo que suponía que el policía de incidencias de científica sería avisado para que viniera a la comisaría a reseñar al menor antes de que lo pusieran en libertad; ya que no se podía ir hasta que no le hubieran tomado la foto de la ficha policial y le hubieran cogido las huellas. Difícilmente podíamos explicarle al policía de incidencias que viniera, todo el jaleo que habíamos montado en sus oficinas la madrugada de un domingo de junio.

—Espera, espera —trató de tranquilizar Joaquín—. Creo que el que está de incidencias de científica este fin de semana es Juan Carlos.

—¿Juan Carlos? —dije sin saber aún si eso era bueno o malo.

—Sí, creo que sí —dudó un instante—. No pasa nada, le contaremos lo

que ha ocurrido. Juan Carlos es nuestro amigo y lo entenderá. Nos ayudará — aseveró Joaquín tratando de convencernos a los dos: a mí y, sobre todo, a él mismo.

Por la ventana que daba al patio vimos cómo se abría el portón y entraba un Zeta. El coche llegó hasta el fondo, se detuvo y paró el motor. Salieron los dos agentes y abrieron la puerta de atrás, de donde bajó un chico que aparentemente no tendría más de quince años. Tenía el pelo muy corto y vestía con una chaqueta tipo *bomber* de color negro, lo que le confería un aspecto fiero. Pese a todo su rostro delataba que solo era un niño. Uno de los policías le dijo que caminara hacia el interior de la comisaría. No convenía que a los jóvenes se les tratara con dureza, ya que sus primeras detenciones podían determinar su carácter conflictivo en el futuro. El otro policía, el que escoltaba al menor, miró hacia la ventana donde estábamos nosotros. Era como si le sorprendiera que los de científica ya estuvieran ahí para reseñar al detenido.

—¿A quién llamas? —le pregunté a Joaquín cuando vi que toqueteaba su teléfono móvil.

—A Juan Carlos.

—¿Estás loco?

—No, Lorenzo. Estoy cuerdo y sereno. Debo preguntarle si está de incidencias. Porque si no lo está, se lo tiene que montar para venir él. En caso contrario estamos jodidos de mierda hasta el puto cuello —chilló enfurecido—. Y si tienes una idea mejor dila ahora, antes de que sea tarde. Sea quien sea el que entre por esa puerta —señaló a la puerta de entrada del gabinete de científica—, nos encontrará con un cadáver. Y lo que le contemos tiene que ser tan creíble que no se me ocurre ahora qué mierda le vamos a contar.

No le dije nada, porque en ese momento no se me ocurrió nada para decirle.

—Juan Carlos —escuché que hablaba por el teléfono móvil—. Sí, ¿te he despertado? Lo siento. Mira, la cosa es grave, si no no te hubiera llamado a estas horas. ¿Las cuatro? Vaya, lo siento, pensaba que era más pronto. Bueno, mira, te cuento. Los de seguridad ciudadana acaban de detener a un menor de edad y habrá que reseñarlo antes de que se vaya a su casa. ¿Tú? Ah, vale. No sabía que te habían llamado los de la inspección de guardia. Sí, nosotros estamos arriba, en el despacho de científica. ¿Qué que hacemos aquí? Ese es el motivo por el que te he llamado. Si vienes ahora te lo cuento en un momento. Ah, una cosa, no les digas a los de abajo que nosotros estamos

arriba. Sí, claro que lo saben porque nos han visto entrar en la comisaría, pero no saben qué es lo que estamos haciendo. Cuando vengas te lo contamos —dijo antes de colgar.

—Viene de camino; aunque iba a venir de todas formas —me dijo Joaquín sosteniendo su teléfono en la mano—. Juan Carlos es el que está de incidencias de científica este fin de semana.

## Capítulo 23

Sabíamos que desde la misma puerta de la comisaria hasta la calle Vicente Campo, donde se supone estaba aparcado el coche de Dull, no había más de seis minutos caminando a paso rápido. Antonio salió por la puerta de la comisaria y por la ventana vi cómo bajaba por la avenida de la Paz dirección hacia la calle Vicente Campo, avanzando por los meandros que le llevaban cerca de su casa. No nos dijo nada, pero comprendimos que seguiría con el plan que había propuesto en un inicio: el de localizar el coche del gitano y llevarlo a comisaría. Desde luego, si entonces nos sorprendía alguien, las explicaciones para exonerarnos de cualquier relación con el asesinato de Dull no serían creíbles, contáramos lo que contáramos. El fin último de nuestra liberación pasaba por deshacerse del cuerpo. Como nos decían en la academia: si no hay cadáver, no hay crimen.

Calculo que no tardó más de media hora en regresar. Nos mandó un mensaje por el móvil cuando halló el coche de Dull aparcado en la calle Vicente Campo, donde era previsible que tenía que estar. El coche fue el Renault Safrane de color gris que figuraba a nombre de Ramiro Fajardo Fajardo, o lo que es lo mismo: Dull. Antonio nos contó que había descendido por la avenida de la Paz, la misma de la comisaría, y que entró en la calle por la esquina de Saturnino Baquer, dándose de bruces con el Safrane que justo estaba aparcado allí, lo que también es casualidad, pensamos tanto Joaquín como yo. Antonio abrió la puerta del Renault con la llave que había saltado del bolsillo del gitano y después arrancó el coche sintiendo cómo el motor de gasolina rugía de forma estridente. Cuando metió la primera la caja de cambios rechinó con estridencia. Circuló despacio hasta la comisaría de nuevo, donde llegó casi de inmediato. El policía de seguridad le abrió la puerta y metió el coche en el garaje, bajando hasta el sótano, donde lo estacionó cerca del ascensor. Cuando regresó al gabinete de Policía Científica ya nos habíamos reunido los tres y Juan Carlos estaba al tanto de todo. En ese momento eran las cuatro y media de la madrugada y la noche nos alcanzaba de manera irremediable. Si no nos dábamos prisa, difícilmente podíamos concluir nuestro plan de evasión. Quedaba poco tiempo y mucho que hacer.

Al ver a Juan Carlos allí, con nosotros, nos preguntó con la mirada si le habíamos contado la verdad.

—Lo sabe todo —le dijo, para su tranquilidad, Joaquín.

—¿Te han llamado? —le preguntó.

Juan Carlos aún tenía la cara de sueño, se notaba que hacía poco se había levantado.

—No —respondió—. Me ha llamado el inspector de guardia porque hay un detenido menor de edad que reseñar.

—Nos ha dicho que extraerá las balas de su cuerpo —avanzó Joaquín perfilando una versión abreviada de su sonrisa. Parecía que por fin íbamos a extraer los proyectiles, el hilo conductor entre el arma de Antonio y el asesinato de Dull.

—¿Y luego? —se interesó Juan Carlos.

—Lo meteremos en el maletero de su coche y lo enterraremos en Apiés, cerca del vertedero —aseguró Antonio—. Conozco un lugar donde la tierra es algo más blanda y no creo que tengamos muchos problemas en cavar una zanja para meter su cuerpo. ¿Nos ayudarás? —preguntó para estar seguro.

Juan Carlos cabeceó algo molesto.

—No me queda otra —dijo—. Desde el momento que he tenido conocimiento de que hay un cadáver prominente en la sala de científica y que el asesino has sido tú, solo me habéis dejado dos opciones: denunciaros o ayudaros.

Para entonces, utilizar la palabra «asesinato» ya se había convertido en algo normal entre nosotros.

Ni las palabras de Juan Carlos ni los gestos demostraban que estaba muy convencido de ayudarnos. Pero llegado ese momento yo mismo pensé que ninguno de nosotros estaba lo suficientemente convencido de que lo que hacíamos era lo correcto. Supuse que dada la hora que era y el cansancio que arrastrábamos, nuestros cerebros no valoraban lo suficiente el peligro al que nos enfrentábamos. Por un instante sentí el peso de la grandeza bajo el techo que nos cobijaba. Los cuatro éramos policías. Buenos policías y reconocidos tanto por nuestros compañeros como por los jefes. A excepción de Juan Carlos, que pertenecía a científica, los tres estábamos destinados en policía judicial. Nadie podía cuestionar cualquier cosa que hiciéramos durante esa noche. Si nos viera un inspector de seguridad ciudadana con el cadáver de Dull, él creería a *pies juntillas* cualquier interpretación que le diéramos. Ningún coche nuestro nos detendría camino a Apiés, y mucho menos estaría en disposición de registrar el maletero. La Guardia Civil no nos solicitaría la documentación. Entonces fue cuando me di cuenta del poder que suponía ser policía. Incluso me supo mal que Antonio se hubiera cargado a Dull en el jardín de su casa de tres disparos. Si nos lo hubiera dicho podíamos haber

montado un servicio ficticio, un control rutinario o un cacheo preventivo en medio de la calle. Pegarle tres tiros a plena luz del día y luego decir que Dull tenía un arma y que iba a disparar. ¿Qué diferencia había en esa acción con el atraco simulado de La Caixa de Barcelona? Y todo ese planteamiento me llevó a no tener miedo, a sentirme importante. Entonces comprendí a Joaquín, que sonreía constantemente como si nada de lo que hiciésemos esa noche fuese trascendente.

Juan Carlos recopiló unos cuantos utensilios que había cogido de su maletín de trabajo y se sentó al lado del cadáver como si se dispusiera a cenar en un restaurante de comida rápida. Su frente permanecía ligeramente perlada y temíamos que abandonara antes de comenzar. Pero una vez que abrió la herida de la pierna y agrandó el hueco con un bisturí cortante, supimos que su determinación a extraer las balas era inamovible. Mientras operaba el cadáver iba ladeando la cabeza para observar con detenimiento las imágenes que había capturado de la ubicación de las balas en el móvil de Antonio. Se quitó el guante de látex de la mano izquierda y aproximó dos dedos y pinzó para abrir la pantalla y acercar la imagen. Luego en esa mano se colocó un guante nuevo. Parecía como que toda su vida se hubiera dedicado a ese menester: el de extraer balas de muertos. Antonio aprovechó para encenderse un cigarrillo, no sin antes limpiarse las manos con un gel hidroalcohólico del que se dispone en todas las comisarías. Joaquín, que no podía estarse quieto un momento, toqueteó todas las repisas de la oficina de científica dónde estaban los ordenadores y los diferentes armarios de cada uno de los funcionarios de la brigada. Incluso se puso a jugar con un aparato de luces estroboscópicas, del color del flúor de la pasta de dientes, que cuando se lo acercó a la cara le hizo parecer un zombi.

—Deja eso —recriminó Antonio, dando una calada al cigarrillo que sostenía en su mano—. A ver si nos van a llamar la atención por toquetear lo que no es nuestro.

Yo me senté terriblemente rendido en una de las sillas más próximas a la ventana que daba al patio interior de la comisaría. Desde allí atisbé la luz que alumbraba el único coche de policía que permanecía aparcado, el que trajo al detenido que hacía unos momentos habían ingresado en el calabozo. Observé la fuente, que no funcionaba, por encima del muro que protegía el interior del recinto. Y tuve una revelación: pasase lo que pasase esa noche y terminara como terminara, iban a cambiar nuestras vidas. Había demasiados cabos sueltos para que todo cuadrara. Dull era muy conocido entre los suyos y,

cuando desapareciera, ellos no se quedarían quietos. Comenzarían a salir a la luz toda suerte de supuestas venganzas que desembocarían en conflictos entre familias gitanas. Su padre aún vivía, y un padre nunca olvida a un hijo. Dentro de dos o tres días a lo sumo comenzaría a correr la noticia de que Dull había desaparecido. El padre vendría a la comisaría con los hermanos y los tíos y los sobrinos. Preguntarían por Dull. Comenzarían a acusar a los posibles competidores que hubieran querido quitárselo de encima. Y a la policía le entraría prisa por saber dónde estaba Dull. La comisaría de la policía nacional de Huesca, la comandancia de la Guardia Civil y la policía local movería a sus efectivos para localizar a Dull. Sin lugar a duda, y con esa previsión de lo que ocurriría cuando el gitano no apareciese, es cuando se me ocurrió una idea que en su momento creí buena.

—Oye, Antonio —le dije mientras que él arrojaba dos flechas de humo por la nariz —Antonio distrajo su mirada de la ventana y me observó con gesto serio, casi vehemente—. Se me acaba de ocurrir un lugar mejor para enterrar el cadáver —le dije.

Joaquín se había sentado en el ordenador que había a mi lado e inició el juego del solitario. Pulsó sobre «nueva partida» y comenzó a jugar a las cartas. Mientras les hablaba, Joaquín torcía la silla de ruedas para encararse y observarme de frente, pero Antonio no podía hacer lo mismo porque se había sentado en la única silla que no tenía ruedas, un taburete de madera de cuatro patas, con algún agujero de carcoma.

Ninguno de los dos me dijo nada, por lo que me sentí autorizado a seguir explicándome.

—Desconozco qué lugar habías pensado en Apiés para enterrar el cuerpo, pero sé que allí la tierra es muy dura y que nos costaría esfuerzo y tiempo cavar una zanja lo suficientemente grande como para que quepa el cuerpo. Y por mucho que nos esforcemos en cubrir el agujero, estoy seguro de que siempre quedará un rastro. Además por allí hay mucho labrador y ganadero. Cualquiera podría pasar cerca, con un perro que oliera el cadáver de Dull, por mucho que lo enterremos. No importa el tiempo que pase, siempre tendríamos la *espada de Damocles* pendiente sobre nuestras cabezas. Aunque Juan Carlos —indiqué señalando hacia el despacho de al lado—, le extraiga todas las balas del cuerpo, el hallazgo de un cadáver sea en la circunstancia que sea, es motivo suficiente como para movilizar a todos los investigadores de cualquier policía. Y Huesca no es una provincia con tantos desaparecidos como para que todos no sepan que el cuerpo de Apiés es el de



Dull. Y la relación del gitano con nosotros es más que evidente. No hace falta que os recuerde que su coche ha sido captado por todas las cámaras de seguridad que envuelven a la comisaría mientras entraba en el garaje. Además de que nos ha visto el policía de la puerta.

Mientras hablaba, Antonio y Joaquín me observaban con desigual atención. Y mientras Antonio imprimía en su mirada una sensación de interés, Joaquín me observaba con desdén, casi con odio. Parecía que lamentara que yo tratase de cambiar los planes a última hora.

—¿Y qué sugieres? —me preguntó Joaquín, regresando su mirada al juego de cartas del ordenador.

—El cementerio municipal —dije, captando la atención de los dos—. En la puerta pequeña que hay en la esquina de la izquierda de la puerta principal, hay varias tumbas de fusilados por los franquistas en la guerra civil. Son tumbas con lápida que cubre los sepulcros. Si enterramos el cuerpo de Dull en una de esas tumbas, estoy seguro de que es casi imposible que alguien lo halle.

Antonio apagó el cigarrillo en un vaso de plástico vacío que había en la mesa. Se sentó. Se pasó la mano varias veces por la cara, como si quisiera limpiarse el sudor. Se tiró levemente de la papada. Y resopló.

—No has tenido mala idea —me dijo—. Pero en el cementerio hay un vigilante.

—No por la noche —repliqué.

—Hay cámaras de seguridad —añadió.

—Estoy seguro de que no —dije—. Conozco al encargado del ayuntamiento que lo gestiona y sé que no hay cámaras.

—La puerta está cerrada con candado.

—Una fina cadena que podemos cortar con una cizalla de judicial —le dije recordando que en el despacho del grupo teníamos una para intervenir bicicletas o cortar cadenas de fincas donde hacíamos entradas y registro.

—Si cortamos la cadena se sabrá que hemos entrado en el cementerio —objetó Joaquín, que había levantado la mirada del juego de cartas del ordenador y se incorporó de forma activa a la conversación.

—No necesariamente —me dio por sonreír—. Podemos cortar la cadena y extraer el candado que reemplazaríamos por otro. En el armario del Grupo I tienen varias cadenas y candados que utilizan para proteger los pisos precintados por el juez. Podemos coger una de esas cadenas y uno de esos candados y reemplazar el del cementerio. Al día siguiente, cuando el

vigilante vaya a abrirlo verá que la llave no funciona. Llamará a la policía local y comprobarán que no tienen llave para abrir ese candado. Seguramente terminarán por pensar que alguien ha extraviado la llave y optarán por cortar la cadena y cambiar el candado por otro nuevo, con llave. Los cambios de turno jugarán a favor nuestro, en este caso.

—Puede funcionar —asintió Antonio—. No me parece mala idea.

Y en ese momento fue cuando Juan Carlos asomó la cabeza por el marco de la puerta y con una sonrisa feliz dijo:

—Ya he sacado la bala de la pierna.

Antonio se levantó tan rápido que las patas de la silla arañaron el suelo con un ruido ensordecedor.

## Capítulo 24

Juan Carlos siguió operando el cadáver de Dull de forma metódica y ordenada. Había extraído la bala de la pierna y se la entregó a Antonio, después de limpiarla. Era como si quisiera que la conservara como un trofeo. El proyectil era un 9 milímetros, semiblindado, y se había deformado por el impacto en la pierna del cadáver. Seguramente se estampó contra el fémur y Juan Carlos la había desincrustado después de localizarla. Ni le preguntamos dónde estaba el proyectil cuando lo extrajo ni él mencionó nada al respecto. Antonio se limitó a cogerlo con la mano y se lo echó al bolsillo del pantalón.

—En cuanto puedas te deshaces de ella —le dijo Joaquín sin dejar de toquetear las puertas de uno de los armarios inferiores.

—Lo haré cuando las tenga todas —repuso dando un par de golpes sobre el bolsillo.

—Y en cuanto puedas limpia el arma y repón las balas —recordó Joaquín para malestar de Antonio, que parecía que le comenzaban a molestar las recomendaciones de nuestro amigo. Aunque supongo que cualquier cosa que hubiéramos dicho aquella noche habría producido crispación en él.

Antonio extrajo su arma del cinturón y se llevó el cañón a la nariz. Era como si quisiera comprobar que aún olía a pólvora. A mí personalmente me pareció un gesto extraño, pero no inusual. En ese instante me vinieron a la memoria imágenes similares de Antonio oliendo la punta de un cigarrillo. Era un gesto característico que no había visto en nadie más. Extraía un cigarrillo del paquete y antes de ponérselo en los labios olía la extremidad, como si quisiera comprobar que el cigarrillo no había caducado o que no estaba malo. Lo hacía solo con el tabaco, porque había comido muchas veces con él y nunca lo vi oliendo un plato de comida, algo que sí me constaba hacía mucha gente.

—Esta puerta está cerrada con llave —anotó Joaquín esforzándose en abrir uno de los armarios inferiores del mueble, dando fuertes tirones que movían toda la estantería. Uno de los monitores que había sobre la mesa se balanceó hasta casi caerse.

No me ha parecido un mal plan lo del cementerio —me dijo Antonio, ajeno a las intenciones de Joaquín de abrir el armario de científica.

—Tenemos que darnos prisa —le dije—. El cementerio abre sus puertas a las nueve de la mañana y el domingo es el día que más gente lo visita. Faltan muy pocos minutos para las cinco —dije observando mi reloj de pulsera—. Y

Juan Carlos aún ha de extraer dos balas más y reseñar al menor detenido que hay abajo, en los calabozos.

—Juan Carlos no es necesario que nos acompañe al cementerio —dijo Joaquín, hurgando con una diminuta navaja en la cerradura de la puerta del armario que se había obcecado en forzar—. Con nosotros tres será suficiente para trasladar el cuerpo. No hemos necesitado más gente para traerlo hasta aquí, ¿no?

—También tienes razón —asintió Antonio—. En cuanto Juan Carlos extraiga la última bala, cargaremos el cuerpo de Dull en su coche y lo sepultaremos en el cementerio —se silenció un instante como si estuviera pensando qué decir a continuación—. Creo que lo mejor es que me acerque ahora hasta el cementerio y lo vaya preparando todo. Recuerdo que, como has dicho antes, —me dijo mirándome—, en el lado izquierdo de la puerta de acceso principal hay una portezuela más pequeña. Lo que ignoraba es que ahí están enterrados los muertos de la guerra.

—No son muchos nichos —le dije—. Creo que habrá una docena y la mayoría son los fusilados por los franquistas.

—También es una lástima que en una de esas tumbas debamos enterrar a ese hijo de puta —señaló con la cabeza hacia el cuarto donde Juan Carlos estaba extrayendo las balas de Dull.

En ese momento me asaltaron sentimientos contradictorios respecto a Antonio. Me parecía extravagante que le aflorara el romanticismo respecto a enterrar o no a Dull en el cementerio de Huesca, cuando no había nada de romántico en meterle tres balas en el cuerpo. Pero yo sabía que si la mejor salida para el pozo donde nos había metido pasaba por enterrar el cuerpo allí, no dudaríamos en hacerlo.

Antonio cogió un par de linternas del armario de científica, una cizalla y las llaves de un coche camuflado de los nuestros. Agarró una camisa a cuadros de uno de los armarios, que seguro sería del inspector, y se la cambió por la suya donde había algún chorretón de sangre.

—Enseguida regreso —nos dijo—. Localizaré una tumba apropiada y lo dejaré todo preparado para llegar y sepultar el cadáver.

Yo me quedé ensimismado, observando a Joaquín que seguía emperrado en abrir el armario de científica. Supuse que lo podía haber abierto mucho antes, pero su esfuerzo consistía en hacerlo sin dejar marcas. Como cuando abrimos la puerta con el método del resbalón.

—Ya está —dijo extrayendo de la cerradura la navaja.

Observé que el interior del armario estaba prácticamente vacío a no ser por una bolsa de plástico de supermercado y un sobre blanco sin precintado. No había nada más, ni estanterías, ni cajones, ni siquiera un rincón oculto donde el dueño de ese armario pudiera haber guardado algún secreto.

—Veamos —meditó Joaquín sacando la bolsa de plástico y dejándola sobre la mesa, al lado del monitor donde momentos antes estuvo jugando a las cartas—. Este armario tiene que ser, forzosamente, el de Luis Lacalle, el jefe de científica.

Comprendí que Joaquín estaba tan seguro de lo que decía porque ya había descartado los otros dos armarios, que husmeó antes que ese.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunté precipitado, Joaquín no tardaría en abrirla.

Cuando abrió la bolsa los dos nos quedamos estupefactos, su contenido no podía ser más perjudicial para un policía. En la bolsa había una tableta de hachís, que por su tamaño calculamos pesaría un kilo. Joaquín y yo nos miramos al reconocer que era idéntica a la que intervinimos en el año 2013. El chocolate se había secado y no era más que un pegote endurecido que no creo que sirviese para nada.

—El hachís del Renault Laguna de los cuatro traficantes de Lérida —dije al recordar la operación de donde provenía la droga—. Tanto que lo buscamos y resulta que lo tenía Lacalle en su taquilla.

Mientras meditaba en voz alta, Joaquín abrió el sobre que había junto al paquete de hachís. Extrajo una cuartilla manuscrita del interior. Había escrita una fecha y un nombre. La fecha era la del día que se intervinieron los tres kilos. Y el nombre era del confidente que nos entregó la operación. Justo nos íbamos a preguntar qué coño ocurría, cuando desde la sala contigua asomó la cabeza Juan Carlos para decirnos que ya había extraído la bala del estómago de Dull, que la halló incrustada en una costilla, según nos dijo, y que casi la pierde al intentar extraerla, pero que al final lo consiguió.

—¿Qué estáis tocando? —interrogó al vernos a los dos delante del armario del inspector Lacalle y con el hachís sobre la mesa y el sobre abierto.

—¿Qué sabes de esto? —preguntó a su vez Joaquín.

Juan Carlos mantenía las manos en alto como si fuese un cirujano. Sus manos enguantadas rebosaban sangre. Aguantaba la puerta abierta con el pie, para que no se cerrara, y el olor que surgía del interior era tan nauseabundo que tuve que salir de nuevo al pasillo a vomitar, ya que no me dio tiempo a llegar al aseo de la primera planta. Cuando regresé vi cómo Juan Carlos se

había quitado los guantes y dejó el proyectil en un cenicero que había sobre la mesa. Joaquín ya le había dicho a dónde había ido Antonio y en ese momento Juan Carlos le estaba explicando qué hacía el hachís en el armario de Lacalle. Observé que se detuvo en su explicación para darme tiempo a regresar del baño y no tener que contar lo mismo dos veces.

—Cuando desapareció la droga, la noche que intervinimos el Renault Laguna de los de Lérida, el comisario puso la comisaría patas arriba para forzar que apareciera el kilo —comentó Juan Carlos—. Recordareis que estuvimos un par de semanas acosados por asuntos internos de Zaragoza —Joaquín y yo cabeceamos de forma afirmativa—. Me consta que colocaron micrófonos en los Zetas y en los vestuarios. Los vestuarios —explicó—. Es el lugar donde los policías se sueltan la lengua cuando hablan. Supongo que sabréis que siempre que se investiga algún caso de corrupción el mejor sitio donde espiar es el vestuario —yo no lo sabía, pero no comenté nada para no interrumpir las explicaciones de Juan Carlos. Extraer la bala que faltaba del cuerpo de Dull era más acuciante que saber de dónde había salido el hachís extraviado en el año 2013—. Lacalle halló la droga en el primer cajón de su mesa —dijo cogiendo otros guantes de su maletín de trabajo.

—¿En su cajón? —cuestionó Joaquín.

—Sí. Y no me voy a alargar explicándolo. Pero Lacalle nos reunió al poco de aquello y nos lo contó todo. Él había cogido uno de los paquetes de hachís para analizarlo antes de remitirlo a Sanidad, después de que el juzgado lo autorizara. Ya sabéis como es Lacalle, un despistado total. La droga se quedó en el cajón de su despacho y no se acordó de reintegrarla al cuarto de custodia de calabozos. Después del lío que se montó, la intervención de asuntos internos y el jaleo de acusaciones sobre quién se había quedado la droga, Lacalle no podía decir que estuvo todo ese tiempo en un cajón de su despacho. Y no porque no le creyeran, sino porque se constataría lo estúpido y olvidadizo que fue. Nos reunió en su despacho y nos dijo que entonces no podía contar nada. Que lo mejor era dejar las cosas como estaban y guardar la droga por si pasado un tiempo era necesario decir la verdad.

—Entonces tú lo sabías y no nos dijiste nada —se enfureció Joaquín.

—El día que hablamos sobre ello en el café del Arte —se defendió Juan Carlos—. Lacalle aún no nos había explicado nada. Cuando lo supe creí que era demasiado tarde para contároslo a vosotros. Las cosas no iban a cambiar tanto si lo sabíais como si no. Tenía pendiente de contaros algún día que la droga no la robó nadie, pero un día por otro no hallé el momento idóneo. ¿Es

importante?

—No —repliqué de inmediato—. Lo importante ahora es extraer la bala que queda del cuerpo de Dull. En cuanto esté lo llevaremos al cementerio municipal donde lo enterraremos.

Juan Carlos arrugó la frente.

—¿El cementerio?

—No tenemos un plan mejor —anoté—. Antonio está allí preparándolo todo. Tenemos muchas preguntas y ya habrá tiempo de hallar las respuestas, pero no ahora. Dentro de un rato, antes de las nueve, todo esto habrá tenido que terminar.

Juan Carlos renegó sin decir nada comprensible y se ajustó los guantes nuevos y se metió en el cuarto a terminar de sacar la bala que le quedaba al cuerpo de Dull.

—Anda —le dije a Joaquín—. Mete la droga y el sobre dentro del armario y ciérralo tal y como estaba. Vamos a buscar una manta al calabozo para envolver el cuerpo de Dull, en cuanto termine Juan Carlos habrá que cargarlo en su coche e ir al cementerio.

—¿Esperamos a que regrese Antonio? —me preguntó Joaquín, algo insólito en él porque generalmente no me preguntaba nada de lo que había que hacer.

—No —negué con la cabeza—. Antonio estará allí esperándonos por si alguien se acerca al cementerio antes de las nueve. Hay que tener en cuenta que es lugar de encuentro de muchas parejas, especialmente el sábado por la noche. Solo falta que haya un coche con dos amantes follando y presencien cómo descargamos un cadáver en el cementerio.

—Llámalo y pregúntaselo —sugirió Joaquín.

—Nada de llamadas —respondí—. A partir de hoy y hasta dentro de mucho tiempo, nosotros no hablaremos nada de esto por teléfono.

Joaquín aceptó con un inapreciable cabeceo.

## Capítulo 25

Una de las cosas que más me martilleaban la cabeza, fue la relación triangular entre Antonio, Dull y Olivia, la hija del joyero Santafé. Me sentía obligado a creer a mi compañero cuando me dijo que asesinó a Dull para proteger a Olivia y a su novio, Fernando Garcés. Todo lo que me contó como justificación del asesinato era plausible. Lo de que Antonio era un bravucón que sacaba los puños a la más mínima ya lo habíamos constatado en otras ocasiones, especialmente en Barcelona cuando en el año 2005 lesionó junto a su compañero a un detenido, el cual perdió un testículo. Pero la mediación entre Dull y Fernando, el novio de Olivia, alegando que Fernando era un buen chaval, no encajaba en el rol de comportamiento de Antonio. Ya que, y según mi criterio, a Antonio le importaba una mierda lo que le ocurriera a los demás. Recordé las veces que había visto a Antonio oliendo la punta de su cigarrillo antes de echárselo a la boca para fumárselo. Y una de esas veces fue en el mismo pasillo por donde hacía un par de horas habíamos arrastrado el cuerpo de Dull. En el pasillo estaban las dos puertas del grupo segundo de judicial, además del diminuto despacho de la unidad de análisis y tratamiento de la información y un pequeño cuarto donde estaba el tío de la estadística; un policía con más de treinta años de servicio al que le quedaba poco para jubilarse. No recordaba el día exacto, pero sí que era un viernes. Lo sabía con certeza porque el viernes es el día que durante mucho tiempo las joyerías facilitaban el listado de compras y ventas de oro en la comisaría. Ese listado lo traen en un *pendrive* los propios joyeros y lo entregan en mano a alguien del grupo de judicial, que lo vuelca en uno de nuestros ordenadores. Después se coteja la ficha del vendedor para comprobar que las joyas no hayan sido robadas. Es un trabajo minucioso que requiere paciencia y meticulosidad, ya que en una base de datos especial se graban todos los detalles de las joyas como pueden ser inscripciones de nombres, fechas o palabras cómplices que solo conocen quienes se obsequiaron con una joya determinada.

Olivia estaba en el pasillo de la primera planta esperando a que su padre, al que acompañó ese día, saliera del despacho de judicial. Santafé solía entretenerse bastante, era muy conocido en Huesca y siempre hallaba alguien con quién charlar. Olivia rara vez entraba en el despacho, ya que sabía que se aburría con las conversaciones de su padre, prefería hacer tiempo en el pasillo deambulando en cortos pasos que daba de un lado hacia otro, mientras que los jóvenes policías paseaban su testosterona sonriendo al pasar cerca de ella.



Olivia tenía veinte años y era alta y proporcionada, algo extraño en una chica espigada. Mediría poco más de un metro setenta y estaba lo suficientemente bien dotada como para que cualquier blusa que se pusiera le quedara que ni pintada. Pero el recreo de los policías comenzaba en verano, sobre todo a partir de junio, cuando Olivia vestía unos pantalones cortos que dejaban sus piernas al aire. Las piernas de Olivia eran preciosas, de las más bonitas que he visto nunca. Pero su encanto se incrementaba con el pantalón corto que siempre enseñaba parte de sus nalgas redondeadas y blancas. Había algo en aquellas nalgas que nos excitaba a todos, tuviéramos la edad que tuviéramos. Las nalgas de Olivia era lo mejor que podía pasar en el pasillo de la planta primera los días que su padre venía a entregar las joyas. Era tal la expectación, que los viernes sobre las once de la mañana la mayoría de policías que no estuvieran haciendo nada importante, transitaban por ese pasillo con la excusa más banal. A veces, Olivia, que sabía que nosotros la observábamos, hablaba por teléfono y se giraba de cara a la pared, toqueteando con una mano el póster del castillo de Loarre que alguien pegó con celo hacía muchos años y que nadie se molestó en despegar. Tengo memorizada en mi retina la imagen de Olivia, de cara a la pared, con los pantalones cortos mostrando la parte baja de sus nalgas mientras habla por teléfono y sonriendo. Es una imagen imposible de olvidar. Una vez alguien me contó que la obsesión de los hombres por las nalgas está relacionada con la equiparación de los senos. Los dos, nalgas y senos, son redondos, blancos y tersos. Y en el caso de las mujeres que sus senos son morenos, porque toman el sol, los glúteos también lo son.

Antonio salió del despacho de la estadística. Yo había ido al aseo que hay cerca del ascensor y me crucé con él a un par de pasos de donde Olivia esperaba a su padre. Antonio me saludó con un pequeño puñetazo en el hombro, como siempre hacíamos entre nosotros cuando nos cruzábamos y no había nada que decir, y siguió caminando hacia donde estaba la chica.

—¿Qué tal estás, Olivia? —la saludó.

Olivia ahogó un bostezo que contuvo con su mano.

Ella, al igual que Antonio, fumaba. Así que no era extraño que Antonio le ofreciera fumar un cigarrillo mientras esperaba a su padre.

—¿Un pitillo? —le dijo extrayendo el paquete de tabaco del bolsillo trasero de su pantalón.

A mí, personalmente, la costumbre de Antonio de llevar el paquete de tabaco en el bolsillo trasero del pantalón me parecía de lo más macarra. Ya

no contábamos las veces que había chafado un paquete por no acordarse de sacarlo del bolsillo antes de sentarse en una silla o en el coche.

Olivia alargó el brazo, como si fuese una princesa a la que le fueran a besar la mano. Sonrió. Y cogió un cigarrillo del paquete que sostenía ante sus ojos Antonio. Antonio hizo lo mismo y se lo llevó directamente a la nariz para oler la punta. Entonces no me percaté, pero cuando el asesinato de Dull comprendí que los dos estaban flirteando. No pensé en su momento porque Antonio tenía 45 años y Olivia tan solo 20. Una relación amorosa con tanta diferencia de edad es imposible. Aunque desde el punto de vista personal los dos cumplían los requisitos necesarios. Tanto Antonio como Olivia estaban libres de compromisos: Antonio soltero y Olivia mantenía un noviazgo con Fernando. Pero entre nosotros sabíamos que un noviazgo no es un compromiso serio. Se puede ser novio hoy y mañana ya no ser nada. El único compromiso serio que existe es el matrimonio. El matrimonio te obliga a ciertas cosas, como justificarte cuando llegas tarde a casa, o no llegas. La relación entre dos personas de 20 y 45 años puede ser socialmente aceptada; aunque entre los dos medien veinticinco años de diferencia. Pero tanto uno como otro son adultos y responsables de sus actos.

Antonio se acercó hasta el oído de la hija de Santafé, le susurró algo, y ella explotó en una inocente sonrisa. Yo me acerqué hasta la impresora que había enfrente del despacho de informática y esperé a que escupiera unos documentos que había mandado imprimir desde mi mesa en judicial. Desde el lugar donde estaba la impresora no podía verlos, ya que mediaba la esquina del pasillo, pero sí podía oírlos, si hablaban lo suficientemente alto como para que me llegara su voz. Los escuchaba de manera entrecortada, pero se podía decir que estaban tonteando. El tonteo entre un hombre de 45 años y una niña de 20 puede ser de lo más insensato y carente de juicio. Conocía a Antonio. Y conocía a Olivia. Él era un niño grande y ella era una *calientabraguetas*. Recuerdo que los dos pasaron por delante de mí cuando bajaron por las escaleras hasta el patio de la comisaría. Entonces supuse que iban a fumar, pero ahora que lo rememoro sé que lo que iban es a conversar. Parte del encanto sexual que emanaba Olivia residía en que tenía la voz de una mujer mucho más recia, a pesar de ser delgada. Esa voz casi varonil le confería una capacidad sublime de excitación verbal.

Cuando regresaron ella había dejado de sonreír, incluso sus facciones permanecían más serias de lo que era acostumbrado en Olivia. Tenía la cara pálida, pero hermosa. Sin embargo Antonio estaba igual. Él nunca se

inmutaba por nada. Yo me metí en mi despacho y continué cotejando unos documentos sobre la investigación del robo de cobre en las chatarrerías de Huesca, ajeno a lo que los dos estaba hablando en ese momento. A través de la puerta entreabierta vi cómo Antonio le estaba soltando una reprimenda a Olivia, o eso me pareció. En su momento no le eché ninguna cuenta, ni siquiera me lo tomé como algo serio. Creo que pensé que Antonio aconsejaba a la hija de Santafé y se excedía en su paternalismo, nada más. Ahora, analizando la escena con más meticulosidad y comparando los hechos que ocurrieron la noche que Antonio asesinó a Dull, mi perspectiva de lo ocurrido aquella mañana de viernes en la comisaría es radicalmente distinta. Es posible que lo que presencié fue un enfado de enamorados. Que Antonio y la hija del joyero tenían algún tipo de relación más allá de la puramente amistosa y que la supuesta protección de Antonio hacia el novio de Olivia no fue tal, sino que a quien protegía era a ella. Pero... ¿qué relación tenían Olivia y Dull?

Dull no era un gitano cualquiera. Ramiro Fajardo tenía veintiocho años. Era alto, delgado, fornido y guapo. Su único defecto estribaba en que tenía las piernas zambas, pero de una forma tan leve que vestido no se le notaba. Nosotros lo sabíamos porque cada vez que lo habíamos detenido lo desnudábamos en el calabozo, entonces nos dimos cuenta de que juntaba las rodillas ligeramente. Pero ese pequeño defecto era sobradamente compensado con el pedazo de rabo que tenía. Los carceleros siempre bromeaban con la polla de Dull y su desproporcionado tamaño. Los motes le llovían: el negro, el trípode, el zambo egregio... Pero a él no parecía importarle. Nosotros sabíamos que le ponía los cuernos a su mujer siempre que podía. No era la primera vez que lo habíamos pillado en un coche robado dejándose acompañar por alguna chica del refugio de menores, que se fugaba con él con la falsa esperanza de vivir experiencias apasionantes, o con otras mujeres de etnia gitana de pueblos de alrededor. Esa actividad extramatrimonial suya fue la que le granjeó numerosos enemigos entre los otros gitanos. Supongo que su entusiasmo pasional lo llevaría con cautela, ya que ponerle los cuernos a un gitano le supondría la muerte instantánea. A un gitano o a un policía. Y ahí fue donde me llevaron aquella noche mis reflexiones más *kafkianas* que poco a poco fueron tomando forma en mi mente. Tenía que preguntárselo aunque se enfadara. Esa noche, desde luego no, pero después de que lo del cadáver de Dull quedara zanjado entonces sería un buen momento para preguntarle si tuvo una relación con Olivia y si Dull se interpuso entre los dos. En este último caso, el asesinato del gitano estaría justificado para

Antonio, para Olivia, pero no para nosotros. Nuestro compañero nos habría embarcado en un atolladero por un *enconamiento* que había derivado en enconamiento.

## Capítulo 26

Antonio nos contó que aparcó el camuflado de la policía en la calle adyacente del cementerio, al lado de unos contenedores metálicos que estaban allí a causa de unas futuras obras de ampliación del perímetro. Todo el lateral del recinto estaba en una penumbrosa oscuridad. Se apeó del coche y orinó sobre uno de los contenedores. Se echó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó un paquete tan arrugado que tuvo que desechar varios cigarrillos que se habían roto, hasta que dio con uno que estaba en condiciones de ser fumado. Antonio siempre ha sido precavido, así que nos explicó que lo primero que hizo fue acercarse hasta la puerta principal del cementerio y comprobar que no había ningún vigilante nocturno en el interior. En el caso de que hubiera uno, seguramente tendría su coche aparcado delante. Del maletero del camuflado, un Seat Ibiza de color gris, cogió una de las dos linternas, una cizalla cuyo mango era de casi un metro de largo, con el que no habría sujeción que se le resistiera, y una pata de cabra que portaban casi todos los vehículos de la policía como dotación. Afortunadamente el candado y la cadena eran tan endebles que Antonio nos dijo que solo necesitó una ligera presión para que la cadena saltara por los aires. Recogió el trozo del suelo, junto con el candado, y lo apartó al lado de la columna de cemento donde se sujetaba la puerta. Para seguir con el plan trazado era necesario que una vez que hubiéramos enterrado el cadáver, había que llevarse las dos piezas y esperar a que el empleado del cementerio las reemplazara creyendo que había sido algún acto vandálico o un error del encargado de cerrar la puerta por la noche.

Estaba Antonio esperando a que llegáramos nosotros con el cadáver de Dull, que percibió en la parte trasera del cementerio el destello de unos focos. A esa distancia no podía distinguir si era un coche, una motocicleta o alguien con una linterna, pero por el haz doble calculó que sería un turismo. Así que la única manera de comprobar qué emitía esa luz era acercarse hasta el origen. Los focos se apagaron y Antonio se quedó con la inquietante sensación de que allí había un coche oculto en la parte trasera de los contenedores, donde instantes antes había orinado. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y me mandó un WhatsApp, algo que ya habíamos convenido que estaría prohibido durante mucho tiempo. Y no es porque no nos pudiéramos comunicar entre nosotros, sino porque cualquier información transmitida por el móvil quedaría registrada en los ordenadores de las respectivas compañías

telefónicas. Y no sabíamos hasta dónde se llegaría con la investigación cuando se echara en falta a Dull.

El mensaje decía: *¿Os queda muxo?*

Antonio me ponía enfermo con su manía de escribir la «ch» con «x», algo que estaba reservado a adolescentes. Leí el mensaje porque pensaba que era Carmen la que me escribía, en caso contrario ni siquiera hubiera encendido mi teléfono móvil.

—¿Quién es? —me preguntó Joaquín.

—Antonio. Quiere saber si tardaremos mucho.

Juan Carlos seguía interviniendo para extraer la última bala del cuerpo de Dull, la de la cabeza. Alojada detrás de la cavidad del ojo izquierdo, ya nos dijo que sería la más complicada de sacar. Pero nosotros confiábamos ciegamente en nuestro compañero y sabíamos que conseguiría extraerla finalmente. Cogí la bala aplastada que había dejado en el cenicero y me la metí en el bolsillo.

—No hay que dejar ninguna prueba que nos incrimine —dije en voz alta.

Joaquín resbaló sus ojos por el suelo. Luego los giró hacia la pared. Y finalmente los posó en mi frente. Sonrió con su sarcasmo habitual.

—Ya, claro. No creo que seamos capaces de limpiar y adecentar todo esto lo suficiente como para no dejar ninguna prueba visible.

—Te olvidas de que estamos en Policía Científica —le dije—. Ellos nunca realizarán una inspección en su propio laboratorio.

Joaquín pareció aceptar mi reflexión. Toda la intervención de extracción de los proyectiles del cuerpo de Dull se había hecho en dependencias de Policía Científica. Lo que significaba, si llegado el caso se abriera una investigación interna por el asesinato, que ninguna prueba que se hallara en científica podría ser validada por ningún juez. Encontrar rastros biológicos de un gitano que contaba con más de una cincuentena de detenciones, no supondría una prueba fiable, ya que significaba que Dull había pasado por el gabinete cincuenta veces. Y en cualquiera de esas podía haber dejado un rastro. Después de todo, haber traído su cuerpo hasta dependencias de científica no fue tan mala idea.

—¿No le vas a responder? —me consultó Joaquín.

—No. Ya dije antes que nada de mensajes. Antonio es lo suficientemente adulto como para apañárselas solo. Que espere en el cementerio con todo preparado hasta que lleguemos nosotros.

—Creo que dijo antes de irse que iba a regresar aquí —objetó Joaquín—.

Entre los dos nos será muy complicado trasladar el cuerpo —dijo refiriéndose a él y a mí.

Al mencionarlo Joaquín, recordé que Antonio dijo que lo prepararía todo, pero regresaría a comisaría para ayudarnos a transportar el cuerpo de Dull. Entonces comprendí que su mensaje era para delimitar el tiempo de traslado lo mínimo. Las cosas en el cementerio podían cambiar en tan solo unos minutos, como de hecho ocurrió. Después de aquello nos contó que tuvo que recorrer el callejón lateral hasta la parte trasera, donde había aparcado un Audi A6 de una pareja de enamorados que frecuentaban el lugar para follar. Antonio nos lo relató riéndose, ya que no comprendía qué clase de amante poseedor de un Audi A6 se lleva a su chica a un descampado detrás de un cementerio. Un tipo con ese coche debe tener dinero sobrado como para ir a un hotel. No se podía arriesgar a que la pareja siguiera allí cuando nosotros fuésemos con el cadáver. Y aunque estaban lejos como para vernos, podían extrañarse de ver a tres tíos hechos y derechos franqueando una puerta del cementerio a las seis de la mañana. Había que tener presente que a partir de las siete habría tanta luz que cualquiera nos podría ver desde el otro lado de la carretera.

Antonio lo solucionó a la brava. Se acercó hasta el coche, les apuntó directamente con la linterna a través de la luna delantera y les dijo que era el guarda del cementerio y que allí no podían estar. Cuando lo contó nos hizo gracia la descripción tan minuciosa de las nalgas de la chica, a las que nombró como sublimes. Y teniendo en cuenta que para entonces yo ya sospechaba de que tenía un idilio con la hija del joyero, me llevé la impresión de que Antonio era un reconocido experto en glúteos femeninos.

Cuando el Audi A6 se marchó de la parte trasera del cementerio, Antonio se montó en el Ibiza camuflado y se dirigió a comisaría. Entre el cementerio y comisaría, una noche de sábado, de madrugada, sin tráfico, y yendo rápido, no se tardaría más de cinco o siete minutos. Cargar el cadáver de Dull en su coche y regresar al cementerio otros diez, más o menos. O un poco más si había que entretenerse en esquivar a algún policía del turno de noche que merodeara entre el ascensor de la primera planta y el garaje. Antonio había calculado que en ese lapso de tiempo que oscilaría entre veinte y treinta minutos, a lo máximo, no podíamos tener tan mala suerte como para que alguien fuese al cementerio y detectara que la cadena de la puerta lateral izquierda había sido cortada.

Sus últimos momentos en el camposanto, antes de regresar a la comisaría,

los dedicó a buscar una tumba apropiada donde enterrar a Dull. No había mucho donde elegir, ya que nada más flanquear la puerta solo se conservaban enteras seis tumbas con lápida, de las cuales dos eran tan antiguas que Antonio temió se fracturarían nada más intentar abrirlas. La manipulación de la tumba debía ser tan impecable que no había de quedar ningún rastro externo que delatara que allí había enterrado un nuevo cadáver. Se fijó en la segunda tumba que estaba en condiciones idóneas para nuestro propósito. Dejó la linterna sobre una tercera tumba que había al lado y apuntó el haz de luz hacia donde iba a trabajar. Cogió la pata de cabra, que no medía más de treinta centímetros y la encajó con cuidado de no romper la lápida, debajo. Movié la pata de cabra con suavidad hacia abajo y hacia arriba hasta que oyó un chasquido que le indicó que la losa se había desencajado. Repitió la misma operación en distintos puntos hasta que estuvo seguro de que la lápida se desplazaría. Dejó la pata de cabra al lado de la cizalla en el suelo y con ambas manos empujó la losa hasta que la desplazó por completo, cayendo en el lateral de la tumba. Apuntó con la linterna al interior y se topó con un osario desordenado y semienterrado. Distinguió el cráneo, un fémur y varios huesos sueltos más que no sabía a qué parte del cuerpo pertenecían.

—Esta me vale —murmuró.

Regresó sobre sus pasos hasta el Seat Ibiza, dejando al lado de la tumba la pata de cabra, la cizalla con la que había cortado la cadena y la linterna, que tuvo cuidado de apagar antes de salir por la puerta, que dejó cerrada para que nadie desde fuera se diera cuenta de que había sido forzada.

Cuando llegó a la comisaría, Juan Carlos ya había terminado de extraer las tres balas del cuerpo de Dull. Yo le entregué la que me había dado del vientre, Juan Carlos la que sacó de la cabeza y Antonio las juntó en su bolsillo junto a la que ya tenía de la pierna. El aspecto de Antonio francamente era lamentable. Venía sudado, sucio y tenía restos de tierra y barro seco en el pantalón y la camisa a cuadros que cogió del armario del inspector Lacalle. No le dijimos nada porque intuimos que había estado preparando el nicho para Dull.

—Deshazte de ellas —le indicó Juan Carlos.

Antonio salió al pasillo sin replicar nada a la sugerencia de nuestro compañero. Entonces Joaquín le preguntó:

—¿A dónde vas?

—Al lavabo —respondió.

—¿No pensarás arrojar las balas por el retrete? —sonrió Joaquín. Antonio



se encogió de hombros como si lo que se disponía a hacer fuese una obviedad —. No seas mendrugo —le dijo—. Coge las balas y deshazte de ellas esparciéndolas por diferentes sitios, que parece mentira que seas un agente de judicial —Antonio estaba desorientado—. Cuando salgamos con el cadáver nos pararemos al lado de un contenedor de basura y arrojas una de las balas, la otra en una papelera distinta en otro lugar y la tercera en el campo, cerca del cementerio, por ejemplo. Si alguien encuentra las tres balas juntas nos podemos dar por perdidos.

Antonio acató la recomendación de Joaquín con un inapreciable y exhausto balanceo de su cabeza.

—Yo me quedaré limpiando todo —dijo Juan Carlos—. Id tranquilos al cementerio, que cuando terminéis aquí no quedará ningún vestigio de lo ocurrido.

Yo miré el reloj de pulsera y vi que ya eran las seis de la mañana. Después de todo, íbamos a conseguir concluir con éxito la peor noche de toda nuestra vida. Entre los tres, sin contar a Juan Carlos, que se quedaría limpiando y recogiendo, nos organizamos para bajar el cuerpo amortajado de Dull en una manta azul del calabozo a su coche, que dejamos pegado a la puerta del ascensor del garaje. Joaquín fue el responsable de recolectar todas las pertenencias del fiambre, que metió en una bolsa de plástico esterilizada que nos facilitó Juan Carlos. Uno a uno fue introduciendo las últimas posesiones de Dull en la tierra de los vivos: un teléfono móvil que ya habíamos apagado, las llaves de su casa, un pañuelo de color verde helecho, una navaja, dos paquetes de tabaco, tres mecheros, una cartera con fotografías, documentación y dinero, bastante, y varios paquetes de papel de fumar. Pese a rebuscar en todos los rincones de su ropa no hallamos ninguna piedra de chocolate ni una triste hebra de marihuana. Aquel tío se lo había fumado todo ya aquella noche.

—¿Qué te parece? —me consultó Joaquín extrayendo una de las fotografías que había en su cartera.

Antonio había bajado al garaje para aparcar el coche frente al ascensor, así que esa fotografía no podía haber aparecido en mejor momento.

—Trocéala en mil pedazos y tírala —recomendé.

Joaquín me miró dibujando una perceptible sonrisa maliciosa en sus labios. Dull llevaba una fotografía en su cartera donde estaba sentado en la terraza de un bar de Huesca junto a Olivia, la hija del joyero. Los dos sonreían frente a la cámara en lo que parecía un autorretrato. En ese instante, mi teoría de que

Antonio mató a Dull por celos se había reactivado con la misma furia que una ventisca de agosto arrasa la orilla de una playa. Joaquín me hizo caso y arrugó la fotografía en su mano, echándola después a su bolsillo. Supe que pensaba arrojarla en una papelera cuando saliésemos de la comisaría, quizá acabaría al lado de alguna de las balas que mataron a Dull, quién sabe. Antonio subió del garaje y entró de nuevo en el gabinete de Policía Científica.

—¿Todo listo? —preguntó.

En el silencio que siguió a su pregunta, pudimos escuchar el aspirador que Juan Carlos estaba pasando en la sala donde momentos antes extrajo las balas del cadáver.

—¡Listos! —replicó Joaquín mirándome para que yo confirmara que estábamos preparados.

Arrastramos el cuerpo de Dull por el pasillo, liado en una de las mantas del calabozo. Su cuerpo había perdido la rigidez y ahora parecía un saco lleno de conejos de caza. El golpeteo del cadáver contra el suelo extraía un almizcle de olores nauseabundos que pensamos nunca se borrarían del pasillo de la primera planta de la comisaría. Subimos los cuatro en el ascensor.

—Habrà que decirle a Juan Carlos que cuando termine de limpiar en científica pase un paño húmedo por el ascensor —sugirió Joaquín, el único que aún parecía despierto esa noche.

Miré al linóleo del ascensor y se podían distinguir tantas manchas de sangre, que en ese momento no comprendí cómo es que nadie del turno de noche se había dado cuenta. Quizá nadie desde que estábamos nosotros en la comisaría había utilizado el ascensor, pensé. En ese instante solo desee que terminara todo. Y que terminara bien.

## Capítulo 27

Cargamos el cadáver de Dull en el maletero de su Renault Safrane. Antonio se puso al volante, Joaquín de copiloto y yo me senté atrás, en la parte derecha. Parecía un coche oficial con su chófer, el escolta y la personalidad escoltada en la parte trasera. El cuerpo estaba amortajado con una manta del calabozo. Era uno de los cobertores de color azul intenso que se le entregaba a los detenidos cuando ingresaban en las mazmorras de la comisaría de Huesca y que lo mismo servía para taparse que como improvisada almohada donde apoyar la cabeza. Antonio lo había atado con una resistente cuerda de nailon que cogió del gabinete de Policía Científica. Cuando lo vi anudando la cuerda alrededor de la manta tuve la impresión de que no era la primera vez que lo hacía. El cadáver desprendía un febril hedor a muerte que se me clavaba en la pituitaria de tal forma que pensé que nunca se me quitaría, que siempre tendría ese olor ahí, en mi cerebro. Antonio giró la llave del contacto del coche de Dull y el *radiocasete* comenzó a emitir una apasionante música gitana. No hacía falta ser conocedor de ese tipo de música para saber que el que estaba cantando era Camarón de la Isla. Joaquín alargó el brazo y bajó el volumen.

—Hay que ver como les gusta a estos gitanos la música de Camarón — dijo.

Luego se giró hacia mí y me miró. Sonrió mientras Antonio circulaba despacio por el garaje de la comisaría. Detuvo el coche delante del portón y apretó el botón para que el policía de seguridad abriera la puerta. Todas las cámaras de la comisaría nos habían grabado entrando con el coche de Dull, y saliendo con el coche de Dull. Cualquier investigación que se abriera referente a la desaparición de Dull acabaría, de forma irremediable, sobre nosotros. Entonces, ¿por qué se había arriesgado Antonio a meter el coche en el garaje de la comisaría? Yo me hacía preguntas que creía no tenían respuesta, mientras que Antonio y Joaquín parecían tener respuesta para todo. Supuse que cuando se denunciara la desaparición del gitano, ellos dirían que nuestro grupo ya estaba tras la pista de su paradero. Que el coche se metió en la comisaría para hacerle un registro rutinario en busca de droga. O incluso que esa noche, la que metimos el coche en el garaje, era el propio Dull el que nos acompañó de forma voluntaria para ofrecerse a presenciar el registro de su coche. Hasta ahora, para registrar un vehículo no era necesaria una orden judicial. Me di cuenta de que para Antonio lo más importante era ubicar a

Dull en cualquier parte menos en el jardín de su casa, donde murió. Metiendo su coche en el sótano de la comisaría, ante una docena de cámaras de vigilancia, lo que hacía era constatar que Dull estuvo allí esa noche, por lo que no pudo estar en ninguna otra parte. Y mucho menos en su casa.

Salimos por la puerta y Antonio giró hacia la izquierda para coger la carretera de Eroski en dirección al cementerio municipal, era el camino más corto. Cuando pasamos por delante de la policía local se permitió la imprudencia de saludar con la mano a dos motoristas que charlaban delante de su cuartel. Parecía como si Antonio quisiera decirle a todo el mundo que tres policías del grupo de judicial, de la comisaría de Huesca, conducían a bordo del Renault Safrane de un gitano que horas antes había sido asesinado. Pero nosotros contábamos con que su cuerpo no aparecería nunca, porque si apareciera tendríamos que dar muchas explicaciones. Mientras Antonio conducía, y con el trasfondo de la música de Camarón, medité sobre mi temor a que nos descubrieran. Era un temor fundado, pero del todo inconsistente. No tenía que olvidarme nunca de que nosotros éramos policías. Y un policía era un lobo que cuidada a un puñado de ovejas al que solo otro lobo podía atacar. Cualquier investigación interna que se abriera referente a la desaparición o asesinato de Dull sería investigada por los nuestros. Cualquier cosa que nosotros dijésemos tendría fundamento. Para eso éramos policías, para hacer creíble lo increíble. Si alguien preguntaba qué hacía el coche de Dull en la comisaría, nosotros le responderíamos que lo habíamos intervenido porque estábamos investigando un delito de tráfico de drogas y Dull era nuestro confidente. Si alguien preguntaba por qué Antonio conducía el coche de Dull, nosotros diríamos que Dull nos acompañaba a un lugar secreto enmarcado dentro de una operación antidroga. ¿Quién mató a Dull? Una banda rival, responderíamos. ¿Por qué no aparecen las balas que lo mataron? Los sicarios encargados de su muerte se las sacaron del cuerpo. ¿Qué hacíais la noche que asesinaron a Dull en la comisaría? Investigábamos una entrega de droga. Y en el caso de que no apareciera su cadáver también podríamos crear las respuestas necesarias para que todo encajara. ¿Dónde está Dull? Es posible que ya no esté en España, que se haya refugiado en algún país de Sudamérica. Podíamos decir que estaba en Venezuela, por ejemplo. Venezuela era un buen lugar para que se refugiara un delincuente, ya que las relaciones entre ambos países estaban pasando por su momento más precario. ¿Por qué se ha marchado Dull? Porque la policía española lo estaba presionando al ser un delincuente muy conocido. En esta última respuesta

nosotros saldríamos beneficiados. Somos unos sabuesos tan buenos que los delincuentes tienen que huir para escapar de nuestro cerco, diríamos.

Inmerso en mis pensamientos noté un ligero vaivén del coche. Antonio se había desviado en el último cruce antes de llegar al cementerio. Al principio pensé que era porque había visto algo sospechoso, del estilo de algún coche próximo que pudiera descubrirnos, pero miré a través de los sucios cristales del vehículo de Dull y no vi nada de lo que hubiera que recelar. Joaquín ni siquiera le preguntó por qué había cambiado de rumbo. Unos segundos después se desveló el misterio cuando Antonio aparcó en la gasolinera que hay al lado de la ITV.

—¿Qué ocurre? —le consulté.

—Un momento —nos dijo—. Voy a comprar tabaco.

—Vamos, Antonio. No me jodas ahora —resoplé.

—No me jodas tú —replicó en un tono bastante violento—. Después de lo que estoy pasando solo me falta que me quede sin tabaco.

Estupendo, pensé. Ahora también nos habían grabado las cámaras de vigilancia de la gasolinera donde se nos veía a los tres a bordo del coche de Dull, que por cierto iba en el maletero. No sé por qué me dejó de preocupar que todas las cámaras de la ciudad nos grabaran. Tampoco era tan importante que nuestra imagen pululara por los dispositivos de seguridad. Yo mismo siempre que viajaba en el AVE me llevaba mi arma reglamentaria que almacenaba en mi bolso. En dos ocasiones: una en Madrid, en la estación de Atocha, y otra en Barcelona, en la estación de Sants, al pasar el bolso por el escáner de seguridad me había apostado al lado del guardia civil sosteniendo en mi mano el carné profesional y la placa, para cuando el agente observara reflejado en el monitor el arma dentro del bolso. En ese instante tendría que identificarme antes de que me detuvieran por portar un arma. Pero en las dos ocasiones el guardia civil no me dijo nada. Entonces supe que mantener a un agente en el mismo puesto, durante tantas horas seguidas, conseguía lo contrario a lo que se buscaba.

Mientras Antonio adquiría el paquete de tabaco, que le vendió la guapa rubia de coletas de la gasolinera, me sumergí de nuevo en mis pensamientos. La última canción de Camarón había terminado y saltó la radio local; en ese momento daban las noticias de la mañana. Mis pensamientos se centraron en que quedaban en el tintero algunos detalles referentes a las horas previas a la muerte de Dull. Algo del estilo de dónde estuvo, con quién habló, a quién vio. Siempre que desaparece alguien se suelen hacer ese tipo de indagaciones

con las personas de su entorno. Y siempre aparece alguien que lo vio o que habló con él. Alguien que recuerda algún detalle más o menos importante para la policía. El esfuerzo policial para investigar un desaparecido es inmensamente superior al que se hace para investigar una muerte. La diferencia estriba en que una muerte se investiga durante un tiempo más o menos corto, hasta que se resuelve, mientras que una desaparición se prolonga en el tiempo hasta que aparece; si algún día lo hace. En los casos de asesinato con amplia cobertura mediática tanto en prensa como en televisión, siempre hay muchas personas que se ponen en contacto con la policía para enviar soplos, aportar consejos o dar soluciones. Gente dispuesta a jurar que habían visto, oído, presenciado o que conocían a alguien que les dijo que oyó, vio o presenció. Nuestra baza consistía en que el cuerpo de Dull no apareciera nunca. Nadie se iba a preocupar de que un delincuente, gitano y poco querido se hubiese largado a cualquier parte sin dejar rastro. Otra cosa bien distinta era si aparecía su cuerpo. En este caso sí que habría que ir componiendo nuevas coartadas para echar balones fuera. Si aparecía el cuerpo de Dull, y nosotros dábamos con el culpable de su muerte, no solo nos exculparíamos, sino que además nos condecorarían por esclarecer un crimen en nuestra demarcación. La muerte de Dull, se mirara por donde se mirara, era algo bueno...

—¿Qué ha sido eso? —exclamé cuando todo el coche tembló como si hubiera caído en un cráter.

Por la luna delantera vi que ya casi estábamos llegando al cementerio. Ni siquiera me di cuenta cuando Antonio regresó al coche después de comprar el tabaco. Los ojos de Joaquín se cruzaron con los míos, ya que mientras yo miraba hacia adelante, él hacía lo propio hacia atrás.

—Me cago en la puta mierda —exclamó.

Me giré y mi vista se topó con el morro de un Mercedes de color blanco conducido por un anciano que al menos tendría ochenta años. El tío no se dio cuenta de que nosotros nos habíamos detenido en el último ceda el paso que hay antes de llegar al cementerio. Cuando Antonio soltó un momento el volante para abrir el paquete de tabaco que acababa de comprar en la gasolinera, el Mercedes se había empotrado contra nuestro maletero. Mis ojos se cruzaron con los del anciano y entonces eché de menos la niebla del mes de febrero que nos hubiera ocultado a los ojos de cualquiera que pasara por allí, pero hacía una noche tan limpia y clara, que hasta me entretuve en pensar cómo es que un anciano podía tener la esclerótica tan blanca.

—Puto viejo —chilló Joaquín apeándose del vehículo.

El anciano se bajó tambaleándose ligeramente. Estoy seguro de que en ese momento hubiera deseado tener un ataque de narcosis y quedarse dormido. Antonio se bajó, encendió un cigarrillo con pulso firme y lo miró con suspicacia. Yo pensé que si fuese posible, en ese momento lo mataría con las doce balas que aún le quedaban en el cargador. Pero contra todo pronóstico, Antonio mantenía una sospechosa calma que no cuadraba con alguien que acababa de asesinar, ocultar, transportar y que iba camino de enterrar a un cadáver. Achaqué esa serenidad a que Antonio sabía que estaba en buenas manos, las nuestras, las de sus amigos, la de sus compañeros.

Lo siento —se disculpó el anciano, mostrando una dentadura tan blanca que parecía una cáscara de huevo.

Alargó la mano y aferró de la guantera de su coche una carpeta que supuse sería de la documentación del vehículo. Después de todo, aquel anciano era un ciudadano ejemplar. Pero nosotros no teníamos tiempo de ejemplaridades, y mucho menos de entretenernos en redactar un parte de accidente.

—No se preocupe —intervine yo, mientras que Antonio le propinaba varias caladas seguidas al cigarrillo—. Solo ha sido un rasguño.

Creo que la noche y la falta de visión de aquel nombre posibilitó que no se nos vieran las manchas de sangre de nuestras ropas. Pero en cualquier caso si hubiera reparado en ello, estoy seguro de que Antonio le habría dicho que éramos unos trabajadores del matadero de Huesca que regresábamos a casa. De ahí las manchas de sangre.

A Joaquín le dio por reír, porque definir rasguño lo que había en el culo del coche de Dull, era como decir que el agujero de una bomba atómica es un hoyo de golf. Desde luego los Mercedes son buenos, porque el maletero del Safrane se hundió un par de palmos y el parachoques se descuajaringó cayéndose en varios trozos al suelo.

—El hombre abrió la carpeta sobre el capó de su coche, como si se dispusiera a mostrar la carta de postres en un restaurante de lujo.

—Que no hace falta —insistí, ahora más enérgico—. Somos policías —me sinceré con él—. Y estamos trabajando. Haga una cosa —le ofrecí como solución—. Acérquese el lunes a primera hora a la comisaría y allí redactaremos el parte de accidente.

El hombre aceptó y yo pensé que si Asuntos Internos buscara testigos de nuestra vinculación con el asesinato de Dull, no creo que tuviese demasiados inconvenientes en hallar un puñado de grabaciones de seguridad, además de

una buena cantidad de testigos que irían desde aquel anciano, a la chica de las coletas de la gasolinera, pasando por cualquiera que hubiera presenciado el golpe del Mercedes contra el Safrane de Dull. Y, pensé en ese instante, tuvimos suerte que a causa del golpe no se hubiera abierto el maletero.

El anciano recogió la documentación de su vehículo que metió de nuevo en la guantera. Se sentó. Arrancó el motor. Metió la marcha atrás. Y en ese momento la puerta del maletero de Safrane se abrió, dejando al descubierto el cuerpo de Dull, que por el traqueteo del coche se le había destapado parte de la manta. El gitano mantenía los ojos cerrados y la cara embadurnada en sangre. Afortunadamente el anciano no podía verlo desde el interior de su Mercedes y se limitó a pedir disculpas balanceando la cabeza como si fuese una muñeca rota.

—No se preocupe —le dije mientras Antonio lanzaba el cigarrillo al suelo—. Mañana redactaremos el parte de accidente. Mañana —repetí gesticulando con la mano mientras hacía círculos en el aire como si dibujara una noria.

Esperamos a que el Mercedes se incorporara a la carretera para cerrar el maletero de nuevo y subirnos los tres al coche. Joaquín apartó de un puntapié el parachoques del Safrane que arrinconó en el arcén.

—A ver si podemos enterrar a este hijo de puta de una vez —dijo—. Me tiene hasta los cojones.

Joaquín y yo no hablamos hasta llegar a la misma puerta del cementerio, que estaba a unos escasos cien metros. Nadie habló.



## Capítulo 28

Unas semanas después de aquella funesta noche, me subí en el autobús que para en la plaza Santo Domingo, con intención de dirigirme a una ferretería del polígono a comprar unos tacos para colgar un cuadro que adquirimos en una tienda de Zaragoza y que Carmen siempre me recordaba que había que colgarlo algún día. Esa acción formaba parte de los movimientos diarios encuadrados en simular normalidad. Aparentemente todo había terminado y nuestro esfuerzo pasaba por hacer que todo fuese precisamente eso: normal. Tan normal que nada hiciera sospechar a nadie que ocultábamos algo. Me deje de ver con Isabel, a la que prácticamente abandoné para siempre, lo que reavivó la relación con mi mujer. Carmen me veía tan romántico, tan próximo y tan afable, que creo que comenzó a enamorarse de mí de nuevo.

El autobús de esa línea solo lo cogían la gente mayor, especialmente los que iban al centro médico del Perpetuo Socorro, pero el trayecto era tan corto, apenas cuatro paradas, que ni siquiera me senté. Un gitano del barrio, al que conocía desde la época que él vendía chatarra, se puso en pie y caminó balanceándose a causa de los vaivenes del autobús, y golpeó su bastón en el suelo, a mi lado, como si quisiera perforar la chapa.

—¿Qué hay, agente? —me dijo.

Evidentemente me conocía.

No recordaba su nombre, pero devolví el saludo y esperé a que el autobús llegara hasta la próxima parada. Mi intención había cambiado en ese momento y decidí bajarme antes, incluso, para evitar dialogar con ese hombre.

—¿Sabe usted dónde está Dull? —me preguntó.

Me fijé que su frente se había arrugado expresivamente por debajo del sombrero negro que le cubría la cabeza y que sus ojos centelleaban con un color rojo intenso. Vestía elegante, todo de negro.

—No sé por qué me pregunta eso —le dije—. Nadie sabe dónde está Dull.

El autobús emitió un sonido hidráulico, las puertas se abrieron, pero no bajó nadie, se cerraron y comenzó a moverse, de nuevo. Había desperdiciado la posibilidad de bajarme en esa parada.

La desaparición de Dull ya había sido denunciada en comisaría a los tres días de su muerte; aunque de que estaba muerto solo lo sabíamos nosotros. Incluido Jorge, al que se lo acabamos contando todo con pelos y señales. No nos quedó más remedio pues algún día se habría enterado. Había que tener en

cuenta que Jorge trabajaba con nosotros cuatro codo con codo, día tras día, y además desde la denuncia de la desaparición de Dull nuestro grupo había sido el encargado de investigar el paradero del gitano. Lo más inaudito; aunque yo lo vi previsible, de la denuncia, fue que quien la puso fue Olivia Santafé, la hija del joyero.

Una denuncia por desaparición de un adulto no lleva el mismo trámite que la de un menor. Pero al tratarse de un delincuente reincidente, y de interés policial, el grupo de judicial se esmera en seguir el rastro al sujeto en cuestión. Nuestro problema era que no sabíamos cómo actuar para que no se nos notara que estábamos implicados en su desaparición y muerte. Cualquier cosa que hiciésemos la podíamos considerar como una sobreactuación o como una dejadez, según el enfoque que quisiéramos darle.

—No lo sabe porque no lo han buscado lo suficiente —me dijo el gitano.

Yo lo observé buscando en sus ojos algún indicio que me dijera algo sobre las intenciones de ese hombre. Pero enseguida me di cuenta de que no lo podía amilanar con mi mirada hostigadora, aquel hombre no parecía que fuese fácil acobardarlo.

—¿Sabe usted dónde está? —pasé al ataque.

—Ramiro está muerto —murmuró entre dientes—. A Ramiro lo han *matao*.

Solo alguien muy cercano a Dull lo llamaría por su nombre. Ni siquiera su mujer le llamaba Ramiro. Me fijé bien en aquel hombre y entonces lo reconocí: era el padre de Dull.

—Disculpe —le dije—. No lo he reconocido. Lamento mucho lo de su hijo.

—Habla usted como si hubiera muerto —me dijo con voz grave.

Había de andar con tiento si no quería que ese hombre nos desenmascarara. Se puede engañar a una mujer, a un jefe, a un hijo, pero nunca a un padre, pensé para mis adentros. Lo que más me escamaba era que él parecía saberlo todo. O sencillamente me estaba poniendo a prueba y buscaba alguna flaqueza que le indicara que yo conocía el paradero de su hijo.

—Ramiro no ha sido el mejor de mis hijos, desde luego. ¿Ve usted esta mano? —me preguntó mostrándome su mano derecha que elevó a la altura de mis ojos—. A estos cinco dedos los quiero por igual, porque todos son míos. Pero cada uno es distinto en su forma. Ramiro es hijo mío y lo quiero y lo protejo como tal. Su mujer ya no lo quería, pero lo respetaba...

—Disculpe, señor —corté su palabrería—. He de bajarme aquí —indiqué

la parada del polígono.

Me aposté al lado de la puerta y le hice una señal al conductor, que me conocía, para que la abriera.

—Pero una mujer puede matar por muchas causas —dijo justo cuando yo había puesto un pie en tierra.

Entonces torcí el cuello y observé su mirada de cerca.

—¿Cree que a su hijo lo ha matado su mujer? —me atreví a preguntar.

Él sonrió mostrando varios huecos en su dentadura.

—Su mujer no, una de sus queridas —me dijo justo cuando ponía un pie en el suelo, bajándose del autobús.

Todos sabíamos que Dull era un donjuán y que tenía muchas amantes, tanto gitanas como payas, como decían ellos. El hecho de que su padre creyera que a su hijo lo había matado una amante, aportaba una visión romántica de su muerte. Ciertamente una mujer despechada podía ser tan o más peligrosa que un marido cornudo. Recordé que la mujer de Dull ni siquiera se había pasado por comisaría a denunciar la desaparición de su marido. Ella era de una familia de gitanos de Navarra. Gente de bien, trabajadores a los que no les faltaba el dinero. De hecho Dull robaba coches para divertirse, pero no por necesidad, ya que su mujer y sus hijos estaban bien atendidos con el dinero de la familia. Eso es lo que hacía que Dull fuese un delincuente peligroso, el que delinquiera por diversión y no por necesidad.

—Mire, señor Fajardo, le ruego que si sabe usted algo que pueda ser interesante para la investigación de la... desaparición o muerte de su hijo, nos lo haga saber.

Se puso el bastón debajo del sobaco y sacó un paquete de tabaco negro de su bolsillo, extendiendo el brazo para ofrecerme uno. Rechacé con un gesto de mi mano.

—Antes de desaparecer estuvo liado con una paya de Huesca. Una chica joven pero de familia rica —dijo—. A los payos ricos no les gusta que sus hijas follen con gitanos —clamó elevando la voz y sin importarle que nos escucharan unas señoras que esperaban el siguiente autobús.

La declaración del padre de Dull podía dar un vuelco a toda la investigación. Si la familia del gitano creía que la desaparición de Dull fue por un asunto de faldas, a nosotros nos sería mucho más sencillo resolver su desaparición. Ni siquiera era necesario hallar el cadáver. Solo teníamos que remitir al juez un atestado incluyendo la declaración de su padre y varios miembros más de la familia y dar el asunto por zanjado. Un gitano que huye

dispone de un sinfín de escondites donde ocultarse. Para la autoridad judicial Dull podía estar escondido en casa de otros gitanos en España o fuera de aquí. La comunidad gitana disponía de múltiples sedes donde ocultarse. Incluso podía estar en Francia, Rumanía o algún país de Sudamérica. No era necesario que en el informe policial determináramos que Dull había muerto. Pero retomando las palabras del padre de Dull me di cuenta de a qué se refería, sin lugar a duda, a la hija del joyero Santafé. Si lo que decía su padre era cierto, significaba que Antonio nos había mentado. Quizá con el asesinato de Dull lo que buscaba no era eliminar un problema que acuciaba a la hija del joyero, sino que lo que se estaba quitando de en medio era a un competidor.

El señor Fajardo caminaba a mi lado explicándome cómo era su hijo en vida y lo buen zagal que fue de pequeño, pero yo no prestaba atención a lo que me decía, me limitaba a asentir y cabecear distraídamente, sumergido en mis propios pensamientos. La nueva perspectiva aportaba un enfoque distinto a la muerte de Dull. Un triangulo amoroso entre Antonio, Olivia y el gitano. Lo de que Antonio perdía el culo por la hija del joyero era más que evidente. La última vez que los vi en el pasillo, de la primera planta de la comisaría, detecté un acercamiento sospechoso entre los dos. Es más que probable que Olivia sintiera atracción por Dull y que Antonio lo supiera. En este caso lo que hizo nuestro compañero es citarlo en su casa para tratar el tema. Algo así como si un marido cita al amante de su mujer para dejar las cosas claras. Dull no aceptaría renunciar a follarse ese culo blanco de la hija del joyero y Antonio terminó por asestarle tres disparos en un arrebato de celos. Según el código penal español, el arrebato, la obcecación u otro estado pasional de entidad semejante es atenuante del delito.

—¿Cree usted que el padre de esa chica pudo asesinar a su hijo?

El gitano se detuvo un instante para recuperar el resuello. Quizá yo estaba caminando demasiado deprisa para su edad.

—Él no, claro que no. Pero pudo contratar a alguien para que lo hiciera. Ustedes ya detuvieron a un marsellés que contrató una familia de Robres para cargárselo hace un tiempo —me recordó el asunto del marsellés—. ¿Por qué no ha podido el padre de esa chica contratar a un sicario para que matara a mi hijo?

Mi cabeza hilaba todos los datos acerca de la muerte de Dull con los detalles que había aportado Antonio. Lo que decía el padre del gitano podía cuadrar con cualquier diagrama que compusiera. Una certeza era que Antonio mató a Dull, pero una incertidumbre eran los motivos. ¿Y si fue el joyero el

que ideó la muerte de Dull y cuando se lo dijo a Antonio, fue el propio Antonio el que se ofreció a asesinarlo? Antonio dispone de los medios necesarios: arma, jardín privado en su casa, relación con el gitano para hacerle acudir a la trampa... Y además tiene unos compañeros tan incautos que han sido capaces de ayudarlo a deshacerse del cadáver. Si no hay muerto no hay crimen. Pero una cosa que me comenzó a preocupar era el hecho de que a Antonio no parecía inquietarle que nos vieran la noche del entierro patrullando la ciudad con el cadáver en el maletero del coche del gitano. Tuvimos que incluir en nuestro informe que antes de que Olivia denunciara la desaparición de Dull, nosotros lo estábamos investigando por la entrega de un alijo de cocaína en Huesca. Fue por ese motivo que recorrimos los puntos claves de la ciudad por donde sospechábamos que se iba a realizar la entrega, a bordo del coche de Dull, el cual tuvimos que decir que habíamos encontrado aparcado en una calle y con las llaves puestas. Afortunadamente la inspección de Policía Científica del Renault Safrane no arrojó ningún dato que relacionara el coche con la desaparición. Ni siquiera hallaron restos de sangre en el maletero. Hay que decir que todo fue gracias a que la inspección la hizo Juan Carlos. Y, evidentemente, Juan Carlos nunca hallaría nada relacionado con la muerte del gitano.

—¿Ha hablado usted de esto con alguien más? —le pregunté ante un renglón de humo que surgía de sus labios.

—¿Lo de la hija del joyero?

—Sí.

—No. Lo que le he contado es una pesadumbre que me ronda la cabeza desde que desapareció mi hijo.

—No diga nada a nadie —le recomendé—. Pero me acaba de aportar una idea que dará un giro distinto a la investigación.

—Seré una tumba —concluyó el padre de Dull con una expresión claramente atormentada.

## Capítulo 29

Antonio me invitó el último día de junio, para mi sorpresa, a cenar en su casa, en la que sería la primera vez que nos juntábamos desde la muerte de Dull y la última que los dos conversamos a solas. Quedamos por la mañana, en la comisaría, en la que me dijo un escueto:

—¿Te apetece cenar en mi casa?

Antonio se jactaba, no sin razón, de ser un cocinillas. Las veces que habíamos quedado todos a cenar, lo cierto era que nos había preparado unos succulentos platos de cocina aragonesa. Teniendo en cuenta que provenía de Cataluña, su quehacer en la cocina era doblemente valorado. No recuerdo el día, pero sí recuerdo que hacía mucho calor. Antonio preparó una mesa en el salón y puso en marcha el aire acondicionado. En ningún momento me ofreció salir al jardín, ni yo se lo pedí. No había que olvidar que hacía dos semanas allí fue donde disparó a Dull y quizá no estaba en su ánimo cenar en el mismo lugar donde se había cometido un crimen. Implícitamente hicimos un pacto de no agresión y ninguno de los dos mencionó la muerte del gitano. Por eso y porque desconocíamos si asuntos internos nos estaba vigilando.

Me recibió vistiendo de manera informal pero con los pies enfundados en unas pantuflas de lana de color marrón, que le conferían a Antonio un aspecto hogareño.

—¿Vino, cerveza o Coca-Cola? —me hizo una pregunta trampa.

Yo conocía a Antonio lo suficiente como para saber que si en una invitación a cenar o comer le solicitabas para acompañar, alguno de sus platos, cerveza o Coca-Cola, te podía escupir a la cara.

—Vino, por supuesto —respondí.

Él sonrió y sacó una botella de tinto del Somontano.

—¿Un Enate va bien?

—Perfecto.

—No me ayudes, por favor —indicó mientras daba continuos viajes a la cocina.

Sobre la mesa dejó varias bandejas conteniendo pequeñas raciones de cogollos con anchoas, migas con uva, espárragos blancos, jamón de Teruel, queso de Radiquero, cecina, setas con jamón y escalivada a la brasa.

—Mucha comida sacas —le dije.

—Pues aprieta el estómago que solo es el entrante.

No me consultó si de segundo quería carne o pescado, porque ya sabía que

lo que más me gustaba era el entrecot de buey, que fue el olor que provenía de la cocina. Mientras picábamos, nuestra carne se estaba guisando a fuego lento.

—Creo que aún no te he dado las gracias —dijo elevando la copa de vino para ofrecer un brindis.

—Ya me la has dado —le dije—. Los compañeros se dan las gracias cada día, en el trabajo, en la familia.

Él pareció agradecer mis palabras dejando que aflorara una pequeña lágrima en la comisura de su ojo.

—Los palos vienen justo cuando uno menos se lo espera —se sinceró conmigo—. Ahora que estaba pasando por una buena época, va y ocurre lo de Dull —dijo como si hubiera sido una muerte sobrevenida, ajena a su acción.

—Bueno. —Sonreí dando un pequeño sorbo a la copa de vino—. Las cosas no te van mal y ese problema ya se ha solucionado. Y solucionaremos cualquier otro problema que nos llegue. Quizá hablas así porque estás solo. —Él elevó los ojos por encima de una rebanada de pan con jamón que se estaba llevando a la boca—. Quiero decir sin mujer e hijos. Porque solo no estás, ya lo sabes —corregí mis palabras—. Estamos nosotros.

—No creo que una mujer pudiese aguantar mi mal genio —dijo compadeciéndose de sí mismo.

—Yo creo que los policías, como la guardia civil y los militares, viven mejor en familia. La familia tiene cosas buenas y malas, pero si lo pusiéramos todo en una balanza seguro que arrojaría más aspectos buenos que malos.

—En tu caso, y en el de otros —añadió—. Puedes tener una mujer y además una amante que complementa tu actividad sexual. —No me gustó su comentario, pero lo acepté. Después de todo no había dicho ninguna mentira—. Yo estuve con una chica mucho antes de entrar en la policía. Incluso nos fuimos a vivir juntos en la época que estaba mal visto que las parejas cohabitaran sin casarse. Fue en el año 1990 y no veas como se puso la familia cuando esa chica y yo nos trasladamos a un piso de alquiler en Badalona. Que por cierto, nos costó un montón encontrar uno, porque con las olimpiadas a la vuelta de la esquina, ya sabes, las del 92, no había viviendas libres ni en Barcelona, ni en Tarragona, ni en Lérida. Finalmente alquilamos un cuchitril y nos fuimos a vivir juntos durante un año, más o menos.

Antonio se había relajado con su confianza.

—¿No entrarías en la policía por ella? —le pregunté, calculando que poco

después, en el 1995, fue cuando entró en la policía nuestra promoción.

—No, que va. No y sí —rectificó—. Si Begoña —me dijo por primera vez el nombre de la chica—, y yo hubiésemos seguido juntos, seguramente yo no habría entrado en la policía. Y quizá mi vida sería completamente distinta a la de ahora. —Sentí como si estuviera a punto de echarse a llorar—. Pero uno ha de afrontar su destino y las cosas vienen como vienen y son como son.

Después de sus últimas palabras se hizo un largo y prolongado silencio. Yo me limité a dar pequeños sorbos al excelente vino y a picotear en las bandejas que había desparramado sobre la mesa. Él balanceaba la copa en la mano y arrugaba los labios como si fuese a decir algo, pero no decía nada. El olor a chamuscado de la cocina rompió el silencio.

—Mierda —gritó Antonio—. La carne se está quemando —dijo poniéndose en pie como impulsado con un resorte y regresando a la cocina de nuevo.

Mientras comíamos íbamos pausando frases cortas e insustanciales. Yo le dije que tenía pensado dejar a Isabel, mi amante de la policía local, y que ya había llegado la hora en que me centrara en mi auténtica familia: mi mujer y mi hijo. Él me dijo que solo esperaba a que pasara el tiempo necesario para que lo de Dull quedara sepultado para siempre y que nunca más volviera a tener un problema así.

Brindamos varias veces, hasta casi emborracharnos. Y Antonio remató la comida con un excelente cuenco de melocotón con vino, que puso el broche final a una excelente cena.

Me despidió en la puerta con una columna de humo de su cigarrillo interponiéndose entre nosotros. Anocheceía en Huesca y tuve la sensación de que Antonio me había invitado para contarme algo, pero finalmente no me lo contó.

Esa sensación me persiguió durante los meses siguientes.



## Capítulo 30

Para el mes de agosto, ya poca gente de la comisaría hablaba de la desaparición de Dull. Entonces todos estábamos más centrados en el periodo vacacional que en resolver investigaciones inconclusas e irresolubles. Un tercio de la plantilla se iba de vacaciones en julio, otro tercio en agosto y el resto en septiembre. Julio, agosto y septiembre eran los tres meses oficiales de vacaciones estivales. Nosotros no nos reunimos, en ningún caso, fuera del ámbito de la comisaría. Ni siquiera frecuentamos la casa de Antonio para cenar y beber como hacíamos antes de la muerte de Dull. Eso contravenía el principio de normalidad que habíamos pactado, pero no creímos que nadie de nuestro entorno reparara en ello. Juan Carlos seguía soltero, a pesar de que ya había cumplido los 42, como nosotros. Nos enteramos de que hacía viajes esporádicos a un puticlub de Zaragoza donde descargaba, como le gustaba decir a él, su pasión acumulada. El hecho de que un policía visitara de forma habitual una casa de putas no era motivo de extrañeza por parte de una sociedad que ha convivido con la prostitución desde siempre. No en vano lo denominan el oficio más antiguo del mundo. Por su parte Joaquín mantenía una modélica vida familiar con su esposa Beatriz y con su hija Alba, a la que vigilaban de cerca porque estaba entrando en la edad más peligrosa de una adolescente: los catorce años. Y Antonio seguía esgrimiendo su soltería. Toda nuestra vida, aparentemente, estaba revestida de una armoniosa y ejemplar naturalidad. El único que nos preocupaba era Jorge. Y nos preocupaba por dos cosas: una porque él se mantenía al margen y no tenía nada que ver ni con la muerte de Dull ni con el encubrimiento posterior que nos salpicó a los demás. La otra que ese mes de agosto, y aprovechando la primera quincena que se tomó de vacaciones, Jorge viajó hasta Girona a pasar unos días en la playa, según dejó dicho en la comisaría de Huesca.

Un amigo de Joaquín de la comisaría de Girona, lo llamó risueño para contarle el chascarrillo de que habían visto paseando por Girona a Jorge en compañía de Fernanda Pérez, la joven mexicana que trabajaba en la oficina del Banco Santander de la Rambla de la Llibertat. Joaquín se enfureció tanto que nos reunió a Antonio, Juan Carlos y a mí para contarnos lo que sabía.

—Me confirma un compañero de Girona —nos dijo—, que Jorge está saliendo con la pederza esa del banco Santander que me denunció.

Joaquín nos había reunido en el despacho del Sindicato de la tercera planta de la comisaría. Para el mes de agosto ya intuíamos que Asuntos Internos iba

detrás de nosotros y la habitación del sindicato era la más segura para hablar; nadie se atrevería a colocar micrófonos allí. No quería ni pensar qué pasaría si un sindicato se enterara de que lo estaban investigando.

—¿Estás seguro de eso? —consultó Antonio desde la ventana donde expulsaba el humo de un cigarrillo.

—Sí —confirmó mostrando su teléfono móvil donde se veía una fotografía bastante deficiente de Jorge paseando por una calle en compañía de esa chica.

Los tres nos arremolinamos alrededor de su teléfono para observar la fotografía con más detenimiento. Jorge y Fernanda, la cajera del banco Santander, caminaban cogidos de la mano en una actitud que no dejaba lugar a dudas sobre la relación que mantenían.

—¿Cuál es el problema? —consultó Juan Carlos, que parecía no comprender el alcance de la preocupación de Joaquín.

—El problema es que Jorge fue el que convenció a esa chica de que no me reconociera por el atraco al banco Santander de Girona. Al final ella se retiró de la acusación y yo salí absuelto —nos recordó—. Que ahora se paseen los dos cogidos de la mano indica que han iniciado una relación. ¡Una relación! —exclamó alarmado—. Eso implica que en algún momento dejarán de tener secretos entre los dos y que ella sabrá que yo estoy en Girona y que Jorge y yo somos compañeros y que atraqué ese banco.

En la sala del sindicato se hizo un silencio tan prolongado como incómodo. Por primera vez desde que acusaron a Joaquín del atraco de la oficina del Banco Santander de Girona en el año 2011 él había dicho «atraqué». No era una expresión pueril, no en boca de Joaquín. En cierta manera reconocía que había sido el autor del atraco, algo que nosotros nos esforzamos por negar. Pero en un ambiente donde Antonio también había sido reconocido por nosotros como el autor del asesinato de Dull y en que todos teníamos cosas que esconder, reconocer a Joaquín como el atracador de esa oficina ya no implicaba ningún sobresalto por nuestra parte.

—Es complicado —dije mientras meditaba una respuesta más apropiada—. No le puedes reprochar a Jorge que salga con esa chica, porque cualquier cosa que le dijeras iría en tu contra y haría que él se reafirmara más en su relación.

—¿Y qué propones? —me preguntó Joaquín arremetiendo contra mí.

—Nada —repliqué—. Y no quiero decir que no propongo nada, sino que lo que propongo es no hacer nada —dije despacio, deletreando.

—Lo mejor es dejar a Jorge de lado —intervino Antonio tirando el

cigarrillo por la ventana y cerrando a continuación para que el aire acondicionado refrescara la estancia—. No hay que decirle nada de lo que hagamos.

—Ya lo hemos dejado de lado —recordó Juan Carlos—. No estuvo con nosotros la noche de... Bueno, la noche esa —omitió hablar del entierro de Dull—. Por lo que él se mantiene totalmente al margen de nuestras actividades.

—Al margen no —cuestionó Antonio—. No se mantiene al margen porque sigue trabajando con nosotros en el esclarecimiento de la desaparición de Dull. Y sabe dónde está su cuerpo.

Los miré a los tres.

—Creo que estáis desbarrando con este asunto.

—¿Qué asunto? —me preguntó Joaquín.

—El de Jorge. No pasa nada porque el tío esté saliendo con esa chica. Jorge es nuestro amigo y el secreto de la muerte de Dull está a salvo con él. Puedo poner la mano en el fuego —afirmé levantando mi mano a la altura de mi hombro.

—Sí —subió el tono de voz Joaquín—. El secreto de Dull estará a salvo, pero a mí lo que me preocupa es otro secreto, el del atraco del banco Santander de Girona, que es el que me atañe. Una vez que existe un secreto todas las rendijas que quedan se pueden rellenar con sospechas. Y entre las parejas de enamorados no deben existir secretos, y por lo tanto tampoco sospechas.

Tanto Antonio, como Juan Carlos y yo, nos quedamos mirando la frente perlada de Joaquín, que en ese momento se acercó al termostato del acondicionador y lo bajó al menos cinco grados. Una cosa teníamos segura respecto a él: no ocultaba su verdadera personalidad. Su interés estribaba en que no lo acusaran del atraco del banco. Si esa chica, Fernanda Pérez, hablaba y decía que ahora podía reconocer la voz del atracador, Joaquín estaría en un serio problema. Incluso ella podía argumentar que en su momento no lo acusó por miedo. No había que olvidar que Joaquín era un policía nacional y un policía es un mal enemigo.

—Él no tiene nada que perder —esgrimió Joaquín con odio contenido hacia Jorge—. Tú —me dijo mirándome a mí—, estás de mierda hasta los tobillos por el montaje ese del atraco de Barcelona por el que te dieron la medalla roja. Y tú —recayó su mirada sobre Antonio—, te cubriste de gloria con el asesinato de Dull —miró a Juan Carlos, pero no supo qué decirle—.

Pero los cuatro —dibujó un círculo en el aire con la mano—, estamos empantanados con el encubrimiento de la muerte del gitano.

—¿Qué sugieres? —le dijo Antonio separándose de él y colocándose más cerca de Juan Carlos y de mí, que estábamos en la parte derecha de la habitación, mientras que Joaquín se había sentado en la primera mesa de la izquierda.

—Espero, por nuestro bien —observó Juan Carlos—, que aquí no haya micrófonos. Porque Joaquín nos está arrojando la mierda directamente sobre nuestras caras.

Era la primera vez que Juan Carlos se exaltaba de esa manera, y es que Joaquín había conseguido sacarnos de quicio.

—Que este círculo de culpables en que nos hemos convertido —habló Joaquín poniéndose en pie y sentándose en una de las mesas—, se sustenta en que todos tenemos algo que esconder. Todos excepto Jorge, que está libre de culpa. La culpa es un ligamen que nos amamanta y nos mantiene unidos. Sin ella nos resquebrajaremos como un jarrón golpeándose contra el suelo.

Las palabras de Joaquín fueron duras, pero no carentes de coherencia y razón. En esa especie de mafia policial que habíamos conformado entre los cinco, el hilo conductor entre todos estribaba en el reparto de culpas. Cada uno de nosotros confiábamos en el otro, porque sabíamos que en el caso de que uno hablara todos teníamos qué perder. Esa era la Ley del Silencio impuesta por nuestros actos. Mi reflexión me llevó a ampliar el círculo a otros estamentos. ¿Qué es lo peor que le puede pasar a un policía? Que te arrebaten el honor y la dignidad. En una palabra: la humillación. Y no solo a un policía, sino a cualquier profesión relacionada con el servicio a los demás. Políticos, empresarios, banqueros, actores... Todos estábamos inmersos en el temor al escarnio público, a ser degradados ante los demás. El silencio se apuntalaba por sí mismo cuando nadie estaba libre de culpa. Pero, como dijo Joaquín, el hecho de que en nuestro grupo hubiera un integrante, como era el caso de Jorge, que no tuviera nada que perder, significaba que era un peligro para los demás. Si Jorge le contaba a Fernanda Pérez que Joaquín atracó el banco de Girona, entonces ya nada podía detenerlo para hablar del montaje de mi medalla para venir a Huesca o de, lo que nos sepultaría para siempre, la muerte de Dull. He de confesar que aquella conversación en la sede del sindicato con mis compañeros me llenó el cuerpo de miedo.

## Capítulo 31

Lo de que Olivia fuese la que denunció la desaparición de Dull, en vez de su mujer o algún familiar directo como su padre o hermanos, fue un auténtico mazazo para Antonio. Y por extensión para todos nosotros. Nadie se esperaba que fuese la hija del joyero la que llegara a la comisaría a denunciar que hacía unos días que no sabía nada del gitano.

—¿Así que fuiste tú quién denunció la desaparición de Dull? —le pregunté cuando la citamos para que nos aportara más detalles.

Para entonces yo ya había mantenido una conversación en el autobús con el padre de Dull y mis sospechas recaían sobre Antonio, al que creía había contratado el joyero para quitarse al gitano de en medio. Reconocía que me encantaba ayudar a los demás. Y que ese afán de ayudar era más una necesidad que algo meditado. Pero no se puede ayudar a todo el mundo por igual. No podía prestarme a solventar la desaparición de Dull de cara a su padre, la muerte de Dull de cara a Antonio, y la denuncia de la desaparición de Dull de cara a la hija del joyero. Según con quién hablara, Dull podía estar en paradero desconocido o muerto.

—Sí —contestó, sin pensar demasiado, la hija del joyero.

Yo me entretuve en repasar con mis ojos cada una de las líneas de expresión de su semblante. La chica era realmente atractiva. Me atrevería a decir que era la mujer más guapa y seductora que había conocido jamás. No me extrañaba que Antonio se hubiera podido enamorar de ella. El conjunto físico, sensual, su voz, sus piernas, el culo que le sobresalía por debajo de esos diminutos pantalones cortos, la aureola de sensibilidad y vulnerabilidad que se entremezclaba con una fortaleza macarra, adornada con esos tatuajes que esgrimía con chabacanería en sus brazos blanquecinos, pero carentes de venas azules que mostraran fragilidad, todo ello la hacía una mujer deseable. Olivia aunaba en una sola persona un atractivo animal y frágil que haría enloquecer a hombres y mujeres por igual. Mientras ella hablaba, yo me la imaginé sobre una cama de colchas blancas retozando con otra mujer igual que ella. Las dos de pieles blanquecinas, con esos tatuajes tintados en negro que destacaban el contrapunto níveo de sus carnes musculosas. Ella escupía las palabras arrastrando las frases en largos y prolongados susurros ofreciendo una indefensión que no era tal.

—¿Qué relación tenías con Dull? —le pregunté.

En mi ordenador abrí una hoja del procesador de textos donde tenía

previsto transcribir la declaración de la hija del joyero. Era una investigación abierta y cualquier detalle podía ser importante. En nuestro grupo nos dedicamos a recabar pruebas y declaraciones que se adjuntarían a los informes de Policía Científica y que determinarían si la desaparición de Dull había de ser cerrada o continuaría abierta mientras que no apareciera su cuerpo.

—Follábamos de tanto en tanto —respondió a mi pregunta con una grosería que me confundió—. El tío estaba bueno y tenía un buen rabo —me dijo.

Si Olivia buscaba agobiarme, la verdad es que lo estaba consiguiendo. Sus respuestas me incomodaban hasta el punto de que comencé a balbucear mientras continuaba haciéndole preguntas. Los chicos me habían endosado la patata caliente de interrogar a la hija del joyero, ya que yo era el único capacitado para hacerlo. Antonio no podía ser, de ninguna de las maneras. Jorge andaba embobado con la cajera de Girona. Juan Carlos formaba parte del gabinete de Policía Científica y Joaquín era tan impulsivo e imprevisible, que en ningún caso podía ser el encargado de un interrogatorio de esta naturaleza. Y después de las primeras respuestas de Olivia, yo comencé a dudar de que estuviera capacitado para continuar.

—Entonces, ¿erais amantes?

La chica cabeceó sin sonreír en ningún momento. Sus respuestas eran coherentes y, me lo pareció en su momento, sinceras. Todo encajaba en mi organigrama cerebral de lo que pudo ocurrir esa tarde. Antonio citó a Dull en su casa para decirle, como mantuvo la noche que me lo contó, que dejara en paz a Olivia. Pero no fue una petición de la chica, sino que ella estaba a gusto con esa relación esporádica con el gitano. Lo que Antonio quería era quitarse de en medio a un competidor. Dull era un contrincante en la batalla por conquistar a la hija del joyero. Ella, pasados unos días, y viendo que Dull no daba señales de vida, se decidió a denunciar su desaparición. Podía haber denunciado la mujer del gitano, su padre, sus numerosos hermanos, los tíos de Robres o cualquier otra mujer con la que hubiese tenido un lío amoroso, pero la que tuvo que venir a denunciar fue ella, Olivia Santafé. Con su declaración buscaba comprender muchas cosas, de las que la mayoría no podían salir a la luz, jamás. Era una investigación doble encaminada a ofrecer una versión al juzgado y otra interna, para nosotros, que satisficiera algunas de las preguntas que aún quedaban pendientes de respuesta.

—Manteníamos una relación esporádica, pero nada serio. Ramiro y yo nos

conocíamos desde hacía tiempo y no era la persona tan malvada que todos quieren hacernos creer.

Olivia hablaba en pasado, como si Ramiro, como lo nombró, no fuese a aparecer nunca. Yo era consciente de que era una cuestión semántica, pero ciertamente daba la sensación de que ella sabía que él había muerto.

—¿Cuándo fue la última vez que os visteis?

La chica bajó ligeramente los ojos, como si meditara la mejor respuesta para darme. Yo me mantenía inmóvil delante de mi ordenador, sin escribir en ningún momento lo que ella me decía. Hasta entonces no me había dado ninguna respuesta que mereciese ser transcrita; aunque respondía a todas las cuestiones.

—Nos vimos la tarde del sábado 13 de junio.

—¿El sábado? ¿Estás segura?

—Sí. Segura. —El sábado 13 de junio fue la tarde que Antonio me dijo que había disparado contra Dull. Entonces Olivia se había visto con él instantes antes—. ¿A qué hora os visteis?

—A las tres de la tarde —respondió sin pensar.

—¿Segura?

—Segura —divagó un momento. Mi segunda pregunta la había hecho dudar.

—¿Dónde os encontrasteis?

—En una casa que tiene mi padre, y que utilizo a veces para quedar con otros chicos, y alguna chica —añadió.

Me excitó cuando dijo que quedaba con otras chicas, pero luego pensé que quizá se refería a que quedaba con amigas para divertirse.

—¿Dónde está esa casa?

Ella se silenció un instante. Parecía reticente a darme detalles de la propiedad de su padre. Era un tanto extraño que una chica tan desinhibida y desenvuelta para unas cosas, fuese pacata para otras. Pasados unos segundos, que se hicieron eternos, repetí la pregunta:

—¿Dónde está la casa que tiene tu padre?

Ella compuso una risa fría y ambarina que iluminó sus ojos. La percibí nerviosa.

—Está en la avenida Martínez de Velasco —soltó de repente, como si temiera que su respuesta fuese a desencadenar algún tipo de desastre inevitable.

La avenida Martínez de Velasco pasaba en uno de sus tramos por la parte

trasera de la calle donde vivía Antonio. Pero eso era demasiada casualidad. Opté por imaginar que el número donde estaba la casa del padre de Olivia estaría retirado de la casa de Antonio.

—¿En qué número?

—No sé el número —mintió claramente.

—¿Qué hay al lado de la casa? ¿Eso sí que lo sabrás?

Olivia había comenzado a incomodarse.

—Está detrás del antiguo edificio del banco de España —se sinceró finalmente.

La temperatura del despacho de judicial subió varios grados de golpe. Tanto que el climatizador no daba abasto. Fue la primera vez que percibí una aureola de fastidio en la hija del joyero. Aun así no perdió su arrebatadora sonrisa en ningún momento.

—Ya sabes que tengo que preguntarte qué hicisteis esa tarde —dije con cierto rubor.

Al terminar de formular la pregunta levanté los ojos por detrás de Olivia y me topé de bruces con la cara de Antonio, que nos observaba desde la puerta del pasillo. Lo conocía lo suficiente como para intuir que estaba enfadado, pero no furioso. Antonio es un hombre violento. Y hasta donde yo sabía las personas violentas no cambian jamás. La hija del joyero cerró los ojos.

—Estuvimos haciendo el amor —respondió a mi cuestión.

Cuando una chica como Olivia decía hacer el amor en vez de joder o follar, como la había escuchado anteriormente, indicaba que ocultaba algo. No sé por qué me dio por imaginarme a Dull desnudo, con las piernas zambas y con el badajo colgándole como si fuese una enorme campana de bronce, mientras ella se arrodillaba delante de él y lo apesaba con las dos manos mientras resbalaba sus labios carnosos de arriba abajo.

—¿Me vas a hacer más preguntas tontas o puedo irme a mi casa? —me abstraigo de mis libidinosos pensamientos.

Volví a mirar al pasillo y vi que Antonio se había marchado. Supuse que no le gustaría que hostigara tanto a su querida Olivia, pero ya la habíamos fastidiado lo suficiente como para dejar las cosas a medias. Por mi parte estaba a punto de zanjar el atestado sobre la desaparición de Dull, pero había que dar una respuesta a la única denunciante. Y el porqué ella se atrevió a poner en conocimiento de la policía que el gitano había desaparecido.

—No. Eso es todo —le dije con cierta antipatía.

Que Olivia hubiese denunciado, a nosotros, no nos vino mal. De hecho fue



una bendición. Si nadie hubiera dicho a la policía que Dull había desaparecido, todos habiéramos quedado como unos torpes e inútiles. Y en algún momento alguien, el padre, la madre, los hermanos, un amigo, un acreedor, una amante, se hubiera acercado a la comisaría a contar que hacía días que no veía a Dull. O que Dull les debía dinero o que Dull no había ido a ver a sus hijos o que Dull esto o lo otro. Así que Olivia consiguió que el caso se abriera antes y, por lo tanto, también se cerrara antes. En el mes de agosto Dull iba a ser un muerto, enterrado y desaparecido. Y nosotros esperábamos que nunca más oyéramos hablar de él. Pero la sangre de un policía corría por mis venas y no podía evitar atar los cabos lo suficientemente fuerte como para que nada se nos escapara. Y comencé a hacerme preguntas: si Olivia tenía un nido de amor cerca de la casa de Antonio, ¿cómo es que Antonio nunca nos lo dijo? Él tenía que saberlo, por fuerza, porque la relación que mantenía con la chica era muy estrecha. Antonio dijo que había disparado contra Dull en el jardín de su casa la tarde del sábado 13 de junio. A apenas unos metros de la casa de Olivia. Si Olivia no mentía, y estoy seguro de que no lo hacía, Dull estuvo esa tarde follando con ella en su casa. Después se fue a casa de Antonio donde discutieron y acabó como acabó. Esa idea reforzaba mi percepción inicial de que Antonio ajustició a Dull por celos. Y además encajaban ambas versiones de los hechos. Salvo una cosa...

## Capítulo 32

Para mediados de agosto el único del grupo de la policía que aún tenía pendiente de coger sus vacaciones era yo. Los demás las habían ido cogiendo por quincenas desde principios de julio. En ese periodo me encargué de poner al día las carpetas de judicial, los reclamados, los numerosos Oficios que había que responder al juzgado y las declaraciones relacionadas con juicios rápidos que nos traspasaba la oficina de denuncias. En el aspecto personal todas nuestras vidas habían vuelto a una inquietante calma. Nadie preguntaba por la desaparición de Dull y nosotros tampoco comentábamos nada al respecto. Jorge seguía visitando a la cajera de Girona, pero creímos que los dos mantenían una sana y afectiva relación amorosa. Y Juan Carlos y Antonio estaban de vacaciones, pero sin destino, como nos gustaba decir. Es decir: seguían por Huesca. Supuse que la preocupación por lo ocurrido en el mes de junio pesaba lo suficiente como para que no quisieran alejarse demasiado de la comisaría.

Las cosas en mi casa iban más que bien. Había iniciado un tímido diálogo con Carmen y mi hijo parecía que me escuchaba más que antes cuando yo le decía alguna cosa, fuese lo que fuese. Carmen me preguntó un par de veces si ese verano iríamos a la playa, como solíamos hacer por esas fechas. Pero le dije que estaba de trabajo hasta arriba y que ya cogeríamos las vacaciones en septiembre, como al final hicimos. Lo cierto es que alguno de nosotros siempre tenía que estar de guardia por si saltaba alguna noticia acerca de la desaparición de Dull. Y ya no cuento con que apareciera el cadáver. Aunque en ese sentido, Antonio, se había jugado el importe de su casa con que nunca aparecería.

Una mañana de la tercera semana de agosto, en la que estaba en el grupo de judicial terminando un atestado de robo con fuerza en una gasolinera, vino Isabel a comisaría a tramitar con el Servicio de Atención de la Mujer un asunto relacionado con su competencia. El despacho del SAM estaba puerta con puerta con el de judicial, no obstante ese grupo y el nuestro dependían del mismo jefe. Isabel estuvo hablando con la compañera del SAM y a través del fino tabique pude escuchar su melosa voz, casi infantil. Cuando acabó con lo que estaba haciendo, salió al pasillo y asomó su cabeza por la puerta.

—Buenos días —saludó sonriendo mientras que su larga coleta se golpeó contra el marco.

—Buenos días, guapa —respondí a su jovial saludo.

—¿Mucho trabajo?

—No, para qué te voy a engañar. Pero somos menos en el grupo y entonces toca a más trabajo por cabeza.

—Pues estáis igual que nosotros. Durante el mes de agosto me he quedado sola y hay el mismo o más trabajo que en invierno. ¿Qué tal las cosas por tu casa? —me preguntó.

Isabel siempre incluía en nuestras conversaciones alguna cuestión relacionada con mi familia. Al principio de nuestra relación sospeché que era un ejercicio de entrometimiento por su parte. Luego, cuando la conocí más, supe que lo que ocurría es que Isabel era una mujer afable y cordial y le gustaba preocuparse por los demás. No obstante estaba en el servicio de atención a la familia de la policía local.

—Bien. Bien con mi mujer y bien con mi hijo —respondí sin ahondar en explicaciones superfluas.

—Te noto distante.

—Es posible —dije con desdén—. Últimamente hemos estado con mucho trabajo en el grupo. Ya sabes, juicios rápidos, atestados, declaraciones...

—Uf —resopló entrando en el despacho y acercándose a la silla que había delante de mi mesa, como si esperase a que yo le hiciese una señal para que se sentara—. No me hables. Nosotras también hemos tenido bastante lío con los conflictos familiares, en especial las denuncias de maltrato. Sinceramente creo que las parejas ya no tienen la paciencia de antes para soportar ciertas cosas de las que nuestros padres no daban ninguna importancia —dijo nostálgica.

—La gente ya no tiene paciencia para nada —corroboré sus palabras—. Y a la más mínima se denuncian.

—Sí, además no existe el mismo rasero para unas cosas que para otras. Ya sabes a lo que me refiero.

Yo no tenía ganas de hablar, pero tampoco quería evitar la conversación con Isabel. Después de todo, habíamos sido amantes durante el suficiente tiempo como para sentir una vigorosa amistad entre los dos.

—Supongo que te refieres a que hay personas que denuncian por nada, mientras que hay otras que no denuncian por cosas mucho más graves.

—A eso mismo me refiero —afirmó—. Hemos tramitado denuncias de mujeres hacia sus maridos por el hecho de reírse de ellas por tener los pechos pequeños o porque el marido adoptó una actitud machista cuando le dijo que debía recoger la mesa o lavar los platos. Y en el otro lado de la moneda nos

hemos encontrado con mujeres cuyos maridos las abofeteaban delante de sus hijos y que se han negado a denunciarlo porque insistían que en el fondo era buena persona.

Le hice un gesto con la mano para que se sentara. No quería que Isabel siguiera hablando allí, de pie, como si fuese una desconocida que había venido al grupo a contarme sus penas.

—¿Tienes tiempo para un café? —me preguntó.

—Lo cierto es que ando con mucho...

—Lío. Ya. Ves como estoy en lo cierto cuando digo que estás distante —miró hacia atrás para cerciorarse que no había nadie más en el despacho—. ¿Estás con otra mujer?

—No. No, Isabel. No estoy con nadie. Estoy con mi familia, que es con quien debo estar.

Ella me conocía lo suficiente como para intuir que algo me pasaba. Y su tesón consistía en arrancarme las palabras para que se lo dijera. Estaba seguro de que si seguía hablando con ella tarde o temprano le contaría lo de Dull. Pero eso no se lo podía contar a nadie. Quizá había pasado el tiempo suficiente como para que dentro de mí pensara que había sido un suceso sin importancia. Pero nunca debía olvidar que lo de Dull no fue algo baladí e insignificante. Por cosas como las de Dull la gente iba a prisión más de treinta años.

—¿Conoces a Olivia Santafé? —me preguntó pillándome desprevenido.

—¿Olivia? ¿La hija del joyero? Claro. Sí. ¿Por qué?

—¿Te has ruborizado? —me señaló la cara con la mano.

—Qué tontería dices, ¿por qué me iba a ruborizar?

—Y ahora estás a la defensiva —dijo con semblante serio.

—No sé, ¿por qué me preguntas por Olivia? ¿Ha ocurrido algo con ella?

—Sí y no —sonrió—. No sé si la conoces bien.

—Bueno, la conozco a través de su padre, el joyero. Santafé viene al menos una vez a la semana a la comisaría a traernos el listado de los que compran y venden oro. Ya sabes, la policía nacional lleva el control de ese tipo de comercio. El joyero comenzó a venir con su hija cuando apenas levantaba un palmo del suelo. Todavía la recuerdo correteando por ese pasillo —señalé con la barbilla detrás de Isabel—, mientras que Santafé esperaba a que fotocopiáramos las hojas. Ahora toda esa información nos la trae en un memoria USB y la volcamos directamente a nuestros ordenadores.

Justo terminé de contarle eso a Isabel y recordé una de las últimas veces

que vi a Olivia en ese mismo pasillo, hablando con Antonio, y con un aspecto muy cambiado al que tenía cuando era una niña. Parecía imposible que aquella chiquilla que corría por el pasillo y la mujer en la que se había convertido años más tarde fuesen la misma persona.

—Tenemos buena relación con el personal del hospital San Jorge —siguió explicando Isabel—. Por razón de nuestra labor estamos en comunicación directa tanto con los hospitales, centros de salud, comandancia de la Guardia Civil, con vosotros, por supuesto, y con el refugio nocturno de transeúntes. Como sabrás cuando un médico detecta algún tipo de maltrato a una mujer o, incluso, unas lesiones a un menor, inmediatamente lo pone en conocimiento de la policía para dirimir que no estemos ante un caso de violencia doméstica. Gracias a ellos hemos tenido conocimiento de maltratos que la víctima nunca se atrevió a denunciar, y hemos actuado en consecuencia —yo asentí cabeceando levemente. Lo que me estaba contando Isabel ya lo sabía—. Una de las enfermeras del hospital me contó el otro día que esa chica, Olivia, había estado para curarse unas lesiones, que en principio no revestían mayor importancia. —Las últimas palabras de Isabel captaron completamente mi atención—. La chica se acercó hasta el hospital por la noche y pidió ser atendida por una mujer. Da la casualidad de que esta amiga mía de la que te hablo estaba ese día de guardia. Olivia... —Isabel volvió a mirar hacia atrás para asegurarse que no había entrado nadie en el despacho—, presentaba unas magulladuras en ambos brazos, cerca de los hombros, según dijo tras un forcejeo con alguien. Mi amiga me ha dicho que de escasa importancia, que incluso se las podía haber hecho entrenando en el gimnasio. Pero lo preocupante, y por eso quiso hablar conmigo, fue que Olivia tenía una pequeña fisura anal en la entrada del recto. —Me incliné sobre mi silla para prestar más atención a lo que Isabel me estaba contando—. La enfermera le preguntó cómo se la había hecho. A lo que la chica dijo que jugando con su pareja. Le curó la pequeña laceración y le recomendó que durante unos días utilizara una pomada hasta que la herida estuviera completamente cerrada.

—¿Y lo de los brazos? —me interesé.

—Claro, la enfermera relacionó ambas lesiones con el pretendido juego sexual en el que había participado Olivia. La chica, muy desenvuelta para lo joven que es, le dijo que su amante la había penetrado con fuerza por el ano mientras le sujetaba los hombros desde atrás. Pero aseguró, ante la insistencia de la enfermera, que todo formaba parte de un juego y que sencillamente a su amante, como ella lo calificó, se le fue la mano a causa de la pasión

desmedida. Le dijo que lo habían hecho muchas veces, pero que esa tarde, con el calentón, él no recordó ponerse lubricante y por eso la lastimó.

—¿Le preguntó quién era?

Isabel se había acomodado en la silla del despacho y comenzó a jugar con un clic perdido que había sobre la mesa.

—No. O no me lo ha dicho. Pero en cualquier caso no creo que sea importante ese dato —rechazó responder a mi pregunta.

—Pues depende del nombre de ese amante el dato será o no será importante —dije con retintín.

Isabel se mordió el labio inferior. La conocía lo suficiente como para saber que estaba nerviosa, lo que me indicaba que sabía el nombre del amante, pero por alguna extraña razón no me lo quería decir.

—Entonces —cambió de tema—. ¿Me invitas a un café?

—¿Sabes quién fue ese hombre?

—No te lo puedo decir. —Arrugó los labios en una mueca forzada—. No te lo puedo decir porque no es importante y porque desvelaría el secreto de confesión —entonces sonrió—. El personal del servicio de atención a la familia en cierta manera somos como confesores de una iglesia. Todo lo que nos digan ha de quedar a buen recaudo. ¿Qué pasaría si cada vez que nos enteráramos de algo lo fuésemos pregonando? Tenemos un código ético inquebrantable que no debemos romper bajo ninguna causa. Piensa que por nuestra oficina pasan mujeres de Huesca a las que debemos escuchar cuando nos cuentan sus problemas familiares. ¿Qué confianza ofreceríamos si fuésemos por ahí aireando sus trapos sucios? No, Lorenzo, hazme caso, el nombre de ese chico no es importante.

—Y si no lo es por qué me lo has contado —solté de repente.

Mis últimas palabras debieron causar algún tipo de efecto moralizador en Isabel. Por su expresión comprendí que había dado en el clavo.

—Está bien —acató—. Pero debes prometerme por la amistad que tenemos que no le dirás a nadie que yo te lo he contado. La chica se lo dijo de forma confidencial a la enfermera y ella me lo contó a mí. Pero rechazó denunciar y aseguró que las lesiones fueron fruto de un juego amoroso, que ya habían mantenido en otras ocasiones. Si se supiera y Olivia lo denunciara, entonces se le caería el pelo a la enfermera y a mí me podían juzgar por falta de ética profesional y por descubrimiento y revelación de secretos, un delito muy grave.

—No sé si te has dado cuenta de que estás hablando con un policía de

judicial —recordé a Isabel—. Me hablas como si yo fuese un extraño con el que te hubieras cruzado en una cafetería. Soy policía y por lo tanto, si lo creo conveniente, puedo actuar de oficio. Quizá esas lesiones se deban investigar porque Olivia esté protegiendo a alguien.

Isabel no me comprendió.

—¿Proteger? No sé de qué me hablas. ¿No me has dicho que apenas conoces a esa chica?

—Ahora eres tú la que me debes guardar el secreto de lo que hablemos aquí. —Me puse en pie y entorné la puerta para que nadie que pasara por el pasillo pudiera vernos.

—Me estás amedrentando para que te diga ese nombre —sonrió con ironía—. ¿Verdad?

—En judicial tenemos muchos casos abiertos. Algunos están en manos del juzgado, pero otros los tenemos latentes hasta que no tengamos más datos para seguir avanzando —le dije—. Hay un caso que... —No podía hablarle de la muerte de Dull, evidentemente, pero sí de su desaparición: eso era algo que todo el mundo sabía—. Bueno, que igual esa chica está implicada —volví a sentarme.

—Está bien. —Se derrotó finalmente—. Te digo el nombre pero ya te digo que Olivia fue sincera y que no tiene nada que ver con lo que ocurrió después.

—¿Ocurrió después?

—Sí, la desaparición de Dull.

—¿Está relacionado el nombre de su amante con la desaparición del gitano?

—Está relacionado, y mucho —añadió—. El amante que le hizo las lesiones, fue Ramiro Fajardo, alias Dull.

Me incliné hacia atrás en mi asiento, tratando de aparentar que la afirmación de Isabel no me había afectado; aunque lo hizo.

—¿Recuerdas el día que ocurrió eso?

—Sí, claro. Fue la tarde del sábado 13 de junio. Hace ya un par de meses. Creo que unos días después fue cuando desapareció el tío.

—Desapareció —murmuré despacio.

—Eso es —recordó Isabel—. Cuando me enteré de que Dull había desaparecido, recordé lo que me dijo la enfermera del hospital San Jorge y entonces relacioné los dos hechos. Quizá la pareja discutió y el gitano se vio obligado a huir. Hemos de tener en cuenta que él estaba casado y si la familia

de su mujer se enterase de que le ponía los cuernos igual lo capaban.

—Yo creo que ellos ya saben que Dull tenía varias amantes —afirmé.

—Eso es una cosa, que lo sepan. Otra bien distinta es que una de esas amantes lo denuncie por maltrato.

—¿Por qué me has dicho que relacionaste los dos hechos?

—Bueno, supongo que la coincidencia en el tiempo de una cosa y otra. Además me han dicho que Olivia fue la que denunció la desaparición de Dull.

—Así es. Fue ella la primera que nos dijo que había desaparecido.

—A saber por dónde andará ese —dijo con desprecio.

—Eso, a saber —asentí.



## Capítulo 33

Desde la casa del padre de Olivia hasta la casa de Antonio, en el Grupo Villa Isabel, apenas mediaban veinte metros. Se podía decir que las dos casas eran bastante parecidas. Ambas tenían dos plantas de altura y un jardín que daba a la parte trasera. En el caso de la casa de Olivia a la avenida Martínez de Velasco. Y en el caso de la de Antonio a la calle Vicente Campo. Cuando terminé el primer interrogatorio que le hice a Olivia, hubo una cuestión que me quedó en el tintero, y que sería determinante para esclarecer un caso que nunca debía esclarecerse, por el bien de todos. La pregunta era: si Olivia tuvo una relación de sexo con Dull y este salió de su casa la tarde del sábado para dirigirse a la casa de Antonio, es de suponer que Olivia sabía que después de marcharse de su casa se fue a la casa de Antonio, con el que también tenía una muy buena relación. Entonces... ¿por qué no me dijo que la última vez que vio a Dull fue yendo a casa de Antonio? Parecía como si en la propia denuncia, comunicando su desaparición, hubiera querido exculpar a Antonio de cualquier vestigio de culpabilidad.

La tarde que hablé con mi amiga de la policía local, Isabel Picazo, me dediqué a romperme la cabeza hilando todos los detalles de la desaparición y muerte de Dull y en las circunstancias que se había producido todo. Muy a mi pesar me había convertido en un sabueso que iba tras una pista que no terminaba de ver, aún. Ahora sabía que Olivia y Dull estuvieron en casa de ella haciendo el amor. Y también sabía que él la penetró con fuerza y le produjo unas lesiones de las que tuvo que curarse en el hospital San Jorge, pero que garantizó que habían sido involuntarias. Todas las versiones tanto de Olivia, como de Antonio, coincidían con los datos externos que me iban llegando. En apariencia todo encajaba como un rompecabezas al que solo le faltan unas pocas piezas para completarse. Pero tenía la impresión de que había alguna pieza que no encajaría nunca, por lo que jamás podía completar el puzle.

La historia era tan sencilla que casi podía resumirse en unas pocas líneas. Dull es uno de los amantes de Olivia, a los que ella se lleva de forma regular a la casa que tiene su padre, el joyero, en la avenida Martínez de Velasco, cerca del grupo Villa Isabel, donde reside Antonio, mi compañero. La tarde del sábado 13 de junio quedan los dos en su casa para follar. Los dos tienen una apasionante tarde de sexo, tanto que Dull se sobrepasa con la chica y le produce unas lesiones de las que ha de curarse. Hasta ahí todo encaja tanto en

un sentido como en otro. Cuando terminan ella se va al hospital a curarse y Dull se va a casa de Antonio, para lo que solo tiene que cruzar la calle. Ahí es donde viene la parte que Olivia no conoce. Dull y Antonio discuten y Antonio acaba con su vida de tres disparos en el jardín de su casa. En esta segunda parte mi compañero no ha sido del todo sincero. Porque era cierto que debió citar a Dull para que fuese a su casa, pero no creo que la discusión se centrara en que dejara a Olivia o que no la molestara; está comprobado que Olivia toleraba esa relación pasional con el gitano. Lo que no me encajaba en la versión aportada por Antonio es la del sentimiento de ayuda hacia la chica. Ahí lo que pasó era que a Antonio le comían los celos y sabedor de que ella estuvo retozando con el gitano por la tarde, lo citó en su casa para quitárselo de en medio, como un molesto competidor al que hay que eliminar. El resto era lo que ya sabíamos tanto Antonio, como Jorge, Juan Carlos, Joaquín y, por supuesto, yo.

Me molestaba que Antonio no hubiese sido franco con nosotros. Tampoco pasaba nada porque nos hubiera dicho la verdad. Lo grave del asunto era el asesinato de Dull, al que colaboramos con su encubrimiento creyendo que había sido lo más parecido a un acto de defensa propia cuando el gitano lo atosigó. Pero cada vez veía más claro que lo que hizo fue tenderle una trampa en el jardín de su casa donde lo ejecutó. Hasta me dio por pensar que lo estaba esperando y que era posible que ni siquiera hubieran hablado antes. Simplemente le abrió la puerta de su casa, le dijo que pasara al jardín donde tenían que hablar y allí le disparó. Olivia, viendo que pasaban los días y no tenía noticias de Dull, se decidió a ir a la comisaría a denunciar. Fin de la historia.

A finales de agosto, cuando casi toda la comisaría estaba terminando las vacaciones de verano, Antonio y yo nos reencontramos una tarde en el Coso de Huesca donde yo había salido de tiendas con Carmen. Antonio se cruzó con nosotros, nos saludó y le propinó dos besos a mi mujer. El encuentro fue tan frío que hasta Carmen pensó que había ocurrido algo entre nosotros.

—¿Qué tal, pareja? —nos preguntó.

—Hemos aprovechado que abren las tiendas después de San Lorenzo para comprar ropa de invierno —dije, por decir algo.

—¿No coges vacaciones? —me preguntó Antonio.

—Seguramente cogeré unos días en septiembre —respondí sin dar más detalles.

—Me alegro de veros. —Se despidió y le dio dos besos de nuevo a Carmen.

Nosotros seguimos caminando por el Coso y nos metimos en un par de tiendas: una de ropa de hombre y otra de mujer, donde hicimos acopio de prendas de entretiempos. Pronto llegaría el frío y había que estar preparados, ya que en Huesca el frío llega de un día para otro. Y justo cuando cruzábamos el paso cebrá para llegar a nuestro piso, mi móvil vibró por la llegada de un WhatsApp. Era Antonio y me escribió un escueto: si te apetece, pasa esta noche por mi casa y echamos unas cervezas. Parecía que Antonio quería volver a retomar las viejas costumbres, y yo me alegraba de ello. Dejé las bolsas de la compra en casa y le dije a Carmen que me iba a casa de Antonio un rato.

—¿A casa de Antonio? ¿A qué? —me preguntó.

Ella sabía que hacía un momento nos habíamos cruzado en el Coso, pero no hablamos nada. Como siempre, Carmen, comenzó a desconfiar de que tuviésemos algún secreto. Ella no comprendía cómo es que nos habíamos visto hacía bien poco y que ahora quisiéramos hablar. Le expliqué, como había hecho en otras ocasiones, que era por un asunto del trabajo. Creo que me creyó cuando le dije que era para poner al día a Antonio de todo lo que habíamos hecho en agosto, teniendo en cuenta que él había estado de vacaciones.

—¿Te espero a cenar? —me preguntó mientras limpiaba sus gafas de leer con un pañuelo de papel.

No le respondí.

A las nueve de la noche aún era de día cuando me aposté frente a la puerta de la casa de Antonio y pulsé el timbre dos veces. La calle estaba en una inquietante calma, salvo por un señor mayor que paseaba un juguetón perro que saltaba entre los setos de una de las casas. Antonio abrió la puerta al instante. Me saludó con una afable sonrisa y me hizo un gesto con la mano para que entrara. En esta ocasión había cambiado las pantuflas de lana marrón por unos relucientes zapatos de color negro. Antes de cerrar la puerta asomó la cabeza para observar la calle, como si quisiera comprobar que ningún vecino había presenciado mi visita.

## Capítulo 34

La casa era como la recordaba, ya que Antonio nunca se dejó llevar por las modas de la decoración. Un pequeño recibidor con un espejo, las escaleras que llegaban a la planta de arriba donde había tres habitaciones y un baño. La entrada al salón comedor con la salida al jardín. Una cocina quizá demasiado pequeña para el tamaño de la casa y un aseo diminuto. Las casas del Grupo Villa Isabel se construyeron con la apariencia de mansiones, cuando en realidad lo que hacían era rentabilizar unos bien distribuidos escasos metros.

—Si te apetece cenar algo encargo unas pizzas —me dijo mientras nos adentrábamos en el jardín.

—Sí, claro —acepté.

Comprendí que no estaba de ánimo como para preparar una succulenta cena.

El jardín estaba húmedo, lo que indicaba que hacía poco lo había regado. Reconfortaba el frescor que producían las pocas plantas que siempre tenía Antonio. Había un cenicero en una de las esquinas de la mesa alargada de madera que estaba casi lleno de colillas. En el centro una botella de whisky de malta y un vaso de vidrio. Las tres sillas de plástico estaban inclinadas con los respaldos apoyados sobre la mesa, para evitar que se acumulara el polvo en sus asientos.

—¿Cómo la quieres? —me preguntó Antonio—. En su mano sostenía su teléfono móvil y hablaba con la chica de la pizzería.

—Me es igual —le dije—. Una margarita estará bien.

Antonio terminó de hacer el pedido y me indicó para que me sentara en la mesa del jardín. Aún había claridad, pero encendió una lámpara del techo que había en el soportal. Encima disponía de una pequeña terraza que utilizaba de tendedero. Me senté y aparté el cenicero con la mano, el olor a colillas no era agradable. Desde mi posición podía ver la puerta del garaje, la entrada de la casa, la mitad del jardín y una ventana de la parte de arriba de la casa. En ese momento se escuchaban voces que provenían de la calle Vicente Campo, en la parte trasera, que por la cercanía parecía como si estuvieran conversando en la puerta del garaje.

—¿Mucho trabajo estos días? —me preguntó Antonio mientras se sentaba delante de mí y encendía un cigarrillo. Soltó una columna de humo que se estrelló contra la viga de madera del techo.

—Lo normal en agosto —respondí—. Ya sabes: juicios rápidos y hurtos.

Hurtos y juicios rápidos —dije al revés—. Siempre es lo mismo.

—¿Alguna noticia más sobre Dull? —pasó al ataque.

La pregunta sobre Dull era obligada. No obstante no habíamos hablado de él desde la noche del 14 de junio. A mí no me apetecía remover ese asunto, y menos con Antonio, pero ese momento era determinante para acabar de encontrar esas piezas del puzle que me faltaban. El lugar y el momento no podía ser más idóneo: estábamos sentados donde Dull había muerto.

—Ese asunto está olvidado —le dije para tranquilizarlo—. Ya nadie en comisaría habla de Dull. Nadie pregunta, ni su familia, ni los jefes y, ni siquiera, Olivia.

Cuando nombré a Olivia hurgué en los ojos de Antonio a ver si detectaba alguna reacción. Pero Antonio seguía tan impassible como siempre, saboreando su cigarrillo.

—Creo que no os he agradecido lo suficiente vuestra ayuda —dijo nostálgico—. Si no hubiera sido por vosotros no habría sido capaz de deshacerme de... Bueno, que os estoy muy agradecido.

—No pasa nada, amigo —dije con sinceridad—. Los amigos y compañeros estamos para eso.

—Esa noche no sabía a quién llamar y pensé en ti porque tú siempre has sido muy resolutivo con todos —me enjabonó—. Solo alguien con tu claridad de pensamiento y tu proyección de movimientos podía reaccionar de forma positiva ante una situación adversa como aquella.

Yo me limité a negar con la cabeza. Cogí un vaso de vidrio que había puesto Antonio ante mí y volqué un dedo de whisky. Comprendí que después de lo ocurrido Antonio necesitaba agradecernos nuestra colaboración. Pero mi objetivo era que pasara el tiempo necesario para que lo de Dull fuese un mal recuerdo.

—Menuda faena tuviste —le dije—. Parte del trabajo duro fue para ti — Antonio apagó el cigarrillo y cogió otro del paquete que había dejado sobre la mesa. Lo percibí algo más nervioso que cuando llegué a su casa—. Borrar cualquier vestigio de lo que pasó aquí —planeé la mano a la altura de mi hombro—, y conseguir que no quedara ningún rastro, no ha tenido que ser sencillo.

Yo recordaba las someras explicaciones que me dio Antonio la noche que me citó en el aparcamiento del centro comercial. Podía ubicar de memoria el lugar exacto donde disparó a Dull e, incluso, podía rememorar cada uno de los momentos en que lo subió al maletero de su coche y salió a la calle

dirección a nuestra cita. Miré detrás de donde estaba sentado Antonio y busqué en el suelo del terrazo algún resto de la sangre de su cuerpo. Seguramente Policía Científica podía hallar vestigios de que allí se cometió un crimen. Por mucho empeño que Antonio hubiera puesto en eliminar cualquier rastro, científica lo hallaría. Pero nada, absolutamente nada, hacía presagiar que allí, dónde estábamos saboreando un whisky de malta, hacía unos meses había muerto alguien de tres balazos. Las voces de la calle se seguían escuchando con la claridad suficiente como para distinguir lo que decían. Era un grupo de al menos tres chicos y una chica. Ella bromeaba sobre la última noche en que uno de los chicos se emborrachó y no paró de decir tonterías. Los demás reían soltando sonoras carcajadas. Uno de ellos se encendió un cigarrillo y pude distinguir perfectamente el sonido del Zippo cuando lo abrió y cuando lo cerró. Me parecía imposible que allí, donde estábamos nosotros, dos meses antes se hubieran producido tres disparos y que nadie los hubiera escuchado. Toda la manzana, incluidos los bloques de enfrente, la gente de la calle, y las casas colindantes tuvieron que escuchar el distinguible sonido de la HK de Antonio descerrajando tres disparos sobre el cuerpo de Dull. Tres certeros disparos que impactaron contra el muslo, el abdomen y la cabeza del gitano. El de la cabeza tuvo que producir que de su cráneo saliera disparada masa encefálica que se esparciera por el suelo y por la pared del soportal del jardín. Antes de acudir al centro comercial para solicitar la ayuda de Joaquín y mía, Antonio tuvo que recoger el suelo y limpiar las paredes. Borrar rastros de sangre, eliminar manchas y restos de vísceras del estómago de Dull. Solo en una película de Tarantino se podía haber limpiado aquello de manera tan eficiente para que no quedara ningún rastro. Pero aquello no era una película de Tarantino, aquello era la casa de Antonio Padilla, y allí no había nada que hiciera pensar que un par de meses antes ajusticiaron a un delincuente de tres disparos.

—Tardé varios días en dejarlo como una patena —comenzó a explicar Antonio—. La noche que disparé a Dull lo recogí deprisa, eliminando lo más evidente. Durante las siguientes semanas he ido dedicando tiempo a restregar el suelo, he pintado las paredes, he limpiado las vigas —señaló el techo—. Creo que si hoy viniera un pelotón de científica no hallarían ni la más mínima prueba de que aquí murió alguien —dijo con suficiencia.

Aquella noche me sentí muy condicionado. Había infinidad de cuestiones que quería plantear a Antonio, pero medía mis palabras de tal forma que cualquier cosa que pensara pasaba un filtro previo y acababa por no decir

nada. Pensé en preguntarle por qué no me dijo que Olivia tenía un picadero muy cerca de su casa, casi enfrente de donde vivía él. Quise decirle que ella había ido al hospital a curarse un desgarro anal que le produjo Dull; aunque dadas las circunstancias comencé a pensar que todo eso ya lo sabía Antonio y que incluso fue el motivo por el que asesinó a Dull. Pero a todo ese cúmulo de desconfianza que me iba surgiendo conforme más hilaba los datos de que disponía, se sumó uno nuevo que me reportaba más escepticismo: Dull no murió allí, en el jardín de Antonio.

El timbre de la puerta sonó y Antonio salió a recoger las pizzas que había encargado. Escuché como pagaba al repartidor y como entraba de nuevo en el jardín. Abrió la caja y extrajo dos pizzas margarita, que ya venían cortadas en triángulos.

—¿Cerveza o Coca-Cola?

—Cerveza estará bien —le dije.

Todo había cambiado desde la última vez que estuve en casa de Antonio, incluso la cena. Incluso él. Yo seguía manteniendo una fidelidad hacia la amistad que nos unía, pero comenzaba a desconfiar de todos. El corporativismo de la policía se forja sobre la amistad y la confianza, de forma inseparable. Si flaqueaba una cosa, languidecía la otra. El asunto al que se enfrentaba Antonio era el más grave que había ocurrido desde que nos conocimos en la academia de policía. Y a diferencia de otros asuntos que tuvimos que tapar, el de Antonio estaba lleno de resquicios que dejaba al aire un asomo de desconfianza. Pero Antonio no soltaba prenda y no decía nada más que lo que nos dijo la noche que solicitó nuestra ayuda.

Nos terminamos las dos pizzas y nos bebimos un par de botellines de cerveza cada uno. Apenas hablamos algo del trabajo y en algún momento nostálgico recordamos los viejos tiempos de la escuela de policía y los primeros años de servicio activo. Supongo que si hubiéramos bebido más habríamos terminado hablando de aspectos más profundos de nuestras vidas e incluso nos hubiéramos echado unas risas. Pero la última cena con que me agasajó Antonio fue la peor cena de mi vida. Cuando me marché me llevé la sensación de que todo entre nosotros se había resquebrajado y que nuestra confianza pendía de un hilo.

## Capítulo 35

Hasta noviembre de 2015 todo, absolutamente todo en nuestro entorno, transcurrió con una apacible calma que nos creó una falsa expectativa de felicidad. El comfortable ritmo de trabajo de la comisaría de Huesca retomó su cauce habitual. Juan Carlos realizaba ejemplares inspecciones en científica, Joaquín, Antonio, Jorge y yo seguíamos confeccionando atestados en judicial y Olivia ya no venía con su padre a entregar los listados de la joyería Santafé y causando estragos entre los policías más jóvenes cuando paseaba sus nalgas blanquecinas y duras por el pasillo de la planta primera. Por su parte Jorge había seguido viéndose con Fernanda Pérez, la cajera del banco Santander de Girona.

Pero la madrugada del 1 de noviembre de 2015, siendo domingo, unos chicos de Huesca aficionados a la aureola de misterio que rodea las ciencias ocultas, decidieron acceder al cementerio municipal saltando la tapia trasera, donde no había vigilancia, y adentrarse hasta las tumbas con la intención de pasar un rato de terror psicológico y divertirse con su acción. Eran dos chicas y tres chicos. Ellas estudiantes del instituto Pirámide, de dieciocho y diecinueve años. Ellos del Instituto Lucas Mallada, de edades similares. Su intención consistía en aguantar un par de horas dentro del cementerio, con el frío de noviembre, el silencio de la noche y la incomodidad de los sepulcros al acecho. Las dos botellas de ron con Coca-Cola ayudarían a hacer más soportable la estancia, desde luego. Los cinco recorrieron el interior del cementerio pegados a los muros para, llegado el caso de que alguien los descubriera, saltar la tapia y escapar por cualquiera de sus lados. Aunque en ningún momento pensaron que los pudieran descubrir y, mucho menos, que su acto fuese un delito. A esas edades cualquier acto es inconsciente. El viento soplaba atravesando sus ropas de abrigo, la piel, la carne y los músculos, incrustándose en los huesos. Lo que les permitió emular a los aventureros a los que querían imitar saltando al camposanto. Las chicas reían, según contaron después en su declaración en la comisaría, y los chicos peregrinaban por las sepulturas y los mausoleos buscando alguna que encajara en sus pretensiones. Finalmente hallaron una que les convenció en la entrada que hay en la parte izquierda de la puerta principal, con tan mala fortuna para nosotros, que fue la misma que escogió Antonio para sepultar a Dull.



Los días posteriores al hallazgo, Joaquín, el más desconfiado de los cinco, estuvo calibrando que quizá era demasiada casualidad eso de que cinco jovencitos hubieran hallado el cadáver del gitano, por lo que buscó otras coincidencias más forzadas. Incluso llegó a decir que alguno de nosotros había traicionado su silencio y nos había vendido a los de asuntos internos.

A los chicos los divisó el vigilante del Decathlon desde el otro lado de la carretera. El tío vio los haces de luz delgados y amarillos de las linternas de los jóvenes, que no se molestaron en ser precavidos, y enseguida dio aviso a la comisaría de Huesca mediante una llamada de teléfono.

—Hola, buenas noches —escuchamos en la grabación—. Soy el vigilante del Decathlon y ahora mismo estoy viendo luces de linterna en el interior del cementerio municipal.

La Sala del 091 mandó a un par de patrullas del turno de noche y a su llegada sorprendieron a los cinco chicos al lado de la tumba donde había sido enterrado Dull unos meses antes. Los agentes entraron en completo silencio y penumbra y los pillaron iniciando una sesión espiritista. Si en el momento que los deslumbraron con sus linternas hubiesen gritado algo del estilo: ¡Somos unos espíritus del más allá! Los chicos se hubieran jiñado allí mismo. Estoy convencido de ello. Los zagales habían levantado la lápida, pero ni siquiera se aventuraron a alumbrar dentro. Era como si no se atrevieran a ver en su interior. Los agentes identificaron a los espiritistas aficionados y les conminaron a que dejaran todo tal y como lo habían encontrado, ya que alrededor había vasos de plástico, patatas fritas, una botella de ron y varias latas de refresco. Pero al enfocar uno de ellos la lápida donde había sido enterrado Dull, se encontró con que el cuerpo que allí había se hallaba a medio descomponer. No olía, seguramente por las bajas temperaturas de noviembre, pero su aspecto exterior no ofrecía ninguna duda. Además había un detalle en el cadáver en que ninguno de nosotros habíamos caído el día de su sepultura, y era que enterramos a Dull con sus abalorios. Al lado del cuerpo dejamos una bolsa del Mercadona con sus ropas y Joaquín no tuvo otra ocurrencia que colgarle del cuello una enorme cruz de oro que siempre portaba encima. Cuando el oficial de la patrulla que acudió a la llamada vio la cruz, no tuvo ninguna duda y enseguida pronunció el sobrenombre del gitano: —¡Dull! —exclamó.

El cementerio se llenó de policías, de jefes, de inspectores de judicial, científica y de información. Todos los efectivos que no estuvieran ocupados en ese momento se desplazaron hasta el cementerio. La Brigada de

Información se entretuvo en fotografiar a todos los asistentes y curiosos que visitaron el camposanto a la mañana siguiente. Ya no era solo un mito que el autor regresa a la escena del crimen. Y el jefe de información lo sabía. En esas fotografías aparecíamos todos juntos, en un corro y charlando. Allí estaba Antonio Padilla, Joaquín Fábregas, Juan Carlos Egea, Jorge Gastón y yo, Lorenzo Noguera. Semanas después fue cuando supimos que ese mes Asuntos Internos de Madrid comenzó a investigarnos.

Yo me enteré del descubrimiento del cuerpo de Dull a la mañana siguiente cuando Antonio me llamó desde el despacho de judicial. Entonces yo estaba sentado en un bar del Coso hojeando el diario del AltoAragón. Debían ser las nueve de la mañana y Antonio nos convocó a todos. Él quería que todos fuésemos al cementerio. Que todos estuviésemos allí, cavando nuestra propia tumba.

—¿Y ahora qué? —preguntó, Antonio.

—Estamos jodidos —dijo como respuesta, Juan Carlos.

En ese momento nos pareció raro que Juan Carlos fuese el primero en dar por hecho que todos estábamos jodidos. Pero es que después de aquellas palabras fue cuando comprendimos por qué Juan Carlos se había apresurado en decir esas palabras: «estamos jodidos».

Durante todo el mes de noviembre no supimos cómo comportarnos ni qué hacer ni qué decir ni adónde ir. Parecíamos una jauría de pollos descabezados que a modo de auto de choque estuvieran dándose cabezazos constantemente entre sí. El comisario nos apretaba las tuercas para que investigáramos la muerte de Dull. Pero cuanto más hacíamos por esclarecer su asesinato, más nos acercábamos a nosotros mismos. Era una locura. Comenzaron a aflorar múltiples errores que habíamos cometido durante la ocultación del cadáver y que taponábamos con parches ingeniosos que nos sacábamos de la manga. Entre la cadena de errores la más sangrante fue que Juan Carlos no había sido capaz de extraer las balas del cuerpo de Dull. Bueno, solo extrajo una: la de la pierna. Las otras no supo, no quiso o no fue capaz de extraerlas, por lo que nos engañó diciendo que sí había podido hacerlo y reponiendo los dos proyectiles con unos parecidos que sacó de un cajón de Policía Científica donde había cientos de ellos. Las balas del estómago y de la cabeza seguían alojadas en el mismo lugar donde las disparó Antonio. Algo que Policía Científica detectó en la primera exploración del cadáver. Entonces la investigación la dirigió el fiscal jefe con el apoyo del médico forense. Los proyectiles eran de una HK USP Compact de la policía nacional. Los de

Asuntos Internos se instalaron en Huesca como se instala un nido de comadreas que huelen a su presa.

La investigación del homicidio de Dull se transfirió a la Jefatura de Zaragoza. Al igual que el peritaje de las pruebas. Ya no podíamos hacer nada por interferir en la investigación y cada vez se nos hacía más complicado manipular las pruebas. Los cinco estábamos sentados en un castillo de naipes al que solo aguantaba una carta, que estaba a punto de desplomarse.

—Eres un hijo de puta —le dijo Antonio a Juan Carlos arrojando rayos y centellas por los ojos—. Si no sabías sacar las balas haberlo dicho.

—Él solo quiso ayudar —lo defendió Jorge—. Tuvisteis suerte de que lo hiciera. Otro no lo hubiera hecho.

A mediados de diciembre nos habíamos reunido en el despacho del sindicato de la tercera planta, otrora lugar sagrado e infranqueable. Ese despacho era un santuario libre de micrófonos y espías. Nos citamos un sábado por la noche pensando que era como antaño: un lugar seguro. Pero los de asuntos internos nos llevaron la delantera y cosieron el falso techo de cámaras y micrófonos. Los teléfonos estaban pinchados: los fijos y los nuestros. Había cámaras ocultas hasta en los dos ascensores.

—¿Qué ocurre con Olivia? —le pregunté a Antonio.

Me molestaba que Antonio, el culpable inicial de todo, tratara entonces de escupir la mierda hacia nosotros, cuando todos colaboramos para ayudarlo.

—¿Qué pasa con ella? —se defendió.

Jorge, Juan Carlos y Joaquín nos miraron como se mira a dos duelistas antes de una contienda.

Conocía lo suficiente a Antonio como para saber que estaba contrariado. Era nombrarle a Olivia para que su expresión cambiara radicalmente. Los demás no alcanzaban a comprender qué malicia había en mis palabras hacia él. Pero ellos no conocían, seguramente, la relación entre Antonio y Olivia. Bueno, esa relación no la conocía nadie, pero yo estaba convencido de que existía.

—A Antonio lo que le gusta es que Olivia se vista con una camisa suya —rompió el hielo Joaquín.

Joaquín y Antonio eran los que mejor se habían llevado de nuestro grupo desde siempre. Ese fue el motivo por el que Antonio le había hecho una serie de confidencias a Joaquín, seguramente en alguna tarde de cervezas en su casa. Entre esas confidencias estaría lo de que un día de lluvia Olivia tuvo que refugiarse en la casa de Antonio y como se había empapado de agua él le

prestó una camisa que ella se puso una vez se hubo secado. De ahí la frase de Joaquín, que fue dicha por Antonio cuando vio a Olivia en el salón de su casa vistiendo una camisa larga de él sin nada debajo. La imagen de la hija del joyero descalza, con las piernas descubiertas y tapada únicamente con una camisa de hombre, de color hueso, era como un detonante que lo podía hacer enloquecer.

Antes de Navidad sabíamos que darían con el arma que disparó las balas que mataron a Dull. Científica de Zaragoza llevaba el caso y ya había determinado que esas balas eran de un arma de la policía nacional. Solo quedaba que iniciaran el cotejo con todas las armas registradas de Huesca. Si allí no encontraban ninguna que coincidiera, entonces harían lo propio con Jaca, Calatayud y finalmente la plantilla más grande: Zaragoza. Solo era cuestión de tiempo que en las pruebas de balística dieran con el arma de Antonio.

En la reunión del despacho del sindicato nosotros lo mirábamos a él. Lo mirábamos porque Antonio era nuestra última oportunidad de salir indemnes de aquello.

—Darán con vosotros —dijo Jorge.

Antonio se había encendido el enésimo cigarrillo. Y nos observaba como un cordero camino del matadero.

—¿Por qué cada vez que hablas dices «vosotros»? —recreminó Joaquín a Jorge.

Jorge se había desentendido de la muerte de Dull desde el primer momento. Ciertamente él no había tenido nada que ver ni con su asesinato ni con el encubrimiento. Pero entre todos manteníamos una falsa moral de corporativismo que nos obligaba a compartir la culpabilidad.

Y justo una semana antes de Navidad todo se convirtió en un mar de dudas que nos hizo desconfiar entre nosotros. La jefatura de Zaragoza había solicitado al armero de Huesca una revisión de las armas de todos los agentes. Durante los tres días que duró la inspección, todos los policías estaban obligados a pasar por la armería con su arma reglamentaria y el armero debía de inspeccionarla y comprobar que todo estaba en orden. Esa revisión se anotaba en la guía de pertenencia del arma, que es una ficha donde constan: número del documento nacional de identidad y los datos personales del propietario, datos de la licencia correspondiente y reseña completa del arma. En apariencia era una inspección rutinaria, pero todos

sabíamos que estaban buscando el arma que mató a Dull mediante el cotejo de las balas halladas en su cuerpo.

Terminó la inspección y esperábamos a que detuvieran a Antonio en cuanto comprobaran que las balas eran de su arma. Pero el día 31 de diciembre de 2015 todos estábamos cenando en nuestras casas sin que nadie hubiera hecho ninguna mención a que se había hallado el arma del crimen. Ni desde la jefatura, ni de asuntos internos y ni desde la propia Huesca, se dijo el resultado de la inspección. Lo primero que pensamos es que era una estrategia. Evidentemente sabían que la pistola de Antonio fue la que disparó esas balas, pero no lo hacían público hasta que hubieran cerrado el caso. Creímos que la jefatura de Zaragoza sabía que Antonio era el asesino, pero que lo estaban investigando para saber quién más estaba implicado. Habían cogido el hilo y estaban tirando hasta llegar a la madeja. Y la madeja éramos nosotros cuatro.

El uno de enero de 2016 nos reunimos en casa de Antonio, donde quizá estábamos más seguros. Ya que era imposible e inviable que asuntos internos hubiera colocado micrófonos y cámaras allí. Hacía meses que no manteníamos conversaciones por teléfono y que no mencionábamos nada que tuviera que ver con la muerte de Dull. A esa última reunión fuimos los cinco, como cuando nos conocimos en la academia de policía y quedábamos para charlar en la cafetería de Ávila. Jorge, Juan Carlos, Joaquín y yo teníamos clara una cosa: Antonio debía cargar con la culpa y liberarnos a los demás.

## Capítulo 36

Que Olivia, la hija del joyero Santafé, quisiera hablar en privado conmigo, era una inquietante sorpresa. La chica se acercó hasta la comisaría de Huesca y subió hasta la primera planta, donde hacía tiempo que no acompañaba a su padre. Vestía con un elegante vestido de una pieza que le llegaba por encima de las rodillas. Las piernas las cubría con unos leotardos ajustados de color carne y que remataba con unos zapatos de tacón no muy altos, pero con mucho estilo. La palabra que mejor podía definir a Olivia era esa precisamente: clase.

—¿Te puedo ayudar en algo? —escuché que le preguntaba uno de los policías jóvenes del grupo segundo de judicial.

Yo estaba en ese momento tramitando un juicio rápido por un hurto en una tienda de telefonía del Coso, pero me detuve al distinguir la voz grave de Olivia.

—No, gracias —rechazó el ofrecimiento del policía—. Busco a Lorenzo Noguera —dijo mirando hacia el despacho donde estaba yo.

Yo no había visto a la hija del joyero desde el multitudinario entierro de Dull, que se celebró en el mismo cementerio donde había sido hallado la madrugada del uno de noviembre, pero en esta ocasión fue enterrado en la tumba del panteón familiar que tenían sus padres. Fue un sepelio lleno de sentimiento al que acudieron todas las familias gitanas de todas las poblaciones de alrededor de Huesca. Llovió mucho y entre los asistentes estuvo Olivia, a la que dicen que la vieron llorar; aunque yo no me creía esa versión. Olivia podía ser de todo, pero no era una mojiigata que vertiera lágrimas por el dueño de una polla que la hizo gozar mientras estaba viva. La brigada de información fotografió al público para tener imágenes de todos los que acudieron, y en varias de esas fotografías se la veía al lado de los familiares directos de Dull. Ellos, en cambio, ni siquiera le prestaron atención. Para los padres era una desconocida más. Lo que a mí me extrañó fue que la mujer de Dull no le hubiera arañado la cara. Pero quizá ni siquiera sabía que esa chica había sido la amante de su marido.

—¡Olivia! —la saludé mientras salía de mi despacho—. Qué agradable sorpresa. —forcé una amplia sonrisa, pero sin llegar a ser burlesca.

Me acerqué a su cara y le propiné dos sonoros besos. El pasillo de judicial se llenó de su olor, su perfume suave, su champú de aroma de hierbas frescas. Mi piel se erizó mientras me devolvió los besos en mis mejillas y sus dedos

largos y delgados acariciaron mi antebrazo.

—¿Podemos hablar? —me preguntó.

—Claro. Pasa —le indiqué con la mano mientras abría la puerta del despacho para que accediera.

—En privado.

—Sí, por supuesto. A ver, déjame pensar.

Le dije que me siguiera hasta el ascensor. Nos montamos y apreté el botón de la tercera planta. Albergaba la esperanza de que a esa hora no hubiera nadie en el despacho de los sindicatos, pero en una mañana cualquiera del mes de enero lo más probable era que los del sindicato estuvieran en el bar, desayunando o tomando el vermú.

—Aquí —le dije a Olivia que pasara delante cuando salimos del ascensor.

Yo me adelanté un paso por delante de ella y comprobé que, efectivamente, en el sindicato no había nadie.

—¿Aquí podemos hablar? —me consultó.

—Con toda seguridad —le respondí.

Olivia Santafé se comportaba tal y como la recordaba, pero había algo en su mirada, en su voz, que transmitía inquietud. Olivia estaba atemorizada. Nos sentamos frente a frente en una de las mesas del sindicato. Con mi mano aparté unos cuantos papeles que había encima y que sabía que dejaban ahí para dar la sensación de que estaban haciendo algo. Esa era una premisa heredada de los jefes: la mesa tenía que tener siempre el aspecto de que se estaba trabajando; aunque no fuese cierto.

—No sé por dónde empezar —comenzó a decir.

—Lo mejor es que lo hagas por el principio —recomendé.

—Sí, será lo mejor —me dio la razón.

—Estoy en un lío —dijo a continuación.

Que Olivia estuviera en un lío era una cosa mala. Que Olivia viniera a hablar conmigo para solicitarme ayuda, que era lo que suponía iba a hacer, era una cosa más que mala. Pensé en decirle que yo sí que estaba en un lío, y gordo. Pero la profesionalidad ha de ir delante de todo. Opté por escuchar lo que tenía que contarme.

—La familia de Ramiro me culpa del asesinato —dijo refiriéndose a Dull—. Ellos creen que yo fui la que le disparé y ahora pienso que anhelan vengarse de mí.

Me quedé un momento en silencio, pensativo, y sin saber qué responder al comentario de Olivia. Me acordé de un amigo psicólogo que me dijo una vez

que cuando no sabías qué decir, lo mejor era hacer una pregunta. De hecho los psicólogos responden a las preguntas con otras preguntas.

—¿Por qué piensas eso? —pregunté.

—No lo pienso, me lo han dicho —aclaró—. El padre de Dull me dijo que él sabía que yo era la que había matado a su hijo.

Yo conocía al padre de Dull y poco después de su desaparición, antes de que nadie supiera que había sido asesinado, ya me lo había encontrado en el autobús que iba al Perpetuo Socorro y me preguntó, con mirada hostigadora, si yo sabía donde estaba su hijo. Pero lo hizo de modo que más que una pregunta parecía una afirmación. Al recordarlo pensé que el padre de Dull se había dirigido a Olivia de igual forma y que era probable que la chica creyera que la estaba culpando.

—A ese hombre no le hagas mucho caso —traté de tranquilizarla—, es su forma de hablar y de decir las cosas. ¡Qué tontería! —chasqueé los labios a continuación—. ¿Qué motivos tendrías tú para asesinar a Dull?

—Siempre hay motivos para asesinar a alguien —me dijo para mi desolación.

Esas palabras, dichas por la hija del joyero, sonaban con más crueldad que si las hubiera dicho el asesino más despiadado.

—Yo no le daría ninguna importancia —insistí—. Porque no la tiene. Si te sientes amenazada y ves merodear alguien por tu casa no dudes en llamar al 091. Enseguida acudirá una patrulla y pondrá a quién te esté amenazando en su sitio.

Ella mostró tranquilidad después de mis palabras. Entonces la percibí más relajada.

—Seguramente tienes razón —sonrió por primera vez desde que había entrado en la comisaría—. ¿Tienes tiempo para tomar un café?

Miré mi reloj de soslayo y respondí de inmediato.

—Para un café siempre hay tiempo.

En ese instante por mi memoria pasó una frase que había escuchado sobre Olivia, no hacía demasiado tiempo, aunque no recordaba quién la había dicho. Era una expresión acerca de su pretendida crueldad con los hombres. Alguien dijo de ella que era tan cruel con los hombres que en una ocasión, que quiso vengarse de un chico, le envió una fotografía por *Snapchat* donde estaba ella follándose a otro. Cuando me contaron esa anécdota supe lo que era el *Snapchat*, que no lo había oído nunca antes, y que consistía en una aplicación de teléfono móvil donde los archivos se eliminaban una vez los



había visto el destinatario. Recordé que cuando contaron ese chascarrillo de Olivia, no estaba solo, sino que había alguien más escuchando. Puede que fuese Jorge o Juan Carlos, el caso es que alguno de los dos dijo, refiriéndose a la hija del joyero, que cuando Dios se hizo hombre, la mujer se hizo demonio.

—Conozco un bar que hace el mejor café de Huesca —me dijo poniéndose en pie.

Yo la seguí cuando entró en el ascensor. Bajamos las tres plantas y llegamos al vestíbulo principal.

—No me puedo alejar mucho —le dije—. Tengo trabajo —mentí. En Huesca nunca había excesivo trabajo.

Caminamos calle abajo dirección a la casa de Antonio. Y de la suya, recordé. En la calle Vicente Campo había un bar que no llevaba abierto más de un año. El bar Parra, todo acristalado, se veía limpio y con una barra pequeña y estrecha. Conté seis mesas de dos sillas cada una, lo que indicaba que era un bar de parejas. Allí, un grupo numeroso de amigos no hubieran podido sentarse juntos. Por mi cabeza pasaban muchas cuestiones relacionadas entre Olivia, Dull y Antonio, pero había de ser cauto en el lenguaje si no quería hablar más de la cuenta. Repetí en mi memoria un par de veces la agresión sexual que sufrió Olivia la noche que Antonio asesinó a Dull, para no mencionarlo delante de ella, ya que era un secreto que me había contado Isabel.

En el bar, Olivia solicitó, para mi sorpresa, un huevo pasado por agua y un café solo. Era la primera vez que escuchaba que alguien pedía un huevo pasado por agua en un bar. Pero Olivia no parecía afectada y se comportaba como si eso fuese lo más natural del mundo. La camarera arrugó ligeramente la frente, pero enseguida anotó el pedido en su libreta. Yo encargué un cortado largo de leche. No había entrado nunca antes en ese bar, pero lo conocía de pasar por delante, ya que era el único bar que había en toda la calle Vicente Campo.

—Con tu compañía me siento más segura —me dijo—. Un policía siempre transmite tranquilidad.

Yo me limité a asentir con la cabeza. Frente a la cristalera del bar se veía la fachada lateral de la casa de Antonio. Unos metros más allá estaba la puerta principal de la casa del joyero. Sentí un molesto picor en la espalda al darme cuenta de que nos habíamos sentado en un lugar estratégico. Alguien sentado en el mismo lugar donde estábamos nosotros la tarde y noche del 13 de junio

podía haber visto llegar a Dull a la casa de Olivia. Podía haberlo visto salir dirección a la casa de Antonio. Podía haber visto cómo Olivia cogía el coche para ir al hospital a curarse el desgarró anal. Podía haber escuchado el sonido de los tres disparos que lo mataron. Y podía haber visto cómo Antonio salía con el coche por el garaje de su casa. Si pudiera contactar con alguien que hubiera estado allí, sentado toda la tarde, y que fuese tan cotilla como para observar todo lo que ocurrió en la calle y quedarse con los detalles, posiblemente podía corroborar si Antonio u Olivia mentían en algún momento.

—Un café solo. Un cortado largo con leche. Y un huevo pasado por agua, seis minutos con agua hirviendo —dijo la camarera mientras posaba nuestro pedido sobre la diminuta mesa.

—Gracias —agradecí.

Olivia no dijo nada. Se limitó a golpear la cascara del huevo con una cucharilla pequeña.

—¿Estás mejor? —le pregunté.

—¿De qué?

—De la muerte de Dull. Sé que teníais una relación muy cercana y supongo que te habrá afectado su asesinato.

—Sí, claro —dijo con desdén—. Pero el tiempo todo lo cura. Ya hace más de seis meses de eso —dijo como si fuese tiempo suficiente como para olvidar al gitano—. Lo mejor es borrón y cuenta nueva.

Escuchando a Olivia pensé que tenían razón los que hablaban de su crueldad para con los hombres. La miré mientras se llevaba la cuchara rebosante de clara y yema líquida a la boca.

—Supongo que es lo mejor —le di la razón.

—De nada sirve estar llorando siempre a los muertos —siguió argumentando—. Dull y yo teníamos una relación de sexo. Una buena relación de sexo —añadió de forma gratuita. Levantó los ojos y me miró, inspeccionando mis reacciones—. No quiero que pienses que soy una persona insensible —trató de disculparse—. Lo que pasa es que hay que ser positiva y pragmática: él está muerto y nosotros vivos.

No conocía lo suficiente a Olivia para determinar de qué palo iba, pero ese «nosotros» camuflado en su conversación se podía entender como una proposición directa. La chica se había quedado sin el policía, que era Antonio, y sin el amante, que era Dull, y ahora quería reemplazar a ambos con un policía amante, que era yo. Me la imaginé como una estudiante

avanzada de teratología, estudiando las anomalías y malformaciones del organismo animal. Había estado con Dull, un gitano zambo con un pene descomunal. Y había estado con Antonio, un policía agresivo. Tanto el gitano como Antonio eran agresivos. No me extrañaría que la lesión anal de la que se curó en el hospital hubiera sido, como dijo a la doctora, consentida. Incluso me atrevería a decir que provocada. Ella provocaba a los hombres agresivos que necesitaban pocas excusas para explotar de ira.

## Capítulo 37

A decir verdad ni siquiera recuerdo en qué momento nos fuimos a su casa. Lo que recuerdo es que comenzamos a besarnos y acariciarnos. Me coloqué detrás de ella, en el salón de su casa. Se levantó el vestido y se quitó los leotardos, que dejó encima de la mesa. Estaba tan excitado que expulsé un poco de líquido preseminal y manché los pantalones. Hice un esfuerzo de contención para no seguir soltando líquido. Ella se tumbó sobre la mesa y me ofreció su sexo para que la penetrara. Me quité los vaqueros y arremetí con fuerza. Ella suplicó que le diera más fuerte. Me pidió que le hiciera daño.

—Venga, cabrón, dame duro —me decía.

Fue tanta la excitación que hubo un momento que temí que no iba a poder satisfacerla. Ella me pedía más de lo que yo podía darle. Entonces alargó la mano por debajo de su sexo y aprisionó mis testículos como si fuesen dos esponjas de baño.

—Métemela hasta el fondo —me ordenó.

No conseguí aguantar y me corrí dentro de ella. Pero no pareció importarle, porque se irguió y, sin soltarme los huevos, me arrastró hasta su habitación que estaba en la planta superior. Yo mantenía una erección intermitente. En momentos tenía mi miembro tieso como una estaca, y en otros aflojaba por el dolor que me producía Olivia apretándome los testículos. Ni siquiera me fijé en los horribles cuadros que se repartían colgados por la escalera. Escuché cómo mi teléfono sonaba en el comedor. Me lo había dejado en el bolsillo de los pantalones y seguramente me llamarían de comisaría, pero ese no era el momento de atender llamadas.

Olivia abrió el cajón de su mesita de noche y sacó una botella de gel. Se echó un chorro por encima del ano y esparció otro tanto en su mano, que luego restregó por mi pene. De un manotazo quitó las muñecas de trapo y porcelana que había mal colocadas sobre su cama. Comprendí por qué Dull le había producido las lesiones. Ella era la que las pedía. Olivia se puso a cuatro patas sobre la cama y yo me puse encima de ella. La segunda vez aguanté mucho más. Creo que estuvimos unos veinte minutos en los que ella no paró de gritar. Era como si le doliera y disfrutara al mismo tiempo.

—Te puedes duchar —me dijo cuando terminamos.

Yo había sudado como un cerdo a pesar de estar en el mes de enero. Luego me di cuenta de que la calefacción en la casa de Olivia estaba muy alta. Cuando salí de la ducha me la encontré en su habitación con mi camisa.

Recordé lo que había dicho Joaquín de ella y lo que le gustaba a Antonio que se pusiera su camisa: nada le gusta más a un hombre que una tía buena vistiendo una camisa suya. Tenía razón: Olivia estaba muy sexy. Se sentó en la esquina de la cama y se desabrochó la camisa ofreciéndome su sexo depilado.

—Tengo que ir a trabajar —le dije.

—Esto también es trabajo —replicó.

Esa tercera o cuarta vez me dolió. Hacer el amor con Olivia se había convertido en un calvario. Pero sentía la innata necesidad de apurar todo lo que pudiera, como si no la pudiera tener más, como si no hubiera un mañana.

Cuando me vestí sentí como si la ropa fuese dos tallas más grande. Me puse los pantalones de nuevo, la camisa y me calcé los zapatos negros. La chaqueta la había dejado en un respaldo de la silla del salón y fue la propia Olivia la que me entregó mi arma en la puerta.

—Te olvidas esto —me dijo.

Al llegar al piso había extraído la pistola de la funda que llevo siempre en el cinturón y la dejé sobre una de las sillas. Ni siquiera me acordé de ella.

—Gracias —le dije mientras la cogía y la metía de nuevo en su funda.

Esperé en la puerta unos segundos, confiado en que Olivia me despediría con un beso. Pero ella se restringió a desearme un buen día y cerró la puerta ante mis narices. De camino a la comisaría supe que aquello no había sido más que un calentón y que nunca podía haber nada entre la hija del joyero y yo. Luego sonreí al considerar que eso mismo era lo que pensaron otros tantos hombres que hubo antes que yo. Y los que habría después.

Y al salir de la calle y pasar por el bar Parra, donde habíamos tomado café antes, era cuando vi a esa mujer sentada en una de las sillas que había pegada a la cristalera, mirando hacia la calle. Era una mujer de aspecto dejado y muy gorda. Su barriga remontaba por encima del cinturón de un antiestético sayo floreado que tenía metido por dentro del pantalón. Sonreía como si le faltara un hervor y constantemente se rascaba la oreja, como un gesto maniático. Nuestros ojos se buscaron hasta que el cruce de miradas me produjo una sensación incómoda. Estuve seguro de que ella sabía lo que había pasado en la casa de Olivia esa mañana entre la hija del joyero y yo. Y si no, ¿por qué se reía de mí?

## Capítulo 38

Diego Santafé era uno de los joyeros más legendarios de Huesca. Su padre ya había sido joyero y también lo fue su abuelo; aunque yo dudaba de que su hija quisiera seguir los pasos de su familia. Quizá los Santafé serían una prueba fehaciente del refrán que dice: padre rico, hijo pobre, nieto pordiosero.

Esa semana le tocaba entregar el listado de compra y venta de joyas el miércoles; ya que cada semana solían cambiar la fecha de entrega. Los lunes les mandaban un correo a todas las joyerías indicándoles el día y la hora que debían entregar el listado. Para mí hubiera sido muy incómodo que hubiese llegado a la comisaría acompañado de su hija. Si me hubiera cruzado con Olivia en el pasillo de la primera planta de la comisaría, no hubiera sabido qué cara poner. Afortunadamente vino solo. El joyero pasó el control de seguridad sin pasar por el escáner, ya que era un asiduo de la comisaría y para el personal de seguridad de la planta de abajo, Santafé era como un policía más. La leyenda urbana decía que era el único joyero de toda la provincia que aún poseía un arma, como ocurriera años atrás. En España, hasta el año 1982, las profesiones de riesgo podían portar armas en algunos casos. Dada la cantidad de atracos y saqueos que sufrían los profesionales del sector, los joyeros estaban autorizados. Pero en el año 1982 el gobierno de Felipe González anuló esta prerrogativa y ya nadie, absolutamente nadie excepto los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad, podían portar armas.

Cuando recorrí el pasillo para entrar en mi despacho, me topé con Diego Santafé apoyado en la pared, como siempre lo había visto. Era una imagen característica suya el verlo así, elegantemente vestido con americana a juego con el pantalón, zapatos negros impolutos y apoyando su espalda en la pared sosteniendo en sus manos un diario que ojeaba despreocupado.

—Buenos días, señor Santafé —lo saludé.

Enseguida alargó su mano derecha ofreciendo su mejor sonrisa.

—Buenos días, Lorenzo —respondió a mi saludo.

Santafé estrechaba la mano con fervor mientras no dejaba de sonreír. Era de aquellos hombres que exportaban ilusión sin que se les viera forzados. Comprendí de donde había sacado su hija aquella energía positiva.

—¿A traer las joyas? —le pregunté.

—Así es —respondió mostrando en su mano una memoria USB.

Desde hacía unos meses el jefe de judicial había delegado en una

ordenanza, para que fuese ella la que recogiera la memoria USB y se encargara de volcar los datos en uno de los ordenadores de judicial. Consideró el inspector que la tarea de recoger y volcar esos datos, era demasiado rutinaria como para desviar a uno de sus agentes, así que cada semana y en un día diferente, era esa ordenanza la que realizaba la tarea. Pero esa mañana la ordenanza había ido al juzgado a entregar los sobres de los atestados que se juzgarían ese día, por lo que no estaba en su mesa para atender a Santafé. Ya había ocurrido en otras ocasiones, y el joyero tuvo que regresar más tarde. Y coincidió que el martes había fallecido un compañero del DNI, al que apenas le quedaban unos meses para jubilarse, y que arrastraba una larga enfermedad desde hacia año y medio y que finalmente terminó con su vida. La mayoría de los policías de la planta primera y segunda se habían acercado al tanatorio. Yo también tenía pensado ir, pero consideré una oportunidad el poder conversar con el joyero. No tenía que olvidar que hacía unos días había tenido una tórrida tarde de sexo con su hija y que en la primera versión que nos dio Antonio de la muerte de Dull, lo nombró como uno de los motivos, al querer protegerlo a él, a su hija y al novio de la hija, Fernando Garcés, que por aquel entonces yo ya sabía que debía llevar unos cuernos insuperables.

—Pase por aquí —le indiqué con la mano la puerta de mi despacho—. Creo que la ordenanza está en el juzgado. Ya le recogeré yo los datos.

Él me siguió. Se quitó la americana y la colgó con cuidado en un perchero que había detrás de la puerta. Por su precisión noté que esa acción la había realizado en otras ocasiones. La memoria USB la dejó sobre la mesa.

—¿Todo bien en la joyería? —me interesé.

—Vamos luchando —me dijo sin perder en ningún momento la sonrisa—. Nuestro negocio se está reinventando constantemente. Si pudiera usted hablar con mi abuelo o con mi padre, seguro que le dirían lo mismo que yo. Recuerdo que mi padre siempre se estaba quejando, al igual que mi abuelo, al igual que yo. No conozco a nadie que no se queje nunca. Incluso ustedes que tienen un sueldo fijo —amplió aún más su sonrisa—, siempre se están quejando también.

Le di la razón con un cabeceo mientras introducía la memoria USB en el ordenador de sobremesa y volcaba los datos.

—¿Olivia no sigue con el negocio? —pregunté descuidado, como si solo estuviera buscando conversación.

Torció la cabeza y perdió la sonrisa por primera vez desde que me lo

encontré en el pasillo.

—Bah —dijo con desdén—. Estos jóvenes solo buscan la vida fácil. Seguramente, si hubiera tenido un hijo varón, habría querido seguir con el negocio. Pero Olivia aún tiene demasiados pájaros en la cabeza como para comprometerse en un horario y una disciplina laboral. Aunque no la culpo —volvió a sonreír—, quizá la culpa ha sido mía por darle todo lo que ha pedido. Tiene dinero, una casa —recordé que se refería a la casa que había cerca de la de Antonio—, y un coche. La necesidad es la que nos hace movernos, si no hay necesidad, no hay movimiento —concluyó a modo de dogma.

—Pero usted aún es joven —le dije mirándolo a los ojos—. No creo que deba preocuparse por eso. Quizá —sonreí—, un nieto será el heredero.

Santafé se echó hacia atrás en su silla para dejar espacio suficiente y exhalar un suspiro que removió los papeles que había sobre mi mesa.

—Pienso que aún faltan muchos años para que Olivia siente la cabeza y cree una familia. Aunque ahora que lo comenta, no está todo perdido —volvió a echarse hacia adelante—. Ese chico, Fernando, su, digamos, novio —habló entrecortado—, está interesado en el negocio. Viene mucho por la joyería e incluso ha realizado algún trabajo para mí.

Al decir trabajo enarqué las cejas. Él se dio cuenta y rectificó sus palabras.

—Dicho así —forzó una carcajada—, parece que lo que ha hecho para la joyería sea algo turbio. No, me refiero a que ha hecho de viajante para la entrega de joyas o compra a mayoristas. Es un trabajo muy bien pagado y que requiere de mucha confianza. No sabe usted la de viajeros que se han fugado con el botín. Aunque siempre acaban siendo detenidos, gracias a ustedes —alabó la labor de la policía—. Yo confío plenamente en Fernando Garcés, a pesar de su juventud —dijo como contrapunto a la confianza que podía tener de su hija Olivia.

—Hacía tiempo que no oía esa palabra —le dije.

—¿Cuál?

—Viajante. Me suena a concepto trasnochado. Cuando yo era pequeño tenía un amigo cuyos padres tenían una tienda de regalos y en diversas ocasiones, mientras estaba esperándolo para ir a jugar, había entrado algún viajante a mostrar catálogos de sus productos.

—Ah —suspiró—, la modernidad se está cargando muchas profesiones emblemáticas —dijo nostálgico—. ¿Se acuerda usted de los afiladores?

—Aún hay de esos —le dije.

—Sí, pero ahora van en coche o moto, yo me refiero a los que iban en



bicicleta y pedaleaban mientras giraba el amolador de afilar.

—Los recuerdo. También los vi en Murcia cuando era pequeño.

—El oficio de viajante es muy peligroso actualmente. Antes, en la época de Franco —dijo con cierta añoranza—, a los joyeros se nos permitía portar armas de fuego para protegernos de un asalto. Luego llegó la democracia, Felipe González, y nos quitaron esa licencia que tantos atracos evitó. En ese sentido los norteamericanos nos llevan una buena delantera.

—No sé, no sé —negué con la cabeza—. Si todo el mundo tuviera un arma, en España, tendríamos más problemas de los que ya tenemos.

El joyero echó la vista atrás, como para cerciorarse de que no había nadie más en el despacho. Intuí que me iba a decir una confidencia.

—Yo tengo un arma —soltó de repente.

Yo no supe cómo reaccionar ante sus palabras. Así que me limité a extraer la memoria USB del ordenador y entregársela en mano.

—Tenga —le dije—. Ya he volcado los datos.

Luego pasaron unos segundos que se hicieron eternos. Y entonces le pregunté.

—¿Una escopeta?

Una escopeta era algo que estaba al alcance de cualquier ciudadano que no tuviese antecedentes penales y superara unas pruebas de capacitación de la Guardia Civil. Para obtener esa licencia debían acreditar conocimientos de las armas, su cuidado y conservación, conocimiento del reglamento y habilidad para su manejo. Le pregunté a Santafé si se estaba refiriendo a un escopeta, cuando la intuición me dijo que a lo que hacía mención era a un revolver o una pistola.

—No, no es una escopeta; aunque tuve varias en otro tiempo. Lo que tengo es una pistola —dijo con el semblante serio—. Tengo una pistola y un problema —insistió.

—¿Un problema?

—Sí, porque no sé cómo deshacerme de ese arma. La compré hace un par de años a un guardia civil que me la entregó sin mediar papeles. Quedamos que en cuanto le fuera posible me conseguiría una licencia, pero al parecer no pudo ser de ninguna de las maneras. El año pasado el guardia civil falleció de muerte natural, de un ataque al corazón, y yo me he quedado con ese arma, sin papeles, y con el problema de que no sé como quitármela de encima.

Me puse en pie y entorné la puerta del despacho. En ese momento no quería que nadie nos molestara.

—¿Dónde está ese arma?

—La tiene mi yerno —me dijo.

—¿Yerno?

—Bueno, casi. Se la ha llevado consigo en alguna ocasión Fernando, el chico que sale con Olivia. Ya le he dicho que ha hecho algún trabajo para mí y he creído conveniente que fuese protegido. El año pasado lo mandé a Barcelona a comprar unos diamantes que yo mismo tallo en mi taller para armar joyas, y en el viaje se hizo con relojes de alta gama de la marca *Patek Phillippe*. Esas compras las llevamos con absoluta discreción, pero algún desaprensivo lo puede seguir o investigar y asaltarlo en el camino. Conozco casos de colegas a los que les han desinflado alguna rueda del coche y los han seguido por la autopista. Cuando el incauto se ha detenido para cambiar la rueda los han asaltado robando las joyas. Ese tipo de compras no están aseguradas —dijo antes de enrocarse en un súbito silencio.

Yo me limité a arrugar la boca y a tamborilear los dedos sobre la mesa de mi despacho. Comprendí que las compras del joyero en las que mediaba su yerno, Fernando Garcés, no eran del todo legales. Seguramente compraría los conocidos como diamantes de sangre y los relojes de marca serían robados. Desconocía el negocio del joyero, por lo que también desconocía sus tejemanejes. Pero lo del arma sí que era de mi incumbencia, ya que la existencia de una pistola que pudiera portar su yerno, implicaba que también podía ser utilizada por Olivia. Me asaltó un terrible presentimiento, que se confirmaría con una única pregunta.

—¿Qué arma es esa?

—No le entiendo, ¿a qué se refiere?

—¿Qué modelo de arma es, ¿lo sabe?

—Sí, es una HK, el mismo modelo que utilizan ustedes ahora.

## Capítulo 39

Antonio, nuestro Antonio, al que todos conocíamos desde hacía veinte años, nos había sorprendido el último día que coincidimos en su casa para rematar el asunto de la muerte de Dull. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a repartir las culpas. Y una cosa teníamos clara: Antonio era el asesino. Y a nosotros se nos podía acusar de otros delitos, pero no de la muerte de Dull. La reunión en su casa fue la última que hicimos antes de que todo se precipitara hacia el fin. La convocó él, pero éramos nosotros los que teníamos que hablar.

—¿Alguien sabe qué pasa? —preguntó Joaquín.

Desde la muerte de Dull, Joaquín y Antonio se habían distanciado ostensiblemente. Ya no había un apoyo tan directo de Joaquín hacia su amigo del alma e incluso cuestionaba muchas de sus premisas que en otro tiempo fueron indiscutibles.

—Pasa que asuntos internos nos va pisando los talones —respondió Antonio bastante molesto, como si esa pregunta estuviese de más.

—Yo, hay una cosa que no entiendo —habló Juan Carlos—, todas las pruebas que se han recogido hasta ahora apuntan a que tú eres el... —carraspeó—, el asesino —dijo mirando a Antonio, pero bajando los ojos enseguida—. La relación entre las balas y tu arma son incuestionables —Juan Carlos hablaba despacio porque si él hubiera extraído las balas del cuerpo del gitano la relación entre las dos pruebas no hubiera sido tan evidente, en cierta manera se sentía culpable por su incompetencia—. Pero por algún motivo, o varios, que desconocemos, o no alcanzamos a conocer, asuntos internos no termina de rematar la operación que daría contigo.

—Con nosotros —añadió Antonio.

—Sí, claro —aceptó, Juan Carlos—. Si dan contigo, darán con nosotros.

—De eso precisamente quería hablar yo —intervine aprovechando las últimas palabras de Juan Carlos.

Antonio nos miró a todos con altivez. Él ya sabía lo que estábamos tramando.

—Hay otra alternativa —dijo.

—¿Alternativa a qué? —preguntó Jorge, que apenas había hablado desde que llegamos a la casa de Antonio.

—Alternativa a lo que me vais a proponer —dijo Antonio con suficiencia.

Nosotros cuatro nos miramos para incomodidad de Antonio, que pensó que

habíamos hablado antes de llegar a su casa. Pero lo que íbamos a proponerle era algo que se repartía en nuestra memoria colectiva, como si fuese una solución única y que no admitiera contrapartida. Juan Carlos, Jorge y Joaquín posaron sus ojos sobre mí para que fuese yo el que llevara la voz cantante.

—Estamos en un callejón sin salida —comencé a decir—. No hay escapatoria posible y solo es cuestión de tiempo que nos atrapen —dije de forma alarmista, imprimiendo agresividad en mis palabras—. Todo este asunto ha sido un despropósito que, como policías, deberíamos haber previsto que acabaría mal. Dull ha muerto de tres disparos realizados por el arma de un policía. Eso es un hecho comprobado. Ha sido hallado en una tumba del cementerio municipal. Eso es otro hecho contrastado. Quien lo ha matado pagará la misma pena si lo ha enterrado en el cementerio para ocultar el crimen...

Antonio se acercó a la ventana del salón y posó los ojos en la calle de la parte trasera de su casa. Fue un gesto de desdén, como si lo que yo estaba proponiendo no fuese de su interés.

—Pretendes que cargue con todo —murmuró.

Juan Carlos y Jorge me miraron, aprovechando que Antonio no nos veía, conminándome con los ojos a que rematara mis palabras. Joaquín parecía que no aprobaba que fuese tan directo.

—Tú eres una persona inteligente —le dije para alabarlo—. Sabes que más pronto que tarde darán con nosotros. Si es que no han dado ya. Hay demasiadas cosas en contra como para ocultarlo mucho más tiempo. Por mucho que nos esforcemos no podemos tapar todos los imprevistos que puedan ir surgiendo. Desde vecinos que escucharon los disparos, hasta los que pudieron ver a Dull llegar a tu casa. Los restos de sangre del ascensor, del pasillo de la planta primera de la comisaría, el coche del gitano que entró y salió de la comisaría varias veces. Y ya ni hablamos de los proyectiles que han hallado en su cuerpo y que son de tu arma.

—Escuchad —dijo Antonio girándose y situándose en el centro del salón de su casa—. No todo está perdido, aún. Todavía tenemos una posibilidad de salir todos indemnes de este lamentable incidente —que Antonio llamara a la muerte de Dull «lamentable incidente» me arrancó una sonrisa—. Lo hicimos en el pasado y lo podemos hacer de nuevo —esta vez me miró a mí—. Solo hay que tocar algunas teclas para... —cogió aire mientras hablaba— cargarle el muerto a otro.

—¿Qué tramas? —se molestó Jorge.

—Vamos, hombre —dijo irónico Antonio mientras se sentaba de nuevo en una silla frente a la mesa—. Todos, absolutamente todos, hemos hecho algo en el pasado de lo que tengamos que arrepentirnos. Acaso me va a decir alguno de vosotros que estáis libres de culpa. Ya sabéis que lo de la muerte de Dull fue un accidente. Un calentón por culpa de un hijo de puta que no se merece otra cosa que estar muerto. Que ahora me digáis que esa acción es mi responsabilidad, es como si yo os dijera a cualquiera de vosotros que cualquier acción que hicisteis en el pasado fuese responsabilidad vuestra. Somos un grupo compacto de amigos y compañeros. Estamos para protegernos. Hoy es por mí, pero mañana será por ti —me señaló con el dedo—. O por ti, o por ti, o por ti —nos fue señalando a todos—. Merezco una segunda oportunidad y sé como ganármela. ¿Estáis conmigo?

Ninguno de nosotros respondió. Ni siquiera nos miramos, nos limitamos a bajar la cabeza y perder la mirada por el parque.

—Conozco al hombre que asesinó a Dull. Conozco sus motivos. Su *modus operandi* y sus posibles coartadas. Desviando un poco las pruebas él puede ser el asesino —concluyó.

—¿De quién hablas? —le pregunté.

—Del Porros —dijo mientras ofrecía su mejor sonrisa—. El Porros es un policía despreciable, patético y molesto. Nadie de la comisaría de Lérida está a su favor. Durante su carrera como policía la ha cagado en incontables veces. Y siempre que ha ocurrido algo malo, los dedos de sus compañeros lo han señalado a él. El Porros encaja en el perfil del policía que mataría a Dull. Cualquier pretexto que digamos será creíble. Lo mató para robarle, por un asunto de drogas, por que le debía dinero, por que le caía mal, por que compartía amante, por que Dull lo amenazó con denunciarle a la policía por algún asunto turbio. Cualquier cosa que digamos del Porros será lo suficientemente probable como para que él hubiera asesinado a Dull. Solo hay que modificar algunas pruebas, como las balas, que Juan Carlos —dijo mientras lo miraba—, puede cambiar en algún momento para que coincidan con las de su arma. Las balas de la pistola reglamentaria del Porros las podemos conseguir en una prueba de balística de la comisaría de Lérida —dijo mirando a Joaquín—, tú conoces al armero de Lérida y no te será difícil quedar con él para que te entregue dos proyectiles de su arma y cambiarlos —le dijo de nuevo a Juan Carlos—, por los que hay en custodia en científica de Zaragoza. No disponemos de mucho tiempo, pero podemos preparar el terreno —siguió argumentando—, echándole mierda a Orué —dijo

refiriéndose al Porros—, culpándolo de la droga desaparecida. Solo hay que coger el kilo que tenéis en científica y que se quedó allí por un descuido de Lacalle, y colocarlo en su casa. Una vez que un anónimo lo haya denunciado y asuntos internos halle la droga, su reputación estará tan mermada que lo del asesinato de Dull será una consecuencia lógica del tipo de policía que es el Porros. La noche que murió el gitano Orué viajó desde Lérída para matarlo, por un asunto que tendrían los dos entre manos. Luego...

—Espera, espera —intervine ante la sarta de despropósitos que estaba soltando Antonio—. Hay muchas variables que no podemos controlar —le dije—. El Porros no necesita una coartada para esa noche porque quizá ya la tenga de forma natural. Es posible que estuviese trabajando y la declaración de sus compañeros así lo corroboren. Lo de cambiar las dos balas del cuerpo de Dull por las del arma de Orué me parece irrealizable del todo. Y demostrar que el Porros viajó desde Lérída esa tarde, mató al gitano y luego lo sepultó en el cementerio, es con diferencia la mayor tontería que has dicho nunca —le dije molesto por la sucesión de incongruencias—. Pienso que en tu huida hacia adelante nos estás arrastrando a un precipicio del que no podremos salir, nunca —Antonio me miró con odio contenido. Pensé que iba a estallar en cualquier momento—. Hay que ser un hombre y asumir nuestros errores —le dije—. Acepta que tú fuiste el que asesinó a Dull y corre con las consecuencias. Lo de arrastrarnos a todos en tu caída es de mala persona y de mal compañero.

Antonio enrojeció. Su cabeza parecía una naranja hinchada que estuviese a punto de explotar. Pero mis palabras causaron mella en el resto de mis compañeros. Uno a uno fui tomando el pulso de la mirada de Jorge, Juan Carlos y Joaquín. Cada uno a su manera habían aceptado como válido mi alegato. Antonio estaba perdido y de nada servía acompañarle en su caída. Él debía asumirlo y acaparar todas las culpas del asesinato de Dull. Y entonces, como si fuese el teniente Colombo, comencé a relatar lo que ocurrió. Buscaba con mi exégesis que Antonio aceptara cada una de mis palabras y finalmente se entregara a los de asuntos internos. Con una pequeña variación en el final del relato nos podía exculpar a todos. Solo tenía que admitir que no necesitó de nuestra ayuda y que todo lo que ocurrió aquella noche lo hizo él solo. En su mano estaba que nosotros saliésemos indemnes de aquello.

—La tarde el sábado 13 de junio quedaste con Olivia, la hija del joyero, en tu casa. Sé que esa chica es muy especial para ti y puede que incluso halláis tenido algún rollo sexual —aventuré—. Pero tú sabías que ella estaba liada

con Dull y que los dos quedaban a menudo en la casa que tiene el padre de Olivia muy cerca de aquí —señalé el suelo—. No te culpo porque Olivia es un encanto y no me extraña que un hombre pueda perder la cabeza por ella, pero tus celos te llevaron a citar al gitano aquí con la intención de matarlo. Has de admitir —le dije—, que antes de que él llegara, tú sabías que iba a morir. Lo demás ya lo sabemos todos —dije—. Es inútil que trates de arrastrarnos. Pero has de saber que no te abandonaremos. Reuniremos dinero para contratar el mejor abogado de Huesca y pondremos todos nuestros medios para que salgas de la cárcel lo antes posible —le dije para tranquilizarlo, hubo un momento que temí que nos matara a todos.

Antonio se puso en pie y se frotó las manos, visiblemente nervioso. Se acercó de nuevo a la ventana y luego regresó a la mesa. Parecía que iba a sentarse, pero entonces se adentró en la cocina.

—¿Os apetece un trago? —dijo desde la puerta.

Su gesto se había relajado y parecía que finalmente aceptó su destino.

—Claro —repliqué—. Una cerveza estará bien.

Joaquín se puso en pie y se acercó hasta donde él estaba. Le propinó un pequeño golpe en el hombro y luego le pasó la mano por la nuca. Jorge y Juan Carlos también se pusieron en pie. Todos habíamos aceptado la decisión de Antonio de asumir su error. A fin de cuentas era un compañero y debíamos apoyarle.

—Dejadme unos días para que me entregue —dijo excesivamente tranquilo, para la situación por la que estaba pasando—. Tengo que acabar antes con algunos asuntos.

## Capítulo 40

Todos los días, de lunes a viernes, la mujer del sayo floreado se apostaba al mediodía en la ventana del Parra, bar que había frente a la casa de Antonio y la de Olivia. Lo pude comprobar porque durante la segunda semana de enero me dediqué a pasar por delante del bar a la misma hora, cada día. No me era desconocida, ya que su característico aspecto la hacía reconocible en cualquier otro lugar; incluso esforzándose en no prestarle interés, llamaba la atención. La chica del bar Parra me dijo que se llamaba Flora. Flora nada más, añadió, ya que no sabían nada de ella, ni si tenía marido o hijos ni a que familia pertenecía. Flora se sentaba y solicitaba un café solo, que le duraba todo el día. Daba pequeños sorbos mientras miraba hacia la calle con aire melancólico y leía la prensa. El bar compraba cada día tres periódicos que dejaba en las mesas y la barra para que los clientes los leyeran. Flora se los leía todos, de cabo a rabo. Nadie hablaba con ella y nadie le prestaba atención, excepto yo. Comencé a pensar que esa mujer vio todo lo que pasó la tarde del sábado 13 de junio. Ella era la clave de los sucesos que acontecieron desde que Dull llegó a casa de Olivia hasta que murió en la casa de Antonio.

Fue necesario que me tomara un café durante tres tardes seguidas, que aproveché para observar a la mujer, hasta que me decidí a entablar amistad con ella. Sabía que si conseguía ganármela ella me contaría todo lo que recordaba de aquella tarde.

—¿La puedo invitar a un café? —le dije situándome a su lado.

Ella torció el cuello y miró mi pecho, parecía que le diese vergüenza fijarse en mis ojos.

—Soy muy mayor para que quiera usted ligar conmigo —dijo sin que en sus labios asomara ni un ápice de sonrisa—. Pruebe con aquellas dos —indicó señalando a otra mesa donde había dos chicas jóvenes tomando un refresco.

—Disculpe —insistí sin intención de arrojar la toalla—. Solo quiero conversar con una mujer inteligente —pasé a probar la adulación como arma para hablar con ella.

Ella se echó hacia atrás ofreciendo un malestar que creí era fingido. En su movimiento de arrepanchigarse en la silla observé una exagerada barriga que me pareció cervecera. Entonces noté un ligero tufo entre sudor y alcohol.

—He visto que viene aquí las últimas tardes —me dijo—, cuando usted no



es cliente habitual de este bar. También lo he visto patrullar por delante unos cuantos días. Me siento espiada —concluyó—. Me ahorraría mucho tiempo y esfuerzo si me dijera directamente qué es lo que quiere de mí.

Me senté frente a ella en la silla que había vacía y le hice un gesto a la camarera para que le trajera un café. Definitivamente esa mujer era lo que estaba buscando. Se veía dejada, sucia, olía y parecía que se le había ido un poco la olla, pero me había demostrado que tenía una memoria envidiable. Solo alguien con la suficiente retentiva podría haberse fijado que yo había pasado por delante del bar durante tres días. Tenía que tantearla para saber si se acordaba de lo que pasó en la casa de Olivia. Para mí era muy importante ese dato, porque corroboraría algo a lo que le estaba dando vueltas desde hacía días. Prácticamente desde que estuve en casa de Olivia e hicimos el amor. De ser cierto daría un vuelco a toda la investigación sobre la muerte de Dull y la implicación de Antonio. Aún no estaba todo perdido y Antonio no tendría que cargar con las culpas del asesinato del gitano.

—Un café para la señora —dijo la camarera dejando la taza sobre la mesa—. Y usted, ¿qué va a tomar?

—Otro café, gracias.

La chica se fue a la barra y Flora volcó el sobre de azúcar en la taza.

—Le quería preguntar sobre...

—Sobre la chica con la que estuvo usted la otra tarde —terminó la frase—. La hija del joyero, ¿verdad?

Mientras hablaba removía el café de forma insistente y maniática. Solo eran necesarias dos vueltas a la cucharilla para que se disolviera el azúcar, pero aquella mujer no parecía que tuviese intención de parar.

—¿La conoce?

—Claro —respondió de inmediato—. Todo el mundo de por aquí conoce a la hija del joyero. Y en especial los hombres. Una chica joven, con esa cara y ese cuerpo y que se pasea vestida con tan poca e indecorosa ropa, es sencillo que sea conocida por cualquiera que pase a su lado. Por lo visto usted también ha caído en su red —dijo dejando de remover el café y mirándome, por primera vez desde que me senté, directamente a los ojos—. Usted estuvo el otro día con ella, en la casa de su padre, el joyero Santafé. Intuyo que estuvieron follando toda la tarde. No se preocupe, soy una tumba. Se lo digo a usted porque es parte implicada, pero nadie más lo sabe. Ni su mujer ni su amante han de enterarse de eso.

—Oiga, yo, ¿cómo sabe que tengo una amante? ¿cómo sabe que tengo

mujer?

—Lo de la mujer es sencillo, ya que lleva usted anillo de casado —dijo señalando mi mano con la cabeza—. Y lo de la amante no lo sabía antes, pero ahora sí. Ha sido necesario decir una mentira para sacar una verdad —sonrió por primera vez—. A Olivia le gustan los hombres maduros, por eso se los lleva a su casa.

—Me ha dicho antes que era una tumba, y sin embargo me está contando cosas de otra persona —cuestioné para dejarla en evidencia.

—En este caso puedo infringir mi regla, porque está usted en un apuro. No parece mala persona y quiero ayudarle con la verdad. La verdad es lo único que nos hace libres. ¿Se preguntará cómo lo sé? Pues a su pregunta que no me ha hecho, le diré que lo sé porque leo la prensa cada día. Sé lo que ocurrió en esa casa la tarde del 13 de junio.

Di un respingo en el asiento que supongo no pasó inadvertido para esa mujer. Lo de la muerte de Dull era un secreto que ella no podía saber de ninguna de las maneras, por lo que estaría refiriéndose a otro asunto. Después de cazarme con lo de la amante, me convenía andar con cautela si no quería que me pillara en otra verdad.

—¿Qué ocurrió en esa casa la tarde del 13 de junio? —le pregunté señalando con la barbilla la casa de Antonio, la más próxima que se veía desde la ventana del bar.

—Esa chica se veía con el gitano que apareció muerto. Desde aquí lo vi llegar muchas tardes y salir rato después. Por la casa de Olivia han pasado muchos hombres, todos maduros, excepto el gitano, que era un chico joven. No hay que ser muy inteligente para calcular que ese gitano era el único que la atraía de verdad.

—¿Por qué dice eso?

—Cuando una chica joven y atractiva se relaciona sexualmente con un hombre mayor, y en ocasiones despreciable —dijo apartando la mirada de mis ojos, como dando a entender que no se refería a mí—, es porque tiene un interés en conseguir algo a cambio.

—¿Y el amor?

—No hay amor en esas relaciones. Nunca —dijo tajante—. Es una transacción comercial. Ella ofrece sexo y a cambio consigue algo.

—Pues no sé qué conseguiría Olivia de alguien como Dull —dudé dando un sorbo a mi café antes de que se enfriara.

—De Dull no quería conseguir nada, porque a Dull lo quería —dijo la

mujer—. Pero de los otros hombres sí que buscaba algo.

Con sus últimas palabras me sentí identificado, ya que yo había tenido una tarde de sexo con Olivia. Mi ego ocultaba las señales de advertencia y yo seguía albergando la esperanza de que para Olivia era distinto. Todavía quería creer que aquella tarde fue algo especial tanto para mí, como para ella.

—Pero del gitano no tenía nada que sacar. Era un chico joven, fuerte y bien dotado —obvié preguntar cómo sabía eso—. De una edad muy cercana a la de Olivia y con una suciedad macarra que supongo atraía a la chica. Le daba morbo y ella solo lo quería para el sexo. Las idas y venidas de Dull en la casa de Olivia así lo acreditan. Pero no ocurría lo mismo con ese policía de allí —señaló la casa de Antonio con la mano, como si no tuviera nada que ocultar—. Ese policía rondaba a la chica con un fin de satisfacción personal, pero sin aportar nada a cambio. En este caso era ella la que se aprovechaba.

—No sé a dónde quiere ir a parar —le dije pensando que estaba hablando por no callar y sin aportar nada claro en su charlatanería.

—Un policía ofrece poder. Todo el mundo quiere tener a un policía como amigo —dijo—. Incluso los delincuentes. Un policía es seguridad, información, tranquilidad. Olivia tan solo tenía que camelar a ese policía y obtener todo lo que quisiera cuando quisiera. Pero con el gitano se acostaba porque le apetecía y le gustaba.

—Parece usted muy segura —dije en voz baja, cuando la camarera pasó por nuestro lado para servir una mesa en la que se acababan de sentar.

—No se crea —me dijo apurando el café—. Todo eso lo he aprendido tras años de juiciosa observación y después de presenciar lo que ocurrió la tarde del 13 de junio, en la que parece que está usted interesado.

Me incliné sobre la mesa y observé sus ojos con descaro, buscando algún indicio que me dijera que aquella mujer estaba como una cabra. Pero sondeando la profundidad de su mirada, solo vi soledad y tristeza. Quizá los años de observación de las vidas ajenas la habían sumido en un conglomerado de pedazos de otras personas. No parecía que quisiera comprender lo que ocurría, sino que sencillamente se dedicaba a escudriñar, sin valorar lo que observaba. Sin cuestionar lo que hacían los demás.

—¿Qué ocurrió esa tarde? —pregunté albergando la certidumbre de saber qué ocurrió exactamente.

—Eran las cuatro de la tarde cuando el gitano, ese que murió, se plantó frente a la puerta de la casa de la chica. Las veces que lo vi hacía siempre lo mismo. Aparcaba su coche allí —señaló la calle Saturnino Baquer—, e iba

caminando hasta la puerta de la casa. Llamaba golpeando la puerta con los nudillos; nunca tocaba el timbre. Olivia abría lo justo como para que él entrara, como temiendo que los vecinos los vieran juntos. Después cerraba la puerta y el gitano salía al cabo de una hora. Así fue todas las veces que él fue a verla. No siempre era en sábado, sino que también habían quedado los domingos y entre semana coincidía en martes o en jueves. La cita la repitieron una docena de veces. Cuento de memoria —dijo como disculpando su imprecisión—. Y siempre, excepto la última vez, fue el mismo proceso: una hora y él se marchaba. Pero la tarde del sábado ocurrió algo en la casa y Olivia salió antes que el gitano. Vestía una bata y debajo iba desnuda...

—¿Desnuda?

—Sí, se le vieron las piernas y una nalga en una de las zancadas que dio al cruzar la calle para ir a casa del policía que vive enfrente.

—Siga.

—Llamó a su puerta con nerviosismo. El policía abrió. Ella le dijo algo y el policía entornó la puerta. Olivia se quedó en la calle. Al cabo de unos segundos el policía salió de nuevo, se había calzado, y siguió a Olivia hasta su casa. La chica caminaba deprisa detrás del policía, su expresión se había desfigurado. Los dos estuvieron bastante rato en el interior de la casa del joyero, es posible que pasara media hora, o más —dijo mirando el reloj que había en la pared del bar—. Después de eso el policía salió a la calle y se dirigió a su casa de nuevo. Sacó su coche desde el garaje y lo metió en el garaje de la casa del joyero...

—¿Qué hora era?

—No se lo puedo precisar —dijo mirando de nuevo el reloj del bar—. Podían ser las seis de la tarde.

—¿Las seis? ¿Y el gitano?

—Estaba en casa de Olivia.

—No puede ser, ¿lo vio salir en algún momento y adentrarse en casa del policía?

—No, no —negó con la cabeza algo alterada. Mis preguntas la estaban poniendo nerviosa—. Si salió de la casa de Olivia lo tuvo que hacer por el garaje, porque por la puerta principal no pudo salir sin que yo no lo viera.

Eché la mirada hacia atrás y clavé mis ojos en la puerta del baño del bar. Era posible que esa mujer se levantara de su silla en algún momento. Que separara un instante su mirada de la calle y en ese momento fue cuando Dull entró en casa de Antonio. Pero si decía la verdad y estaba segura de lo que

había visto, entonces significaba una cosa: Dull murió en casa de Olivia.

—¿Escuchó los disparos?

—¿Qué disparos? —me preguntó atónita.

—Esa tarde hubo un ruido de petardos en la calle —le dije—. Incluso algún vecino avisó a la policía.

—Desde aquí no escuché nada —dijo. Miré las ventanas del bar y observé el enorme aparato de aire acondicionado. Seguramente en el mes de junio ya estaría funcionando y las ventanas permanecerían cerradas. Desde el interior no se escucharía el ruido de los disparos que mataron al gitano—. Pero algo debió pasar porque llegó un coche de la policía que recorrió la calle despacio.

—¿Ese coche pasó antes o después de que Olivia fuese a buscar al policía?

—Fue antes, bastante antes.

—Fue una traca de petardos —intervino la camarera, que nos escuchó mientras servía la mesa de al lado.

Con el calor de la conversación no me di cuenta de que había subido mi voz lo suficiente como para que ella nos oyera. Incluso fue posible que todo el bar participara de nuestra conversación.

—¿Los escuchaste? —le pregunté.

—Sí. Fue el verano pasado —dijo balbuceando, sin estar segura de la fecha exacta—. Yo servía una mesa de la terraza y desde la calle de enfrente se escuchó el ruido de una traca —supuse que eran los disparos que mataron a Dull—. Lo recuerdo porque un cliente al que servía protestó porque a esa hora alguien pudiera estar tirando petardos. Dijo que era la hora de la siesta.

—¿Recuerdas la hora?

—No —negó moviendo la cabeza de un lado a otro—. Pero sí recuerdo que estaba sirviendo unos cafés, por lo que sería entre las cuatro y las seis, más o menos.

—¿Los tres petardos se escucharon seguidos o pausados?

—¿Tres? —encogió la frente la camarera—. No fueron tres petardos, fue una traca seguida. Debieron ser unos diez *petardazos* bastante fuertes. Algo así como una traca de final de feria.

## Capítulo 41

El viernes 29 de enero todos esperábamos a que Antonio se entregara en comisaría. Juan Carlos estaba en el gabinete de Policía Científica realizando inspecciones oculares y toma de muestras rutinarias. Jorge y yo estábamos terminando de redactar unos atestados de judicial. Y Joaquín actualizaba las fotografías de los reconocimientos fotográficos. En la planta primera de la comisaría de Huesca se respiraba una calma tensa similar a la que antecede a una tormenta. Antonio aún no había llegado y todos nosotros lo esperábamos con ansia contenida. Imaginamos que el primer lugar a donde iría sería al despacho del comisario. Entraría sin llamar, ya que ese despacho estaba abierto a todos los agentes de la comisaría, y se sentaría delante de él. Luego solo necesitaría unos minutos para contarle lo que había sucedido, tal y como nos lo contó a nosotros. Y entregarse a continuación. Albergábamos la esperanza de que fuese un hidalgo y contara los hechos de manera que no nos salpicara a ninguno de nosotros. Antonio era lo suficientemente ingenioso como para adornar una historia a su conveniencia. Si era capaz de contar que disparó a Dull por un ataque de ira y que luego él solo lo trasladó al cementerio donde lo sepultó para ocultar el crimen, supusimos que pocas preguntas quedarían pendientes después, aunque siempre hay cuestiones que no encajarían y algún otro departamento o agente se encargaría de reabrir heridas buscando hilar la investigación. Pero nosotros siempre podíamos decir que desconocíamos lo que Antonio estaba haciendo. Tres personas pueden viajar en un coche sin que necesariamente dos sepan lo que hay en el maletero. En el cementerio no había cámaras, por lo que no pudieron grabarnos mientras enterrábamos el cadáver.

A las diez de la mañana Antonio aún no había dado señales de vida. Y algunos de los policías comenzaron a desfilar por delante de comisaría, para dirigirse a la iglesia de Santiago, donde se iba a celebrar una misa por el cuerpo del funcionario del DNI que había fallecido el martes y que iban a enterrar. Yo, apenas había intercambiado alguna palabra con él, ya que casi nunca coincidimos, pero llevaba más de treinta años en el DNI y toda la comisaría lo conocía. Además el comisario dio instrucciones de que los policías que asistieran a la misa previa al entierro lo hicieran de uniforme de gala, por deferencia a la familia y al cuerpo. Nos pareció un gesto bonito y accedimos.

En el vestuario coincidí con Jorge y Joaquín, cuyas taquillas eran

consecutivas a la mía. Los tres nos cambiamos juntos, pero en silencio. Nos vestimos con el traje de gala y colgamos en nuestras guerreras las condecoraciones que nos habíamos ganado en nuestros años de servicio. Comprobé delante del espejo del baño que todo estaba en orden y vi cómo resplandecían mis dos medallas blancas y la medalla roja sobre el bolsillo izquierdo de mi chaqueta de gala.

—Pareces un pincel —me dijo Jorge sonriendo.

Lo cierto es que el uniforme de gala nos hacía parecer unos policías respetables.

—¿Sabéis algo de Antonio? —me interesé.

Joaquín balanceó la cabeza y Jorge me dijo un sencillo «no».

El uniforme de gala no estaba preparado para portar armas, algo que siempre criticamos en la policía. Para poder llevar la pistola había que colgarse un mosquetón adicional en el cinturón y el arma se llevaba colgando por fuera, algo que era incómodo. Por ese motivo generalmente los policías no llevaban su arma cuando vestían de gala. A no ser que se la insertaran por debajo del cinturón en el lomo y la taparan con la chaqueta de gala para que no se notara por el bulto. Deje mi pistola reglamentaria en la taquilla.

Nos juntamos con Juan Carlos en la primera planta, ya que los de científica se cambiaban en un vestuario aparte. Él también se vistió de gala, e incluso se colocó los guantes blancos, algo que nosotros no habíamos hecho, por no ser obligatorio.

En la misa por el funcionario del DNI permanecimos los cuatro juntos, en silencio. Antonio no aparecía por ningún lado y yo comencé a temer que se hubiera echado atrás. Cada vez estaba más convencido de que no se entregaría. Después de todo no era más que un cobarde que no quería afrontar su destino. No sabía qué era lo que pensaban los demás. Adelanté la cabeza unos centímetros para observarlos con detenimiento. Joaquín estaba a mi lado, despreocupado, como era habitual en él. Siempre tenía la sensación de que cualquier cosa que ocurriera no iba con él. Ni siquiera lo vi preocupado cuando lo acusaron del atraco de Girona. A su lado estaba Juan Carlos, con esa cara de miedo que siempre esgrimía, pero no se habían modificado sus muecas desde que murió Dull. Su mayor preocupación había sido el error en la extracción de las balas del cuerpo. Yo tampoco podía echarle ninguna culpa, ya que fue el que más hizo por cubrirnos. Y al final de la hilera estaba Jorge, sonriente. Él sí que no tenía que tener ninguna preocupación. Ni estuvo la noche que Antonio asesinó al gitano, ni estuvo en el cementerio, ni tuvo

nada que ver. Jorge se mantenía totalmente al margen de todo.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Pensé en la suerte que tuve al ponerlo en silencio antes de entrar en misa. No había nada más irrespetuoso que sonara un teléfono dentro de la iglesia. Metí la mano y lo extraje lo suficiente como para ver la pantalla. Era un WhatsApp de Antonio. No me pude esperar a salir de la iglesia para leer lo que ponía. Lo abrí.

*Te espero a las 11 en casa de Olivia.*

Le mandé un emoticono con un dedo pulgar levantado.

—¿Qué ocurre? —me susurró Joaquín al ver que guardaba el teléfono móvil de nuevo.

—Nada —dije tosco.

Comprendí que fuese lo que fuese lo que Antonio quería decirme, era algo que solo nos atañía a los dos.

Cuando finalizó la misa, no dije nada a los demás. Me fui caminando hasta la casa de Olivia, para lo que solo tenía que andar durante unos quince minutos. Un paseo en el mes de enero me vendría bien para refrescarme las ideas. Caminé por la calle Juan XXIII con la mente vacía de pensamientos. Cualquier cosa que elucubrara no haría otra cosa que perjudicarme. Llegado el caso lo mejor era que me dejara llevar por los acontecimientos. Si Antonio me había citado en casa de Olivia, era porque los dos estaban allí. Quizá también estuviera Fernando Garcés. Me encontraba como un detective de las series televisivas de los años ochenta a punto de resolver un intrincado caso. Albergaba la esperanza de que finalmente sabría qué ocurrió aquella tarde en casa de Antonio.

Mientras caminaba percibí que algún transeúnte torció la cabeza al verme pasar por su lado. No era muy habitual ver a un policía nacional con uniforme de gala paseando por la calle. Pero ni siquiera caí en la cuenta de que debería haberme cambiado antes. En mi cabeza solo había una idea: saber cuanto antes qué es lo que Antonio quería decirme.

Antes de llegar a la casa del joyero, pasé por delante del bar. Sentado frente a la cristalera estaba esa mujer, Flora, que me miró con cierta pesadumbre, como si no me esperara allí a esa hora o como si le extrañara verme vistiendo el uniforme de gala de la policía nacional. Me detuve delante de la puerta de la casa del joyero. Llamé con dos golpes cortos. Y Antonio me abrió.

—Pasa —me dijo—. Te estaba esperando.



## Capítulo 42

Para mi extrañeza, Antonio estaba solo en la casa del joyero. En el salón no había nadie más y en la cocina no se perfilaba ninguna silueta que indicara que Antonio estaba en compañía de Olivia, de Fernando o, incluso, del joyero. De haber alguien más en la casa estaría en la planta de arriba o en el jardín.

—¿Qué ocurre? —le pregunté impaciente.

El ambiente de la casa de Santafé se había enrarecido y la situación no parecía ni agradable ni cómoda para mí. Antonio vestía una camisa de manga larga a rayas, ostensiblemente elegante, y en la parte derecha de su cinturón portaba su arma reglamentaria metida dentro de una funda de cuero marrón. No sé por qué me dio por pensar que yo había llegado desarmado. Me tranquilizó ver que Antonio no estaba alterado, al menos en apariencia.

—Aquí fue donde ocurrió todo —comenzó a hablar—. Olivia había quedado con el gitano en esta casa, tal y como habían hecho otras veces. A la chica le gustaba mucho, pese a que yo le había aconsejado que lo dejara. Alguien como Dull no puede traer nada bueno. Pero muy a mi pesar no sé qué tenía ella con él, que necesitaba darse el lote de vez en cuando. No me importaba —dijo melancólico, perdiendo la mirada por el gres—. Yo sabía que los dos estaban allí arriba —señaló con la cabeza las habitaciones de la planta superior—. Dull la penetraba con furia y ella disfrutaba con ello. Los podía imaginar a los dos juntos, él sucio y sudado y ella gritando de placer.

Yo sabía desde hacía unas semanas la devoción que sentía Antonio por la hija del joyero, así que traté de ponerme en situación y comprender lo que él sentía cuando ella estaba con otro hombre. Y no un hombre corriente, sino con una escoria como era Dull.

—Esa tarde —siguió explicando—. Habían quedado como tantas otras tardes. Olivia aprovechaba que Fernando, su novio, estaba de viaje o trabajando. Debía asegurarse que él no los iba a sorprender. ¿Te imaginas a un novio que pilla a su chica follando con otro hombre? ¡En su cama! —elevó la voz, ahora visiblemente nervioso—. Muchas veces había conjeturado con esa posibilidad, con que Fernando los pillara a los dos y la relación terminara. Pero en ese caso obligaría a Olivia a elegir entre él o el gitano. La amigable concomitancia de los dos se desvanecería y haría que Olivia se distanciara de Fernando para arrojarse en los brazos de Dull. Y eso sería un desastre. A ella no le convenía un hombre así. Dull era un residuo, una

basura, Dull no podía mantener una relación estable y duradera con la hija de Santafé, nunca.

Sin que Antonio me ofreciera acomodarme, yo me senté en la primera pieza del tresillo de piel del salón. Antonio se metió en la cocina y escuché sonido de vidrio, supuse regresaría con una botella y un par de copas. Así lo hizo, en un gesto muy americano. Sobre la mesa de cristal del salón dejó dos vasos de chupito y una botella de whisky de malta. Llenó los dos vasos hasta arriba.

—Tanto va el cántaro a la fuente que al final termina por romperse —dijo después de beberse el whisky de un solo trago—. Solo era cuestión de tiempo que Fernando los sorprendiera a los dos. La tarde del sábado 13 de junio llegó con su coche y lo metió en el garaje. Olivia y Dull debían estar arriba dale que te pego, porque no se enteraron de que la puerta del garaje se había abierto, y eso que es bastante ruidosa. Fernando accedió al salón por la puerta interior del garaje. Dejó las llaves en ese cenicero —señaló un cenicero de cerámica que había junto al perchero—. E imaginó que Olivia no estaría en casa. Entonces escuchó un ruido que lo puso en alerta. Provenía de la planta de arriba y parecía como una voz amordazada. Ahora sabemos que eran gemidos, pero para Fernando podía ser alguien que hubiera silenciado a su novia tapándole la boca y le costara hablar. Fernando abrió la caja fuerte del joyero —señaló a un cuadro de la pared, supuse que la caja estaría oculta detrás—, y cogió la pistola de Santafé —me removí en mi asiento cuando escuché a Antonio decir sus últimas palabras—. Subió las escaleras despacio, temeroso. Fernando no es un chico valiente, ni aguerrido. Más bien es un temeroso, un jiñado.

Antonio caminó hacia las escaleras y me hizo una señal con la mano para que lo siguiera. Fuese lo que fuese lo que me iba a contar quería hacerlo sobre el terreno. Me puse en pie y lo seguí. Nunca había estado en la casa de Santafé hasta la tarde de sexo con Olivia, pero la distribución era casi idéntica a la de la casa de Antonio, por lo que podía desplazarme por la casa con conveniencia. Toda la escalera estaba ribeteada de cuadros de pintura clásica, la mayoría bodegones que desentonaban con el resto de la decoración moderna, la última vez que estuve allí ni siquiera me fijé en ellos. Antonio llegó al final de la escalera y se metió en la habitación de matrimonio. Se hizo a un lado para dejarme pasar. La cama estaba cubierta de muñecas de porcelana, y algunas de trapo, como si quisieran recordar que Olivia, en cierta manera, aún era una niña. Al entrar en la habitación sentí una pulsión animal

llena de carga sexual.

—Fernando llegó hasta aquí, con la pistola de Santafé en la mano, y se encontró a Dull montando a Olivia. Ella estaba a cuatro patas, por lo que no pudo verlo. Pero Dull sí que lo vio. Se detuvo y lo miró desafiante.

—Qué coño haces aquí cabrón —le dijo—. Si quieres aprender a follar a esta perra pídemelo hora y ya te daré unas clases. Luego comenzó a reírse. Fernando le apuntó con la pistola. Ni siquiera sabía si estaba cargada o no, si tenía el seguro puesto o no. No sabía nada. Solo sabía que ese hijo de puta se estaba follando a su novia.

—¿Y Olivia? —le pregunté.

—¿Qué pasa con Olivia?

—Ella no dijo nada.

—A ella le estaba dando por culo ese hijo de puta de gitano y se lo estaba pasando bien. En cierta forma también fue perjudicada, porque nunca se esperó que Fernando los sorprendiera. Dull la desmontó y se puso en pie, mientras que Olivia se sentó en la cama tratando de tranquilizar a Fernando. Creo que le dijo algo del estilo de que solo estaban follando, pero que entre ellos dos no había nada serio.

Yo solté una risa con las últimas palabras de Antonio, era la excusa más pobre que podía decir una mujer o un hombre cuando son pillados in fraganti.

—Olivia trató de apaciguar los ánimos y le pidió a Dull que se vistiera y se fuera. Pero el gitano era un hijo de puta y parecía disfrutar con la escena. Así que se puso de pie y se cogió la polla con la mano y se recreó con la desgracia de Fernando.

—Esto es lo que le gusta a esta perra —insistió—. Olivia comenzó a molestarse y le dijo que se fuera. Pero él no le hizo caso y arremetió contra Fernando, que lo miraba obtuso con la pistola en la mano. Y, finalmente, disparó.

Yo me retiré hasta la puerta de la habitación. Parecía como si me faltara el aire. Entonces Dull no murió en el jardín de Antonio por los disparos de su arma, sino que lo hizo en la casa del joyero y por los disparos del arma de Santafé. Por eso los proyectiles del cadáver no coincidían con los de la pistola reglamentaria de Antonio.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo? —le reprimé.

—Hasta ahora lo había creído innecesario —respondió Antonio—. Dull murió aquí, en esta habitación. Días después vine a tapar los agujeros de bala de las paredes y a pintar para que no quedar ni rastro de la matanza. Tres

proyectiles impactaron contra su cuerpo, pero Fernando vació el cargador de quince balas. El resto se desperdigó por aquí —señaló a la pared—, aquí —puso su mano sobre la cama— y allí —señaló la pared contigua que había al lado de la ventana—. Fernando se quedó bloqueado sin saber qué hacer, así que Olivia era la que debía reaccionar antes de que todo estuviera perdido. Salió a la calle y fue en mi busca. Me resumió lo que había ocurrido —dijo, coincidiendo su historia con la de la mujer del bar—, y no me quedó más remedio que ayudarles a deshacerse del cuerpo. Lo primero que se me ocurrió es traer mi coche al garaje, meter el cuerpo dentro y llevármelo lejos de aquí.

—Entonces fue cuando me llamaste —intervine.

—Sí. Primero llamé a Joaquín. No quería involucrarte. Tú siempre has sido muy bueno con nosotros y nos has tapado muchas cosas. Pero Joaquín dudó y no supo cómo responder ni aportó ideas sobre lo que debía hacer. Pero sabía que tú nos sacarías las castañas del fuego. Tú eres un tío legal, ya me entiendes. Y sabes buscar soluciones; aunque no las haya.

—Entonces el asesino fue Fernando —musité.

Antonio cabeceó un par de veces.

—Y si fue él, por qué no dejas que cargue con las culpas.

—No puedo, Lorenzo. Recuerdas que te dije que antes de entrar en la policía estuve viviendo con una chica en Badalona. Una chica que se llamaba Begoña —asentí con la barbilla—. Esa chica se quedó embarazada entonces y nunca me dijo nada, aún no sé porqué. Quizá se avergonzaba de mí o pensó que su hijo tendría mejor vida si yo no estaba cerca. Ella me dejó un día que se me fue la mano. Maldita sea mi estampa —exclamó zapateando el suelo—. Mi puto mal genio me ha llevado a la destrucción de todo lo bueno que me rodea. Se fue a trabajar a la fábrica de Balay de Zaragoza y allí cuidó a su hijo...

—¿Fernando es tu hijo?

—Sí. Maldita sea, Lorenzo. Lo supe hace seis años un día que tuvimos que hacer una conducción al centro de menores de Zaragoza. La puta vida que siempre nos encuentra me hizo coincidir con ese crío a punto de cumplir los dieciocho años. Un cuidador del centro me resumió su vida. No necesité muchos más detalles para saber quién era su madre. Enseguida cuadré las fechas. Fernando nació en 1991. Su madre se llamaba Begoña. Busqué su ficha en la base de datos de la policía y vi que era ella. ¿Has visto los ojos de Fernando? ¿Los has visto?

Mientras Antonio me interrogaba me di cuenta de que había un parecido

más que casual entre los dos.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada —respondió de inmediato—. Lo que tenía que haber hecho desde el principio: cargar con las culpas. Él cometió un error y no debe pagar por ello. Es mejor que pague yo que he cometido cientos. Si no me pillaron en otros que hice, me pillarán en este que no hice. Es como los chorizos que deteníamos en Barcelona, ¿recuerdas? la inocencia de un delito iba por los que salieron airosos y no fueron pillados.

—¿Por qué no me lo dijiste la noche que me citaste en el aparcamiento del centro comercial?

—Te lo quise decir, de verdad. Te lo quise decir a las pocas semanas de enterrar el cuerpo de Dull una noche que te invité a cenar en mi casa. Pero no sé por qué no pude hacerlo finalmente.

—¿No te fiabas de mí?

—Claro que no. Me fio de ti plenamente, Lorenzo. Somos compañeros y amigos. ¿Cómo no iba a fiarme de un compañero?

—¿Lo sabe él?

—¿El qué?

—Que es hijo tuyo.

—Nunca se lo dije.

—¿No se lo piensas decir?

—Cuando llegue el momento.

—Pero sabe que le has salvado.

—Le he dicho que no diga nada. Que no haga nada. Que yo me encargaré de todo y que no ha de preocuparse por la muerte del gitano. Ya son varias las ocasiones en que me ha dicho que se quiere entregar, pero se lo quito de la cabeza enseguida. Es tan joven, Lorenzo. Es tan inocente. Él no ha de pagar por un error, él no —repitió justo en el momento que escuché el sonido de varios coches frenando en la calle—. ¿Otra copa? —me ofreció.

—La voy a necesitar —acepté.

Antonio bajó las escaleras y yo me quedé sentado en un butacón de *Ikea* que había al lado de la cama de Olivia.

## Capítulo 43

No recuerdo el tiempo que pasó. Posiblemente solo fueron unos segundos, puede que un minuto a lo sumo. Me sentí como si me hubiera quedado adormilado en el butacón y fuese incapaz de calcular el lapso que transcurrió desde que Antonio bajó al salón hasta que me desperté con la boca pastosa y con un terrible dolor de cabeza. De abajo venía un inquietante y fatídico silencio. Murmullos.

—Vienen a por nosotros —dije asomándome por la ventana.

En la calle había aparcado una furgoneta del grupo de operaciones especiales y dos coches más de judicial. No los conocía porque eran de Zaragoza, pero sabía que eran de judicial. Un policía siempre sabe cuando un coche es de los suyos. Lo sabe igual que identifica a otro policía aunque sea en una estación de metro, en una plaza, en una tienda comprando. Los policías vestimos diferente, nos comportamos diferente. Un policía rápidamente «muerde» a otro policía.

—Esos son de Zaragoza —aseguré sin divisar nadie en la calle.

Desde ahí podía ver la puerta de la casa de Antonio, en la fachada de enfrente. Pero los coches de policía no dudaron en apostarse en la casa donde estábamos nosotros, Antonio y yo. Desde luego sabían a dónde iban y a por quién iban. Subían por la escalera. Los podía presentir como se presiente la llegada de una tormenta. Como cuando era niño y mis padres se iban a casa de unos amigos y me asomaba a la ventana justo en el momento que regresaban. Ese sexto sentido que ignoramos, pero que todos tenemos. Los agentes subían por la escalera, en silencio, lanzándose señales entre ellos con un abrir y cerrar de puños. Pertrechados en sus equipos de combate. Ellos venían a por mí y yo no podía hacer nada excepto esperarlos.

Me senté en el butacón. El uniforme de policía era la mejor garantía de que yo era una persona de bien. Me senté y toqueteé con mis dedos las medallas que pendían de mi pecho. Entonces creí que no era merecedor de ninguna. ¿Pero quién lo es en la policía? Si de algo había de sentirme culpable era de ayudar a los compañeros. Yo no maté al gitano. Antonio no lo mató. Tan solo teníamos que esperar a que el grupo de operaciones especiales nos apresara y luego, ante un buen abogado, contar la verdad. Calculé que a Antonio, Joaquín y a mí nos acusarían de encubridores. Pagaríamos lo nuestro y luego saldríamos de prisión en unos pocos años. Fernando Garcés sería acusado de asesinato, con la atenuante de arrebató, por pillar a su novia con el gitano.

Después había otras cosas que irían surgiendo de forma ordenada. El joyero había de dar explicaciones de por qué tenía un arma. Olivia tendría que decir por qué no dijo a la policía que sabía que Dull había muerto...

Los policías ya estaban llegando a la puerta. Abrí las manos y elevé los brazos a la altura de mi cabeza. Había de estar bien seguro de que ellos veían que yo no portaba ningún arma. Si percibieran una pistola en mi mano dispararían sin dudar. De eso podía estar bien seguro.

Y la puerta de la habitación se abrió.

—¿Lorenzo Noguera? —consultó un encapuchado.

—Yo soy —le dije.

—Échese al suelo y ponga las manos en la espalda —me ordenó.

Desde el pasillo provenían voces de los otros agentes.

—Despejado. Despejado. Despejado —escuché varias veces. Estaban comprobando una a una las otras habitaciones.

El encapuchado me colocó los grilletes a mi espalda y me ayudó a levantarme.

—Está detenido —me dijo—. Y ya conoce sus derechos.

Los conocía porque yo mismo los había leído innumerables veces a otros tantos detenidos que pasaron por mis manos. Sentí una sensación extraña al ser yo el detenido en esta ocasión. Me acompañaron por la escalera y llegué al salón. Me extrañó no ver a Antonio, pero supuse que ya estaría en comisaría y que nos mantendrían separados e incomunicados hasta que pasásemos a disposición judicial.

Al salir a la calle había varios vecinos que se habían asomado a curiosear o, mejor dicho, a cotillear. También había muchas ventanas abiertas y mis ojos se concentraron en el bar de la esquina, donde vi a Flora sorbiendo su taza de café. Creo que le guiñé un ojo; aunque no recuerdo muy bien qué hice, porque ese día cualquier acción mía sería borrada de mi memoria por los nervios y la tensión. Cuando me senté en el coche pasé por la ridícula situación del policía que me posó la mano en la cabeza para evitar que me golpeará con el marco de la puerta. Nunca me había planteado que esa acción fuese tan absurda y estafalaria.

Me habían sentado atrás junto a un agente que se quitó la capucha. No lo conocía; aunque me sonaba de haberlo visto en alguna ocasión. Era joven y apuesto y mantenía un rictus serio forzando ser rudo; aunque yo sabía que no lo era. Conducía el coche otro agente más veterano, que sí que conocía de haber visto en Zaragoza en alguna investigación conjunta. A su lado iba un

inspector de la brigada de información, que inmediatamente identifiqué como el que dirigía la operación. Habló algo por la emisora, algo del estilo: «Vamos a base con el paquete». Pero tampoco presté excesiva atención a sus palabras. Lo único que deseaba era llegar a comisaría y aclararlo todo lo antes posible.

El coche de policía, escoltado por otro coche más, traspasó el portón del garaje y bajó hasta la misma puerta del ascensor. Por ironías del destino aparcó en el mismo lugar donde meses atrás habíamos aparcado el coche de Antonio con el gitano en el maletero. El mismo lugar donde horas más tarde aparcó Antonio el coche de Dull. Me acompañaron hasta el ascensor, donde dos agentes no me dejaban ni a sol ni a sombra. Yo no los miraba a ellos, y ellos no me miraban a mí. Mis ojos se perdían por el linóleo. Y el de ellos por las paredes. Transitamos por el pasillo de la tercera planta, donde estaba la brigada de información; ellos serían los encargados de informarme de mis derechos por escrito y de tramitar el atestado por la muerte de Ramiro Fajardo Fajardo, más conocido como Dull. En la brigada también estaba el jefe de judicial y el comisario, que se limitó a mirarme con cierta inquina, como si le afectara que al final me hubieran detenido. Yo solo esperaba a que comenzara la acusación para defenderme. Si me hallaba acorralado tan solo tenía que decir la verdad. La verdad era la única forma de salir de ahí. A mí solo me podían acusar de ayudar a encubrir el crimen de Dull, porque en un inicio pensé que era Antonio quien lo había asesinado. Pero ahora que sabía que fue Fernando, ahora no tendría ningún reparo en decir la verdad.

—Aquí tiene, inspector —habló un policía de la armería dejando una bolsa de plástico sobre la mesa en la que traspasaba una pistola.

Los grilletes a mi espalda comenzaban a lastimarme. Le hice una señal a uno de los policías para que me los aflojara, pero no pareció entenderme y se limitó a apartar su mirada. En la bolsa se distinguía una HK USP Compact, la pistola de la policía nacional. Algo me dijo que era la del joyero, idéntica a la nuestra, y que Policía Científica la había identificado como el arma del crimen. Pero cuando el policía la desenvolvió de su bolsa, pude ver la numeración lateral y no tuve ninguna duda: era mi arma reglamentaria. Entonces recordé que cuando me vestí con el uniforme de gala para el entierro del funcionario del DNI, no me quedó más remedio que dejar el arma en la taquilla, al no poder llevarla encima. Sin duda esos agentes habían forzado mi taquilla en busca del arma y de cualquier prueba en mi contra. Ya no pregunté si lo hicieron con orden judicial o bastaba, al ser una



dependencia de la policía, una autorización del comisario. Pero ese dato era irrelevante, el caso es que el arma que había sobre la mesa era la mía.

—Lorenzo —habló el inspector de judicial mientras cogía la pistola con la bolsa para no contaminarla con sus huellas—. Esta es su arma, que hemos hallado en su taquilla —me dijo con una expresión exageradamente seria—. Hemos comprobado el estriado del cañón y los impactos de la aguja percutora con la de los proyectiles hallados en el cuerpo de Dull y coinciden plenamente.

Sentí como si me echaran un cubo de agua fría, y con cubitos de hielo, sobre la espalda. La camisa del uniforme se me mojó por completo y comencé a desvanecerme. La boca se me había secado y pedí un vaso de agua. Uno de los agentes esperó a que el inspector lo autorizara con la mirada y se acercó al aseo contiguo y regresó enseguida con un vaso de plástico de café, lleno de agua del grifo.

—Pero eso es imposible —clamé—. Es imposible —repetí susurrando—. Esa es mi pistola.

—Lo sé —asintió el inspector—. Por eso sabemos que tú fuiste el asesino de Dull, porque esta es el arma de donde salieron las balas que lo mataron.

Hice un ejercicio de concentración para tratar de cuadrar los datos en mi cabeza. Ese era el momento en que uno no puede ni decir ni hacer tonterías. Tenía que concentrarme y averiguar por qué estaban ellos tan seguros de que las balas salieron de mi arma. Y entonces me llegó la iluminación. La prueba se basaba en el estriado que dejan los proyectiles al salir por el cañón. Y en las muescas que deja la aguja percutora al impactar contra el fulminante del cartucho, que es el que lanza la bala hacia el cañón. Solo me había desprendido de mi arma en dos ocasiones en los últimos meses desde la muerte de Dull. Una había sido hoy, durante el entierro del funcionario del DNI. Y la otra fue la tarde de sexo en casa de Olivia. Recordé que al marcharme me había dejado olvidada la pistola en su casa y que fue ella quien me la entregó en la puerta, justo en el momento de irme. Pudo ser en ese lapso de tiempo cuando ella, o alguien de su confianza, aprovechó para cambiar el cañón de mi arma por el de la que disparó al gitano, al igual que la aguja percutora. El cañón se cambia con facilidad, tan solo hay que extraerlo e intercambiarlo por otro. Y para la aguja percutora es necesario un botador para quitar el pasador que la protege, pero esa herramienta la venden en cualquier armería. Desde luego, si Olivia había sido capaz de eso, la prueba para culparme era muy fuerte. Pero cualquier abogado con pericia la

desmontaría en cuanto yo le contara lo que pasó de verdad ese día en casa de la hija del joyero.

—¿Dónde está Antonio? —consulté a mis captores.

Antonio sabía la verdad y Antonio era el que nos había metido en ese lío. Así que Antonio nos tendría que sacar.

—Deje a Antonio tranquilo —me respondió maleducado el inspector—. Céntrese en sus problemas, que no son pocos.

—Lo de las estrías del cañón de mi arma y la aguja percutora tiene explicación —dije.

Tanto el inspector como los policías se sonrieron. Parecía que mi excusa les había hecho gracia. Yo les comprendí, realmente mi explicación sonó a excusa barata y pobre. El inspector repuso el semblante y comenzó a enumerar una serie de datos y detalles que me señalaban como el asesino de Dull. Todo lo que dijo, increíblemente, estaba dotado de hiriente coherencia. Flora, una clienta del bar Parra declaró que la tarde del 13 de junio me vio pasar caminando por la parte trasera de la casa del joyero, lo que me situaba en el lugar de los hechos en el momento del crimen, ya que había quedado comprobado que Dull murió en la casa de Santafé. Toda la habitación de Olivia estaba llena de huellas mías. En la cama, los armarios, el butacón, los interruptores... Cualquier superficie de ser proclive a extraer huellas, tenía huellas mías. Las cámaras de seguridad de la comisaría me situaban saliendo con el coche de Dull, el Renault Safrane de color gris, del garaje. Hay un testigo ya anciano, de unos ochenta años, que me reconoció en las fotografías que le mostró asuntos internos como el que conducía un Safrane de color gris contra el que se dio un golpe la madrugada del 14 de junio en las inmediaciones del cementerio. Como apenas ve bien, solo pudo reconocer a la persona con la que más habló, que casualmente era yo. Me pregunté si también habían tomado declaración a la rubia de coletas de la gasolinera donde Antonio compró tabaco, porque en ese caso habría más implicados en el asesinato. Pero según ese inspector de judicial, todas las pruebas me apuntaban directamente a mí.

Mientras hablaba, y hablaba y hablaba, yo me enroqué en mis propios pensamientos y traté de serenarme. Una cosa estaba clara: yo era inocente del asesinato de Dull. Y la prueba que preparó Olivia para que mi arma coincidiera con la que disparó las balas que terminaron con su vida, se podía desarmar con un buen perito. Pero la perorata del inspector seguramente estaría enfocada a hacer que me derrotara. Es decir: que me viniera abajo. El

viejo truco del policía bueno y el policía malo. Si conseguía mantener la presión lo suficiente como para que yo me arrastrara, era probable que terminara contando todo lo que sabía. Y todo lo que sabía era la verdad. Entonces veía claro las palabras del inspector de judicial al señalar mi arma como la homicida. Él quería que yo odiara a Olivia y a Fernando por su estrategia de culparme. Y de paso a Antonio. Estaba allí para matar varios pájaros de un solo tiro. Le podía contar todo lo que sabía de todos. Incluso de Juan Carlos y de Jorge, o el atraco de Girona de Joaquín. Todo deseo de venganza emana del dolor causado por la impotencia. Mi sufrimiento sería más llevadero si también lo convertía en el sufrimiento de los demás. El inspector forzaba que mi venganza fuese estimulante. Me estaba haciendo añicos, pequeños pedazos de moral que se esparcían por el suelo del despacho, y que recompondría en el momento que decidiera vengarme de mis acusadores.

Pero yo no caería en esa trampa.

## Capítulo 44

Mi primera noche en calabozo fue horrible. Me sentí solo, aislado e incomprendido. Estaba entre las cuatro paredes de un calabozo que había visto infinidad de veces desde fuera, cuando ingresaba algún detenido o lo sacaba para oírlo en declaración. Me dieron de cenar a las diez y me dijeron que durmiera toda la noche, algo que había oído decir en tantas ocasiones a tantos detenidos. No conocía a nadie. Todos los agentes que me custodiaban eran del Grupo de Respuesta de la comisaría de Zaragoza. La Jefatura no quería que tuviera ningún contacto con ningún agente de los que conocía en Huesca. Eso me hizo llegar a la más que creíble sospecha de que andaban detrás de nosotros. Había caído yo, pero también había caído todo el equipo. Seguramente tanto Antonio, como Jorge, Juan Carlos o Joaquín, estarían encerrados en ese momento en diferentes comisarías repartidas por Zaragoza. Todos distanciados. Todos aislados. Y me hice una promesa a mí mismo. Pasara lo que pasara yo no hablaría nada de los demás, ni siquiera de Antonio. Ni contaría que Fernando era su hijo y que todo lo tramó para protegerlo. Ni lo que hicieron Jorge, Joaquín, Antonio y Juan Carlos antes de llegar a Huesca. Creía fervientemente que ellos también se habían hecho la misma promesa. Algo nos unía a la mafia: la ley del silencio. Y en cierta manera, tampoco éramos tan distintos.

A la mañana siguiente dos agentes me vinieron a buscar a mi celda. Me dijeron que me calzara y que fuese al baño, en unos minutos me subirían al despacho de la brigada de información para hablar conmigo. Perdían el tiempo, ya que yo no iba a hablar nada con ellos.

Al llegar a la sala de interrogatorios de la brigada, me quedé a cuadros al ver a Olivia y Antonio sentados juntos. La hija del joyero tenía el semblante sereno, como si esperara a que todo pasara sin mas sobresaltos, mientras que Antonio lo percibí triste, como sintiéndose culpable de toda esa situación. El inspector comenzó a leerme los derechos de nuevo, recordando que no tenía obligación de declarar. Me percaté de que no había ningún abogado que me asistiera, algo que era ilegal. Pero no era el mejor momento para requerir un cumplimiento estricto de la Ley.

En el momento de sentarme miré directamente a los ojos de Antonio, y entonces supe que él no se iba a entregar. Antonio tenía demasiadas cosas que perder si lo hacía, y nada que perder si no lo hacía. Solo mi amistad. Pero

la amistad de un compañero de trabajo es reemplazable, al menos eso pensé que pensaría Antonio en esos momentos. Aparté los ojos y los repartí por la mesa, que estaba extrañamente ordenada. Antonio, nuestro Antonio, al que el mal genio llevó por el mal camino en más de una ocasión, se había reencontrado con su hijo al que ayudaba sin que él lo supiera. Entregarse era como decirle que al final tanto su madre, como él, tenían razón: que él era una mala persona. Un desecho de la sociedad. Era como si en cierta forma le indicara que entre Dull y él no había ninguna diferencia. Reconocer el asesinato por parte de Fernando era como acompañar a un hijo a la horca. Y eso era algo que ningún padre haría. Y yo no le podía pedir que lo hiciera. Por otro lado, confesarse como el culpable era mentir. Salvaría a su hijo y nos salvaría a nosotros, pero lo dejaría sin padre. Fernando subsistía gracias a la protección de Antonio; aunque él no lo supiera. Pero eso eran conjeturas que me planteaba yo, tratando de comprender por qué Antonio no se entregaba. Quizá esperaba el momento propicio. Quizá lo haría en breve.

—Todo esto será mucho más sencillo y rápido si confiesa —habló el inspector de judicial—. Ya sabe cómo funciona —me dijo en tono paternal.

Ante mí dejó un folio en blanco junto a un bolígrafo barato de color negro. Yo sabía que no había ninguna prisa. Que incluso me podía pasar allí, delante de ellos, toda la mañana. Lo que no comprendía era la presencia de Antonio y Olivia. Era como si no quisieran perderse mi funeral.

—No tenga prisa —volvió a hablar el inspector—. Tómese el tiempo que crea necesario.

Era sencillo. Tan solo tenía que escribir unas cuantas líneas diciendo que maté a Dull, que lo trasladé, solo, a comisaría para quitarle las balas del cuerpo y que luego lo llevé al cementerio donde lo enterré. La declaración del viejo con el que chocamos, las cámaras de seguridad, la mujer del bar Parra, además de las estrías de mi arma y las huellas halladas en casa de Olivia, confirmarían que así fue. Comencé a mirar con detenimiento el papel y el bolígrafo. De tanto mirar el papel y el bolígrafo comencé a verlos como objetos extraños, deformes. Luego levanté la cabeza levemente y me fijé en Olivia, estaba realmente hermosa. Y no se la veía triste. Parecía que confiaba en mí, al igual que Antonio, y sabían que haría lo mejor para todos. Nuestro subconsciente se empeña en representar la maldad con formas horribles: demonios, brujas y monstruos del abismo. Pero la maldad también puede ser bella, como Olivia. Quizá ella lo preparó todo para que yo fuese el culpable, como lo de cambiar el cañón y la aguja percutora de mi pistola. Lo de

denunciar la desaparición de Dull al día siguiente de su muerte y lo de ir al hospital a curarse las heridas, no sería más que una estrategia para cubrirse las espaldas en el caso de que algo saliera mal. Pero estaba seguro de que ese acto fue por un bien más provechoso, como era liberar de culpa a Fernando y a Antonio. También pensé en la probabilidad, nada descabellada, que Olivia se hubiera recreado con todo esto. Disfrutó con la muerte de Dull, al igual que disfrutaba cuando se la follaba. Disfrutó con el calvario de Antonio deshaciéndose del cadáver. Y disfrutaba ahora con mi hundimiento. Entre pensamiento y pensamiento, estaba casi convencido de que Olivia era la que más estaba regocijándose con todo este asunto.

Me incliné hacia delante. Cogí el bolígrafo negro entre mis manos y escribí:

*La tarde del 13 de junio del año pasado quedé con Ramiro Fajardo Fajardo, más conocido como Dull, en la casa del joyero Santafé. Lo cité para tratar un asunto relacionado con las drogas. Dull aparcó su coche en la calle de atrás y cuando entró en la casa le disparé tres certeros tiros: uno en el muslo, otro en el vientre y el último en la cabeza. Luego agarré su cuerpo y lo metí en el maletero de su coche. Lo llevé a la comisaría donde traté de extraerle las balas del cuerpo, sin éxito. Allí coincidí con Juan Carlos Egea, Joaquín Fábregas y Antonio Padilla, que llevaban una investigación en curso, de la cual desconozco más detalles. Finalmente trasladé el cuerpo de Dull en el maletero de su propio coche al cementerio, donde lo sepulté en la primera tumba que vi accediendo por la puerta pequeña que hay a la izquierda de la puerta principal. Durante estos meses nunca le he dicho nada a nadie de lo ocurrido.*

Abajo escribí la fecha: lunes 1 de febrero de 2015. Y a continuación rubriqué. El inspector cogió el folio. Lo leyó. Y le pidió a los dos policías que me habían escoltado desde el calabozo, que me llevaran de nuevo a mi celda.

Fue la última vez que vi a Antonio y Olivia. La verdad es que no sé que fue de ellos. Si Olivia y Fernando se casaron. Si Antonio se juntó con alguna mujer. Tampoco sé qué fue de Jorge, Juan Carlos y Joaquín. Me dijeron que Jorge había pedido Girona como destino, para estar cerca de Fernanda Pérez, la cajera del banco que atracó Joaquín. Qué ironías tiene el destino, ¿verdad? Jorge se fue a la misma ciudad de donde venía huyendo Joaquín y se juntó con Fernanda, que es el femenino de Fernando, el hijo de Antonio. Estoy pensando en escribir mis memorias desde la cárcel. Y explicar todo lo que ocurrió y cómo ocurrió. Pero no desde la tarde del 13 de junio. Si no mucho

antes, cuando los cinco coincidíamos en la cafetería de la escuela de policía de Ávila. Tal vez algún día cuente la verdad. Toda la verdad.

\* \* \*

## **Nota del autor**

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en amazon.es o amazon.com, para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:

[www.estebannavarro.es](http://www.estebannavarro.es)



# Table of Contents

[Contents](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)  
[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)  
[Nota del autor](#)